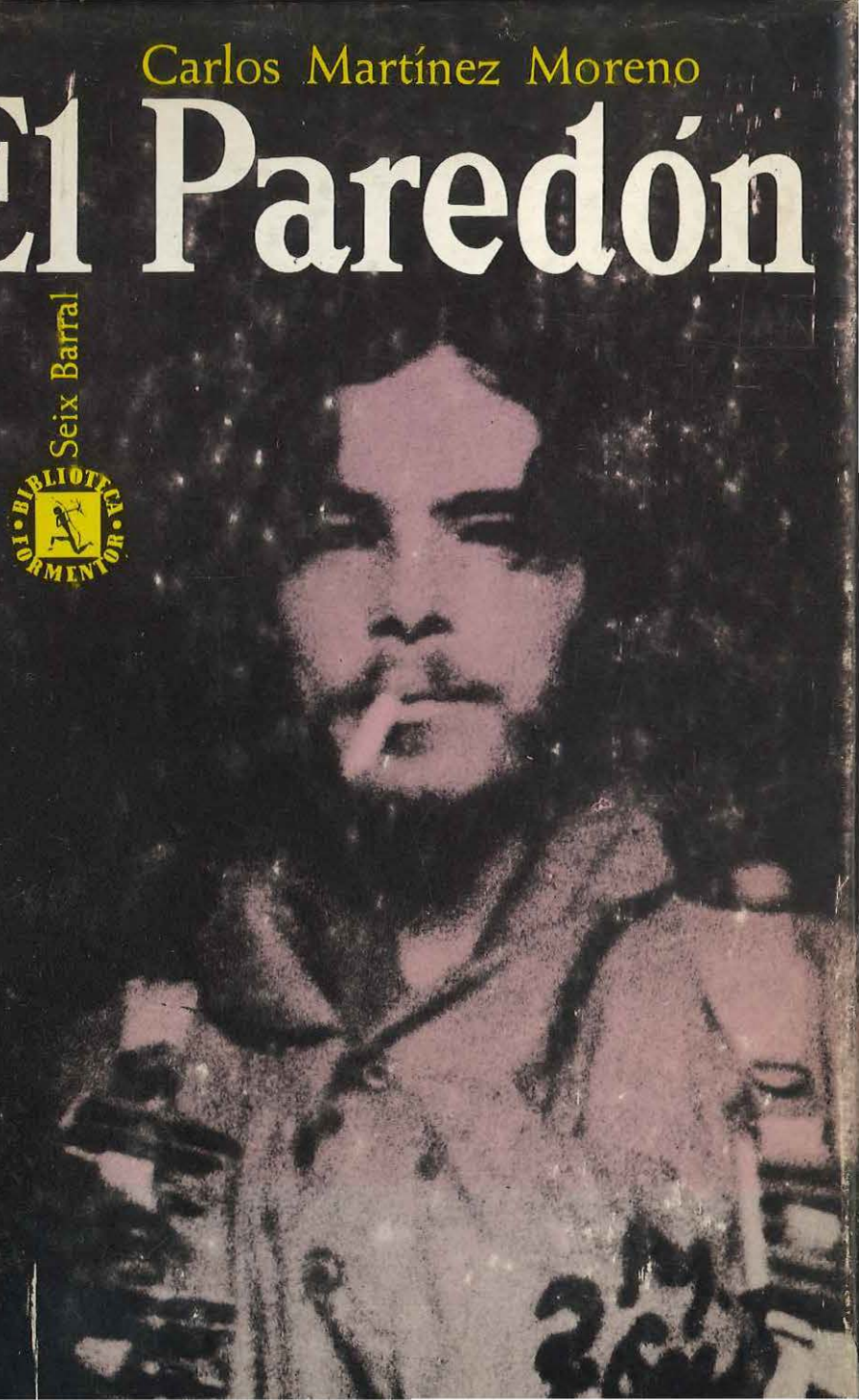
El Paredón—Carlos Martínez Moreno

Carlos Martínez Moreno

El Paredón

Seix Barral



Títulos publicados:

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS Consuelo Alvarez

HOMO FABER Max Frisch

LOS EXTRAORDINARIOS Ana Mairena

LA CRIBA Daniel Sueiro

LA ESTELA DEL CRUCERO Pier Antonio Quarantotti Gambini

UN VERANO EN MANITOBA Hermann Scholz

FAUSTO Y ANNA Carlo Cassola

NUEVAS AMISTADES Juan García Hortelano

EL PROFETA Fernando Morán

LA ISLA Juan Goytisolo

BILLAR A LAS NUEVE Y MEDIA Heinrich Böll

EN PLAZO Fernando Avalos

UN CIELO DIFÍCILMENTE AZUL Alfonso Grosso

LAS AFUERAS Luis Goytisolo

LAS BATALLAS PERDIDAS Louis Guilloux

PRINCIPIANTES Colin MacInnes

TIEMPO DE SILENCIO Luis Martín-Santos

IGUAL QUE EL MAR Elizabeth Jane Howard

YA NO HUMANO Osamu Dazai

EL HOMBRE QUE QUISO SER DIOS Haakon Chevalier

EL BARRIL MAGICO Bernard Malamud

TORMENTA DE VERANO Juan García Hortelano (Prix Formentor 1961)

FIN DE FIESTA Juan Goytisolo

LOS ARBOLES DESNUDOS Tage Skou-Hansen

Sobrecubierta: Photo Europres y C. París

Carlos Martínez Moreno nació en 1917 en Colonia del Sacramento (Uruguay) y reside actualmente en Montevideo, donde ejerce la profesión de periodista como crítico, editorialista y colaborador de periódicos y revistas de su país y otros lugares de la América Latina. Ha publicado dos libros de narraciones, "Los días por vivir" y "Cordelia" (Montevideo, 1960 y 1961). En 1960 obtuvo el segundo premio en el concurso hispanoamericano de Life *con su novela corta "Los Aborígenes". "El Paredón" fue finalista en el premio Biblioteca Breve de 1961.*

EL PAREDON es una novela eminentemente preocupada por el porvenir moral y político de la América de habla hispana, en la que con intensidad creciente afloran en los últimos años las convulsiones hasta ahora sordas de su juventud y de su fuerza. El relato pone en la balanza dos experiencias de muy distinto tamaño, pero del mismo peso, de la vida de un hombre de letras hispanoamericano: por un lado su experiencia de una sociedad civil e inmovilista, de una cultura demasiado europea y un poco snobística y de toda una vida ordenada en su país natal, y por otro lado el espectáculo lleno de violencia, pero abierto hacia el futuro, de la Cuba revolucionaria, de una cultura cuarteada por el exceso de pasión, y de un amor breve y adulto, al margen de la costumbre y sin esperanza.

EL PAREDON

© Editorial Seix Barral, S. A. - Barcelona

Núm. de Registro 1323 — 62
Depósito Legal B. 28.121. — 1962
Printed in Spain

Carlos Martínez Moreno

El paredón

Seix Barral

BIBLIOTECA • TORMENTO •

PRIMERA PARTE

I

Durante el día de primavera había llovido; pero al atardecer escampó, si bien duraba aún en la atmósfera una humedad densa y caliente. En las calles mojadas se reflejaban borrosamente las luces, achatadas y confusas, y ni el aire ni el reflejo estaban lavados. Por la avenida 18 de julio, la gente llenaba las aceras y desbordaba sobre la misma calzada, desde que los escrutinios habían empezado a indicar, sin duda alguna, la derrota del gobierno y el triunfo del Partido Nacional. Era el 30 de noviembre de 1958 y también en Montevideo ganaban los blancos. Aislados por la lluvia del día y por los malos caminos, algunos circuitos electorales demoraban aún sus informaciones, pero no había que esperar más para saber que el Partido Colorado había sido batido en todo el país.

—Esto es grande —había escuchado decir Calodoro, en camino hacia casa de su padre—. ¡Después de noventa y cuatro años!

Hacía noventa y cuatro años que en aquella democracia tan bien dispuesta los grandes partidos no rotaban en el poder. Y aunque acaso iban ya pareciéndose demasiado uno al otro, la fatiga de aquella larga dominación estaba sintiéndose y acusándose en todos los órdenes.

Julio Calodoro era, en medio de aquel gentío de ideas encontradas y de entusiasmos tan simples, un ejemplar fuera de serie. Tal vez comenzaban a ser cada día más quienes no querían ya ser llamados —contra una mera propensión de infancia, contra el viejo y descascarado color de hogar— blancos o colorados, tan sólo porque sus mayores lo habían sido, ya vinieran de los orígenes del país o de la inmigración más reciente. Comenzaban a ser cada día más, pero aún parecían mal asimilados por aquella sociedad de opciones dilemáticas: blancos y colorados, Peñarol y Nacional, presidencia y colegiado. Comenzaban a ser más y a pensar que las opciones

que importaban surgían de disyuntivas menos fáciles, menos sentimentales, menos arbitrarias. Caminaba en medio de la multitud, una multitud de clase media, civilizada y tranquila, que festejaba cautamente un triunfo que creía ir adivinando y que las últimas cifras podrían después cambiar en los detalles.

Tenía ahora cuarenta años, y el tiempo se le había ido en viajes, Universidad y periodismo. Había dejado de ir a la Universidad, aspiraba a escribir cada vez menos artículos, notas y editoriales; ambicionaba viajar todas las veces que pudiera, irse y volver para tornar a irse. Vivía solo, si se excluye la compañía intermitente de Matilde; solo pero cercano a la casa de sus padres, en un apartamento céntrico, atiborrado de discos, de cuadros, de libros. Por sus ventanas de un sexto piso podía ver el mar —a veces castaño y revuelto (ese «río de sueñera y de barro», al que habían cantado desde el lado argentino), otras veces veteado de azul y verde, con la entrada de la onda oceánica— y también los techos y las chimeneas, el cielo azul y el hollín de la ciudad. No había nacido en Montevideo pero le pertenecía desde sus diez años y lo quería como a ningún lugar en el mundo. A pesar de eso —desasosegado e incierto, conflictual e inseguro— no había hallado aún el rincón en que un hombre pueda retirarse a madurar a solas, expuesto a la sensación del tiempo que lo recorre, lo gasta y lo enriquece. Algunas noches del pequeño habitáculo estaban llenas por el recuerdo de la mujer, otras por el gusto de un libro o de una borrachera. El tiempo pasaba sin heroicidad sobre esos usos que su cuerpo le daba.

Había dejado ya la redacción donde todos seguían pendientes del nuevo boletín del Ministerio del Interior o del último telegrama de campaña. Había estado en su casa, se había bañado y marchaba ahora a visitar a su padre, zigzagueando entre los automóviles empavesados de banderitas, de números, de carteles, de frases huecas; los mismos gallardetes, las mismas cifras, las mismas palabras que habían cebrado el asfalto y constelado las paredes, el plinto de los monumentos, los andamios de las obras, las columnas de energía y hasta el muro de los estadios y de los hospitales, en esta capital que había vivido durante tres meses el arrebato vacuo de una fiebre periódica, ese arrechucho que —como los del paludismo— castañetea los dientes del ser en que hace presa y un día súbitamente lo abandona, sin dejarle mejor y tan sólo más neutro, extrañado y ausente, como olvidándolo.

Este era el estilo de vivir y de agitarse de toda aquella

gente, vivir y agitarse como en un parque de diversiones, lejos por igual del peligro, de la salvación y de la muerte.

Pensaba que todo aquello que a él le rodeaba sin comprometerlo (aquella oleada de jactanciosos que habían apostado y ganado y ahora salían a acreditarse públicamente su perspicacia) estaba en cambio golpeando contra el abrumado desánimo de su padre, royéndole los nervios, postrándole e irritándole a un mismo tiempo. Porque su padre sí que era colorado y debía estar asistiendo a un derrumbe que de algún modo le parecía el propio.

—Es extraordinario. Esto debe verse una vez cada siglo.

No sabía si quien acababa de decirlo, a su lado, se asombraba o burlaba, porque la sensación del ridículo individual o colectivo era constante y aguda en aquel pueblo, tan hecho a la calma, a la llaneza de un destino sin accidentes ni sobresaltos, a la absurda idea de su superioridad, que sólo debía a la eliminación inicial de algunos problemas que a otros los punzaban y acosaban.

Pero no era extraordinario. Era pequeño y común, por detrás de lo aparentemente insólito del resultado. Y era también pequeño y común que estuvieran festejándolo aquellos que cuatro años antes habían celebrado un triunfo diferente, y que dentro de cuatro se lanzarían detrás de otra nueva pista de lo probable, ansiosos de no frustarse por error en la conjetura, anhelantes por saber de antemano quién ganaría y por seguirlo hasta el fin.

Más allá de sus cuarenta años todavía jóvenes y de su poca historia como individuo —por la admisión de un curioso destino personal, que parecía determinado a amortiguar las virtualidades de su inteligencia—, Julio Calodoro veía ahora los setenta y siete años de su padre, un médico que había vivido más de cincuenta en la tarea desinteresada de agotar su vocación sin ensalzarla y los últimos veinte en el escrúpulo de la familia y de la reflexión, despidiéndose de un mundo al que seguramente ya no comprendía, y que seguía midiendo y juzgando según sus viejos cánones primarios de hidalguía, virilidad, obstinación y decencia. Para el viejo doctor aquella noche estaba consumándose algún efecto de desmantelamiento interior y de ruptura con el medio, cavándose en pocas horas un foso infranqueable.

Dejó atrás la calle y los gritos y subió hasta el piso de su padre, a unos veinte metros de altura sobre la misma avenida 18 de Julio. Sentado en su sillón predilecto, la luz baja y el diario sobre las rodillas, escuchaba el murmullo de des-

gracia progresiva que iban refiriendo los noticieros. Vio y besó aquella cara fláccida y huesuda, buscó los nobles ojos tras los bolsones enrojecidos de aquellas ojeras.

—¿Has visto? —dijo el padre—. Ganan los blancos.

No era una pregunta, porque para él era evidente que su hijo ya lo sabía; y tampoco tenía el tono de una lamentación, porque era también evidente que al hijo, inclinado a enjuiciar y a desestimar por igual a los dos grandes partidos, aquéllo no le importaba del mismo modo que a él, desde que se daba a racionalizarlo con otro alcance.

Julio no dijo nada. Se limitó a sentarse a su lado y a ponerle una mano sobre su rodilla, mientras le quitaba de allí el diario, al que echaba una ojeada y ponía de lado. No podía sentirse igual que su padre, y aquella noche el abatimiento hacía que el viejo irradiara el aire honesto y criollo, enterizo, que tanto le sentaba. El se sentía entonces más complejo e impuro, más impotente. Su padre tenía la perfección de estilo que da el reposo del tiempo, él las angustias y las incertidumbres de no haber encontrado todavía en su mundo el encaje que buscaba.

Desde aquel año de 1864 en que, a la entrada del Cabildo, habían asesinado a Bernardo P. Berro, los blancos habían desaparecido de las alturas ostensibles del poder. Pero como el civilismo había sustituido hacía cincuenta y tantos años a la crudeza de guerras y pendencias, por debajo de ese largo ostracismo habían vuelto a medias, se habían asemejado a sus adversarios, habían pactado y convivido (convivido y condividido) con ellos, desentendiéndose de sus sinecuras menores tan sólo en la víspera de los comicios, para ofrecer la cara de unas esperanzas distintas. En esos noventa y cuatro años estaban también el asesinato del general Venancio Flores (para vengar el de Berro), la presidencia del General Lorenzo Batlle Latorre, la tiranía de Máximo Santos, el Quebracho, la presidencia de Herrera y Obes, la Revolución del 97 y el asesinato de Idiarte Borda, la dictadura de Cuestas, el surgimiento de Batlle, la revolución de 1904, la muerte campal de Saravia, la era institucionalista y el golpe de Estado de 1933. El tiempo que iba desde lo contado a lo vivido, las jornadas leídas en los libros de texto y las jornadas de las que Julio tenía una directa memoria de adolescencia.

Y ahora, en ese año 1958 —el año del viaje de Nixon, de la insurgencia beligerante de la Universidad, del Premio Nobel a Boris Pasternak— el largo imperio del Partido Colorado tocaba fondo; y todo podía contribuir a que se creyera en el

advenimiento de lo que la propaganda política llamaba la Nueva Era o los Nuevos tiempos. Pero —reflexionaba Calodoro—, ¿podía confiarse en que realmente estaba sucediendo algo?

Su padre, sentado frente a él, seguramente lo creía, con pena y con nostalgia, con ese aire de honrada compunción con que la gente desinteresada se despide de lo que nunca pensó aprovechar pero le gustó saber que existía. Julio, en cambio, no podía creerlo. Había estado en Bolivia en 1952 y había visto las huellas, el tatuaje a fuego y el hervor vivo y tumultuoso de una revolución flamante. Había caminado entre los indios armados de Huanuni, Colquiri, Papel Pampa y aun Villa Victoria, a las puertas mismas de La Paz. Había estado presente cuando, en unas estribaciones montuosas, cerca de El Alto, habían desenganchado de unas zarzas —ennegrecido, quemado, andrajoso sobre un huracán mortal de desgarrón y hueso— el cuerpo de un minero que se había batido, con sus cartuchos de dinamita, para cercar al Regimiento Bolívar. Y había visto flotar en el aire un sentimiento de nación, había visto echarse a andar una dura empresa de liberaciones y de riesgos, empujada por una turba febril y reivindicativa, cuya miseria era inocencia y fraternidad, en el aura incorfortable, deflagrada de pólvora que aún la envolvía. Había estado en Chile y había visto a los mineros de Lota emerger de las minas de carbón y de sus galerías bajo el océano, plegados en dos, engrasados y ennegrecidos y percudidos en la arruga del rostro anegada de polvo de hulla, saliendo —entumecidos y transidos, la lámpara de acetileno muerta sobre la frente, bamboleantes los brazos simiescos inservibles hasta el día de mañana—, hirsutos y otra vez asombrados al reencontrar la superficie de la tierra y de poder echarse a andar hacia sus chozas. Hacia sus chozas ya aplastadas en la noche, a la orilla del Pacífico, hacia sus jergones y hacia los ventanucos donde una andariega luz de vela titilaba y desaparecía; a lavarse con el agua salobre de los pozos excavados junto al océano, a comer un trozo de pescado o un humeante cocido y a tenderse sobre el suelo que el resto del día sólo existiera como un conato de pensamiento imposible sobre sus cabezas. Y allí mismo, un poco más arriba, dominando la desembocadura del Bío-Bío, volviéndose hacia las mismas aguas cantadas por Ercilla, un palacio italiano de mármoles y un jardín cuyas flores presumían, en pequeños carteles, de ser regadas tan sólo con agua potable, anochecían solos, esperando la quincena estival en que vendrían a habitarlos, lejos de las minas y los

dividendos (que el resto del año pasaban a francos circulantes en París) los refinados señores de Cousiño, los hijos y los nietos del pionero, los hermanos y los sobrinos de la viejecita virginal y demente vestida de color rosa que, tras muros de color también rosado, se amustiaba, rodeada de sirvientes, en su espaciosa y lóbrega mansión de Plaza Baquedano.

Conocía esa faz cruda de América, había sentido por igual la voz del ruego, de la fraternidad y de la amenaza, y esta muelle posibilidad de cambio abstracto que se veía ahora y siempre en su Uruguay no podía parecerle importante, no apuntaba en su concepto a nada. Esta era tan sólo una mutación «a la uruguaya», acolchada por el previo concepto de nuestra suficiencia para regir los hechos sin que jamás se nos escaparan, para treparnos al carro de los hechos tras haberlo dejado esperar cuanto quisiéramos, seguros de que nunca nos dejaría a pie.

—Lo que es la ingratitud de la gente —dijo el padre—. Casi todos los que están festejando estas elecciones han de estar debiéndole favores al batllismo.

Su misma formación liberal hacía que su padre jamás pensara en planos más trascendentes, que jamás concediera espacio a los factores de determinismo social. Todo se resolvía para él en el terreno de las actitudes morales y de las consecuencias cívicas. Ese era también el terreno más trillado por quienes, esa misma noche, perdían junto a él.

—Y esto —dijo el padre, con tono de aprobación admirativa y no de reproche—, sólo es posible gracias al voto secreto, que el mismo Batlle les concedió.

Todo lo que había en el país había sido hecho por Batlle, en su concepto. Los autores materiales de las iniciativas, los redactores de las leyes le importaban poco. Batlle era el soporte espiritual y el responsable político. Y todo lo que el doctor había visto en los últimos cincuenta y tantos años estaba lleno —tal era su imagen— del voluntarismo emprendedor y generoso de Batlle. Nada aparecía a sus ojos arrancado a una disputa, como hostigado producto de una transacción o una conminatoria. Batlle lo había dado sin que nadie hubiera estado radicalmente en la condición de exigírselo; tal era su tesis frente a todas las conquistas políticas y sociales que, como batllista, tanto le enorgullecían.

Mientras piense en la ingratitud, mientras sólo vea la imagen del comité vacío, del que han desertado todos los merodeadores del éxito, mientras tenga obsesivamente ante sus ojos un piso de cuarto secreto lleno de sobres arrugados y de listas coloradas hechas trizas, no comprenderá la culpa de los que han perdido, a pesar del disgusto frecuente que —lejos de los días de elección—, ha podido sufrir por causa de ellos y ha estado dispuesto a olvidar en cuanto llegara la ocasión de votarlos. Batlle les había concedido el voto secreto, la instrucción gratuita, la ley de ocho horas, los servicios públicos nacionalizados, la misma democracia de partidos. ¿Eran esas razones suficientes para ponerse hoy contra su hijo o contra su sobrino?

Pero la hora de la derrota podía llegar a ser una hora de balance. Sosegado, aposentado en la calma de su vejez, él nunca había sido un aprovechador o un arribista. Era del viejo grupo de hombres que habían dado a la política más de lo que le exigía; había arriesgado sus posiciones por seguir sus principios, cuando el cisma había sido entre los mismos colorados, en 1933; y nunca había tenido un desfallecimiento, una irresolución, un cálculo innoble de conveniencia para hablar, para pedir o simplemente para callar.

—No hemos querido ver lo que no nos gustaba —decía ahora.

La multitud seguía pasando abajo, entonando estribillos que llegaban por las ventanas abiertas; y entre esa multitud que discurría lentamente, comentando y ocasionalmente gritando, iban los automóviles a paso de hombre, abriéndose camino con tres toques cortos y casi unidos de bocina, que remedaban las tres letras distintivas del sector blanco al que esa noche se daba por triunfante: u-b-d. De tiempo en tiempo, un cohete estallaba en las más altas placideces de la noche, a la altura del piso en que vivía el padre, y comunicaba una conmoción espasmódica a aquel bullicio aminorante, a aquella teoría de vencedores que se había desplazado bajo la llovizna y ahora bajo el ronco cielo sangrado de luminosas, como acto de afirmación previo al rito de irse a dormir.

«No hemos querido ver lo que no nos gustaba». En este punto, tácitamente, Julio y él estaban de acuerdo. El hijo pensaba ahora en otra tarde de veinticinco años atrás: en el crepúsculo del 31 de marzo de 1933. Desde la mañana se sabía que Gabriel Terra había derribado a las Cámaras, sin una sola resistencia, y había proclamado una curiosa revolución, desde las alturas del mismo poder que un año antes recibiera sin drama. Era «la revolución de marzo», como se le había llamado. Su padre, como batllista auténtico —batllista «neto», según se decía en la jerga política de aquel tiempo—, había estado contra Terra y no lo había recatado. La única expectativa de aquel largo día —un día sin liceo, una corta vacación

por causa de revoltijo estudiantil—, había estado cifrada en la actitud de Brum. Pequeño, enhiesto, empuñando pistolas en las dos manos, Baltasar Brum —que había sido presidente de la República y amigo de Terra—, personificaba toda la resistencia al golpe de fuerza, de pie a la puerta de su casa, en la céntrica calle Río Branco, rodeado de unos pocos amigos. Era un posible líder del contragolpe bloqueado por cordones policiales, mientras la gente lo miraba desde atrás de esas barreras, o se tomaba —como el joven estudiante Calodoro lo hizo— el tranvía para pasar por la esquina y, desde la plataforma, verlo parcialmente, atisbarlo detrás de los árboles y de los pacíficos e impotentes corrillos de público.

Brum había esperado todo el día, había aguardado algo, había quizá confiado en alguien. Y ya a media tarde, cuando se había hecho evidente que nadie acudiría hasta él con energía bastante a torcer el curso de los sucesos, había cruzado hasta la mitad de la calle y se había suicidado disparándose un balazo en el corazón.

Recordaba la llegada del padre a la hora del crepúsculo, su palidez crispada y la frase mínima —«se mató Brum»—, con que les había comunicado el desenlace de toda aquella historia que les hiciera viajar a lo largo de las pesadas horas de aquel día. Se mató Brum. Y su madre, que no se interesaba en los partidos, que no tenía tradición colorada sino blanca, que seguía a distancia, y con una sensatez llena de sabiduría, el espacioso juego de la disputa electoral de los hombres, había roto a llorar. Julio no pudo soportar aquel llanto, el primero que había visto y escuchado en su madre, un llanto digno y quedo. Ella, tan tranquila y dueña de sí, se había puesto a llorar (ante la idea de que la muerte volviera a entrar en política), repartiendo su conmiseración entre la escueta figura de Brum y aquella historia acre de guerrillas, emboscadas y degollatinas de que estaba sembrada su memoria de la infancia en el campo.

No había podido soportar aquel llanto y había subido a la azotea de la casa, entonces otra y fuera del centro de la ciudad. Había visto el cielo azul tirante de la tarde, su costado truculento de ocaso, la vasta extensión blanquecina de una calera cercana. En ese mundo, igual al de ayer, Brum ya no existía.

Ese había sido el punto de partida. Para su díscola predisposición de adolescente, la dictadura había sido un coracero apedreado en la esquina de la Universidad, una desenfrenada correría por calles estrechas, la pavorosa sensación de dos bo-

cacalles cortadas por la caballería policial; eso y la inabordable y magnífica Isla de Flores, donde se confinaba a los presos políticos, donde estaba el amigo a quien su padre solía enviar cigarrillos, ropa y libros. Pero habían pasado veinticinco años y ahora era la Isla de Flores la que montaba a caballo, era un antiguo preso de la isla quien lanzaba la cabalgata de la Guardia Republicana contra los estudiantes en huelga y algarada. Y aquel cuarto de siglo medía lo que separaba la bizarría impotente de un partido de su madurez opulenta y mezquina; su rabia, de su engreimiento. La rabia le había permitido volver, el engreimiento estaba condenándolo a irse. Los países sin mayor historia consumen muy rápidamente sus ciclos de credulidad y esperanza, eligen a un hombre y desertan de su alrededor. El Uruguay estaba también ahora probándolo y haciéndolo; pero el estilo de la política que unos y otros habían estado de acuerdo en inventarle, hacía que la esperanza se retrajera y afluyera de orilla a orilla igualmente viejas, igualmente baldías y desérticas.

—¡Pobre país! —volvía a reflexionar su padre, en voz alta. Y también aquí podían ponerse de acuerdo. Para su padre era el final de una carrera de ciudadano que había empezado en el 904, en los batallones universitarios de Guardias Nacionales, bajo el mando de don Jorge Pacheco, y que había tenido sus arrestos de libre pensamiento en el Club Bilbao y en sus intransigencias de jacobinismo civilista. Con ademán desafiante, un puñado de jóvenes apostrofaba a la Masonería, aunque con el tiempo algunos de ellos llegarían a integrarla. «La masonería domina en el Ejército». «La masonería domina en la Justicia», había oído decir Julio, desde su más temprana infancia; y quería labrarse «un camino de luz, como un tajo entre las tinieblas del oscurantismo», según una ya soterrada y negada frase de su padre, que el hijo había leído una vez en un periódico de la arcaica cruzada. Y aquel hombre, con sus lecturas de Spencer, Augusto Comte y Gabriel Terra, había lamentado ser ya demasiado viejo «para largarse a los montes» en el 33. «Ah, si yo volviera a tener tus años, muchacho» —le decía, y seguramente le habría impedido por todos los medios que se emancipara para alejarse de su lado y acudir a pelear por «la causa de la legalidad», si al confuso estudiante se le hubiera ocurrido intentarlo. A Julio todo aquello le resultaba —con la perspectiva de unos pocos años—, ingenuo, tremendamente ingenuo e inactual, trágicamente expuesto a la confluencia del riesgo y del candor por asumirlo, en el caso de algo que ya no lo valía. Se veía de quince años,

marchando silenciosamente al lado de su padre, mientras la gente llevaba en hombros y a la deriva el ataúd, gritando «¡Brum, Brum, Brum!», un nombre que percutido machaconamente por la multitud tenía algo de trueno y amenaza; pensaba en las coronas y las flores junto a la estatua de Libertad, en aquella militancia por un concepto de libertad con las entrañas vaciadas, de libertad autopsiada por el liberalismo y la burguesía, en el que Julio Calodoro ya no podía creer y al que sus mejores contemporáneos no consentían ahora en tener por sagrado. Pero para su padre, esa Libertad de molde aún importaba y alentaba; y moriría creyendo en ella, en «los buenos y los malos» del golpe de marzo, en el bien y el mal de las guerras mundiales, en el ángel y el demonio vueltos a escena en el actual enfrentamiento de los dos grandes poderes que forcejeaban por dominar el mundo.

Los buenos y los malos, los colorados y los blancos, el antimarzismo y el marzismo, la democracia y el nazismo, la democracia y el comunismo, los pares conflictuales y eternos a través de los cuales él seguía viendo desplazarse la historia. Y una simpatía anárquica por el magnicidio le había hecho exaltar la figura de Arredondo cuando matara a Idiarte Borda a la salida del Te Deum del 25 de agosto del 97 y a Bernardo García cuando hiririera a Terra en el Hipódromo. De alguna manera, Batlle era el único depositario de poder político en quien él no podría haber concebido nunca la idea de la arbitrariedad, del egoísmo o de la injusticia. «Batlle era demasiado grande para este país» —decía—. «Para este país cuya sigla se ha vuelto una marca de cigarrillos» —replicaba Julio, tan sólo para exasperarlo con su estilo de denuesto cínico y gratuito, haciéndolo retomar el costado de patriotismo que sólo momentáneamente había dejado de lado, para sustituirlo por una pasión civil aún más ardiente.

De viaje por Europa, años atrás —cuando el doctor aún no era tan viejo, y mantenía una opción posible para reordenar sus conceptos—, Julio le había escrito sobre su clarividencia de ver a escala el conformismo nacional, esa tónica de optimismo y superioridad que estrenara el liberalismo colorado y ahora estaba ya entrañablemente contagiada al conservatismo blanco. «Me reconcilio paradojalmente con mi país —le escribía— al comprobar que no es tan perfecto como creen ustedes los batllistas, al confirmar que al lado de las facilidades de origen están nuestros ombliguismos, nuestra pedantería ateniense y nuestro irrealismo. Europa es una hermosa lección de humildad, viejo. Me gustaría que la hubieses co-

nocido. ¿Y por qué pongo en pasado esta probabilidad?: me gustaría que la conocieras. Uno se da cuenta, aquí, de que descansamos aún sobre muchas facilidades venturosas, ni ganadas ni revisadas. ¡Que nos duren! Y que nuestra superioridad —alardeada sobre gentes en quienes la vida es más dura, más golpeada por la tragedia o más precaria, o más acosada de problemas y más difícil—, es una forma fatua y bobalicona de postular la inocencia por encima de la experiencia. Porque esa vida más difícil de aquí, es también una vida más plena e interior, más rica y más hermosa. Tenía razón el que dijo que si tanto nos enorgullecemos de ser un país de blancos, sin población india ni mestizaje, y si eso nos da derecho a creernos tan grandes y tan cultos, debiéramos levantarle a Bernabé Rivera, que acabó a trabuco y lanza con los últimos charruás, un monumento por lo menos tan grande como el que le hemos levantado a Artigas. Porque Artigas, en todo caso, es el apóstol de las seguras dificultades y de los posibles progresos que mentalmente hemos resuelto saltarnos».

El padre se había limitado a contestarle cotejando y averiguando impresiones de viaje, sobre sitios, costumbres, costos, deslumbramientos concretos. Aquella requisitoria del periodista puesto a sociólogo, había quedado arrumbada al fondo del cajón donde guardara las cartas. Y no habían sido reflexiones tan ilustres como para merecer otra suerte.

La calle bullía abajo. El golpe del 33 los había mezclado, poniéndolos juntos como gubernistas y juntos como opositores, juntos como perseguidos y como perseguidores, entremezclando facciones de uno y otro color en ambos bandos. Pero ahora, al cabo de veinticinco años, habían vuelto a reunirse por el color, superando la memoria de sus agravios y sus tenues diferencias de ideología. Se habían reagrupado por el cintillo, de una manera casi instintiva. Era el resultado irracional en que concluía la evolución de aquella edulcorada democracia; y los blancos estaban celebrando —más que un triunfo— el fracaso del adversario, en aquella tradición de «la redota», que venía desde los días fundacionales de «la patria vieja».

—Al país le hará bien —se había consolado el padre—. Y al Partido Colorado también. El poder desgasta.

Era increíble —pensaba Julio—, que pudiera hablar del Partido Colorado como de una categoría del pensamiento, como de una actitud ante la vida.

Sabían entenderse sobre zonas de misterio y de distanciamiento, sobre el equívoco de palabras que tenían —para

uno y otro—, muy distinta carga; podían criticar a Perón uno y otro por los fundamentos exactamente contrarios, el padre en nombre del Barrio Norte, el hijo en nombre de los ideales invocados y falsificados. La vida cubría esos tramos; la vida particular y la relación que los habían unido prevalecían por encima de toda contradicción dialéctica, de la tesis y antítesis generacionales.

Pensaba ahora, con desleída ternura, en la historia de su primera connivencia, en el episodio que por primera vez lo había hecho sentirse importante, al compartir con su padre un secreto, al haber llegado a tener junto a él la vislumbre de una fugitiva complicidad.

Vivían entonces en Melo, donde su padre dirigía el hospital. Y era la época del auge legendario de Martín Aquino, homicida y matrero, perseguido por las policías de varios departamentos, solo, feroz e inapresable. Las criadas le contaban admirativamente, para que él se durmiera y también para que tuviese pesadillas, las historias del cuatrero, sus encuentros con guardia civiles y soldados, con partidas fronterizas y con vecindarios armados. De alguna manera, al estilo de un bandido calabrés o siciliano, Martín Aquino estaba aureolado de gallardía, de romanticismo y de enigma sentimental. Como ellos, se batía solo y a pecho descubierto; como ellos, había resuelto exitosamente hasta la penúltima aventura. Pero luego de esos meses de relatos semifantásticos y de expectativa, Martín Aquino había sido delatado, mientras visitaba a una mujer, en un rincón perdido del departamento de Cerro Largo; y una patrulla lo había destrozado a balazos y puñaladas cuando, asediado el rancho, se había lanzado por una de las ventanas, a combatir y a morir. Un mediodía el padre, al regresar del hospital, había traído la noticia: el cadáver de Aquino había sido llevado al hospital, a lomo de caballo, vadeando arroyos y marchando bajo la lluvia y el temporal. «Está hinchadísimo, casi irreconocible» —había agregado el padre.

El chico de pocos años que era entonces Julio, había sentido la fascinación de aquella proximidad. Su héroe muerto y su padre guardaba la entrada de aquel sitio. A media tarde, sin decírselo a nadie, salió de su casa y, por primera vez en la vida, se arriesgó solo a través del pueblo, en viaje hacia el hospital. Atravesó baldíos que conocía, donde iban a menudo —en la vigilante compañía del padre— a jugar al fútbol o a remontar la portentosa cometa de seda («Le Diable») que le habían mandado como regalo, desde Buenos Aires. Pasó esos campos delimitados por tendederos de ropa y por deterioradas

casitas de un vago color ocre o rosa; y se internó luego, más allá de lo conocido, en el trayecto de campos alambrados que separaba al pueblo del hospital. La sensación de mundo incógnito era, con todo, menos excitante que el fin mismo de la aventura: estar frente a Aquino, confrontarlo con la imagen de tantas noches de fantaseo. Respiró y se sintió más seguro bajo las palmeras que conducían al edificio del hospital, caminó por su sendero de grava roja entre los bordes del pastizal hirsuto, preguntó por el director y se anunció como su hijo. Con una larga túnica blanca, el padre apareció casi despavorido:

—¿Qué pasa?

Lo tranquilizó, con una apariencia de cordura que era la mejor forma de validar su insensatez:

—Nada, papá. Quiero que me dejes ver a Martín Aquino.

—¿Y te has escapado de casa para eso?

El niño asintió con la cabeza.

—¡Qué locura! —reflexionó el padre, y él descubrió un fondo admirativo, de aquiescencia viril en el aparente tono reprobatorio de las dos palabras—. Tu madre va a darte una seria penitencia cuando lo sepa.

«Tu madre»; él empezaba por excluirse del castigo, y el niño pensó que con aquel deslinde previo cualquier penitencia se le hacía tolerable. Su padre *lo comprendía.*

—Sí, ya sé. Pero igual quiero verlo.

—Estás soñando —le había replicado—. Es imposible.

Había estado soñando, efectivamente. Pero los sueños imaginarios daban derecho al sueño real, al cotejo desnudo y verdadero.

—Papá —había rogado el niño—. Sé buenito (y era la expresión que la madre usaba frente al hijo). Déjame verlo y después mamá me pondrá en penitencia.

El padre había accedido, finalmente.

—Bueno, te llevaré a echarle un vistazo, aunque sea un disparate. Pero un solo vistazo y nada más.

Y luego, con un tono ya ganado para la indulgencia:

—Espérame aquí un minuto, sin moverte. Y habiéndolo hecho sentar en una silla, había desaparecido por un momento. Con los años, le había confesado que en ese instante, sin saber todavía lo que haría, había corrido a telefonear a la madre, para decirle que el chico estaba con él, que no se preocupara.

Al cabo, había vuelto más aliviado y condescendiente, y

lo había llevado por corredores húmedos y oscuros, hasta la puerta de la morgue.

Habían entrado a aquella habitación enorme y fría y el padre había encendido la luz, una luz demasiado alta y débil, que daba un toque fantasmal a las cosas y a los rostros, lamiéndolos evasivamente. A un costado, sobre un catre, resaltaba un gran bulto, cubierto por una sábana rotosa, con desgarraduras cuyos bordes tenían un color indefinible que, a aquella luz incierta, podía ser equívocamente cualquier cosa, yodo, tinta o sangre.

Adelantándosele unos pasos, el padre había echado mano a un frasco depositado en una repisa de cristal y lo había puesto sobre la mesa de pino junto a la cual se detuvieran. Allí había tomado un trozo de algodón y lo había moldeado hasta darle la forma cóncava de un antifaz. Luego había vertido en él unas gotas del líquido, de olor penetrante, que había en el frasco (¿formol, éter?) y le había hecho tomar el algodón como si fuese un pañuelo en el cual sumergir la nariz. El, en cambio, no había creído necesario protegerse. Se había acercado entonces al camastro y había tirado de la sábana hasta descubrir un cuerpo enorme, con el vientre espantosamente inflado. La ropa parecía haber sido descosida, para que no estallara, y se veía que había sido también agujereada por los disparos y las puñaladas. Una mosca había comenzado a pasearse sobre la venda de lienzo, que fajaba unos intestinos presumiblemente deshechos; el padre la había espantado, hendiendo el aire con la mano, por encima del cuerpo de Aquino. El niño había podido mirar entonces la cara, la cara de ese primer cadáver con el que la vida inauguraba en él su serie. Era una cara de entreabiertos ojos oblicuos, una cara redonda de altos pómulos aindiados. La boca estaba apenas sesgada en un rictus que semejaba una sonrisa desdeñosa, floja, ambigua, como la de una estatuilla de Buda que había visto en casa de sus tíos, en Montevideo. Una mancha creciente en la barbilla casi lampiña, una mancha cianótica aumentaba la similitud con la estatuilla, que presentaba un mentón erosionado, por un bisel de desgaste. Julio tenía ante sí el reposo del «último matrero», de su gran héroe irredimible y mestizo; y no asumía de él una quietud de eterna sumisión sino la serena altivez de una última opción de su libertad: la de haberse escapado de la vida. Lo había seguido mirando, con un empecinamiento posesivo y simpatizante, hasta que su padre, extendiendo de nuevo la sábana sobre el cuerpo de Aquino, había hablado por primera vez en aquella pieza, para decirle «Vámonos». Antes de que dejaran la habitación, le había hecho poner las manos hacia arriba, en cuenco, y le había vertido un chorro del mismo líquido del frasco, haciéndoselas restregar después. Ahora pensaba que no debía haber sido éter o formol sino, simplemente, alcohol eucaliptado. Habían apagado la luz, habían cerrado la puerta y se habían ido.

Al regreso hacia la casa, de la mano del padre, los campos con sus ligeras protuberancias peladas parecían también ofrecer una yacencia tumefacta y panzona, y alguna colina abocetaba contra el fulgor del crepúsculo la cabeza del bandido, ya anegada en sombra. Pensar que había corrido por esos campos, jugando al fútbol o remontando su cometa, lo hacía convertirse instantáneamente en la mosca que había caminado con sus patitas negras sobre el lienzo. Hizo un esfuerzo por borrar esa imagen.

—Bueno —dijo el padre—. No vayas a decirle a tu madre que te lo he mostrado. No le gustaría.

El niño había asentido, en un silencio severo y orgulloso. Aquella era la inolvidable historia de su primera complicidad con el padre, un detalle de la cuestión que ahora esplendía con más fuerza que la visión del matrero en su camastro.

—Es preferible decir que te dieron ganas de venir a verme y por eso te escapaste.

—Sí.

Se hacía la noche alrededor de ellos, pero las luces de Melo ya estaban muy cerca. No sabía hoy, a treinta y tantos años, si todo aquel envite de secreto compartido, de compañerismo, de clandestinidad solidaria había sido o no una estratagema, para evitar que él contara la historia a sus hermanitos menores, a la novelería de las criadas. El padre prefería haberse (o fingirse) desmemoriado de los pormenores; pero contra esa posibilidad de lucidez incompasiva y tardía, él preservaba aún ahora —con una candidez semejante a la que en política descubriría a menudo en su padre—, el gran recuerdo de aquella primera comunión.

En penitencia, su madre lo había hecho acostarse a oscuras y sin comer, después de fustigar —ante los otros hermanos—, la culpa tremenda (e inevitablemente, la culpa prestigiosa y novelesca) que suponía aquella fuga. Y la penitencia había sido más bien un premio, porque le había dado un estímulo para seguir fantaseando, solo y en el centro de la noche, con la compañía semivisual, semiinventada, de aquel fastuoso y enorme cadáver que aparecía, adoptando las posiciones más inverosímiles, suspendido en el aire, oblicuo, avanzando su

cara de ojos chinescos, con una raya de mirada vítrea, sentándose, puesto de pie como un monumento, disolviéndose sonriente en una bruma lechosa y dulzona, con olor a eucalipto, para resurgir en seguida, alusivo, imaginativo, burlón, incesante.

No sabía si todos los hijos lo piensan de sus padres, pero a él le parecía haber conocido, en esa relación, a uno de los hombres más cabales que el trato de la gente le había deparado.

Todo era, en aquel hombre que Julio tenía por delante, fiel a un mismo estilo; la actitud del padre, las convicciones del ciudadano, el escrúpulo profesional. A los jóvenes de la generación que él representaba, Batlle les había ofrecido hecha una revolución antes de que hubieran tenido fuerzas para imponérsela. Había hecho accionar las primeras leyes obreras antes de que hubieran existido los sindicatos, había socializado la salud y la enseñanza antes de que se hubieran alzado a pedírselo los médicos y los maestros. Por eso el doctor le llamaba «visionario». Pero por eso mismo, también, conseguida a ese precio de dádiva, la conquista había ido estancándose, amanerándose y corrompiéndose, hasta abrirse —en una dehiscencia tranquila y dulzarrona de fruto en pudrición— en ese día o esa noche de la derrota, que el viejo batllista consideraba ahora con perplejidad, la mano apoyada en la mejilla. «No hemos querido ver lo que no nos gustaba», había dicho; y él mismo había participado de esos tabúes, hasta el extremo de curiosas proscripciones nominalistas: «Ese demagogo que habla por radio» era el circunloquio que usaba para aludir a Nardone. Y ese era la mesnada que los había vencido. «Al partido le hará bien; el poder desgasta». Lo cierto, lo que él rehuía confesarse era que estaba cegada en sus fuentes la virilidad cívica, y que en parte eso se debía a la existencia de un azar de anticipación llamado Batlle, un azar que había servido para abolir la lucha, el sacrificio, la simple fatiga. Y la clase media había hecho de la civilidad la imagen de puro anti-heroísmo, de la adaptación y del conformismo. Esas eran las caras de la convivencia y de la paz; y tenían que acabarse algún día.

Y luego, el Batlle de 1917 nos había dado el colegiado, para precavernos del caudillismo y del poder personal, él que los había cumplido y tenido más que nadie; y el colegiado había sido otra forma de castración en los orígenes: desdibujando la figura del hombre se desvanecían momentáneamente sus peligros. Quien abriera el camino nos prevenía luego de toda otra fuerza irruptora que la suya, eliminaba la imagen posible de su semejante para el futuro. ¿Por qué? Porque el Batlle

de 1917 tenía ya casi sesenta años y la sesentena es la edad más rapaz del hombre, aquella en que una fagocitosis creciente trabaja sobre una inteligencia lúcida, aquella en que el Eróstrato que lleva todo hombre empieza a desear que, en el orden de lo que él más quiere y más ha ambicionado, no se haga ya lo que él no haya hecho, y lo que haya podido hacer quede perpetuamente, sea intangible. Calodoro conocía ahora, en otros hombres que había tenido cerca, esa mezquindad carnal, posesiva y egotista de la madurez; y sabía así por qué el gran hombre amortizado y declinante nos había hecho recelar tan largamente del poder, de la violencia y de las revoluciones, como si las acomodaciones del progreso no precisaran nunca sacudidas, como si el mundo de la burguesía liberal fuera de arcilla y se aviniera a ser moldeado una vez y otra, hasta perder la forma originaria, hasta cambiar enteramente de apariencia y de estructura. Y lo que ahora empezaba a suceder decía a las claras que ese mundo no lo aceptaba y echaba por la borda a los descendientes del visionario, porque los profetas no tienen sucesión directa ni colateral.

—Entre César y Luis han arruinado el partido.

Lo mismo que su padre, debía estar pensando ahora todo el país, porque la obcecación de los parientes era curiosamente decisiva en la suerte de esta democracia que, a pesar de su ilusión de cambio, estaba volviéndose cada vez más anquilosada y remisiva. La prueba por el absurdo de las limitaciones de ese régimen había sido, durante años, la alternativa de elegir entre hijo y sobrino. Mientras el mundo, acatando una fama no puesta al día, la exaltaba, esta perfecta organización institucional se comprimía hasta concluir en una opción tan pobre, tan exigua, tan artificiosa. ¿Había tenido su padre que esperar a que ambos fracasaran, para haberlo visto recién esta noche?

El avestruz parecía haber sido desde años atrás el animal emblemático de la política nacional: no hemos querido ver lo que no nos gustaba. Pero, aun escamoteando la mirada, había estado delante de todos el espectáculo de los pequeños caudillos, afluentes y tributarios de los otros, acarreando su gente paga en camiones a los actos de barrio, para medir fuerzas ante el gran elector blanco o colorado, ante el árbitro de su porvenir, que se suponía también el árbitro del país. Calodoro había podido ver la apoteosis de tamboriles y demagogia en el Palacio Peñarol. Había visto el estadio cerrado con aquella audiencia que golpeaba en las lonjas, se contoneaba y aullaba, comía, bebía y deliraba, mientras la Doctora —los brazos en

alto o allegándolos al corazón en su ademán abarcatorio— decía amarlos y precisar sus votos para la salvación de la patria. Y había visto cómo, al término del acto, dos motos con sirenas abrían paso al desfile de los tamborileros, oscuros y de pie en los camiones, percutiendo una degenerada reminiscencia de la vieja música de esclavos africanos, ebrios de una dudosa felicidad colectiva. En eso estábamos. En eso y en la incongruencia del hijo de Batlle que, viejo de más de setenta años, decía a los electores: «Mi padre quiso crear una república, no una dinastía», y luego de eso se postulaba para presidir el gobierno.

Todos padecían de aquel quietismo paradisíaco, todos ofrecían el orden, la sensatez, la austeridad, el equilibrio y la cordura. Nadie prometía el progreso; el progreso parecía allí una noción imposible. O conservar lo que había o volver al estado de cosas anterior a los más recientes deterioros; esa era toda la discrepancia entre los políticos, en una sociedad de poco más de cien años de vida. El progreso debía parecerles una noción vetusta y positivista, como si la misma textura del porvenir se sujetara al uso que de la palabra hubieran hecho las doctrinas del pasado. Y entonces —¿cómo no habían podido verlo?— llevaban todas las de perder quienes habían hecho del progreso la bandera en otros días de su historia. Podía creerse más en la responsabilidad, en el buen juicio, en la mente de banqueros de quienes tenían la tradición del Orden. ¿Esa era la revolución que estaba comenzando esta noche, la revolución involutiva?

Y, sin embargo, era evidente que el pueblo, abrumado de propaganda, tanteaba el posible sentido de un cambio. Cuando, cuatro años atrás, algunos candidatos habían hecho volar días y días un avión sobre Montevideo, para repetir obsesivamente —en un gran zumbido-- «Proteja sus libertades, cuidado con los hombres fuertes», el supuesto hombre fuerte había triunfado. Y cuando ese hombre fuerte, ya trabajado por las circunstancias, había echado a andar la frase «No haga pruebas con su voto», resplandecía como inevitable que hubiera tentado al público a que precisamente las hiciera.

Cuide, defienda, proteja eran verbos defensivos, consignas de retracción haciendo las veces de un programa. Los descendientes del único revolucionario se habían hecho conservadores, se dirigían a la pequeña burguesía y excitaban su fijismo, su sentido histórico y visceral del conservatismo. Pero como su antecesor había comenzado por hacer la obra antes del peligro y del precio, antes del sufrimiento y de la lucha, la gente había acabado por creer que la seguridad y la placidez estaban

por igual en todas las opciones, y consiguientemente no sentía ningún temor y sí sólo un liviano escozor de cambiar, de sancionar, de probar.

También era posible pensar que esa gente cambiaba en las apariencias para conservar en el fondo. «Mi padre quiso crear una república, no una dinastía»; lo decían y la frase llamaba a votar por la república y contra ellos, que eran los dinastas. A votar de ese modo y a confiar la custodia de los bienes a conservar a quienes no habían hecho históricamente mayor cosa para que fueran obtenidos. La decencia, el orden, la permanencia eran también banderas.

—No haga pruebas con su voto —estaba diciendo ahora Calodoro—, ha sido como decirle a un niño: Cuidado con tu pistola, puede escapársete un tiro y herirte. Para ilusionarse con el juego, el niño tiene que suponer que su pistola pueda dispararse contra otros. Pero nadie habrá de conmoverle previniéndole que no vaya a dispararla contra sí. Porque entonces le demostrará que sabe que la pistola es de juguete.

Cuando —de tiempo en tiempo— el pueblo sentía la instintiva necesidad de un cambio, los políticos se ponían de acuerdo para convencerlo de que esa ansiedad debía cuajar en otra reforma de la constitución. Era el gran comodín de la dinámica de aquella sociedad, si había de creerse a los políticos. Era «el progreso manuscrito», como alguien había dicho. Pero el hombre de la calle estaba dando muestras de que se desentendía de tales panaceas de papel.

Julio tenía —en la memoria de los desacuerdos recientes con su padre— una imagen de ese formalismo decoroso y pudibundo. Un día le había dicho aquello de que la sigla del país había servido para la marca de un cigarrillo y para una cadena de cervecerías —Rodelú— y otro, más audazmente, que un amigo suyo llamaba al país República Oriental de Burburay. «¿Por qué Burburay?», había preguntado el padre. «Burburay, de Burbur», había agregado él con intencionada vaguedad. «¿Y qué es Burbur?» «No es una palabra tribal: es simplemente la repetición de la sílaba inicial de nuestras dos realidades fundamentales: burguesía y burocracia». «No tiene gracia —había comentado el padre con irritación apenas contenida—. No tiene gracia y es insolente. Es ese tipo de cinismo el que está haciéndonos tanto mal, destruyéndolo todo».

Y era que la generación de su padre tenía otro estilo, y ese estilo todavía duraba como el modo oficial del país. Todas las mañanas se enjuagaba la boca con grandes palabras —Libertad, Democracia, Instituciones—, y con el tiempo se había

ido convenciendo de que aquellas categorías valían antes que y contra todo cambio; y eran buenas para ser preservadas, con desconfianza de cualquier mutación. Había una estratificación y una complacencia, como si definitivamente se hubiera alcanzado el final del proceso histórico, y se viviera, desde hacía años, en el clima del futuro perfecto, en la mejor perspectiva para juzgar con indulgencia y bondad los cambios de los otros, desde aquel plinto de la sociedad ideal, cuajada e inmutable. Aquello nos daba el derecho a mirar a los vecinos de América Latina con simpatía pero también con distanciamiento, comprensivamente pero sin ánimo de identificación con su destino: ellos estaban atrasados, en función —a veces— de sus mismas potencialidades. En Brasil se suicidaba Vargas, en Argentina habían derribado a Perón, Bolivia vivía su revolución nacional, Paraguay sufría una dictadura atroz; sólo nosotros teníamos el orden irretocable, el civismo sin mácula, el dechado de las instituciones en reposo. Aunque el futuro era de ellos, con su caucho, o su petróleo, o su estaño, o sus maderas, y no nuestro. Un día íbamos a quedarnos solos y últimos. Pero, por ahora, nosotros no teníamos drama. Y eso era lo que contaba. La misma guerra, en menos de treinta años, había sacudido por dos veces al mundo sin tocarnos. Valía por una declaración de principios, por un desafío cyranesco, simbólico e irreal, detrás del que acechaba siempre algún compulsivo simplismo; y en definitiva todo se resolvía en la venturosa posibilidad de vender mejor nuestras carnes y nuestras lanas, agenciándonos un poco más de prosperidad pasajera, en contrapunto con la sangre de otros.

«Mi padre quiso crear una república, no una dinastía». Mi padre, mi padre, mi padre. Ese fijismo era en algunos intencionado, pero en la gente más vieja tenía ya un sabor inconfundiblemente sectario. Los laicos habían proscrito a Dios y puesto a Batlle en la hornacina vacía.

Recordaba ahora la tibia jornada de primavera, el 20 de octubre de 1929. «Murió Batlle» era la noticia que corría de boca en boca. El Hospital Italiano estaba a dos cuadras de su casa y él había podido llegar cuando recién la acalambrada sensibilidad pública comenzaba a reaccionar, rodeando silenciosamente el hermoso edificio Renacimiento, con sus arcos, con sus escalinatas de mármol blanco, con sus cipreses sobre un cielo puro. «Murió Batlle», se repetían las gentes con incredulidad, como si ese momento no hubiera tenido que llegarles nunca. El niño había podido verlo una vez, negligentemente recostado a una cerca, cuando habían pasado en auto-

móvil por su quinta de Piedras Blancas. Era corpulento y vestía de oscuro, con un blando fieltro negro en la cabeza, un sombrero que se había tocado para saludar, en respuesta a la salutación del doctor Calodoro. «Debe estar acostumbrado a que lo saluden al paso, sin que pueda reconocer; pero contesta».

(El simple hecho de haber retribuido una cortesía parecía valer, en el comentario del padre, como una muestra de llaneza insólita.) Y en la apacible primavera latina que se vivía bajo los arcos del hospital, una gente apesadumbrada iba y venía, trasmitía silenciosamente y a la distancia una sensación de tiempo definitivo, de gravidez de hechos capitales; detrás de la larga verja, contenida a lo lejos, una muchedumbre recogida y murmuradora esperaba con los ojos velados. Era una muerte ciudadana, la que correspondía al estilo del hombre, como la de Saravia había sido una muerte a campo raso.

—¿Qué será de este país? —había preguntado el padre, al regresar por la tarde del Hospital Italiano. No pensaba seguramente en el absurdo de que un hombre de setenta años custodiara a toda la república. Y la pregunta había encontrado para él respuesta en marzo del 33. Era de los miles de uruguayos que al fin se decía: «Ah, si Batlle viviera...»

Los diarios preparaban sus ediciones y el bondadoso comentario público se distraía en detalles de hermosa tolerancia; en sus últimos días —decían—, Batlle había mostrado amistad y simpatía por las religiosas que lo atendían, se había hecho querer por ellas.

Durante años y años, llevado por el padre, Julio había ido puntualmente —todos los veinte de octubre— a mirar la tumba de Batlle, en el tercer cuerpo del Cementerio Central. Lo hacían muy temprano, antes de la hora de los discursos, pero la tumba —primero visible como una simple, escueta lápida sobre la misma tierra— estaba siempre cubierta de flores; y en esas flores solía haber rocío.

—¡Pobre Don Pepe! —decía el padre, sacándose el sombrero y pasándose una mano por la cabeza, como en un rito de serena aflicción—. ¿Dónde estaría hoy el país si él hubiera vivido unos cuantos años más?

De año en año, la inquisición flotante quedaba sin respuesta. Y aun ahora, con más de setenta de edad, el padre seguía proponiéndose cada consideración sobre lo que ocurría mediante el procedimiento de endosar preguntas al futuro. Julio, en cambio, antes de los cuarenta había perdido ya el hábito de preguntarse nada. Sus coetáneos cultivaban una vis de abota-

gamiento desdeñoso y torvo, que debía pasar por talento. El mundo estaba ahora lleno de un aire de época que permitía posar de inteligente sin serlo, y que rechazaba como suprema candidez cualquier tipo de interrogación dramática abierta sobre el mañana.

—Y pensar que ha querido que lo enterraran en la tierra. Fíjate alrededor: de todas, la suya es la tumba más sencilla.

Era cierto. Apenas el apellido de seis letras, aplastado bajo la carga de flores. Ni un monumento, ni una esquela, ni un relieve.

—Prohibió que lo llevaran al Panteón Nacional, desde que enterraron allí a Julio Herrera y Obes.

La ferocidad de esa intransigencia doblemente póstuma parecía esplender, a los ojos del padre, como un signo de grandeza espartana. Herrera y Obes había muerto y recibido honras fúnebres en 1912, bajo el segundo gobierno de Batlle y a pesar de su veto; desde aquel día, él se había rehusado a tenerlas iguales.

Con el tiempo, la tumba más sencilla había sido convertida en un panteón, y un monumento funerario y los postes unidos por flojas cadenas parecían no confiar demasiado en la memoria de una absoluta modestia. Pero la imagen que el padre tenía de aquel sitio de peregrinación había sido fijada por la tumba originaria, así como el repertorio de todas las soluciones y providencias aplicables al país había sido clausurado el 20 de octubre de 1929. Políticamente, el reloj de su padre estaba detenido en la hora de aquella muerte, en el minuto eterno de aquel día. El resto del mundo podía olvidarlo; los uruguayos, no.

Y esta noche de 1958 se cernía sobre el emplazamiento de aquella hora que, desde veintinueve años atrás, anunciaba la inminencia de tales descomposiciones. Herrera, el caudillo blanco, a quien el doctor consideraba un político contradictorio e infecundo incomprensiblemente allegado (lo reconocía) al corazón de la gente del campo, lograba por fin su desquite. La diferencia entre uno y otro hombre medía aquel descenso consentido por una sociedad; esa diferencia y el estilo actual de la política, con sus comités donde se jugaba al monte, con sus acantonamientos de camiones y de vociferadores pagos, con sus gavillas de facinerosos encargados de pegotear carteles sobre los flamantes carteles del adversario. Ahora sí, en esta otra primavera de veintinueve años después, Batlle parecía haber muerto definitivamente, en el mismo instante en que las

bromas de la multitud aludían al funeral político de su sobrino.

—Está bien —sentenció el padre—. Este es el país. ¿Qué nos creemos?

Había un subrayado cruel, dado por el tono de las palabras.

—El mismo que pide el Premio Nobel para Juana —añadió Julio.

Había ido, por secretas razones de humor —y con el pretexto de una reseña periodística—, a una sesión del grupo de poetisas y de lamentables publicistas empeñados en resucitar, *sub especie intellectualis*, el apogeo de nuestras antiguas glorias del fútbol. Juana —como la llamaban a secas— había prologado los libros de casi todos ellos, los había introducido en una política de canje y correspondencia gracias a la cual ellos figuraban, en representación del país, en antologías americanas, en actos académicos y en torneos de poemas leídos a la orilla del mar o a la luz de la luna. Coincidían con los partidos tradicionales en el esfuerzo de hacer pasar una mueca desencajada y mustia por la cara viviente del país, en el afán tramposo por insuflar a otros una credulidad que en ellos ya estaba muerta, pero con cuya propagación podían acaso favorecerse. La poetisa vegetaba al margen de esos partidos y en una situación crepuscular; otros tiempos había hecho su reputación y ahora ni siquiera se la discutía. Estaba simplemente sobreviviéndose. Y en ese grado de momificación espiritual querían imponerle a la apoteosis inverificable del extranjero: exactamente como en el caso del patrón universal en que aspiraban convertir la democracia uruguaya.

Herederos de perfecciones yertas, depositarios de mitos en disolución, ellos no eran mejores que sus padres. Eran quizá más lúcidos; pero, ¿de qué servía esa lucidez paralítica, esa cabeza despejada que no transmitía ninguna orden al cuerpo átono, a la voluntad laxa y semidormida? Tenían algunos embaucadores comodines verbales, pero estaban desorientados por debajo de las palabras; y por inercia y abulia habían ido sumergiéndose en el hedonismo, en el arribismo político y mental o en la sombría avidez de la riqueza, en la simulación de desprejuicio que sirve para encubrir la impotencia o la pederastia.

Julio se había propuesto muchas veces escribir sobre ellos; escribir sobre ellos y escribirse, relatarse sin embellecimiento ni disculpa. Era un libro cambiante y vago, una suerte de nube que solía descargarse en repentinos chaparrones y tornaba, lue-

go de ellos, a ser tan informe como antes. «Con miedo y con tacha», «La fe de ratas», «Los descastados»: todos esos títulos había tenido el libro antes de cuajar en las primeras páginas. Quería apresarse y apresarlos, exprimir la ocasión hasta el fin, expirar de una vez hasta el último aliento, porque la dejadez y el descreimiento le aconsejaban encerrar entre dos tapas todo aquello que nunca se sabría si habían de ver otras dos.

Pero esta noche, cuando el libro ya tenía una cincuentena de hojas de apuntes a desarrollar, de pautas a seguir, pensaba con arrepentimiento en la posibilidad de haber empezado por otro: un libro sobre sus padres, sobre la infancia, sobre la vieja casa, sobre todo aquel mundo simple —estólido y honesto— en que se le había criado, sobre aquel estilo de vida, menos subyugante pero más aplomado y noble que el que sentía tener como hombre, haberse construido para sí. Había una visible diferencia entre la arquitectura sosegada y tradicional que hacía el hogar de su niñez y esta absurda torsión física del estilo de hoy, con su ansia neurótica de originalidad, de singularización y de novelería. Hablaban de sus padres como de ínfimos pequeñoburgueses de un país perdido en el mapa. Pero ellos, ¿dejaban de serlo porque supieran infligirse críticamente esta larga palabra? Mejor era tal vez seguir adelante sin verlo, tratar de encontrar un sentido a la vida en el acto de desfondarla, de pasarle a través, con furia y luz de desgarrón. Mejor era no ver tampoco el resto de América, como esos hacendados que no miran el arrabal sórdido de los pueblos de itinerario, desde la ventanilla del vagón que los lleva a la ciudad.

Tenía ante sí la imagen de otro concepto de la existencia, un concepto que demasiado tempranamente, y antes de toda reválida del acto de vivir, había reprobado y vejado. Los cuarenta años marcan la hora en que volvemos a nuestros padres, después de haberlos deificado y destronado. Julio tenía ante sí aquel hidalgo derruido, lo veía debatirse en una preocupación incompatible.

Pero no era necesario estimar esa preocupación para quererlo. De los dos modos se vivía y se moría. Cuando la generación de su padre pensaba en la idea de la muerte, garabateaba al margen la palabra *suicidio*. Cuando la suya asumía como un horror la idea del fin, bailaban ante sus ojos las seis letras de la abominable palabra *cáncer*.

Sintió entonces un acceso de ternura difícilmente expresable; se acercó a la ventana, por la que seguía penetrando el cansado rumor de la multitud, y la cerró sin golpearla. De

regreso a su aposento, quedó un instante de pie, a espaldas de la figura de su padre; simulando una distracción de la fatiga, le puso una mano floja sobre el hombro. Y cómplices otra vez, los dos se dejaron estar, prolongando y saboreando la torpe actitud, fingiéndose ensimismados.

II

A veces —como ahora—, Julio cedía a la necesidad sentimental de lanzarse de noche por las calles de la ciudad —una necesidad como la de leer viejas cartas o ver viejas fotos— y recorrerlas posesivamente, con la memoria de los sitios antes frecuentados, de las casas y los rincones a los que había tornado familiares el crimen, la historia o la felicidad.

Después de todo, la ciudad en que se vive es el único sitio en que uno se resignaría a enfermarse, a llamarse a un silencio definitivo, a ser olvidado de todos, a morir. En sus primeros años de periodismo, Julio había aprendido a caminarla de madrugada, las yemas de los dedos impregnados en la tinta fresca del diario flamante, a lo largo de un desierto de rieles de tranvía, luces, entramado de hilos jugando sus sombras en el asfalto, con el cabeceo de los faroles; el viento cortante de los amaneceres marítimos de Montevideo le había raspado la cara, le había hecho sangrar los labios, en viaje hacia la nave anclada del próximo café, solo y central en la noche, donde podía echarse un trago antes de seguir. Largas conversaciones errabundas sobre el teatro, la novela, el cine, los caminos del arte, se habían ido quedando adheridas a las esquinas, guarecidas en las recovas, enganchadas a los desnudos hierros en los que el sol de la mañana haría hacer toldos de colores. Muerto hoy un amigo, podía evocar los recodos de la madrugada y de la ciudad en los que habían discutido, bebido juntos, recitado quedamente versos ajenos, abierto los brazos a una esperanza tímida de talento, de consagración y de gloria.

Esta Montevideo, madre cruel —decía Liber Falco, con las palabras de su propio poema. Pero no era realmente cruel, aunque el poeta la recorriera transido y friolento, con su traje delgado de solapas casi crespas de humedad, de desplanchado y de vejez. Llevaba bajo el brazo una muestra de distintos colores de hilo y sedalinas que vendía para ayudarse, en las horas en que no trabajaba de corrector de pruebas. *Esta Montevideo, madre cruel.* Parecían lejanísimos el verano y los baños de mar, que estaban tan sólo dos meses atrás o cuatro meses por delante. Monegui iba con ellos dos y tenía una sola y suficiente sabiduría nocturna: la de saber cuál era el santo y seña —Anita, Rosicler, el Hermano— para pedir, de uno a otro bar, una copa de ajenjo. Uno se liga a una ciudad por las muertes que lo aludieron, por los matrimonios, por las rabonas escolares, por la memoria de los domingos. Julio nunca había podido explicarse qué hacen de sus domingos —sin fútbol, sin playa, sin orilla del mar— los habitantes de las demás ciudades. Los parques públicos llenos de madres empujando cochecitos de niños, la pululación arropada e incierta bajo soles invernales y regateados, todo eso le hacía volver hacia la evidencia de ese error que es cada viaje. Aunque en algún rapto imaginativo hubiera podido pensarse viviendo en París, Madrid, Londres o Roma, él sabía que en definitiva llevaba la marca de la ciudad, y que Montevideo era (con sus antiguos orgullos de luz y limpieza venidos a menos, con su ritmo de multitud venido a más) la fábrica humana que en definitiva le correspondía. Hacía más de cien años Ascasubi había cantado a la Aguada, al Cordón, al Cerro, a la Figurita; y los poetas del asedio debían haber cantado a la Unión y al Cerrito. La ciudad que habitamos desde la adolescencia es asimismo, a la hora de nuestra madurez, la suma de cosas a cuya desaparición podríamos escribir una elegía. He vivido aquí y puedo decirle justamente, sobre su pista sumergida de arena, dónde arrancaba el muelle que iba desde la terraza del Hotel Pocitos hasta el mar. He vivido aquí y puedo indicarle por dónde discurrían los arroyos que hoy están entubados, esos que infiltran de humedad la casa recién hecha, cubren de musgo un lampo de pared en la ciudad que se obstina en sepultarlos.

Y también está el ángulo, el sitio del horizonte por donde emerge la luna del mar, tendiendo un andarivel rojizo y siniestro sobre las aguas o dibujando un biombo chino para el final de una jornada plácida. Pasado un mes en el clima de montaña, Julio no sabía que pudiera extrañarse de tal modo el olor marítimo, funcionar a tal punto con un pulmón abastecido de salitre y de yodo. Pero fue suficiente que el tren comenzara a acercarse a Valparaíso, en la mañana del mes de febrero, para que una distensión pectoral gigantesca comenzara a inundarlo de embriaguez, de felicidad, de dulce nostalgia hogareña; el mar había empezado a contar a la altura de aquella nariz que se le entregaba sin remedio.

Porque ésta era, no sólo su ciudad, sino también la ciudad de sus mayores, trasmitida en los cuentos, viviente en las evocaciones y en el descuido de nombrarla por sus calles de ayer: Arapey, Daymán, Cámaras, Cerro. Era el garito de El Tábano, cerca del Solís, los salones de tango y los lupanares en el Sur, donde hoy pasaba la rambla. Sus cementerios, su cárcel, sus quemaderos de basura, sus prostíbulos habían elegido en otro tiempo la costa, porque Montevideo había crecido de espaldas al mar que la ceñía, erguida hacia sus barrios arbóreos del norte. Hasta que Batlle —decía el padre— había traído a un ingeniero francés y le había pagado tres mil quinientos francos por un paseo en coche y un consejo, en el espacio de recalada de un trasatlántico. Y desde este día, Montevideo se había vuelto para descender hacia la orilla, había empezado a mirarse en su agua. Por esas calles tortuosas y angostas del centro estaba la historia familiar de otro mundo, el mundo de los antiguos políticos, de las celebridades intangibles, sustraídas del deterioro por la congelación de la fama. José Enrique Rodó iba a la Confitería del Telégrafo, en la calle Veinticinco, y se hacía servir coñac en tetera de plata, vertiéndolo en una taza, como si fuera té. Cuando se había tomado dos o tres tazas, salía muy tieso —con su levitón oscuro, su galera redonda, sus grandes mostachos de morsa, sus anteojos, su aire cegatón, su estatura intacta de célibe y virgen— y caminaba rectamente, con el cuidado escrupuloso de seguir una línea por el trazado de las baldosas, hasta su vieja casa de la calle Treinta y Tres, que aun ahora existe, tal cual era entonces. En el despacho del doctor Calodoro había una foto en la que Rodó aparecía asomado al balcón de esa casa, con el estriado de las celosías al fondo: inclinado hacia un paisaje de toldos, estrecha calle de adoquines y mar al fondo. Por aquellas calles habían pasado los Ramírez, Herrero y Espinosa, Bauzá y tantos otros, hacia el edificio colonial del Cabildo, en que funcionaban las Cámaras. La Plaza Matriz, con su fuente de compases masónicos y angelitos, con el atrio de la catedral, cuajaba toda la historia de la ciudad, en unos pocos metros a la redonda. Si se bajaba hacia el mar, por una de las calles laterales, estaba aún el desconchado altillo que Julio Herrera y Reissig bautizara Torre de los Panoramas. «Julio era completamente imbécil —decía tía Clara—. Fue mi condiscípulo en la escuela, se le caían las medias y los mocos. No preciso leer lo que haya escrito: sé muy bien que no puede ser bueno». Lo decía en privado y lo dijo un día a los investigadores que

la visitaron, ya octogenaria, para averiguar lo que quedaba de Herrera en la memoria de sus contemporáneos. Quedaba *eso.*

Esta ciudad cuyas esquinas volvía ahora, en la tibia noche del comienzo de diciembre, encerraba toda esa carga de sobreentendidos sin posible reválida, toda esa cifra de arbitrarias preferencias, rechazos y admisiones, memorias. Evocaba un patio interior con una escalera de hierro, un cuadro al que no llegaba ese sol que ponía su cresta en lo alto de los muros fronteros. En el pozo de sombra y moho, unos gatos, unos tarros oxidados, una joven cáscara de banana esplendiendo su transitorio amarillo, la veta de herrumbre de vertedero que moría en la pared, un acre olor a tártaro, la cicatriz humosa de un fuego de vagabundos en un rincón, una palabra obscena con letra infantil. En lo alto de ese callejón, en pleno centro, la luz chocaba contra los postigos herméticos de la casa de tía Clara; nadie podía asomarse a aquel fondo de vergüenzas urbanas, incambiable al paso del tiempo como el concepto del niño Julio Herrera.

No siempre había vivido en Montevideo —pensaba al dejar atrás las calles de la Unión, por donde había empezado a hacerse de esta larga ciudadanía—. También estaban los años en Melo, y ellos solían avanzar con su penacho de alusiones, a veces más fresco y puro que las confusas emociones de los últimos años.

En tal día de su infancia había llovido y como la tierra estaba húmeda y sería fácil excavarla, los niños se habían decidido por aquel juego ensimismado y fastuoso. Se entregaban a él con una obstinación cerrada, con una voluntad de sufrimiento que era en ellos una forma de ejercicio, de aprendizaje del dolor verdadero.

Ignoraban que habían tenido con él un contacto precoz; y se infligían voluntariamente esos simulacros en el estilo de una disciplina, de un mal provocado y adelantado sobre la vigilancia de los sentidos, en una hostigada clarividencia.

La muerte de las botellas era, de todas, la ocurrencia menos vanidosa, más yerma que podía ofrecerles la imaginación. Infinitamente más desolada que la de las muñecas, porque un olvido profundo la conjugaba luego hacia la ausencia, hacia la eterna insumisión —botellas, siempre iguales, brillantes, distintas a todo lo demás bajo la tierra— sin prestarse a nada, sin sumarse a ningún cambio para emerger nuevamente al mundo. Las muñecas nunca eran realmente heridas, sacrificadas a esa suma imposición de la verdad que era la muerte, la lastimadura abierta, inclemente, no la raya color sangre en el

vientre pajizo, la resurrección casi inmediata y la reconquista de los atributos, la perfecta inanidad celestial, fija sobre el vuelco mecánico de los párpados, ignorando la gloria carnal e irracional de la muerte.

Ir a la vieja leñera y escoger cuatro, seis, diez botellas para formar la línea, era un acto tembloroso y solemne, lento por lo que suponía de irrevocable, cuidadoso como si en el error de esa elección fuese posible la injusticia, discriminativa, angustiosa.

Caminaban sin rumor, respetando una inocencia que luego ultrajarían; bebían un aire acre, confinado. Pensativamente vueltos hacia la sombra, hacia el reverso oscuro del cinc, hacia la penumbra lechosa de las paredes, se inclinaban sobre el rincón de las botellas. Un huraño enervamiento en la punta de los dedos, como si por allí se aflojara una última piedad que guardaran entumecida, daba a los cuellos fuertemente asidos un tacto polvoriento, una hosca pasividad mineral que no era de este mundo. Sería lo mismo tomar a un gallo embalsamado para hacerle comprender que lo ajusticiarían.

Un resumido olor ajeno, soez, brotaba de esos cuellos. Olor a vino reseco y a ratones, en una mezcolanza indefinible. Levantaban la primera botella y miraban el sitio circular que había dejado, por si quedaba alguna lombriz expuesta a la sorpresa, al alivio brutal (estaban dispuestos). Después otra y otra, y otra, hasta formar una hilera a lo largo de la franja de resplandor que entraba por la puerta; de donde las irían eligiendo. Prontos. De rodillas sobre el suelo terroso, con las cabezas suspendidas en la oscuridad —de la que afloraban las caras impías—, con las espaldas inocentes en la bochornosa claridad de la siesta, dudaban acerca de las botellas, dudaban sin escrúpulo, con un frío sentido profesional. Iban separando las más parecidas, las de la misma altura o a veces las más limpias o las más espigadas. En tardes como ésta, de sol crudo, las verdes tenían un reflejo espléndido, una luz resentida, y daban mejor la idea de ser llevadas a algo contra su voluntad. Apartaron entonces cuatro botellas verdes, las sacaron a la reverberación enceguecedora del patio. Sumergiéndolas en un balde con agua comenzaron a rasparles las etiquetas, a borrarles cualquier marca. Era necesario que fueran a la muerte sin ninguna señal que hiciera posible distinguirlas, identificarlas, atribuirles alguna individualidad que les diera esperanza de sobrevivir. Eran más muertas que los hombres mismos a causa de esa última falta de personalidad, de apariencia propia, gracias a esa carencia de rostro y de manos que les hacía

anónimas, que elevaba de su sacrificio un ejemplo sin nombres, una perfecta idea del fin más allá de las pequeñas y jactanciosas diferencias, de los pormenores endiosados.

Mojadas ahora, ya no daban la impresión de estar sometidas a un agobio tan intenso; eran más bien ellas las que ofendían con el fulgor compacto, inmóvil, en que se había resuelto la inerte opacidad de antes.

En la agrura de diciembre, nítidas bajo la lumbre vegetal, se erguían con esa altivez indoblegable: las condenadas, las perdidas. Sus gargantas desamparadas, en la ofrecida sucesión de cuellos a la muerte, contrastaban con la ventruda consistencia con que parecían adherirse a la tierra, negarse con una serenidad ruda. En medio de esa yacencia solar no aguardaban ya ninguna salvación. Tal vez no la deseaban. Su destino avergonzaba a las otras, las enterradas al borde del cantero. Oprimían con su soledad provocativa. Más fácil era vincularlas a las del muro, las que mordían el cielo de la tarde con su dentellada de vidrio destroncado, las que ardían con su agresiva guarnición refulgente. O no, su destino no se asemejaba a nada, ni siquiera a la consunción común de los hombres. Entregadas al olvido sin haber muerto, a la indiferencia antes que al suplicio, reducidas a una condición de silencio, a una suerte sellada, un sosiego humano se apoderaba de sus cuerpos, los invadía, pregonaba la expiación inútil.

Una feroz justicia muda se cebaba entonces sobre ellas, menos innoble que cualquier excusa. Sería hermoso contemplarlas así, sin tener corazón para acompañarlas. Y asistirse del mismo modo cuando a uno le llegara el día.

La lluvia, el sol, la mañana, la tarde y la noche, todo el cuadrante de la luz sobre un mismo paisaje, todos los camaleónicos colores de una pared al cabo de una jornada. Eso es lo que tenemos de nuestra ciudad, eso lo que ignoramos de las otras. El anuncio que los ojos no ven a menos que falte, la población de lo desvanecido. Un trencito tirado por cuatro ovejas paseaba a los niños en redondo, por la Plaza Cagancha; en sus primeros viajes a Montevideo, Julio anduvo en él. Y con el tiempo, el trencito había encogido su viaje a la mitad, porque la plaza había sido partida en dos y el tránsito que antes la flanqueara irrumpía ahora a través de ella. Aquel itinerario se anticipaba a someterse al destino natural de los espacios de la niñez: achicarse a los ojos del hombre. No verlo ahora era una ventura para el recuerdo, una ventura de ausencia y de ojos cerrados; con ese sentido de la eliminación concreta con que queremos resguardar lo que hechizó nuestra infancia,

escamoteándolo en tanto el resto de la escena permanece inmutable. Cuando viajó por segunda vez a Santiago, Julio había perdido toda noticia de Ena. ¿Seguiría estando en su residencial de Huérfanos y Miralores, al lado de la algodonosa flotación nocturna de las luces en el Santa Lucía? ¿Seguiría viviendo allí y almorzando en el Pimpilimpaucha? Subió la escalera con el corazón oprimido, dejando atrás residenciales superpuestos. ¿Vivía en el segundo, en el tercero, en el cuarto? Pudo precisar que en el tercero; y llamó. Una mansa, una beatífica alegría de la desposesión, de la abstracta preservación del amor subió en él cuando supo que Ena ya no vivía allí, que los actuales propietarios no eran los de nueve años atrás, que nadie recordaba ese nombre, que en el vasto laberinto de la ciudad o en la estrecha y larga galería del país ella se le había perdido para siempre. Muy a menudo, años antes, paseando por el cerro se detenían al pie de la estatuita en bronce del niño, que custodiaba la entrada de una gruta. La gruta se llamaba *La cimarra encantada* y, según la leyenda, un escolar había escapado un día a sus obligaciones y entrado a la pequeña caverna, perdiéndose para siempre. Durante años la historia con Ena se llamó *La cimarra encantada.* Al desencontrarla esta segunda vez, el nombre resultaba insustituible; tanto como la evidencia de que, con o sin ese nombre, ya no retocaría el sitio del episodio en la memoria, por no suplicarlo en las avaricias de la escritura.

El puerto era el fin de todas esas correrías nocturnas: el puerto a la noche, con sus letreros en inglés y sus luminosos en estrella, en círculo o en forma de ancla. *English Spoken, On parle français* decían aquellos tugurios, a los que las crónicas policiales solían llamar, con pudoroso eufemismo, «bares de camareras». Decían su registro de idiomas con las mismas palabras de las tiendas elegantes, aunque para un tráfico distinto, que requería tal vez un subsuelo de *argot*, un torvo detritus de palabras físicas. Por aquella calle Juan Carlos Gómez, que su padre seguía llamando Cámaras, ya no estaba la cervecería «Al Franciscano», con su anuncio del monje tomando un *bock* de cerveza y sus mesitas de mantel cuadriculado, hasta donde el doctor Calodoro y él llegaban a tomarse un jarro y a comer una gruesa rebanada de jamón (asentada en pan negro, manteca y mostaza; coronada a *pickles*). Ya no estaba la vieja cervecería de caras encarnadas y honestas, con paisajes del Tirol en las paredes; pero aún estaba, un par de cuadras más abajo, en el trecho empinado que descendía hacia los muelles, «El Ancla», con su dueña francesa y sus mesas ocupadas por

marineros y *chicas*. Una noche de graduación de bachilleres habían llegado allí, semiborrachos en la madrugada, y Sergio Nassetti —que ahora era asesor jurídico y económico del gobierno, y castamente tomaba té en las mejores confiterías o pedía una Tuborg en los mejores restaurantes, para sentirse pasado por Europa— había hablado con la dueña y logrado, a pesar de sus aires de señorito, la opción de sentarse al piano. Con viejas polcas había levitado a la entredormida concurrencia, había conocido una hora de comunicación efervescente junto a los jarros entrechocados y a los abotagados rostros de las tripulaciones. Se le empañaban los anteojos en el aura densa y cálida del bar, volaban gozosas sobre el teclado sus manos pequeñas y regordetas. Mil novecientos treinta y tantos.

Y ahora, esta misma noche de diciembre y a la orilla del puerto, había encontrado de pronto —a muchos años de distancia y de sorpresa— a Olguita. Era ella quien lo había reconocido. Se teñía el pelo rojo, hacía de su boca de labios finos una horrible ranura de buzón, de comisuras redondas y embreadas, que a la luz de neón parecía negra. Su pecho apuntaba en dos promontorios agresivos y distantes bajo su blusón de falsa Cachemira. Se había hecho adulta y absurdamente otra en esos años, había recorrido un trecho abominable, desde la humildad al desparpajo. Prenda a prenda, su indumentaria no difería —zapatillas ballerinas, medias negras opacas, pollera escocesa, blusón color pizarra, rulos de bronce— de la de tanta estudiante esnob de la Rive Gauche, disfrazada en honor póstumo de Toulouse-Lautrec. Pero él añoraba la adolescente de delantal, lisa, desgreñada y flaca.

—Olguita —se limitó a decir, mientras medía ese cambio. La cartera cuyas asas se entrelazaban al antebrazo, pendiendo con un vaivén de péndulo, denunciaba la profesión que había asumido. La cartera, el cigarrillo, esos labios cenagosamente embadurnados.

—Julito —dijo ella, y él recordó que era una de las pocas personas que lo nombraban por el diminutivo.

—Somos indudablemente los mismos —explicó él con una risa inquieta, seguro de que mentía—. ¿Entramos a tomar algo?

—No debería hacerlo —aclaró ella—, por más que ya se ve que esta noche es muy floja.

Seguramente la vigilaban, y aquello acaso la obligara a justificarse. Pero un sentimiento dudoso, venerado y magnificado retrospectivamente es la sal de la vida, en el concepto de mujeres como Olguita. Sentada tras un alto vaso de leche, fumando y mirándolo con una cordialidad divertida que era su co-

mentario implícito sobre el Destino, le contaba a grandes rasgos su vida desde los tiempos del antiguo barrio hasta hoy, una biografía que en nada difería de las historias vulgares que el tango había secularizado y gemido.

—¿Te había dicho que era pupila del Consejo del Niño y que en casa de los Tabárez estaba por el Consejo?

Sí, se lo había dicho, en las lejanas y cándidas intimidades de su altillo.

—Siempre he querido que me dejen ver la carpeta con mi ficha y una foto partida en dos, que dejó mi madre en el Torno. ¿Tú no tendrás influencia?

Como todo el mundo, ella también manejaba la palabra y el concepto. La absolvía el hecho ingenuo de que buscara influencias tan sólo para indagar sus orígenes.

Julio alzó los hombros equívocamente, y Olguita estaba ya en otra frase, con su volubilidad para ir apurando un tropel más y más imágenes, antes de lanzarse de nuevo a la caminata nocturna.

—Te acordarás de todo lo que trepabas para llegar hasta mi pieza...

Los amoríos con la mucama de dieciséis años escenificaban en el recuerdo de Julio dos pretiles de azoteas vecinas, una pestaña de tejuelas para el agua llovediza, por donde podía llegarse hasta un tubo de ventilación, la redondez del tubo para descolgarse abrazado, un cuadro de baldosas donde caer muellemente y en medias, frente al jaulón que cloqueaba ante aquella cabriola silenciosa que se interponía entre su hedor y la vislumbre de luna; seguían un rascar de uñas en el ventanillo que apenas sobresalía del nivel de la azotea y un deslizamiento por la estrecha abertura, para entrar de trasero al cuarto de Olguita y caer en la angosta tibieza de su colchón de crin.

Eso, sus abrazos, sus besos de pachulí y su cuerpo enjuto y joven, firme y sucio y fragante; las manos de Olguita empujándolo de las posaderas para hacerlo remontar hacia la pálida trampa del ventanillo, y otra vez la luna, otra vez las estribaciones de la chimenea, otra vez los pollos, otra vez la noche, un gato fugitivo y la casilla del estudiante en la azotea, el libro abierto y a seguir, el hermoso coraje del amor cumplido, el olor a polvos baratos en la palma de la mano, para aspirarlo a la historia de los caldeos y a la ciudad de Ur; el sueño.

Midieron veinte pasos, se alistaron y, a una voz, arrojaron las piedras. Dos botellas rodaron, tocada una pero no rota,

descabezada la otra. Se acercaron. La seca crispación de la mano sobre el guijarro cedió entonces a la vista del cuello saltado, de la desolladura exangüe. Las dos estaban muertas, según las convenciones del juego. Lo decidieron con una gravedad abstraída, taciturna. Sin embargo, gozaban físicamente en lo más hondo, al imaginar que se inclinaban inermes ante su propia muerte. Sentían esa presencia abrumadora, ese crujido de hoja seca en el pecho.

Se alzaron de allí desconociéndose los rostros, averiguándose con estupor el objeto de las manos. Sobraba algo, sobraba algo en el mundo desde que las dos botellas habían caído. Una cosa que aún se mantenía en pie tendría que ser arrastrada, abolida sin idea de sustitución.

Fueron a la despensa y trajeron dos viejas cajas de buen tamaño, vacías, verdinosas. Luego, trepándose a una estribación del muro, arrancaron varias hojas grandes de la higuera, las alisaron con un gesto repetido, ausente. Todo estaba dispuesto. Recogieron las botellas y las colocaron dentro de las cajas, poniendo hasta el fragmento más menudo de la destrozada. Entonces las amortajaron con las hojas, de manera que el envés rugoso, salvaje, acariciara sin tregua —ásperamente y por la eternidad aquella enjuta suavidad del vidrio, aquella lisura que se había vuelto imposible al recorrerla con un pensamiento de muerto.

Sin velatorio, las condujeron directamente hasta el fondo del corral, junto a la pared, porque allí era donde las gallinas escarbaban y removían siempre el suelo, impidiendo que se formara esa cáscara de tierra endurecida que ni las lluvias alcanzaban a picar, y en la cual la pequeña excavación para las dos cajas hubiera sido una tarea penosa, irritante para la facilidad de aquella muerte.

Sudaban —cavando el hoyo entre sus rodillas—, trabajaban con una intensidad que, sorprendida por otro, sólo podía dar la idea de una venganza, Era, no obstante, un rito, una forma activa de piedad, de piedad física, a la que tenía que seguir aquella penitencia oficiante, ardiente y breve, devorada por su propio proceso, como una llama.

Luego bajaron las cajas, depositándolas con una precaución estéril, y las contemplaron en el fondo de las angostas sepulturas, se dejaron ir hacia la rabiosa luz que devolvían las tapas, hacia la claridad metálica que contagiaba de locura las paredes de los hoyos. Volvieron de allí con unas caras aliviadas y se miraron sin culpa, rejuvenecidos como nadie puede imaginarse que lo estén alguna vez los niños.

Esa calidad de purificación, esa seguridad de precio pagado sólo entonces podían disfrutarse hasta el fin. «Ahora y en la hora de nuestra muerte». Sólo en ésta de ahora y en su muerte de después podrían hallarlas, porque sólo en ellas se sentirían sujetos, obligados afirmativamente. La muerte ajena, el descargo de los demás tenían una triste condición sustitutiva, procuraban una salvación refleja, a la que uno podía acogerse si quería, sin tomarla a cambio de ningún riesgo, de ninguna participación. Por eso era tan fútil y repentina la muerte a los lados de uno mismo; incurablemente borrosa, como una cara en la que se piensa sin cariño.

La ciencia de Olguita y sus amigas consistía en saber cuándo llegaba un barco, de dónde procedía, cuántos días continuos de mar había soportado la tripulación.

—Los mejores de todos son los balleneros —afirmaba—. Vienen del Sur, con esos tipos barbudos, que sólo piensan en copas y mujeres. Pagan lo que se les pida, no conocen la moneda y se quedan dormidos en seguida, con todo lo que han tomado.

Julio veía el rictus de avidez en aquel rostro prematuramente gastado, la pequeña luz alegre del envilecimiento como deformación profesional. Estaba describiendo su última aventura de balleneros, cuando una mujer alta, con zapatos empinados, entró en el bar. Se saludaron con un gesto de la mano fija, puesta verticalmente, en la que sólo tres dedos se movían. Un saludo aprendido, que no podía ser de aquel medio.

—Es Elisa —dijo Olguita, como si explicara algo con la sola mención del nombre. Y luego añadió: —Mandó una vez una carta a tu diario y se la publicaron.

Aquello, a juicio de Olguita, debía bastar a hacerla famosa, por lo menos en el concepto de un periodista.

—Hacía una pregunta: «¿Cómo viven los uruguayos?», o algo así. Elisa escribió una carta en que contaba su vida. Y decía que cuando trabajaba en una casa de esas vino a verla varias veces un tipo. Pagaba para estar con ella pero se quedaba mirándola sin tocarla y después se iba. Hasta que una noche le apretó la cabeza con las dos manos y le dijo: «Fuego en el cielo, fuego en el cielo». La luz roja del zaguán le hacía pensar al pobre loco en un fuego en el cielo. Nosotras le decíamos que sería un poeta, pero a ella no le hacía reír. Y escribió a tu diario diciendo que lo esperaba y lo quería, pero que él ya no venía más. Y ustedes le pusieron de título «Quisiera que volviese».

Elisa estaba ahora riendo a carcajadas, seguramente ante

un grosero chiste del *barman;* y era difícil imaginársela escribiendo para pedir la vuelta de «un poeta».

«El sol no da en tu recuerdo», como dice Jorge Guillén. La figura de Olguita era una evocación nocturna y, ahora que Julio reanudaba la calle y la soledad, el antiguo rostro joven y sin estuco aludía al calor de otras noches; sonreía sorpresivamente a ese calor y sobre el fondo sucio del roce de la cabeza se dibujaba, en la almohada, la memoria de aquella sonrisa con un diente saltado. Como en una sobreimpresión cinematográfica, el rostro de ahora y los tristes labios embadurnados de payaso sonreían a su vez, para mostrar que el oficio y el tiempo habían repuesto el diente perdido con un postizo de porcelana demasiado luminoso, demasiado falso, demasiado próspero.

Sol, el pasado también era sol, sol en la vieja cancha de Pocitos, al costado de la estación de tranvías. Sol en las camisas atigradas de su Peñarol, sol y barras negras, sol en el pelo hamacado de luz al paso de Pelegrín Anselmo. «El sol de esta ciudad —le había dicho el alemán archivista del diario—, ¡qué maravilla! ¿Por qué cree usted que no volví más a mi patria?»

El sol faltaba en esta hora compendiosa, como faltaban tantas de las imágenes que hacían su experiencia de Montevideo, como faltaba la misma cancha de Pocitos con su camino de árboles hasta las boleterías y el confín de pinos tras las tribunas. Por esta misma calle en que iba ya no quedaban ni los rieles del tranvía que antes lo surcaba, luminoso y traqueteante en la noche, como una gran vidriera que se deslizara y se fatigase, con su carga de pasajeros, adormecida y friolenta. Podía subirse ahora a la memoria de ese tranvía con ventanas empañadas, donde la noche reunía a unos cuantos viajeros habituales, que se conocían las caras y sabían la esquina terminal de cada uno, sin conocerse las historias individuales; podía subirse a la memoria del tranvía donde esos desconocidos emparentados por sus costumbres de noctámbulos se hablaban —en nubecitas de vapor respiratorio— de la próxima huelga, del costo de la vida, del partido de aquella misma tarde. Los mismos rieles habían sido sepultados bajo dos trochas de alquitrán, que llenaban las calles de brujones absurdos. Pero a veces el alquitrán se abría, en las contracciones o dilataciones que provocaba la temperatura, y un tramo de riel asomaba al paisaje, muerto y brillante como la porcelana en la dentadura de Olguita.

Guiado por esos rieles hoy sepultados y en otro tiempo vi-

vos, que trepaban desde la estación de ferrocarril al centro de la ciudad, siguiéndolos como toda posibilidad de orientación y como el fascinante tirón de lo inexplorado, Denis había llegado por primera vez a Dieciocho y a la Plaza Independencia, el día en que su tren lo había dejado en el andén y San José y la angosta maleta de fibra se habían convertido en el pasado y los tranvías imposibles de tomar eran el presente y el futuro, el ánimo de aventura y la lumbre de conquista en ese portentoso Montevideo que constelaba la noche fría. Y al año de llegar ya había publicado un libro de poemas, ya consumía sus noches en los cafés y ya recitaba en aquellas tertulias de un décimo piso, a las que Calodoro —por esa misma época— también había empezado a concurrir.

Era un apartamiento estrecho, sembrado de grandes sillones y de cuadros de autores recientes. A media reunión —así fuera en invierno—, el humo y el enrarecimiento del aire forzaban a correr las pesadas cortinas de felpa y a abrir las ventanas, por donde se colaba entonces el viento marino, llegado hasta allí impetuoso y virgen, sin haber chocado con ninguna esquina, sin haberse mellado en ninguna otra fachada. La dueña de casa prodigaba a todos una hospitalidad efusiva y atareada, que consistía en formular las más amables preguntas dejando luego caer en el vacío las respuestas, porque ellas pretendían usurpar el sitio de la pregunta siguiente, hecha a otro invitado.

—Y su mujer, ¿por qué no viene?

—Está enferma.

—¿Enferma? ¿Qué tiene?

Y cuando el interrogado resolvía no mentir y decía ultrajadamente «Nada», la dueña de casa ya había sustituido su atención a la réplica por un gesto automático de llevarse las manos a la cabeza, significando «¡No me digas!», «¡Qué cosa!», «¡Qué barbaridad!», o algún otro comentario afectuoso por el estilo, acerca de la alarma que el mal de otros le provocaba; en ese gesto iban juntos su urgencia y un compadecimiento más fugitivo que insincero, más apurado que mendaz. Ya no vive —pensaba ahora Julio—, y sólo le debía momentos de una convivencia heterogénea pero bondadosa, porque en aquellos pocos metros cuadrados estaban de algún modo *tout Montévideo* y *tout le monde*, una fauna vanidosa y maldiciente, tomadores de vino caliente con canela, de vino caliente con limón, pelmas que se hundían en un diván con un vaso en la mano, y en quienes el pelo hirsuto, el desdén a las conveniencias de la educación, el torvo silencio y las uñas negras hacían las veces del genio.

—¿Y cómo se llama este instrumento? —decía la señora, ponderando la forma sinuosa y florentina de la madera.

—Viola de amor —respondía el músico.

—Fíjense qué poético, oigan lo que ha dicho —exclamaba ella volviéndose a la concurrencia, para celebrar lo que consideraba una metáfora—. ¡Viola de amor, viola de amor!

—Señora, no lo invento. Así se llama.

Recordaba a Denis con su cuerpo mohino y escueto, con su cabellera oscura y sus grandes ojos que voluntariamente desenfocaban los ojos de los demás.

En el centro de mis sueños
tus ademanes dormían.
Iba yo con esfuerzo
a ser tierna sangre de mejilla.
Iba yo sin orillas
por cauce de tu mundo herido.
Iba yo con la noche
buscando un mismo amanecer.

Otras veces lo recitaba exactamente al revés, con el amanecer al principio y el centro de los sueños al final. Tanto daba. Pero más que sus propios poemas, solían pedirle que recitara los de Nicolás Guillén; y entonces su rostro se animaba extrañamente, su cuerpo cimbreaba, todo su ser pasaba a servir de instrumento a aquella cadencia percutiva, enajenada, sobresaltadamente divertida, empecinada y feroz.

¡Yambambó, yambambé!
Repica el congo solongo,
repica el negro bien negro;
Congo solongo del Congo,
baila yambó sobre un pie.

En distintos rincones de una misma habitación estrecha estaban a veces diciéndose dos o tres poemas a un mismo tiempo; del aposento vecino venía un rasgueo de guitarra, que distraía del sentido de las palabras, que proponía una querencia más dulce para el sentido.

—Y usted... ¿por qué no nos dice aquello tan hermoso —postulaba una señora de edad, agitándose debajo de la enor-

me pechera de raso y pedrería— de un leopardo escondido, aquello que se parece al Dante?

El poeta alzaba los hombros sin responder, pero el discípulo cercano corregía:

Subterráneo, un león
parecido al verano
un huracán afila
muy cerca de mi cuello...

—¿No será eso?

—Sí. Eso mismo. Exactamente. Es magnífico.

El viejo diminuto y de lentes, con cara de búho y pronunciación agresivamente española, cuya mujer estaba enferma de «Nada», acorralaba ahora a un interlocutor ocasional, y lo comprimía con sus paradojas, que debían parecerle enigmáticamente profundas.

—Me enferma ver humo en el mar —decía con una exaltación desajustada al asunto. (¿Quería probar una sensibilidad irritable de artista?)

—Sí, empaña el paisaje —concedía mediocremente el otro, sintiéndose ya contrincante a pesar suyo.

—¡No, no! —y el viejo empinaba su corta estatura y su furiosa entonación castiza dominaba toda la habitación—. ¡Es que no admito ver humo en el mar! ¡Me mata ver humo en el mar!

Hacia el final de los años treinta desapareció aquella tertulia semanal, cuyo divo permutable era el director de orquesta que pasaba por el Auditorio, el pintor que exponía, la inverificable cantante uruguaya que volvía al país, cualquiera que hiciese las veces de celebridad y de pretexto.

Como todo lo que había sucedido antes de la guerra, aquellas veladas pudieron parecer remotísimas a los pocos años de desaparecidas. También en esta ciudad que había seguido viviendo en paz, los órdenes de la existencia cambiaban; una remoción secreta e insidiosa estaba operándose: los más jóvenes comenzaban a proclamar, con tono de desplante, su derecho a enterrar a los viejos, a aventar las momias, a ganar para ellos «el centro del ring». En la medida en que nunca habían realmente vivido, los viejos lograron sobrenadar algún tiempo, pelear su derecho a la inanidad, ya que por tantos años ella los había hecho parecer respetables, imprescindibles e inocentes como las estatuas de mayólica para los perros.

Julio refería a una fecha cierta ese cambio. Había empezado en el Teatro 18 de Julio, hoy convertido en cine. Ese día había llegado la noticia de la caída de París y esa noche se estrenaba una obra nacional. Se llamaba «Yo te amo», del mismo modo que una comedia de Guitry.

Lola Membrives cantaría en ella un tango, rememorando su mítico pasado de cupletista.

Menárquez, que por entonces ya no era crítico teatral y estaba a punto de irse a Londres, llegó con un aire insolente que ocultaba su pena. Había llorado toda la tarde —supo en seguida Julio—, y al sentarse a su lado pudo ver los ojos hinchados y una magulladura cruel, de dientes hundidos sobre un labio, en el compungimiento violento que había dedicado a la caída de París. Había sufrido con íntima ostentación, ante mí mismo como espectador; había llorado como si asistiera a un espasmo, al modo de aquella noche bonaerense en el barandal de peluche roja del palco del Odeón, cuando le habían vociferado con una saña andrógina, sombría y pesada, «*René, René, vous avez le coeur capitonné!*» Pero tras haber llorado había decidido ir al teatro y se había recompuesto con dandysmo, «*dans ma manière outrée*», como él mismo decía. Vestía un estrecho traje gris a cuadritos, con solapas de transilla negra; un clavel rojo tachonaba la angosta solapa izquierda, un bombín negro tocaba aquella cabeza pavoneada y altísima, unas polainas y unos guantes color crema completaban la indumentaria llamativa, desenvuelta, dirigida a desafiar como única forma de vencer toda impublicable timidez.

—Veamos esta genialidad —había dicho al llegar al teatro—. Es la última obra que se estrena. —Y con una ferocidad clownesca, que era puro masoquismo y puro exhibicionismo, había añadido a gritos en el foyer—: ¡Porque este estreno genial no se suspende ni porque haya caído París, ni siquiera porque vaya a acabarse el mundo! ¡Adelante!

En medio de un público adicto y ligeramente afligido, las carcajadas de Menárquez, sus aplausos fofos de guante puesto estallaban con un aire de ofensa deliberada, con ese tipo de coraje wildeano que en Montevideo no se iba a perdonar sino bajo la forma del olvido, cuando ya Europa y la persecución del éxito no lo hubieran engullido por años sin mayor noticia. Una risa sonora, unos aplausos acolchados y un ¡bravo! resonaron cuando el caballero de la obra se atrevió a decir: «Mi cinismo es un botón en el ojal de mi indiferencia». Eso era lo que el autor había aprendido en el París que desde hoy era nazi, comentaba Menárquez. Ese era el mejor réquiem que hoy podía decirse por la vacuidad de las grandes ciudades,

por la madurez delicuescente que produce sus caídas, por la carga de perversión que les impide caer muriendo.

Pero cuando Lola Membrives se había puesto a cantar aquel tango imposible, de letra presuntuosa y música amanerada y pirata, Menárquez había sentido —enclavado en una platea llena de gente— un motivo de tristeza más íntimo e indefinible que el de aquella tarde. El, que había descrito con sadismo y fastuosa verba el instante en que a Cécile Sorel, septuagenaria, haciendo *La Dame aux Camélias*, se le cayera un seno de *caoutchouc* (había escrito la palabra en francés) y había seguido la trayectoria del postizo, rebotando y saltando como una obscena pelota oscura sobre la tablazón del palco escénico; él, que había irritado o extasiado con esa delectación a sus lectores, no podía, en cambio, gritar ni aplaudir ni soltar su risotada salaz ante la actriz que llenaba de espléndidos recuerdos su juventud y hoy aceptaba cantar —sentada en un sofá de brocado a rayas— aquel tango espurio y soso, entregando sus restos de gusto y de voz a aquella claudicante melodía.

Pero pudo vengarse del autor mismo, en cuanto cayó el telón.

—¡El autogor, el autogor! —gritaba con un énfasis elaborado de tontería, como si tuviera piedras en la boca.

¡El autogor! ¡Que salga el autogor! ¡Cayó París, se acabó el mundo!

Y cuando —pálido, peinado y planchado— el autor salió mirando pudorosamente hacia abajo, de la mano de la Membrives, y sus amigos le tributaran un aplauso frío, consternado y cortés, Menárquez volvió a saltar sobre la urbana aprobación de compromiso, descollando en voz como en estatura, de pie en medio de la platea:

—¡F-formidable, Mario! —ladró con divertido encarnizamiento—. ¡Yo también te amo! Preciosa obrita, llena de delirios *orínicos*. ¡Bravo!

En la fría mañana de otoño no hubo otra cosa que la muerte, el soldado que acababa de ahogarse y su caballo, y sobre todo el agua, la laguna con sus bordes a pico y su abrupta profundidad. Había sido a la madrugada, en los fondos de aquella casa abiertos al campo, a un largo campo que corría sin interrupción hasta las lejanas cuadras del cuartel. Unos hombres lentos se pasaban en las cuadras, echados en el suelo o acariciando desganadamente las grupas de los caballos, oscureciendo sobre la tierra entre un dominante olor a polvo, a piso de caballeriza recién regado, jugando con la mano cobriza en la

insolente esplendidez animal de aquellos pelos, sonriendo a veces con una blancura sin sentido en medio de sus caras atezadas. Allí había caballos y gallos de riña del coronel, gallos que el coronel tenía para darse «el único placer de mirarlos».

De esas cuadras, en la madrugada de abril, el caballo disparó y el soldado salió persiguiéndolo. El caballo galopó por el campo, en dirección a la laguna. En medio del verdor, a ras de tierra, el agua se había trazado un borde quieto, una apariencia inocente. Apenas rebasaba esa margen lustrosa que algún dia de viento humedecía sus tréboles. Y, sin embargo, de allí se deslizaba de golpe hacia una hondura.

El caballo siguió hacia el oeste y se detuvo a la orilla del agua, oliendo el pasto. Fue entonces que el soldado se acercó, los arreos en la mano, jadeante, con los ojos nublados por el esfuerzo. El caballo caracoleó de pronto hacia el agua y el soldado tuvo que dar un paso sobre el borde, de espaldas a la laguna. Resbaló entonces sobre el verde mojado, cayó con un ruido grumoso.

El caballo entró resoplando en el patio de la casa. Resonaba el rumor de sus cascos en el sitio estrechado por los galpones, por la galería de madera casi deshecha. Una vieja desmechada salió a ver y se puso a dar gritos hacia la galería. Apareció un hombre en mangas de camisa, somnoliento. Don Nieves. Ahora sería un viejo, pero había lidiado siempre con caballos; no tenía por qué perder la calma. Fue al galope, trajo una larga cuerda, y, doblándola para que le sirviera de látigo, echó el caballo hacia el campo. Asomándose, vio entonces los arreos flotando en la laguna y luego, en el momento en que daba una pesada vuelta en el agua, algo parecido a la chaqueta de un soldado. Regresó a su casa y despertó a uno de sus hijos, para que fuera a dar aviso al cuartel. Aquel acto simple, ajeno, lo devolvía a su paz, a su remisiva conciencia de las cosas.

Y luego, cuando Menárquez y él se separaron, eran ya más de las doce de la noche y podía haber algún alivio en referir la frase de la caída de París al día de ayer. Es cierto que en París serían entonces las cuatro de la mañana y estaría alzándose la luz del primer día total de cautiverio.

Caminó sin sentido por las calles, en el helado tiempo de junio. «Allá es primavera, casi verano». Pensó en la única criatura francesa a quien pudiera aproximarse a esta hora de la noche, se dejó ir hacia ella. Manon. La veía ahora cerrando el ropero, yendo y viniendo por la pieza mientras él se vestía lentamente, descolgando la ropa que parecía haber enve-

jecido en diez minutos sobre la silla, aquella silla que —al cabo de la noche— se ponía furtivamente diez o doce trajes distintos.

Manon no había querido sentimentalizarse por París ni por Francia. «Querido, llevo tantos años aquí y antes pasé más de diez en Brasil, figúrate». ¿Qué edad podía tener? Era flaca, menuda y musculosa, y tenía un aire de cansancio indefinible, que impedía por igual regalarle juventud o atribuirle vejez. Silbaba entre dientes, tras haber encendido un cigarrillo, y destapó la caldera esmaltada. Virtió cuidadosamente un poco de agua en la palangana, sostenida sobre un soporte de pie, a muy poca altura del piso. Se agachó entonces y la camisa celeste se escurrió entre sus piernas, marcando el agobio de la espalda, el hundimiento y la estrechez del pecho.

Al verla así, en cuclillas, absorta como si atendiera al humo que tal vez cuajaba en gotitas en el interior de sus muslos, al ver la toalla rosada y desteñida que había sacado de algún sitio para colgar provisionalmente en su pescuezo (y que ahora tiraba con una mano hasta hacerla bajar sobre el vientre), al leer el desleído saludo que se abría en desganado abanico sobre la tela turca— «*Bom dia*», dicho en portugués a aquella madrugada remota —pensó en que el tiempo de los demás, el tiempo de Menárquez llorando sobre la suerte de París y de él mismo ansioso por los boletines radiales, no regía dentro de aquella pieza de balcón clausurado, dentro de aquella casa. En ese mundo de la noche, París no existía y Montevideo tampoco. Ya habría podido intuirlo, con una sensación de vergonzosa desgana, sin sentido y estupidez desenroscándose en él como enredaderas o serpientes que dejaran un árbol, en el momento mismo en que esperaba junto a la mesita, en el patio, en el aire de distraída sordidez que estampillaban pesadamente las cortinitas de macramé y los tapetes, cabeceando al soplo de un viento frío que corría desde el fondo, envileciéndose con los olores que salían a recibirlo y a plegársele desde cada puerta entornada, desde la penumbra en que creían y se apagaban respiraciones, aromas marchitos a azahar y a colonia, rancio tufo de comidas clandestinas. Sobre uno de aquellos tapetes —sobre el dibujo atormentado del *filtiré*, depositario de esta imaginación que las prostitutas libran solamente a sus manos— estaban los dos elefantes de porcelana verde, topándose, uniéndose por las trompas bajas entre las cuales no existía el libro para el que habían sido aplastadas. Julio recordaba el borrón de luz en los vidrios opacos y la cabeza de la vieja que había aparecido para decirle, con

toda la delicadeza que le era posible fingir en medio de la irredimible grosería de sus rasgos: «Ah, si quiere ver a Manon el señor va a tener que esperar un poquito». ¿Para qué estaba allí, qué tenían que ver aquel sitio, sus encajes y sus potiches con las cansadas emociones del día, con esa desencajada vejez que las pasiones vividas a lo largo de una jornada cobran de súbito —hasta hacerse mentiras fantasmales— en el codo de la noche siguiente? Oía la voz del hombre, la voz inconfundible del tipo que anda por placer, rufianismo o inmencionable amistad (y a veces por negocio de drogas) estas casas por la noche, seguía las frases pobres de un cuento sucio con el que el hombre pretendía divertir a la regente. La última frase del cuento había dado con un pozo de silencio y no de risa, con un fondo de silencio desapacible en medio del que la vieja miraba tal vez al tipo, mortificándolo, y fumaba para verlo mejor (a través del humo), en un halo de cretinismo; en ese hueco al que parecía haber caído toda la vida de rumores forcejeantes de la casa. Julio tomó uno de los elefantes de porcelana verde, el elefante que estaba sentado sobre las patas traseras, en una posición torpe. ¿Qué estoy haciendo aquí, por qué he venido? Como si fuese una réplica interior, brotaba de su pregunta, oyó que cuajaba fuera de él la voz del hombre, percibió claramente su caudal disminuido y vejado, su acento de animación fracasada: «Bueno, yo voy a irme». Pensó en asumir la voz como un conejo, y ya al despedirse de él para ganar la puerta inclinó un poco el elefante, queriendo averiguar el secreto de su peso. Entonces, por el agujerito de junto a la cola, que había perdido el corcho, salió un chorro de arena, fino y casi volador, que cayó sobre la alfombra de lana, dejándolo a solas con esa inocencia pueril que se reprochaba. Al fondo de la confusión y del conato de fuga pasó luego sin ruido —sin tocar la memoria del crujido de arena bajo el paso que volvió el elefante a su sitio— el hombre que había estado con Manon y se alisaba al irse el ala del sombrero. La cara de la vieja apareció para cortarle la retirada, invocándolo afectuosamente: «Señor...»

Ahora la mujer se había levantado, había vuelto a poner la caldera sobre el calentador; caminó hacia la cama, y mientras miraba a Julio como si fuera a sonreír («Hace tantos años que me vine de Francia») arrolló lentamente la toalla a una de las perillas de bronce abollado. Fue la noche en que él volvió a su habitación y, casi desnudo ante su velador, tomó un papel y escribió presuntuosamente: «A Francia, en este día»,

como el primero de una serie de renglones apareados (hoy no se animaría a seguirle llamando poema).

A las diez de la mañana la gente seguía pasando frente a la puerta, deteniéndose a mirar lo imposible, sabiendo ya que no lo vería. Era una curiosidad sin esperanzas, dispuesta a cualquier transacción. La vieja, que se había peinado y recompuesto como para una ceremonia, salió entonces a ser el objeto de esa suplantación, el descanso de la avidez. Era una mujer ordinaria, y aquel era quizá su modo de entender la gloria. Tenía un rostro ajado y petulante, una firmeza vulgar que la hacía insufrible. Se apoyaba en el balcón ofreciendo un busto enorme y fláccido, saludaba a todos, conversaba a distancias que se le rehuían, tenía el empeño de que su presencia fuera ostensible. La miraban como a una culpable, le reprochaban silenciosamente no haber cercado su terreno, y en el fondo le envidiaban esa apariencia triunfal en medio de su vergüenza, que los hacía dudar de si realmente sería una vergüenza. Hablaban de una empalizada, de desecar la laguna. El niño que era entonces Julio tenía la secreta preocupación de pensar en el hombre: si lo habrían recogido, si lo habrían sacado enganchándolo con un garfio o enlazándolo por el brazo que a veces aparecía y giraba en la superficie, o si todavía estaría sumergido, sumergido en este momento en que la vieja lo miraba y le sonreía con una simpatía inadmisible.

Lo fastidiaba la efusiva obstinación de las gentes en prevenir otras desgracias en vez de ocuparse de la que había ocurrido, ese sistema de escapatoria y de pretextos con el que cada uno quería simular que estaba tan herido que se destrozaría si siguiera planteándose la misma cuestión, la sola cuestión de aquella muerte, de aquel mulato ahogado, aquel suceso, aquella violencia y resentida presencia que se quedaría para siempre mereciendo más palabras, una aflicción sin causa de afecto, la ciega atribución de una culpa. Era necesario.

Julio sabía bien que su odio tenía un principio más escondido, una silenciosa veta mantenida y ensanchada en el tiempo: el motivo de aquella niña blanduzca que miraba con unos ojos grises de borde enrojecido, sin pestañas, y que hacía a veces unas apariciones crueles desde la idiotez; el motivo de aquella vieja, de su mortificante abundancia; el motivo del niño arriesgado y sin corazón que era su hijo, el de la desafiante vulgaridad que los hacía parecerse unos a otros, con un sentido de unidad agresiva que él había experimentado siempre.

Veía a aquel pequeño desalmado, la cometa destrozada a sus pies, y comprendía que su padre estaba arrepentido, acusándose de su generosidad.

La misma circunstancia que el Poema a Francia convocaba había muerto, muerto y pasado como el ambiente de *boudoir* del Cotillón, donde Germán tocaba música francesa y más frecuentemente jazz e improvisaciones sobre jazz; muerto y pasado como la novedad flamante de muchas noches de estrenos nacionales, con los autores imponentes, soberbios o nerviosos, y ese estigma de filatelia cultural de que hablara Menárquez. «Somos nosotros y estamos enterados de todo». Jazz, Cine-clubs, Tango de la Guardia Vieja y Tango de la Guardia Nueva, teatros independientes, fanatismos sin una intransferible raigambre montevideana, pasiones que no tenían necesariamente por qué drenarse aquí y sólo aquí. Pero era el cogollito humano el que precisaba desfogarse en la exhibición, en la afirmación y en la facción, por más que esas parcialidades no dijeran nada específicamente alusivo al país, a la ciudad que habitaban. Era posible pensar ahora que esa vehemencia en falso, que esa sofisticación del amor sin la virilidad nacieran de un relativo encerramiento, de un ostracismo espiritual, de un fervor de catecúmenos que se saben (y se precisan de saberse) en minoría. Toda esa gente que Julio había conocido y frecuentado en otras madrugadas, más allá del diario y de sus proyectos sobre «Los descastados», tenía algo del orgulloso vicio de aislamiento que envuelve a las minorías radicales, fanáticas en el culto de algo conflictual y contemporáneo, para recubrirlas de un aceite protector, que las preserve de la indiferencia de nuestras grandes y prematuras capitales americanas.

Julio había conocido a Olimpia en una de esas ruedas de café; y Olimpia le había propuesto, casi en seguida, que le diera clase de inglés. «Tengo necesidad de aprenderlo», había dicho ella, con un rostro tirante y esnob. Julio había aceptado, creyendo que aquel comienzo de relación podía derivar en aventura. Era en los días de la liberación de París, agosto de mil novecientos cincuenta y cuatro. En una de las calles de esta ciudad vieja, gastada de pisadas de banqueros y de rufianes (día y noche) estaba el apartamiento, de tercer piso por escalera, a que le había citado Olimpia. Cuando llegó, aún demasiado jadeante para decirle nada y dispuesto a encontrarla sola, Olimpia le presentó al doctor. Era un hombre otoñal, de manos pulidas y ademanes cuidadosamente distinguidos. «Un poco quedado en Anatole France», le diría después Olimpia; y aunque

ella no lo había leído, le desprestigiaba como meta. «Pero con una interesante cultura de época». No era preciso mencionar la relación que los ligaba. Los libros de Olimpia, las pulseras de Olimpia, los cigarrillos turcos de Olimpia, parecían venir flotando en un río que arrancaba del bufete del doctor. Y un ramal podría empezar a abrirse paso hacia donde estaba Julio, porque el doctor quería recibir asimismo lecciones de inglés, con el indeclinable escrúpulo de pagarlas. A las dos o tres sesiones, se supo que también con el escrúpulo de aprenderlas. Porque mientras Olimpia se insensibilizaba y dormitaba fumando, sin haber podido descubrir por qué le obligaban a decir «ai-jav», «iu-jav» y después «ji-jas», el doctor establecía parentescos, correspondencias y divergencias de sintaxis entre el inglés y el francés, aludía a raíces comunes, apelaba a su viejo conocimiento de las declinaciones en latín. Julio comenzó a sospechar que había sido el doctor quien había inventado la variante de la lección de inglés, como un modo de airear un poco su relación con esa planta espesa y adormilada, de truculentas hojas aprehensoras que, en la intimidad, empezaba a revelarse Olimpia. Descotada, semi-vestida, desganada y carnalmente acechante, su presencia parecía mucho más estúpida que en la rueda de su conjunto teatral, que en sus noches de apuntadora o de utilera. El doctor, en cambio, aprendía y divagaba espiritualmente, para no ser confundido por aquella pura lasitud, por aquel denso clima de jungla sexual que rodeaba a Olimpia: «Lo hermoso del posesivo sajón —decía, por ejemplo— es que pone el énfasis sobre la persona; nosotros lo ponemos sobre la cosa, y la persona accede al objeto».

Una tarde, el doctor no estaba. Julio pensó que Olimpia preferiría diferir la clase, cambiarla por un principio de entendimiento más concreto. Desdeñosa, fríamente ella lo disuadió, sin posible insistencia. «Si el doctor lo supiera, con lo que piensa de ti...» Lo abochornaba con la imagen de la caballerosidad del doctor, con la tácita reprimenda de haber sido lo bastante plebeyo para no saber respetar aquella guardia de honor en rebeldía. Luego le ofreció un vaso de Jerez —la bebida predilecta del doctor, seguramente— mientras ella se vestía. «Para que me olvide de lo que has pretendido, acompáñame a casa de mamá. Queda en Maroñas, y no me gusta ir sola a estas horas». Volvía a darse el lujo de andar semidesnuda al lado de él, amonestándolo por su primitivismo escandaloso, por su absurda falta de evolución. Pero le tenía miedo a la oscuridad de la calle Sainz Rosas. Subieron a un tranvía y ella habló todo el tiempo. El

doctor era su amigo desde que ella tenía diecisiete años. Era una gran persona, y había sido ministro de Batlle, siendo todavía muy joven. «De Batlle y de otro presidente después, no sé si Brum o Serrato». Sentado entre ellos dos, en el asiento pajizo del tranvía, el doctor podía haber disfrutado de aquella beatificación cívica y sentimental. «Tiene sesenta y cuatro años, pero es un hombre estupendamente joven para una mujer». Ministro de Batlle, ministro de Brum. Julio sonreía al recordar su innoble venganza. Olimpia adoraba a su hermanito, pero su hermanito había traído esa tarde la libreta de calificaciones liceales, y las notas no eran muy buenas. «No tiene importancia, es el primer trimestre. ¿No te parece?» —había propuesto ansiosamente Olimpia, sentados en la salita cursi de muebles blancos y columnitas con búcaros, ellos dos y la madre, tiesa al borde de su sillón. Se hizo alcanzar las notas y movió la cabeza desaprobatoriamente, mientras las leía. «¿No ves? —dijo la madre—. Al señor tampoco le gustan.» «¡No me gustan nada! —corroboró Julio—. Por la nota de matemáticas, se ve que el chico debe ser inteligente» (la madre asentía). «¡Pero hace falta un poco de rigor!» La cara desconsolada de Olimpia, que despertaba de su abotagamiento corporal para entender turbiamente el sentido de aquella vindicta oblicua y sutil, y el rostro sonriente del niño en el retrato de la comunión, dominaban todavía en la memoria de aquella escena. El ministro de Batlle (y tal vez de Brum) cortó las lecciones esa misma semana. Y Olimpia se suicidó con gas, en el mismo apartamiento de la calle Misiones, un par de años después. Con gas y un frasco entero de barbitúricos, a cuenta de mayor seguridad.

La cometa era de seda amarilla, tendida sobre una armazón de cañas de bambú; planeando en el aire, a una altitud a la que ninguna otra llegaba, rígida, cabeceando suavemente en medio de su gran suspensión, parecía un murciélago, un animal escapado de su color oscuro. Era enorme y magnífico, con sus brazos abiertos y una inscripción en letras negras corriendo de uno a otro extremo de sus brazos: «Le Diable». Tenía una calidad delicada, señorial y oferente, por encima de las cometas de papel que cerraban un color macizo, unas franjas impuras contra el cielo. Daba una idea de paz con su pecho desplegado, con su estructura, de cañas brillando al sol, con su ingrávida docilidad. «Le Diable». Podía ser amada. Julio la había amado echado de espaldas en el campo, sintiendo junto a su cabeza el terrón y el jugo del pasto, teniendo apenas el cordel en la mano, oyendo el flameo de la seda en el viento. Nin-

guna otra permitía ese éxtasis. Sin embargo, al decidirse el viaje a Montevideo había sido sacrificada. Y su padre la regaló a aquella criatura sin agradecimiento. Recordaba el gesto de animalito obstinado con que probó a tirones la resistencia de la tela, y luego sus correrías por los terrenos, sus saltos sobre las zanjas, arrastrándola por los charcos y la tierra, hiriéndola en las zarzas, haciéndola girar a la altura de su cabeza y arrojándola contra los demás, como una flecha. «Le Diable» planeaba pesadamente y caía a los pocos pasos en el polvo. Entonces aquel idiota se entristecía, la encontraba inservible.

Iban ahora hacia la estación y lo habían visto, trepado a una cerca, sucio y sudoroso como estaba siempre, con la cometa colgada de la mano. El sostén de cañas de uno de los brazos estaba quebrado y el género pendía flojamente sobre el centro, ocultando las últimas letras del nombre.

Julio se replegó al fondo del coche para no verlo, sabiendo que lo odiaría siempre, que en medio de muchos éste sería su recuerdo más árido. Su hermano, en cambio, tuvo el impulso de sobreponerse, ya que era una despedida y la idea de un distanciamiento borraba momentáneamente las ofensas. Sacó entonces una mano por la ventanilla, se asomó para saludarlo. El otro lo advirtió en ese instante, y encaramándose más en la cerca, frenético, empezó a gritarle un apodo desagradable. El chico volvió la cara, y una ira intensa apretaba la boca.

Por más que anduviera por el mundo, nunca tendría bajo sus ojos, ni al alcance de su entendimiento, un personaje tan vivo como el montevideano. No pensaba en ningún ser humano en particular, en alguien a quien hubiera conocido y querido en la ciudad, sino en la caracterización carnal que se elevaba de cuanto sabía de años y años en Montevideo, una suerte de heraldo que resumía andanzas por el teatro, la política, los burdeles, el amor y el deporte.

Y también conocía la faz pintoresca y la faz miserable de su ciudad, la quería más —pensaba en esta caminata nocturna al soplo tibio de la madrugada de diciembre— precisamente por haber descubierto esos rostros posibles debajo del rostro oficial, sonriente y proclamado. Unos meses antes había escrito para el diario una nota sensacional, que se llamara «La imaginación de la miseria». Casi en los mismos días, dos episodios policiales distintos pero afines se la habían inspirado. Al flanco de uno de los cementerios, se estaban construyendo unas viviendas económicas. Y el arquitecto había permitido a los vecinos que hurgaran en los pozos de excavación de la obra, en

la represión ensayada para la cancha de cal, y se llevaran los metales inservibles —desechos del viejo cementerio— que encontraran allí. Pero el estrecho venero de chatarra se había agotado en seguida. Y por el portillo abierto por los obreros en el muro del cementerio, el barrio todo —con palas, con picos, con azadas— había entrado al recinto de los panteones y de las sepulturas hechas en tierra, había removido, escarbado, desbaratado, arrancado las asas de los ataúdes, las argollas de los panteones, todo lo que fuera de metal. Como en el cuento de Chesterton sobre el honor de Israel Gow, pretendían sentirse escudados por la palabra del arquitecto, así hubiera brazos de esqueleto, trozos de cuerpos aún no enteramente descarnados que afloraban ahora a la superficie, rondados y sacudidos por los perros. El otro episodio había ocurrido en el camino de La Tablada. El vecindario veía pasar día a día los arreos de tropa, los ganados exhaustos, abrumados por la sed, por el sol, por la fatiga del largo viaje. En tiempos pasados, cuando alguno de esos animales caía quedaba para el famélico ranchería, y los reseros solamente se hacían con la piel, para acreditar la baja. Pero con el encarecimiento de vacas y novillos, la orden había sido cambiada. Había que custodiar y hacer llevar al animal perdido. La crónica narraba el caso de un novillo moribundo, al que la gente —mujeres y niños por delante, hombres cerrando filas tras ellos— había tumbado a pedradas. La lucha entre los troperos y aquella turba de cuchillos en ristre había sido breve y concreta. En menos de cinco minutos, mientras la pedrea arrinconaba a los reseros contra las alambradas, y los reducía a luchar con sus mismos caballos despavoridos, la pululación de los ranchos, danzando vertiginosamente en torno del novillo caído, lo había mondado hasta la osamenta. Varias decenas de presos en los juzgados, varias decenas de testigos de ese subsuelo miserable de la ciudad, eran los agonistas de aquella suerte de ballet siniestro de azadas, picos y cuchillos, de cuervos sobre la carnaza fría y caliente. Y eso era también —el director del diario no lo había aprobado desde el principio, pero había acabado por reconocerlo— Montevideo, *esta Montevideo madre cruel*, esta ciudad holgada de los rotundos burgueses, esta ciudad novelera del tesoro garibaldino arañado bajo el mausoleo de los héroes, esta ciudad-calcomanía de bañistas bruñidos de agua y sol, esta ciudad trampeada de las angostas y oscuras canteras de mugre, esponjadas en busca de cucharillas de plata, de alambres y de papeles ardidos.

Era Montevideo, pensaba rodeándola en el gran abrazo de la

caminata nocturna. La ciudad donde quería morir, el cuentagotas por donde para él había pasado el mundo. En ella se había librado la guerra de España, en ella había caído París y en ella había sido reconquistada, en ella habían arrojado la bomba atómica, frente a ella se había hundido el «Graf Spee». Y en ella, a esta hora, todavía sesgaban los últimos borrachos, vivando roncamente al Partido Nacional. ¿Para qué?

III

En la cálida noche de 23 de diciembre, unos sentados en sillones de playa, otros extendidos en el césped, todos rodeaban a Menárquez que, de acuerdo a sus mejores tradiciones, se mantenía enhiesto y de pie, con su perfil solemne y ya casi prominente, ahora que el *enbonpoint* lo hacía a un tiempo majestuoso y más estridente en la singularidad de su indumenta. El no parecía sensible al calor, a lo informal de la ocasión, a ese alrededor de contertulios felinos, semidesnudos y echados sobre el pasto. Seguía atenido a su cuello de blancura refulgente, a su llameante corbata norteamericana, a su chaleco pespunteado en rombos y a su mambo de franela gris. Avanzaba y retrocedía, con el vaso de whisky en una mano y los ademanes en la otra, como un manojo de elocuencia suplementaria. Hablaba, reía, crepitaba en metáforas inesperadas e imposibles, imitaba voces, desde la cascada debilidad de una viejecita hasta la explosiva chocarrería con que solía imaginarse la robustez viril, preferiblemente endosada a los changadores.

Beatriz y Marcelo, como dueños de la casa, se levantaban de tanto en tanto, agenciaban hielo, más botellas o jarras de café. Los vasos vacíos rodaban y destellaban en la granilla, o volvían a unos soportes de pincho que los mantenían a centímetros del suelo. Galeano y Elvira, Marcos y Estela, Eugenio, Julio, Aldana y Eva, estaban momentáneamente reducidos a la condición de espectadores de aquel soliloquio, de aquel «monólogo coreado», como el mismo Menárquez llamaba a todas las tenidas que venían provocándose, sosteniéndose y repitiéndose en su presencia. «Soy algo así como un indiano al revés», explicaba, cuando algún extraño podía llamarse a sorprendido por aquel espectáculo de ostentoso divismo. Tenía que tratarse de alguien que fuera nuevo en el rito, porque los viejos conocidos no precisaban explicaciones; simplemente visaban y completaban, a años de distancia, aquella renombrada pirotecnia, aquel hontanar incesante de humor, de gracia y de procacidad.

No todos —es cierto— eran de la misma época del pasado, en la costumbre de tales desafueros. Los dueños de casa, por ejemplo, habían contraído la amistad de Menárquez en Londres, París y Nueva York. Porque durante años él había sido un punto de referencia para los viajes de «la gente sensible», la única que le interesaba. Gente sensible era toda aquella que, reclutada variablemente en la *intelligentsia* o en la vida social, era capaz de consumir una noche escuchándolo y sacar de ese papel pasivo una memoria óptima, que traída de vuelta a Montevideo revalidaba y refrescaba el mito Menárquez. Y los otros, Galeano, Eugenio y Julio, lo habían tenido por maestro, por promotor de los escándalos conceptuales en que habían participado en los días de su juventud, hoy reducidos a una condición de fastos íntimos, que sólo ellos retenían.

Pero ahora, mientras hablaba de obras de la actual temporada de Broadway y remedaba «los gestos diagonales y reptantes del expresionismo», que Peter Brook había impuesto a Alfred Lunt en *The visit*, o describía al viejo actor como a un «señor enfurruñado por no haber podido pasar los exámenes en la escuela de Marcel Marceau», mientras condimentaba tanta sagacidad espontánea y tanta ocurrencia estudiada, en inextricable junción, con palabrotas y dicterios y aires casquivanos de farsa violenta, Julio no podía evitar la sensación de que ya no eran —ellos mismos— aquellos muchachos pasmados e incondicionales del final de los *thirties*. Oficiantes o renunciantes, casados o frustrados, envejecidos por dentro o por fuera, sólo en apariencia habían reanudado y recuperado el círculo de veinte años atrás. Paradojalmente, para Menárquez que había viajado, vivido en grandes ciudades y engrosado y madurado a ojos vistas, el tiempo parecía menos dramáticamente irreversible que para ellos, que sólo habían hecho rápidas, casi furtivas escapadas desde el país, pero fundamentalmente habían seguido perteneciéndole, habían ido viéndolo espesarse en torno a ellos durante estos años.

Con algunos otros cambios, con un aplomo añejo en la exageración de sus maneras, con una condición de insolencia más refinada y urbana, apuntalada de cortesías mendaces —untuosas y sarcásticas— Menárquez podía reasumirse como el gran *show* que siempre había sido; y también como el cultor de un arte especialísimo del trato individual, un arte hecho de libertad, agresión, ternura y escaldadas hipérboles, hipérbole de la palabra y del sentimiento, exquisiteces del *mot juste* e irritaciones de una sensitiva naturaleza artística y moral, volubilidades de una fantástica e inestable felicidad, sostenida y escamoteada en la punta de dos dedos, con la desaprensiva y aterida capacidad de darse una, diez y cien veces al semejante. Hacía unos veinte años se había ido del país vociferando, jurando mejores destinos en una Europa para la que parecía estar hecho, más que nadie de cuantos ellos conocían. Y al cambio del tiempo, cuando esa Europa sólo le había concedido durar a cambio de ocupaciones menores, a cambio de ostracismos y transacciones, volvía cada dos años a tomarse las vacaciones en su ciudad, a estrechar y besar a sus amigos de antes, a recoger en sus brazos y llorar sin contenciones de adultez a aquellos otros que parecían haberlo esperado entrañablemente para morirse en su presencia.

Era mucho más patético, por supuesto, porque la simple edad y la sensación de que ella ya no ofrece ni aprovecha ningún posible repertorio de mutaciones lo fijaban en esta singularidad portentosa y salaz. Pero seguía teniendo y exhibiendo los trucos del antiguo encantador, del viejo juglar barbotante de palabras, con aquella verba que había registrado, para la memoria de todos, vocablos como engarabitar y descabalado, absoleto, espiritado o entresijo. Seguía siendo posible explicárselo por su secreto de la timidez zoológica, que vencía por el procedimiento del dandysmo y del histrionismo, en una tesis semejante a la de Diderot en la paradoja del comediante. Lúcido e imperioso ordenador de sus gestos, lograba que ellos arrebataran o enrarecieran el entendimiento del interlocutor, arrastrándolo en el turbión siempre inédito. Pero como Menárquez asistía una y otra vez con auténtica novelería de estreno a cada nuevo giro de su persuasión, también se dejaba ganar por el espectáculo y era capaz de llorar, reír a carcajadas o quedarse estupefacto (intrigado o perplejo con palabras que definen estados de ánimo demasiado tibios para poder aplicársele) ante lo que estaba escuchándose decir, ante lo que una potencia desconocida, y por la que podía sentirse recusado y excluido, estaba desarrollando dentro de su cabeza y expulsando de ella.

Había escrito sobre Gardel y sobre Sarah Bernhardt, sobre Gloria Swanson y sobre Jouvet, y en todo caso quien había aprisionado al lector era él, porque la crítica que no era rigurosamente personal no le interesaba, «no lo provocaba», como fue de los primeros en decir.

—Tienes que volver a verlo —recordaba ahora Julio que le había dicho un actor de la Comedia, un día antes de que él tornara a encontrárselo—. Sigue siendo magnífico. Con un sombrero italiano que no llega a ser ridículo, pero casi lo es. Con una pronunciación postiza y unos guantes con los que

chicotea el aire. Con un vaho de peluquería de gran hotel. Y con sus fenomenales *calembours*.

Aquella misma noche, cuando había llegado a esta casa de Carrasco, a este jardín donde habitualmente uno era presentado a mujeres que se llamaban Elenota, Magela o Eliana o, si eran más jóvenes, Mónica, Moira o Patricia, había entrado con un gran garbo hueco y ampuloso de pifia, remedando tácitamente el amaneramiento de las altas clases uruguayas, su rimbombante mediocridad.

—¿Y tu hijo? —había preguntado a la dueña de casa—. ¿Cuántos años tiene?

—Once.

—No te preocupes. Dentro de seis o siete ya será un espléndido pederasta, que es lo que ahora se precisa para triunfar en Montevideo.

En su conversación aparecían siempre efebos, homosexuales latentes, pederastas no realizados; a veces con la malicia de indagar motivaciones escondidas e inexistentes, otras con la presbicia cándida de no consagrar a verdaderos practicantes.

En el gran río de su conversación las jaculatorias en falsete se mezclaban a improperios crudos y luminosos; Menárquez manejaba consumadamente el arte de una obscenidad alegre y definitoria, por la redención estética de lo que en otros era simplemente soez. «En Nueva York llaman sexo al amor —decía—, a diferencia de los franceses, que llaman amor a la vida sexual.» El mezclaba ambas tradiciones, y su originalidad consistía en hallar siempre —para toda precisión—, la antípoda justa del eufemismo que habría discurrido una mentalidad provinciana. Pero era otro estilo de provincianismo, y él mismo lo reconocía; un provincianismo negro, así como hay un humor negro y un romanticismo negro.

Era algo más que la pretensión de ser chocante. Era una necesidad histriónica de auto-desmantelamiento, de purificación por el escándalo, algo que no había alcanzado ni alcanzaría jamás las templanzas de la adultez, fuera de esa aura juvenil y escabrosa, restallante y equívoca en que todo él era una grande y hechizada neurosis, una gran inseguridad de vivir que aspiraba a consumirse cambiando, cambiando a bocanadas, cayendo y alzándose acrobáticamente. Porque sólo había una palabra que significaba para él terror, anulación y muerte: la palabra *soledad*, que tanto y tan amargamente le gustaba asestar a los otros.

Julio se entretenía en seguir los gestos y las muecas del

divo, como si estuviera ante una película muda. El prognatismo real, borbónico, avanzaba sobre las frases, predecía sutilmente la aparición del hallazgo más cruel, y la boca se acartuchaba para decirlo. Los ojos oscuros y húmedos bailaban enmarcados en la prominencia en que terminaba el frontal, haciéndole visera sobre la mirada. Y las largas manos dibujaban suntuosamente cada palabra, la ayudaban a subir desde el diafragma, se abrían cuando el remate de una sentencia eran el falso horror a la verdadera risa.

¡Qué mediocres parecían los demás a su lado!

Galeano, con sus ojos pequeños y muy juntos, comenzaba ya a sufrir esas tensiones faciales, de pómulo a pómulo, que le deparaba el alcohol. Tenía la sensación de que la cara se le endurecía, como el belfo de un caballo, de que los labios tumefactos no le dejaban articular, de que un tornillo interno a su rostro empezaba a girar y a ajustarle incómodamente una expresión estúpida. Y entonces, para superar esa facies estuporosa, comenzaba a gesticular desaforadamente, ondulaba y volvía hacia afuera un revés de labios desagradablemente vinoso. Lo que decía era correcto; aún más: era tenazmente escrupuloso, meditado y calicatado hasta la afectación. Pero la cara con que lo decía era más y más inverosímil y embrutecida. Julio recordaba la noche en que, en mitad de una fiesta de aquéllas, había faltado bebida. Galeano no podía quedarse a medio emborrachar, y hubo que acompañarlo a buscar otra botella. Anduvieron cuadras enteras al descampado, en medio de un frío intenso. Galeano animaba el trayecto con una charla fastuosa y versátil, y como seguramente la ensayaba a fin de obligar a su cara a hacer ejercicios gimnásticos contra el entumecimiento del alcohol y de la intemperie, en tanto los visajes se perdían en la bruma nocturna los temas se modulaban y renovaban cada vez con más brío, en la distancia de unas pocas cuadras. El comercio al que iban estaba cerrado, pero el ojo de la cerradura filtraba luz hacia el exterior, y se veía que había alguien dentro. Galeano golpeó pidiendo que le abrieran, pero nadie contestó. Entonces, decidido a una precisión incitante, se hincó en el umbral, de modo que su boca quedara contra el hueco de la cerradura.

—Pa-trón —articuló cuidadosamente—. Bo-te-lla de whisky. Si a-bre com-pra-mos bo-te-lla de whis-ky.

Ante aquel hombre prosternado, cuyo rostro se distendía en el silabeo prometedor, la cortina metálica se alzó y la botella de whisky bajó de los estantes.

Semibarbudo, semisucio, semisalvaje, Marcos tenía siempre

el aspecto grasiento de sus ocupaciones físicas; prefería el *jeep* al automóvil, la caña al whisky, una camisa abierta de artesano y un pantalón de brin a cualquier otro traje. Y en disonancia con toda esa estampa, escribía unos cuentos pasados por varios borradores, unos diálogos tiesos y monosilábicos que disimulaban mal su dificultad para hacer hablar a los personajes, unas descripciones anchurosas, oprimentes y campales, que hacían de cada uno de sus relatos algo desproporcionado, al estilo de esos paisajes en que la tierra juega solamente como la veta inferior y estrecha, bajo un cielo enorme, de corrientes desencontradas, de nubes tempestuosas, de profundidad presentida pero inverificable.

Aunque Estela se hallaba a su lado, él comenzaba ya a mirar, con insistencia apetente, a una adolescente regordeta y lozana, que había sido presentada genéricamente como sobrina de Beatriz.

Eugenio era el cabal discípulo de Menárquez. Y aún más el discípulo de su pasado que el de su presente. Porque conservaba el cuidado intransigente de la forma cinematográfica, de la técnica; era el exégeta del encuadre y del montaje, de la secuencia y de la banda sonora, categorías a las que Menárquez había retirado descomedidamente toda atención, todo examen, toda credulidad. «Caro purista», solía ser el encabezamiento de las cartas que Eugenio enviaba a Julio desde Buenos Aires, cuando vivía allí. Pero el caro purista era él, que creía en «la salvación por el celuloide», según le decían en son de burla y él aceptaba.

Al preferente auditorio de las damas —Beatriz, Elvira, Estela y Eva, porque la adolescente llamada Joaquina no parecía atender a nada ni a nadie, demorándose en los sorbos de su naranjada y en el regodeo táctil con que estrujaba y disolvía los terroncitos presos entre el pasto—, Menárquez estaba ahora explicándoles «el último gran *bluff* europeo llevado a Broadway», la obra de Dürrenmatt.

—Imagínese a una anciana multimillonaria que tiene una pierna de palo y una mano de marfil. Imagínese —esto no es demasiado difícil—, que la señora tiene además un *gigolo* brasileño joven, que viste como un bailarín del Marqués de Cuevas.

Estaban pendientes de él, de lo que el relato prometía. Las convidaba demagógicamente, porque muy a menudo aludía a «aquellos amigos con los cuales no queda otro cable de comunicación que el recuerdo común», pero nunca demostraba hallarse empobrecidamente frente a alguno de ellos. Era una ge-

neralización sin generalizados de carne y hueso. «¡Tan distintas son las experiencias personales y los inevitables puntos de vista que ellas traen con los años!», decía a menudo. Pero ahora las cuatro tenían la sensación de ser interlocutores ideales, y eso las movía a prestarle una atención exaltada, inquieta por hallar el partido de la diversión y de la agudeza.

—Imagínense que, además del *gigolo* y del apellido Zachanassian, adquirido junto con los millones, del caprichoso hombre de negocios con quien ella casó años atrás, la dama posee, como prostituta internacional, un pasado digno de varias antologías.

Cobrizo, terroso en la noche, Valtierra estaba haciendo arrumacos a una mujercita grisácea y flacucha, de rubios cabellos lacios; «una niña divorciada», como él la definía con talento, compendiando en tres palabras la desapacible imagen de una suerte de puerilidad comatosa y experiente, la idea del vicio y la inocencia a medio mezclar. Seguro de que ella no leía, Valtierra la había hecho aparecer —con otras mujeres—, en un largo cuento autobiográfico que había titulado «Dramatis personae». La niña divorciada era allí evocada en unos pocos renglones: «Ella pretendía haber tenido siempre vocación por el teatro. Y su historia era ésta: se había acercado, siendo aún muy joven, a un teatro de aficionados. Le habían adjudicado la tarea de coser los trajes que otros cortaban y unir a aguja los lienzos de arpillera para los bastidores. Mientras lo hacía, conoció a un actor y se casó con él. Al paso de los años, fue amante de un crítico; y se veían en el pisito que les prestaba un autor. Su vida pasó así en la trastienda del teatro; su vocación se desfogó en los suburbios de aquello que tanto le importaba.»

Pero ni su vida había pasado ni su vocación se había desfogado; y estaban allí, besándose con impudicia y cansancio, hartos de ellos mismos y desentendidos de esa caudalosa cascada verbal llamada Menárquez.

—Imaginen, además, que pasados los setenta la señora padece uno de esos rencores de tragedia griega contra el hombre que inocentemente la lanzó a una carrera de tal repercusión continental y que, cuando todos suponen que ha olvidado sus primitivos amoríos, decide volver —*gigolo* y todo—, al pueblecito donde, modesta y casi castamente, tuviera su primer par de mellizos bastardos, no reconocidos a su debido tiempo por el villano de la pieza.

Construía con aparatosa fluidez, como un virtuoso; y no podía saberse si repudiaba o adoraba el asunto. En todo caso,

parecía estar agradecido a Dürrenmatt, como a la mala mujer que da pábulo a un chisme. A un chisme opulento y gótico, asendereado de ominosos detalles. Era esa posibilidad de encarnizarse en la truculencia del pormenor lo que estaba haciéndolo feliz.

—Imagínense también y confiésenme que nunca lo habrían imaginado por su cuenta —lo decía descerrajando hacia ellas la mano relampagueante de anillos, de uñas lustrosas, de espectacularidad—, que la dama trae consigo a dos hombrecitos, a quienes previamente ha castrado y cegado, una pantera negra que de cuando en cuando suelta por ahí y un ataúd vacío, eso sí, que se propone llevar debidamente lleno, de regreso.

La fascinación de aquel personaje enorme, que tal vez se les aparecía cubierto de gemas, semioculto de postizos, decorado de rulos, edematoso y feroz, estaba ganándolas por completo. Menárquez daba un paso atrás y miraba posesivamente el aire, como un repostero a punto de echarle otro piso al *zigurat* de una torre asiria que fuera también una torta recubierta de fondant, confetti, almendras y píldoras de chocolate.

—Hagan un pequeño esfuerzo más e imaginen ahora que la señora quiere comprometer en su venganza a todo el pueblecito y que, muy suelta de cuerpo y en presencia de la presunta víctima, les anuncia, al final de un almuerzo de bienvenida, que donará a la localidad varios miles de millones si ellos se deciden a asesinar colectivamente al hombre a quien hace responsable indirecto de su fama y fortuna.

Julio lo recordaba veinte años atrás, dando una conferencia en un club de empleados. El tema era, agresivamente, la grandeza de *Lo que el viento se llevó*, el film que acababa de conocerse por aquellos días en Montevideo. Trajeado de gris, donoso, reluciente, se mantenía de pie, a la izquierda de una pulida mesa estilo Reina Ana, asentada en cuatro garras leoninas, y recitada con espléndida y esforzada dicción. Acometía directamente las dificultades al arremeter contra palabras que, como *appoggiatura,* restallaban en sus dobles consonantes, saliendo de sus labios y de su paladar con un tono de desafío y de triunfo. Estaba gritándole a todos esos melindrosos hijos del sentido de la proporción y de la cultura francesa, que *Lo que el viento se llevó* era una gran película, el gran fresco de un mundo corrompido y suntuoso, por el cual sentía tal vez secreta nostalgia.

—Antes de pensarlo dos veces, todos empiezan a gastar dinero por adelantado, preferentemente en la tienda del villano Ill, donde se procuran esos artículos de lujo que nunca habían soñado en regalarse. E imagínense ahora —frunciendo el ceño, porque esto requiere un poquito de trabajo—, que cuando advierte las intenciones de sus vecinos, por quienes ha sido bienquerido hasta el día antes, el señor Ill no huye inmediatamente, sino que espera a que los asesinos, debidamente alertas, se congreguen en la estación de ferrocarril, para impedirle la partida.

Lo peor del desafío había sido que, a mitad de la estupenda conferencia, la bravura de Menárquez se había desplomado de pronto, había recibido un golpe interno súbito e inaparente. El conferenciante se había tomado entonces de la esquina de la mesa, cuyas garras habían parecido clavarse más que nunca sobre la alfombra persa, para sostener el peso de aquel derrumbe. De pie, pasándose el pañuelo por la frente, sudoroso y con los ojos en alto, había tratado desesperadamente de asirse a algún detalle del laborioso artesonado, como si una sucia voluta de yeso pudiera devolverle el hilo del fastuoso discurso. El público, tras un momento de confiada expectativa, había empezado a contagiarse de aquel traspirado desasosiego, de aquella angustia sin causa y sin texto, y había comenzado a devolver una orillita de humillado murmullo a aquel silencio crudamente mortal.

—Imaginen que la prensa de Europa, impuesta del plan de Madame Zachanassian, manda corresponsales al pueblo, a presenciar el crimen colectivo; y que después de todo, los que van a cometerlo, bien educados, como buenos alemanes que parecen ser, lo ensayan primero y lo repiten después, para beneficio de las cámaras de noticiarios cinematográficos.

Sin que hubiera podido recobrar el habla, vio avanzar al presidente del club, que se alzó de la butaca y vino a ponérsele al flanco. Con una voz mal impostada y ramplona, el presidente dijo entonces que Menárquez se sentía «repentinamente indispuesto» (de pie, rígido, agarrotado, él no lo confirmaba ni desmentía) y que la conferencia debía suspenderse, «por causa de fuerza mayor». El público había comenzado a levantarse y a dejar la sala respetuosamente, evitando mirar al orador, incongruente como un muerto de pie.

—Imaginen por último, si todavía les quedan ganas, que Madame Zachanassian parte triunfante, con su costoso cadáver debidamente enfundado en el féretro que, conociendo a sus coterráneos, se había arriesgado a comprar, sabiendo que no malgastaba su dinero. Y el comité de despedida que la

acompaña a tomar el tren es aún más entusiasta que el comité de recepción.

Contaba el asunto pérfidamente, como si Dürrenmatt hubiera querido escribir un drama naturalista, como si en el simple dibujo de la morbosidad folletinesca de la peripecia cupiese el mérito de la obra. Hablaba a menudo de los públicos despistados para quienes escribían Beckett, Ionesco o Dürrenmatt, pero él también estaba despistando, con maldad y deliberación, a aquel fortuito auditorio de señoras. «Después de todo, el escritor actual que prefiere es Charles Morgan», pensó Calodoro.

Hacia el final del relato de la Vieja Dama, había llegado Cecilia Vidal. Había hecho un gesto vago y disuasivo con la mano, destinado a que no le concedieran importancia al punto de interrumpir el discurso; y se había sentado en el pasto, acomodándose para que Aldana quedara fuera del límite de su campo visual, de modo que no tuviera que rehuirlo ni mirarlo. Pero al minuto, mientras Menárquez se inclinaba sobre las mujeres para indagar el calambre que les había provocado aquella secuencia, ella sesgó un poco sus ojos saltones y confirmó que Aldana estaba con su nueva mujer.

Por toda respuesta, Aldana encendió un cigarrillo y, luego de aspirar una sola bocanada, lo colocó entre los labios de Eva.

Habían vivido juntos años intensos, que nadie se atrevería a llamar felices. Cecilia era una mujer mal pensada, imaginativa y violenta, dotada de una inteligencia que no le daba tregua, de una perspicacia rápida y desolada. Era absurdo que, en la situación que les había tocado vivir, Aldana apareciera como el seductor, como el responsable. Ahora que se habían separado se veía que ella era la más aguda, la más áspera, la menos dispuesta a reconciliarse con el mundo. Julio sabía lo que Aldana contaba de ella, de sus inclemencias eróticas, de sus furias sexuales.

Menárquez había pasado ahora de la relación del asunto al comentario sobre la actriz, tras haber desechado al autor: un espectador de cine que sigue las reglas de las películas clase B, un suizo regordete y lozano, que ve a la humanidad como un adolescente de quince años, toda corruptible, asesina e incapaz de redención, cuando él la querría toda perfecta, noble y generosa.

Pero esa facundia de la hostilidad cambiaba de tono para hablar de Lynn Fontanne. Aquí volvía a su garrulería de maledicencia simpatizante, a los histrionismos minuciosos de ademán y de voz, de labios fruncidos y de dedos convergiendo hacia abajo (como en el acto de dejar colgar un tenue pañuelito de encaje) con que solía remedar los refinamientos de las viejas divas.

—Quien sufra de amagos de gerontofilia puede admirar todavía la firmeza con que Miss Fontanne pisa la escena, y el arte con que ha rejuvenecido la voz en los últimos meses. Parecería que se hubiera puesto a hacer gárgaras de jalea real.

Retribuía con una leve cortesía la risa de las señoras y agregaba:

—Y la insolencia profesional con que envuelve su fatigado cuello en las largas bufandas de gasa que le ha diseñado Castillo, el socio de Lanvin.

Se veía que estaba dispuesto a describirla con el mismo jocundo desenfado, entre cordial y siniestro, con que veinte años atrás había hecho rodar ante el público el artefacto de *caoutchouc* de Cécile Sorel, como si fuera la ensangrentada cabeza de su homónimo Julien.

—Pero si hay mucho que decir de ella como monstruo sagrado, esa vez no daba mucho que hablar como actriz.

—¿No la comparas con la divina Sarah? —preguntó Marcos, y la asociación de ideas era transparente, como casi todas las suyas: era el viaje de Madame Zachanassian con el ataúd vacío el que le había hecho pensar en la Bernhardt guardando su féretro de palo de rosa bajo sus cambiantes lechos de hotel. Y el otro parentesco visible era el de que cada una de ellas dos tuviera una sola pierna.

—¡Jamás! —exclamó Menárquez, con un aire falsamente escandalizado—. Si esta Miss Fontanne, desde que la vi por primera vez siendo una joven actriz de cincuenta y seis años, se me ha aparecido siempre como la dueña de un salón de té de Liverpool, una señora de clase media que pronuncia el inglés con escrupuloso cuidado, tiene todos los manteles en estado de inmaculada limpieza, maneja a sus camareras como un sargento y se parece por el «suet pudding», un postre abominable que se hace con sebo de riñonada.

Había otra razón más escondida para haber evocado a la Bernhardt —pensaba ahora Julio—. Aquel largo monólogo del caballero que viene de ver a la maravillosa actriz y la describe, buscando papeles en el cajón de su *secrétaire;* una escena que Menárquez escribió, memorizó y hacía con gloriosa soltura, tras haberla ensayado en casa de sus amigos y haber sacado como documento o reliquia un par de medias apelotonado y sucio, del cajón del escritorio de una poetisa. («¡Pero René!»,

estaba gritando todavía la voz, con desgarrada sorpresa en la memoria.)

—Yo sospecho que siempre fue así pero que en 1920 no había en Broadway otra actriz importante de las Islas Británicas, capaz de dar mejor que Miss Fontanne la ilusión de una inglesa ultrasofisticada. Ahora, con todas las Margaret Leighton, Pamela Brown y Peggy Ashcroft que se ven por allí, la fuerza mágica de esta tradición sobrecoge y conmueve. Y llena también de respeto por el *fatum* —o lo que sea—, que funciona siempre en estos casos.

Cuando Cecilia había abandonado a Aldana, él fue incapaz de quedarse solo con su debilidad. Y entonces apareció Eva. Era descansadoramente menos complicada que Cecilia, pero también menos estimulante. Todos pudieron descubrir en Aldana un deseo de distensión y mediocridad, una clara intención de bajar la guardia, cuando lo vieron convencerse de que estaba enamorado de Eva. Ella, a su vez, ascendía ligeramente a mayor complejidad, al dejar a un marido rutinario, que la quería con una verdadera pasión de la domesticidad. Julio no lo conocía pero, a través de los efusivos cuentos de Aldana, lo había bautizado como «El anti-Wakerfield», en recuerdo y contradicción del personaje de Hawthorne, que sin causa alguna deserta de su casa por años y años, y se embosca para espiar a su mujer desde la casa de enfrente, en tanto ella lo tiene por misteriosamente desaparecido. El marido de Eva experimentó el proceso contrario: el de no querer resignarse a que lo desplazaran. Cuando Eva comenzó a encontrarse por las tardes con Aldana, se negó por las noches a los requerimientos del marido. Y éste, deseoso y pobretón, jadeaba y resoplaba a su lado, en la misma cama, simulando consuelos inmencionables. Y luego, tropezando con los muebles en lo oscuro, vejado pero aplacado, iba hasta el baño y se castigaba las sienes con agua, volviendo y cavando en la almohada un afrentoso olor a pollo mojado.

—El mismo teatro los recibió con un maquillaje nuevo, de *rayón* azul y oro, con arañas de cristal —no demasiado finas que digamos—, y un techo pintado de azul con nubes blancas, por donde vagan ángeles, péndolas, musas y Orfeo con su lira.

El hombre trabajaba en cuidar las balizas del Río de la Plata, navegaba de una boya a la otra, de tal pontón a tal faro. Acostados, Eva y Aldana tenían aún ahora una desagradable, confusa, erótica sensación de culpa cuando la radio murmuraba en la penumbra de la habitación: «Continúa desaparecida boya ciega, pintada de negro, del par 19/400». Quien

durante un tiempo se las había compuesto para continuar una vez desaparecido, como la boya ciega del anuncio, había sido el marido de Eva. Autoritariamente, ella lo había expulsado de casa, y él —tristón y pusilánime— había acatado. Pero Eva había olvidado reclamarle su llave, y cuando regresaba por la noche advertía huellas de su paciente y sigilosa presencia: los relojes tenían toda la cuerda dada, el canario tenía la jaula limpia, el bebedero lleno de agua y una hoja enhiesta de lechuga. Y a veces hasta se atrevía a dejarle una carta, formulándole recomendaciones hogareñas. Eva la leía, sin mover la hoja del sitio, y luego le grababa sobre el texto el fondo de una taza de café, con la arandela del líquido derramado sobre el platillo. Allí se la dejaba para que la recogiera al día siguiente y la hiciera desaparecer. Por mucho tiempo, Aldana se había divertido muchísimo con esa forma amputada y dolorosa de diálogo conyugal. Después había empezado a sentir extraños celos de tal comunicación y había hecho cambiar la cerradura.

—El lavado de cara de la sala costó casi un millón. Y fue un señuelo para el público, descontento con las salas viejas y poco aseadas que suele haber en Broadway. Es la sala que fuera del Globe, y el teatro se la rescató al cine. Eso me parece muy bien, pero quedó tan fría y parece de un gusto tan horroroso como la pieza de Dürrenmatt.

—Tú lo criticas —dijo bélicamente Cecilia—. Pero el tipo tiene treinta y tantos años y le han traducido y estrenado en todos lados.

La frase quedó colgando como un reproche indiscriminado, que envolvía a toda la concurrencia. Pero casi todos lo transfirieron al mismo Menárquez, que había golpeado inútilmente a las puertas de muchos empresarios, con obras sobre Inglaterra victoriana, sobre el Caribe, sobre la Revolución Francesa.

—¡Exacto! —prorrumpió él con presteza, para excluirse de una generalización que lo incluía en primer término. Menos de cuarenta años, ¡vive Dios! Y ustedes, cachorros de genios, ¿por qué no escriben?

Galeano había preferido autodisculparse por muchos años, echando las culpas de su abulia a la hostilidad de Elvira. Cuando llevaba diez de matrimonio con ella se había enamorado de una pianista, había estado a punto de divorciarse y finalmente se había replegado; era la época que a veces llamaba, en un estilo de burla crispada, «la de mi suplicio por los instrumentos de la cordura». Y el autocompadecimiento se había transformado en autoinfamación, y la autoinfamación en alcohol.

En sus borracheras punitivas, la pianista aparecía confrontada al lote de seguridades, a la cosa confortable y a las mismas lujosas carencias a paliar: la cortadora de césped, el *pick-up* para tener a Mozart en el estante, el quemadero de *fuel-oil*. Cuando había renunciado a la muchacha y vuelto a Elvira, había sentido un anticlímax de enervamiento y distensión (el que sigue a los exámenes, a una muerte largamente agonizada al lado nuestro); pero se había preguntado sin respuesta, hasta qué punto el instinto burgués de *la situación* y el indesandable camino que ella supone estaban incorporados a su protoplasma, lejos de ser una consideración externa a sus pasiones. Los días fueron diciéndole lentamente que hay una noble trama del vivir, suspensa entre certidumbres inmateriales y en el avenimiento de una sosegada madurez; había optado por ella. Bosquejó una novela breve, sobre el canevá de esa experiencia; no estaba escrita (y acaso no lo estuviera nunca), pero se llamaba desde el principio, inmutablemente, *La estufa de leña*.

El asunto urdía todas las tibias confortaciones de la paz hogareña y las balanceaba frente a los heroicos prestigios de la aventura interior. Y, sin embargo, ¿acaso no caería ella también en costumbre, si la lleváramos hasta el fin? Y la mujer con quien la pensamos, ¿no tendría también una rapaz apetencia de hogar, de otro hogar? ¿Tenemos derecho a hacer saltear a un semejante todo un aspecto de la vida, tan sólo porque nosotros lo hayamos recogido y consumido? ¿Hay alguna conformidad sin resentimiento que pueda apoyarse en los límites autoritarios, negativos, de la experiencia del ser querido, tan sólo porque él sea mayor y vaya imponiendo las condiciones del pacto? Galeano pensaba escribir su estado de ánimo de aquellos días de renunciamiento, de flotación desgobernada. Podía tolerar que Elvira le hablara de las caléndulas, de las cinnias, de los cosmos, de las cinerarias, de los alhelíes, de las marimoñas y de las petunias, de todas las «manchas» del jardín, porque eran tan perecibles como el curso del último y errabundo, inconstante propósito, que creía haber asido con algún carácter de atesorada, definitiva firmeza (y a las pocas horas se desvanecía). Pero no podía soportar con sus nervios expuestos, por ofensivamente sólida, cualquier consideración acerca del nuevo farol a empotrar en la esquina de la casa, de la estufa de leña a construir en un ángulo del comedor. La pianista se había ido a Europa, pero, como Menárquez, a capitular acerca de su vocación. Al poco tiempo un amigo francés se la describió trabajando en una oficina de la Unesco: «*Elle a laissé de jouer le piano pour taper la machine*», dijo. *Jouer, taper:*

la ingravidez del primer verbo, la pesadez y el prosaísmo del segundo medían el tránsito. Ella también había mandado alzar en un rincón de su alma, como un altar espurio, su estufa de leña.

—Escribimos —respondió Marcos—. Tú no nos lees.

—Cuando yo vivía aquí y ustedes se juntaban en el café Libertad, en la rinconada de la Plaza Cagancha, se aseguraba que el lema de la rueda era «Con libertad, ni estreno, ni edito».

—El gordito Connolly ha dicho que no conoce ningún autor contemporáneo cuyo silencio definitivo pudiera ser considerado un desastre literario —dijo Galeano—. Es una reflexión que llama a la humanidad.

—Que mueve a cultivar el propio jardín, como dicen en el final de *Cándido* —confirmó Eugenio.

—Cada vez entre tapias más altas —añadió Julio.

—Tú, por ejemplo, ¿qué escribes? —y Menárquez se dirigía a Valtierra, que justamente parecía estar escribiendo algo sobre el escote de la niña divorciada.

—Hizo algo más difícil que escribir —repuso la niña, asumiendo el partido de su amante—. Llegó hasta donde está Fidel Castro, en la Sierra Maestra. Y ahora se demora en completar el reportaje para que se convierta en libro, un libro que está casi hecho.

—*La isla amarga por dentro* —anunció Cecilia. Porque todos conocían el título de la improbable obra en proyecto.

—¿Y cómo se llama el libro que vas a inspirarle a Sebastián, ya que estás tan bien informada?

La broma de Elvira era un poco gruesa, pero los hizo reír. Sebastián Balseiro había vuelto de Europa, donde vivía con cargo a rentas familiares; seguía pergeñando delgados cuadernos de poesía, en ediciones refinadas, pero anticipaba un libelo contra Camus y un vasto programa de dramas, nuevos poemas y traducciones. El diario en que escribía Julio acababa de hacerle una entrevista, y el comienzo de la nota —para el caso de un joven arriscado y perpetuamente inmaturo, que seguía manteniendo su posible talento en estado de escándalo— era redondamente inverosímil. El periodista pretendía haber tenido que disputar el poeta a los abrazos y requerimientos de sus amigos, para poder formularle unas pocas preguntas. Pero sus únicos amigos estaban aquí y no tenían memoria del episodio. Julio reía y prolongaba equívocamente el enigma, negándose a revelar quién había escrito la nota y, sobre todo, esa frase.

—No sé cómo se llamará, pero sin duda lo está escribiendo. No es un fumista como ustedes.

Hasta en esa agria bizarría para defender a su hombre de temporada, Cecilia parecía estar reconociendo ser más fuerte que él, funcionar como «el apoyo de su debilidad», al modo en que los sacerdotes quieren que funcione el marido. Se acercaba el momento inevitable en que Elvira recordaría que Vicky (ausente esta noche) se había desilusionado de Sebastián después de un viaje en auto y un paseo por la playa, atribuyéndole «unos labios de mujer, muy blandos y con demasiadas onditas».

—A propósito —dijo Galeano, y el «a propósito» estaba tan sólo destinado a impedir la frase de Vicky, que ya debía estar empinándose en la lengua de su mujer—. Anoche queríamos recordar con Eugenio cómo se llamaba aquella muchachita francesa que actuó en *La princesa Tarakanova* y vino después a morirse a Buenos Aires.

—Annie Vernay —precisó Julio.

—¡Es cierto! —exclamó admirativamente Eugenio—. ¿Cómo podías saberlo?

—Muy sencillo: porque la vi. Iba a decir «porque la vi muerta», pero se contuvo. No deseaba que se le gastara la historia. Tenía que escribirla mejor algún día. Perdida en las páginas de la revista de cine, como había quedado, era evidente que nadie la recordaba ahora. ¿Y si sirviera para un cuento, con la oración del gran actor y la lista de los colores en francés?

—¿Que la viste? ¡Estás loco!

Al lado de Julio, Marcos se había entregado a explicar a Cecilia, que los conocía de sobra, cuáles eran los defectos más odiosos de Sebastián.

—Para él la vida no es una sinfonía, como para nosotros, sino un concierto para instrumento solista y orquesta. Los demás sólo existimos para provocar su réplica, para recoger un motivo que él propone y comentarlo, hasta el momento en que él lo vuelva a tomar para desarrollarlo, para llevarlo más lejos, para convertirlo en el siguiente.

—No todos vemos forzosamente la vida como una sinfonía —retrucó Elvira, introduciéndose en un diálogo que no la llamaba—. Yo, por ejemplo, veo la mía como una sonata.

—Sí, como la patética —se burló Marcos. Decir «yo, por ejemplo» o afirmar uno de sus dichos actuales en una opinión propia y anterior, empezando la frase con las palabras «porque como yo digo», eran rasgos de la seguridad de Elvira que Marcos nunca dejaba pasar en silencio.

Las dos grandes novedades que Menárquez les había traído

este año eran la de su desdén por el cine y la de su psicosis atómica. Y hasta podía decirse que una entroncaba en la otra.

—Es el irrealismo, el escapismo, el afán de evasión de los uruguayos el que los lleva a conceder tanta importancia al cine, a querer medirse con el mundo que los rodea en esas largas comuniones a oscuras. En los Estados Unidos ya a nadie le importa tanto como a ustedes.

El tema derivaba en una larga meditación sobre «la crítica y la actitud del oficiante», que siempre se las ingeniaba para que apareciera dedicada a Eugenio, pretextada de algún modo en una frase de Eugenio.

Acaso —pensaba Julio— porque persiguiera con íntimo desasosiego en aquella inteligencia profunda y voluntariamente confinada, en aquella mecanicidad intelectual brillante pero árida, en aquella escala de valores que concedía tanta importancia al dato sobre una partiquina muerta o sobre un trompetista de fila de tal orquesta ya disuelta de Nueva Orleáns, una imagen de su propio pasado, del malentendido que había insuflado en otros, de la siembra que había dejado al partir.

—Lo que tú, con todo tu talento, no quieres ver es que si los críticos tuviéramos que desempeñar un ministerio tendríamos más claudicaciones —y seguramente cometeríamos más chapucerías— que los políticos profesionales. Y si nos dieran a hacer una película, antes de rodar la primera toma haríamos veinte veces más concesiones que aquellos realizadores a quienes acusamos de descarriados. Lo que los excelentes críticos uruguayos de cine no parecen querer entender es que el cine, antes que nada, es una gran industria, con todas sus exigencias como tal. Y es un milagro que esa gran industria ofrezca, de vez en cuando, la clase de obra inspirada y bien planteada que nos da. Con la asiduidad industrial a que está forzado el cine, para que tú fueras feliz y tu crónica respirara satisfacción, el cine tendría que ser el responsable de un auge de cultura y civilización que dejara chiquito al del siglo de Pericles. ¿Qué te parece?

—No me parece imposible —era la obstinada respuesta de Eugenio.

Pero, ¿por qué el uruguayo concedía tanta importancia al cine?

Aquí comenzaba la modulación del segundo tema. Porque el cine fomenta el estereotipo y la mentira, incluso para las *élites*, y este país, cuya tónica —«¡increíble y fastuosamente!», apuntaba al pasar— está dada por las *élites*, prefiere no ver

esta terrible sequía de ideales del mundo que lo rodea. Prefiere el opio de la pantalla y la butaca *pullman*.

El, en cambio, había dejado que esta edad de tensiones insoportables y de amenazas apocalípticas lo envolviera y estrujara, lo poseyera de pies a cabeza. Sus crónicas escritas desde Brooklyn y sus conferencias dadas en Montevideo hablaban de «lo que bien podrían ser los últimos diez minutos del Universo», de «los neutrones y positrones intelectuales necesarios para cumplir un verdadero destino literario»; o comenzaban por una invocación a «las espesas nieblas atómicas correspondientes a la primavera de estas latitudes». Incursionaba fuera de sus temas habituales para explicar otros muchos por la liberación del átomo: así, la delincuencia juvenil era «un producto genuino y universal de la inseguridad que los mayores servimos a los que recién abren los ojos al mundo». «Si una cantidad avasalladora de radiación —escribía— puede acabar con todas las formas de la vida sobre la tierra pocas horas después de estallada una *Blitzkrieg* atómica, ¿para qué preocuparte por seguir un código de moral?»

Con gran algazara, Marcos se había plegado a lo que llamaba «la tesis de la disculpa atómica». Era un renuevo para su vieja excusa de la fugacidad de la vida, que no se apoyaba en las coplas de Manrique ni en los versículos del Eclesiastés, sino en la canción de Sciamarella. «Por cuatro días locos», decía mencionando la villana letra de la canción («Por cuatro días locos / que vamos a vivir. / Por cuatro días locos / te tienes que divertir»). Pero a él sus propios hermanos y primos le habían llamado —desde la infancia— «Tres días» (y no cuatro), aludiendo a la duración de sus furiosos y efímeros entusiasmos. Los años sólo habían introducido la variante de que esos tres días no fueran dedicados, de la mañana a la noche, a la pesca en el arroyo, al trompo, a las bolitas o al diávolo, sino a los caballos y preferiblemente a las mujeres. Ahora mismo la jovencita llamada Joaquina estaba alboreando en el comienzo de uno de esos ciclos. La presencia de Estela no lo intimidaba para asediar a la chica, para acercarse a ella, deslizándose sentado en el pasto, el vaso de caña en la mano. Por otras razones que las del átomo y los presumiblemente diez minutos finales de civilización (y ludibrio) que él nos concedía, Estela estaba predestinada a perdonar y Marcos lo sabía.

Un momento antes de acercarse a la chica, había garabateado un papel en lo oscuro y se lo había estirado a Julio, diciéndole: «Se me acaba de ocurrir esta pregunta, en la que puede estar el germen de un cuento». Julio había leído, alzando e inclinando el trozo de papel, para buscar la claridad del farol de la casa, y recurriendo finalmente a la llama de su encendedor: «Cuando miramos a una criatura, a una gacela de dieciocho años e instantáneamente tenemos el pensamiento desinteresado de acostarnos con ella, la chica, ¿de algún modo lo siente, de algún modo es sensible a la sola posibilidad de esa quimera al revés?»

Siempre tiene una obsesión de turno. Pero en el fondo, su obsesión es sólo una y enorme: la de la muerte en todas sus formas. Por eso lo fascina en sus detalles de minuciosa corrupción física el espectáculo de la vejez en la escena, el del descalabro de las casas ruinosas, el de sus muertos días de la infancia en el Prado, el de la locura. Ahora cree que el átomo va a acabar en diez minutos con el mundo, pero en el otoño de 1940 suponía que todo iba a terminarse en pocas horas, tras la caída de París. A dieciocho años y medio transfiere esa posibilidad catastrófica a la bomba de hidrógeno y sigue viviendo al nivel de sus nervios.

Era un insondable misterio el de si Joaquina sentía el tirón de la quimera al revés, como decía Marcos. Pero él no iba a detenerse a averiguarlo, sino a tratar de provocarlo.

—Me parece que se me viene encima otra luna de miel estacional —decía guiñando un ojo a Julio, mientras daba otro saltito de nalgas y su muslo izquierdo rozaba ya el derecho de Joaquina. Y eso que casi acabo de pasar lo que tú llamas una de mis estaciones de divorcio.

Julio, efectivamente, sostenía que el matrimonio de Marcos y Estela tenía, de tanto en tanto, sus «estaciones de divorcio». Llegaban y pasaban, como en un viaje por ferrocarril. Y ocurrían porque Marcos inventaba alguna muchacha remota e insignificante —con un resplandor salvaje en algo de su ser— y tras haberla inventado echaba encima de ella la gigantesca boca de su amor vagabundo, de su amor pastor, de su amor gitano, de un ansia incomprimible por el matrimonio, y la mordía y marcaba a profundidad. Eran todas pasiones de encrucijada, que lo llevaban a consultar a sus amigos abogados y a sus amigos escritores, complicándolos en la historia de cada una de aquellas embriagueces ciclónicas. «Esta vez, hermano, sí que me prendió fuerte», decía en todas las ocasiones, olvidándose de haberlo dicho antes. Al poco tiempo se le pasaba, sin rastro, y alguna frase veraz de la muchachita iba a integrar, como toda memoria de la feroz aventura, el pasaje de un nuevo cuento de Marcos, dicha —eso sí— por una de aquellas prostitutas de orilla de pueblo de que estaban amoblados

sus libros. A esa forma de sublimación a la inversa —más tranquila, menos encarnizada que las de Brecht— se asistía en el trasiego que Marcos hacía de sus experiencias, desde la vida a la literatura. Pero al ser rebajado de categoría el personaje, la frase colgaba en una inevitable bastardilla conceptual, con un estilo de desarraigada felicidad que bastaba a hacerla increíble. El nativismo naturalista había abusado, ya antes que él, de esos viejecitos y harapientos que, en la penumbra aceitosa de una pulpería, frente al modesto destello de un vaso de caña, sueltan frases capitulares y sentenciosas, para condensar en un solo párrafo todo el sentido de la existencia, de la existencia del mundo, de su argüida y pobre vida personal, estaqueada y beatificada en una definición trascendente. Los personajes de Marcos solían decirlas, pero el proceso de asimilación suponía haber leído y olvidado a Husserl, haber leído y olvidado a Kierkegaard, no simplemente haberlo ignorado.

Su obsesión no es tan sólo la de la muerte, sino la de la muerte soltera, la de la muerte sin perduración. Toda su vida ha cultivado ese sentimiento de celibato fúnebre, lleno de una funambulesca coquetería. Por eso disfruta tanto en el truco de la abolición total de su ser. (Una madrugada, a la salida de una *Walkyria* dada en fiesta patria y en función de gala, caminaba —de frac y chistera, con su alta estatura y una chalina blanca flotando al viento que precede al amanecer— por Dieciocho de Julio. Y al pasar frente a unos obreros que, detrás de sus protecciones de mica y sus delantales de cuero, de sus espesas gafas azules, trabajaban en la soldadura autógena de las vías, descubrió unas miradas y unos gestos, adivinó fácilmente la discusión. Dos hombres vestidos de frac, altos como él, circulaban en las tardes por las dos aceras opuestas de la misma avenida, anunciando —con carteles cosidos a la espalda— las ventas de dos zapaterías rivales. ¿De cuál de ellas sería él, refugado y transitorio en la noche? ¿Era eso lo que discutían? Dudaron antes de confesárselo, pero él insistió. Sí, es cierto, era eso. Miró las caras, calculó —en un puro azar— a cuál de ellas daría la razón, a cuál desautorizaría. «Soy el de...» y eligió un nombre. «¿Viste, no te decía?», oyó triunfalmente a sus espaldas, mientras la chalina se aflojaba al viento de Dieciocho y Andes y él sentía un extraño placer en haberse disuelto en otro individuo, y en un individuo presumiblemente inferior a él, pobre, alquilado y simple). *Pero también por esa obsesión de la muerte ha acabado por hacérsenos extranjero. Tiene algo*

de la impertinencia sabihonda que se contrae en el diván del psicoanalista, un sitio que en América Latina aún no se ha vulgarizado lo bastante para servir a la altura de los conflictos de la gente.

Estela sabía que su papel era recoger a Marcos bien maltrecho, contradecirlo en sus exageradas humillaciones, hacer de Androcles para aquel león. Sabía que ese era su papel en el reparto y lo cumplía una y otra vez con melancólica facilidad, aunque con un sentido creciente de insatisfacción por sí misma. «Pon a una mujer a hacer de madre sin que lo sea, y la verás fracasar de un modo espantoso», decía. Y es posible que fuese un escrúpulo de actriz dramática fuera de cuerda el que la cohibiese y disgustara cada vez más. Marcos barbotaba estupideces, se insultaba y gimoteaba en el hombro de ella, aliviado por una mano crispada y automática que le resbalaba por los cabellos. El extraía de toda aquella infligida vejación un sabor afrodisíaco. Era como la operación de poner en cero el kilometraje de un automóvil, algo que haría posible —a bajo costo— la impresión lustral de un rejuvenecimiento. Como toda compensación, Estela sabía que tras cada una de las grandes, intemperantes, fantasmagóricas aventuras de Marco tendrían una nueva y violenta noche de bodas, en la que el rostro semibarbudo de rutina se le aparecería más joven y blanco, más afeitado, más puro, más nuevo, más limpio. (¿Y la vez en que el taxi chocó y la chica y él fueron a dar al hospital? Esa vez, recordaba Estela, la humillación no había transcurrido en su hombro pero la cabeza entera había parecido purificada y absuelta en la escafandra flamante de yeso que, para ajustar las vértebras fuera de sitio, habían tenido que esculpirle en la sala de operaciones.)

—Durante demasiado tiempo —estaba diciendo ahora Marcos, una mano apoyada sobre la de Joaquina, y la de Joaquina disolviendo un terrón en el pasto— hemos creído que lo fundamental para escribir era tener *vivencias*. Después, un buen día, cuando ya hemos perdido muchos años, seguros de que nuestra riqueza interior habría de esperarnos siempre, hemos sabido de golpe que esas vivencias son las de todo el mundo. Y que el escritor es solamente el intermediario que sabe expresarlas, para que los demás se reconozcan en él. Un vicario, como dice René.

—Ese es tu error —refutaba Julio—. Y ese error es el que te condena a escribir sobre las experiencias más comunes, con una severa exigencia de la forma y muy poca del fondo. Lo que tú sabes de tus personajes es lo que a todo hombre vul-

gar y corriente se le deja saber, sin mayor imaginación, de otro hombre. Y eso no basta.

La corta noche declinaba y moría. El largo día del veinticuatro de diciembre iba a empezar, comenzaba a empujar en una brisa fresca de mar a tierra.

Con todas sus obsesiones y sus escándalos, es el representante faccioso del intelecto uruguayo pasado por Europa y totalmente desenterado de lo que pasa en América Latina. Porque para él, América Latina es el simple repertorio de algunas delicias fonéticas que cultiva a título ambiguo de desarraigo, de histrionismo y de voluntaria ridiculez, como forma de anulación y disolución en una tribu sin patria concreta. América Latina es, en él, un término promedial de habla, adquirido en las Naciones Unidas o en algún otro emporio de apátridas. Pero por debajo de esas formas de extrañamiento y rebuscamiento para decir, es todavía uruguayo en el buen sentido de sus nostalgias, de sus lucideces y de sus preocupaciones, en el mal sentido de lo complejo, lo suntuario y lo sofisticado de sus alarmas de muerte personal.

—Tú vienes conmigo.

Menárquez tomaba a Estela de la nuca y la besaba la frente. «Tú vienes conmigo», era la frase que exactamente se correspondía a la invitación hecha por Marcos a Joaquina, de ir a esperar el amanecer en la playa. Una propuesta no era posible sin la otra, y las dos habían sido aceptadas.

—Ya no llego al cierre —dijo Julio—. ¿Podría salir el diario con la rabona que le hice?

—Voy contigo —anunció Cecilia, como si traspusiera a otra persona y a mayor explicitud el asentimiento que Estela había dado a Menárquez con un solo movimiento de párpados.

—Bueno. El auto es ancho y ajeno.

—Arriba, chiquito —gritó Eugenio, sacudiendo a Galeano, a quien el alcohol había acabado por tumbar.

—*Mesdames et messieurs* —declamó Galeano—. *Pour moi c'est l'aube.*

Pero aún no era.

IV

El diario no dejó de salir porque yo faltara aquella noche. Fue una broma; una broma o una fanfarronada de esas que dictan alegremente la madrugada y el alcohol. El secretario no estaba contento, por supuesto; pero su oficio, desde hace casi treinta años, es el de comprender.

—Todo lo que te pido —dijo— es que te pongas a trabajar en ese reportaje que me prometiste.

Se refería a una serie de notas sobre el mercado negro de la carne. Montevideo no podía pasar a una dieta vegetariana tan sólo porque el Frigorífico, titular de un monopolio legal, no tuviera dinero para comprar en tablada. Y entonces, en toda la cintura del departamento, se habían instalado carnicerías que geográficamente —puente o alcantarilla por medio— estaban en Canelones. Y en esos pueblecitos a la mejicana se vivía del tráfico de carnear para introducir clandestinamente reses enteras a la «República de Montevideo». Una suerte de gangsterismo de ley seca había crecido en poco tiempo. Quienes se ingeniaban para burlar la vigilancia o convivir con ella, enriquecían en unos meses. Había camiones furtivos en la noche, de los que llegaba a decirse que estaban equipados con ametralladoras; había tiroteos, ocasionalmente algún herido, vuelcos de vehículos con las gomas estalladas a tiros, persecuciones cinematográficas por montículos y arenales. Pero, por detrás de toda esa peripecia dramática, los mataderos de Canelones, hediendo a sangraza, se delataban a lo lejos y no estaban prohibidos; y las carnicerías de Montevideo vendían casi sin recato, cuando deberían estar vacías y cerradas. El tema —razonaba el secretario— está en la esquina de todas las hipocresías nacionales. «Tienes que hacerlo con ganas».

Toda la razón por la que yo tuviera que hacerlo partía de mi imprudencia. La imprudencia de haber dicho que un amigo de la infancia trabajaba en el mercado negro. Ahora había

tenido que ir a verlo, al café de la Unión, donde se le hallaba por las noches, y estaba sentado a su mesa.

Mardiros Bodijián es menor que yo. Era todavía un niño cuando yo entraba en la adolescencia. Pero hoy, con su rostro cetrino, sus anchas patillas, su barba tupida y su semicalvicie, su gesto gastado y ambiguo —simpatía, desaprensión, confianza e indiferencia— nadie podría calcular con justeza sus treinta y cinco a treinta y siete años. Toma solamente una grapa o dos en la noche, porque su oficio lo obliga a estar despierto. A la madrugada sale del café, trepa a su coche y sale sin rumbo conocido: jamás ofrece llevar a nadie ni dice dónde va.

Hace ya más de veinte años que trabajo en el periodismo, y sé que en él nadie elige el asunto que más le concierne, el que tendría más ganas de escribir. Lo sentí cuando, hace ya diez días, despedí a Valtierra en el aeropuerto. Había fugado Batista, después de la batalla de Santa Clara, y la revolución triunfante había irrumpido unas horas más tarde en La Habana. Valtierra es amigo de los Castro, de Camilo Cienfuegos, del Che Guevara, de Faustino Pérez, de Faure Chomón, de toda la gente que trató en Sierra Maestra y en el Escambray. Su diario lo manda a que informe sobre lo que está pasando allá. El mío prefiere que yo le haga unas notas sobre el mercado negro de la carne.

Conozco los temas que se les proponen a los secretarios y los que ellos aceptan. En mis primeros días de periodismo, un ómnibus lleno de pasajeros se deslizó fuera de la balsa en que cruzaba el Río Negro y fue engullido por las aguas, con toda la gente aprisionada en su interior. Evoco el momento en que el secretario trajo la foto a la mesa del dibujante: una grúa alzaba de las aguas el vehículo, y detrás de sus ventanillas se veían las actitudes violentas de los ahogados. Le habló algo y se la dejó. El dibujante acuareló entonces en blanco, que era el color de la caja del ómnibus, la franja en que lucían las cuatro letras de un nombre y el lebrel —corriendo como una calcomanía, al flanco del coche— distintivos de la compañía. A los pocos días, un gran aviso sobre el turismo en autobús retribuía la cortesía de estas sencillas pinceladas.

También recuerdo el día en que mi compañero de Gremiales propuso escribir un reportaje sobre «los lechuzas», esos corredores de pompas fúnebres que, en colusión con los enfermeros de los hospitales, tienen las primicias sobre la muerte en cada sala, y se adelantan a dar la noticia a los deudos y a ofrecer sus servicios. Un luctuoso automóvil de *remise* en cada esquina del hospital es la garita desde la que opera el «lechuza»: una ventana del hospital que se abre y una cajita de fósforos que vuela hasta caer junto al coche, con las señas del muerto o a veces del moribundo, es la forma de operar. El secretario desechó la nota. «Estos tipos son los que nos dan las filiaciones antes que nadie, si hay un accidente o un crimen. Los enfermeros que trabajan para ellos vienen, en esos casos, a trabajar también para nosotros. Cuando la policía no sabe todavía el nombre del muerto, ellos nos prestan la credencial, para sacar la foto». Mi compañero se sintió abochornado, porque ya había tomado los números de las *limousines* estacionadas junto al Maciel, y tenía pronta su encendida denuncia. «Esta es la prensa grande —dijo—, la que clama por el respeto a sus libertades». El secretario rió ante la inocentada, y le dio un parte policial a sintetizar.

Y la verdad era que él pensaba haber trabajado en algo muy distinto de lo que ahora le tocaba: «el mercado negro de la muerte» se llamaba esa nota que nunca escribiría.

Mardiros tiene la calma apática que le da el haber vivido de tantos oficios presuntamente peligrosos; el juego prohibido, el contrabando, los tráficos de la vida nocturna, el fútbol y últimamente la política. Entrar un camión de carne a la ciudad, tiroteándose con los inspectores, casi lo divierte; y la picardía de haber burlado más de una vez a los perseguidores, atravesándoseles con otro auto mientras el furgón se les escapa, es lo único que anima su rostro cansado y curtido, y lo hace momentáneamente sonreír.

Su padre, Dikrán Bodijián, era un armenio zapatero, que cumplía su oficio de remendón en una vieja pieza de techos altísimos de bovedilla, casi destartalada, a la vuelta de donde yo vivía. Macilento y curvado detrás de la horma de hierro, con su pecho hundido bajo el peto de cuero y la espalda cada vez más protuberante, lo recuerdo alzando hacia los clientes una débil sonrisa erizada de clavos. Con un gesto casi invisible, los clavos iban saltando de allí a su mano e irguiéndose fulgurantes sobre las suelas, hasta que un solo martillazo seco, por donde percutía el increíble vigor de aquel cuerpo doblado, los hundía. María, la madre de Mardiros, llevaba siempre atado a la cabeza un apagado pañuelo negro; y se desdibujaba servilmente suplicante, pendiente de lo que hacía su marido, cobrando las composturas tras haberlo consultado, dando una cepillada a un zapato y envolviéndolo en papel de diario. Una lamparilla de poco voltaje, ennegrecida de suciedades de moscas, caía sobre la coronilla de Dikrán y transformaba en cera la frente de María. Me he pasado minutos espiándolos, sin

verlos hablarse. Mardiros y los demás hermanos corrían por la calle, desentendidos de la pareja silenciosa que los había lanzado al mundo; en el barrio, no sé por qué, los llamábamos «los montenegrinos». A los cinco muchachos, nunca a los padres.

Cuando veo el gesto desganado y rotundo con que Mardiros saca de un bolsillo cualquiera sus fajos de cien pesos, deja propinas exageradas y cambia de automóviles y de relojes de pulsera —sus dos predilecciones adquisitivas—, sé que esa potencia de libertad y de confianza, sé que esa torva soltura que extrae de la adoración de los débiles tienen un sentido de desquite. La sórdida honradez de Dikrán y María, cosiendo capelladas o claveteando tacos, dura todavía en él como una sucia provocación que el mundo le hizo en su infancia. Los dos viejos están muertos —ella desde hace solamente seis meses—, pero siguen cuajados bajo la lamparilla pecosa, martilleando y chupando clavos el uno, alisando hojas de diario la otra. Eso era la decencia: eso y vivir hacinados en la trastienda de la zapatería, muertos de frío y en olor de aguarrás. El día en que velaron a María me lo dijo.

Una mañana, jugando en un baldío, entre montones de lata, la hermana menor de Mardiros se seccionó una arteria. Mi padre tuvo la buena fortuna de poder ligársela. Desde entonces, Dikrán no quiso cobrarnos ninguna compostura. Y en el aniversario de aquel accidente, María preparaba un extraño postre armenio y se lo enviaba a mi madre. Ahora ya la fecha se ha perdido y el rito también. Pero buena parte de lo que Mardiros está contándome, envuelve ese sentido de agradecimiento; por valores más chicos él no descendería a la confidencia.

—No vas a exponerte con un camión que valga plata. Estás loco. Se compra un *cachilo* viejo y se prenda.

En mi tiempo decíamos *cachila* —recuerdo con ese tonto enternecimiento que promueven las palabras abandonadas, el polvo que se aposenta sobre ellas, su sabor a distancia.

—...porque si te lo confiscan y rematan, primero se cobra el acreedor de la prenda y lo demás va para los perros. Llama *perros* a los inspectores, esos con quienes se cruza y saluda en horas de descanso. Esos que le confiesan, la copa por delante, que tienen —desde hace años— ganas de pescarlo. Entonces una semisonrisa de vanidad y señorío empuja apenas en el interior de los labios de Mardiros, le da un aspecto de pétrea divinidad oriental.

—Y es claro que el acreedor prendario es un amigo tuyo.

Su altar y su oficio, al mismo tiempo, es *la viveza criolla,*

esa condición de desvergüenza y picardía que el público suele celebrar en los políticos, en los futbolistas, en los obscenos cantores de los tablados.

Con Krikor, el que seguía a Mardiros, mi padre tuvo en cambio menos suerte. No era posible tenerla y hoy, a varios años de distancia, Mardiros resucita a veces la historia para ponderar su ojo clínico. Krikor iba a casarse y se sentía a menudo fatigado y con sueño. Mi padre lo examinó, ordenó unos análisis y le indicó que postergara el casamiento hasta estar más repuesto. Luego, una tarde que Mardiros pasaba frente a su puerta, lo hizo entrar y le dijo:

—Mardi, tengo que darle una mala noticia. Lo que tiene Krikor es muy grave.

—No puede ser —dijo Mardiros con rudeza, como si su resistencia alejara el dictamen que tenía que escuchar.

—Es Mal de Hopkins —insistió mi padre, balanceando la cabeza. Es fatal y puede ser rápido.

—No puede ser —repitió Mardiros, pero ya desarmado y casi lloriqueando—. Tiene veinticinco años. ¡No puedo decírselo a mamá! Usted bien sabe, doctor, que hace tres meses que perdimos al viejo.

Y mi padre:

—Ya sé, muchacho. Es la maldita vida. Hay que tener valor.

Durante meses y meses, papá trató a Krikor. Por algunos días, el enfermo cobraba fuerzas, parecía reponerse. Mardiros preguntaba entonces si el diagnóstico no estaría equivocado, si papá consentiría en celebrar consulta con otros médicos.

—Haz lo que quieras —decía papá—. Pero el diagnóstico surge de los análisis. Es un proceso de degeneración celular, en que la linfa va devorándose los glóbulos rojos. Estará mejor unos días que otros, y fuera del cansancio y la postración, no va a sentir nada. Pero está muriéndose.

Krikor no dejaba de andar por la calle, de hacer proyectos para su boda.

—¿Todavía no me deja, doctor? —preguntaba con tensa expectación, después de cada visita—. Mi novia no lo conoce —añadía con una sonrisa tristona—. Pero, ¿sabe cómo lo quiere?

—Estoy defendiéndola tanto como a ti —decía mi padre—. Ella tiene derecho a casarse con un hombre sano. Cuando estés bien, te dejo.

Y detrás de la espalda del muchacho, doblado para que lo auscultase, el rostro de papá se alzaba con una mirada turbia y sin auspicio, para encontrarse con los ojos de Mardiros, y

disuadirlo de que pudiera tomarse al pie de la letra aquel engaño. La verdad era que Krikor no se contenía por la prohibición de mi padre, sino por la intransigencia con que Mardiros la reforzaba.

Ahora, en esta rueda del café, me preguntaba a veces «¿Y el doctor?», pero la intacta memoria del agradecimiento que conserva hacia él no precisa ningún modo de frecuentación. Tal vez recele un encuentro con mi padre como una posible acechanza a esta compacta espesura física de que ahora se recubre, a este coraje sin apelación que los demás le atribuyen y él ha admitido. Prefiere enterarse de la salud de mi padre y mandarle saludos, confinando a esas fórmulas la fijeza de una relación que traicionó y expolió sus debilidades. Y con arrogancia vuelve a la historia de un viejo Rugby al que injertó un carburador de primera, dándole «más fuerza que la del mismo camión de los inspectores».

En esa expectativa por casarse, pasaron dos años. Un día mi padre se dio cuenta de que Krikor estaba ya muy mal, aunque la insidiosa enfermedad no se traicionase en ningún rasgo visible, a los ojos del mismo ser que la padecía. Y volvieron al tema de siempre:

—Doctor, tiene que dejarme casar.

Papá lo miró con doloroso cariño, calculando —en una peligrosa estimación— la vida que podía quedar aún en aquel cuerpo de veintisiete años. No debía pasar de un par de meses.

—Bueno —dijo—. Dale orden de que se apronte. Y te doy mi palabra de que dentro de cuatro meses se casan.

—¿De veras? —preguntaba una y otra vez Krikor, radiante, con la mirada humedecida, tomando las manos de mi padre y pretendiendo besárselas—. ¿Es definitivo, no va a echarse atrás?

—Sí, muchacho, es definitivo.

Se fue contentísimo; y no alcanzó a vivir los dos meses del cálculo.

—Es curioso —decía mi padre—. Nunca llegué a conocer a la novia.

—Es cierto, doctor —respondía Mardiros—. Pero yo la tuve desde el primer momento al tanto de todo. Y ella estaba de acuerdo con usted.

Hay meses enteros en que la vigilancia afloja, en que la tensión decae y el negocio puede hacerse con toda facilidad. El instinto consiste entonces en saber olfatear «cuándo cambia el viento». Porque una noche cualquiera, en medio de la temporada más tranquila, se despliegan más allá del puente, sobre

las entradas de la ciudad, tendiendo una emboscada al que viene con carne. Ya no son solamente los inspectores, sino los inspectores y la policía, y a veces el ejército. Cuando uno está acostumbrado —dice Mardiros— puede llegar a saber cuál es la noche peligrosa, y quedarse quieto. Pero a veces falla «y entonces hay baile».

Vartran, el hermano de María, no creía en la honesta rutina en que vivían los Bodijián. Prefería ganar dinero, y recibía y bancaba apuestas de quiniela clandestina. Mardiros recordaba haberle oído decir lo mismo que él experimentaba ahora: había tiempos de calma y tiempos de pelea. En los tiempos de calma el comisario —un hombre bajísimo, moreno y rechoncho— solía introducir la cabeza por el ventanillo de la mensajería de Vartran. Y la cabeza decía «Turco, doy un peso al que gane». Vartran hacía un gesto de bonachona, fingida, complacida sorpresa con las manos, y a la tardecita, después de la jugada, enviaba a Mardiros (entonces un niño) con el sobre para el comisario. «Son ochenta pesos —decía el tío al ponerlos en el sobre—. Pero es el negocio tranquilo y está bien». Para el chico también lo estaba, porque ganaba dos realitos por viaje.

Y había también meses de pelea. En ellos no era sólo la cabeza, sino el corto y espeso cuerpo del comisario el que entraba de golpe en la mensajería. «Turco, dame ese papel», gritaba. Con la misma cara de bonachona y cándida sorpresa, Vartran miraba al comisario, mientras sus enormes manos, actuando con increíble velocidad, hacían una bolita y la arrojaban a las fauces del perro que tenía al lado, custodiando el decoro de la mensajería. Era un *bull-dog* blanco y espantoso, y el tío había tenido la humorada de llamarlo «Buzón». La bolita trazaba un garabato en el aire y el perro la apresaba en sus fauces, lanzando un gruñido inamistoso y creciente, que el amo cortaba de golpe. «Ahí lo tiene —decía—. Pídaselo a "Buzón"». Y cuando el comisario se iba, el tío miraba a Mardiros y le decía:

—En el tiempo en que estábamos arreglados, yo tenía tanta memoria que no precisaba papel. Y ahora que estamos en lucha, me olvido de todo si no llevo un apunte. ¡Qué injusticia!

Ese comentario («¡Qué injusticia!») estaba en el fondo del pensamiento que Mardiros había contraído desde su niñez, acerca de la policía. Y era un concepto que ayudaba a trabajar.

Lo más tonto del peligro es que golpea cuando uno menos lo merece. «De todos los partidos que jugué en el Peñarol Dodge —recordaba Mardiros, mojando el mal recuerdo con un

trago corto y relamido de grapa— me fueron a quebrar justamente en el que le ganamos al Amsterdam, que fue cuando jugué con más limpieza. Así pasa siempre.»

Había sido en la cancha de Apóstoles, en Larravide y Avellaneda, por donde pasaba la vía del ferrocarril que —antes de la prohibición— llevaba hasta la Plaza de Toros, y ahora estaba inservible y herrumbrada, con pasto en la trocha y los durmientes esponjosos de puro podridos. Yo también había jugado allí, y sobre todo asistido como espectador. Paso a menudo y la exacta ubicación de la cancha no se me olvida. Podría decir dónde estaba cada arco y cuál fue el sitio en que el puntero de Apóstoles —rubio y de piel quemada, pero de nalgas blancas— se le saltó el elástico de los pantalones y, entre tomárselos o hacer un gol, prefirió seguir con la pelota, en medio del griterío de las vecinas y de la risa más estruendosa que yo le haya escuchado jamás a mi padre.

—Y lo mismo me sucedió con esto de la carne. ¡Si habré pasado camiones, manejando yo o yendo a la descubierta en el taxi del Elías, haciendo *de bombero*! Una noche de niebla, en pleno Carrasco, salió un ciclista de lo oscuro y se estrelló contra la caja del camión. Cuando oí la frenada, a mis espaldas, di vuelta y cargué al pobre muchacho, con la cabeza deshecha. Y los dos peones del camión se bajaron y empezaron a tirar las reses en un baldío, antes de que llegara la Policía. Con todo eso, fue una vez que estaba en el matadero de Tierrita, para pedirle una fianza, cuando me tocó caer. Allí los inspectores entraron ya a los tiros. El perro de Tierrita quedó seco en mitad del patio. Y él tiró, es cierto, pero dentro de su casa y para defenderse. Yo ni eso, porque no tenía armas. Y fue la vez en que me procesaron por atentado.

Su concepto del castigo como un azar en el que la inocencia o la culpa tenían poco que ver, se correspondía con su noción de la honestidad como una estupidez. Y en ese sentido, un apólogo preferido era el de la muerte de su padre.

Después de clavetear más de treinta años, Dikrán quiso un día jubilarse. Fue a la Caja por años y años, siguiendo paso a paso, sin asesores, la marcha del expediente. Tenía una ficha de Gestión de Oficio, un número de carpeta y una paciencia al parecer interminable. Lo rebotaban de unas barandas a otras, de una ventanilla a la de enfrente; lo sometían a regresos cotidianos, a fin de que reapareciese la actuación perdida o el legajo saliera del Archivo, de Liquidaciones o de Jurídica. Cuando suponía que su menguada jubilación de obrero independiente estaba a punto de salir, dio por primera vez con

alguien que se ocupó de él y le dijo la verdad: «Señor, su asunto fue empezado y quedó ahí. No tiene más que la actuación inicial». Estupefacto, como embotado por la enormidad de la sorpresa, no podía creerlo, se lo hacía repetir. Tenía el delgado cuadernillo entre las manos y era evidente que ahora —a diferencia de lo que había ocurrido años enteros— ya no le mentían. Debió haber sentido —encorvado, menudo y tímido como era— un gran vértigo dentro de sí; algo debe haberle anunciado que aquello que había creído haber ganado con treinta años de clavos en la boca y con todo este tiempo subiendo y bajando escaleras, recorriendo ventanillas en el patio del extraño y hostil edificio, ya no lo tendría. Esa sensación de estafa exorbitante, de punición feroz, lo irguió sobre las pocas, sobre las pobres fuerzas que le quedaban. «¡Bandidos, coimeros, ladrones!», se oyó gritando en el centro del patio, apurado por una turbia e irresistible sofocación. «¡Bandidos, coimeros, ladrones!» («jamás había dicho esas palabras, yo habría jurado que no sabía lo que quiere decir *coima*» —reflexionaba machaconamente Mardiros junto al ataúd), soltó otra vez, gritó otra vez y cayó. Corrieron de todos lados, le aflojaron la corbata, le abrieron el cuello. Tenía ya un estertor —le contaron diez veces a la familia— y espuma en la boca. Se moría. Vino entonces un jefe de sección y lo hizo llevar hacia un costado, para sustraerlo de la enardecida y solidaria agitación de los demás viejos (rebaños de expedientes sólo iniciados, tal vez). Llamaron al servicio de urgencia pero, en tanto la ambulancia no llegaba a recogerlo, lo tendieron, rígido y violáceo como estaba, en el angosto lecho de cuatro sillas puestas en fila y, para escamotearlo a la curiosidad que lo rodeaba, le taparon la cara y el nacimiento del cuello con hojas de expedientes inutilizados, de gestiones truncadas.

—Ahí está —decía siempre Mardiros—. Así le pagaron al viejo, por ser bueno y crédulo.

Por eso, cuando a los tres meses de esa escena mi padre le explicó lo que era el mal de Hopkins, pensó que ya le había soportado demasiado a la vida. Y que ahora tenía que pegar él.

«Se compra un *cachilo* viejo y se prenda». Pero antes de que los remataran y se pagaran las prendas, se desmantelaban y enmohecían bajo el viento, el sol y las lluvias, en una interminable hilera de antiguallas, en la avenida Garibaldi. Allí estaba la oficina de la Represión, donde la captura de un carro y una partida de carne engendraba un largo expediente, no menos laberíntico que el de la jubilación de un zapatero.

—Porque Tierrita, que ha estado preso cinco o seis veces,

sale y tiene crédito en un banco, y le prestan a la sola firma y lo aceptan como garantía.

El, en cambio, estaba empezando y —quizá por eso mismo— sólo había estado una vez en la cárcel. «Yo habré hecho muchas cosas en mi vida, pero nunca le oirás decir a nadie que haya hecho una *fulería*». Con todo su disgusto por la opacidad y mediocridad de la decencia —a la que entendía como una categoría convencional y pusilánime de la desgracia—, Mardiros no había abdicado, sin embargo, de sus leyes del juego. Y cuando protestaba no haber hecho jamás una *fulería*, a pesar de que había estado mezclado a contrabandos de medicamentos, a corretajes de mujeres para pasajeros de hotel, a tanta otra forma inmencionable del malvivir, aludía a un fondo intacto y no estropeado de nobleza que se jactaba de guardar, otra forma de la decencia que él sentía y practicaba por debajo de aquella que le parecía una mentira de los cobardes y los irresolutos. Y cuando yo le preguntaba qué entendía por una *fulería*, como si nunca hubiera oído la palabra, me la ilustraba con ejemplos. Una *fulería* era una deslealtad en toda la escala, desde vender como whisky una botella rellena de té hasta delatar a un compañero o no fugarse por el ciclista caído en la noche, tan sólo porque la fuga hubiera sido fácil. Eso no lo había hecho, y esa omisión sujeta a una ley íntima le daba «el derecho a mirar cara a cara a todo el mundo», un bien moral de cotejo que por ningún dinero vendería.

Pero esa sola vez de la cárcel había sido bastante. «Al final me sobreseyeron y mi hoja está tan limpia como la tuya. Pero no me olvido más del sufrimiento de la vieja, que iba a verme vestida de luto y lloraba todo el tiempo a mi lado, sentada en un banco del corredor, frente a la Intendencia. La pobre me traía tortas y postres, que yo ni probaba, y que iban derecho a mis compañeros de celda. No podía comer ni un bocado, porque el olor a grasa y a excusado de la cárcel me había descompuesto el estómago».

Estuvo preso veinte días y aquélla había sido una de las experiencias centrales de su vida. La recordaba confusamente, la repetía y deformaba en sueños, la parodiaba para aliviarse de algunos de sus rasgos, la usaba para alinear en el tiempo los hechos que habían ocurrido antes y después, divididos por aquel tajo de vacío. En la caliginosa noche de verano, el olor a comida agria y a la transpiración de sus dos compañeros de celda, durmiendo y roncando, lo había llevado a encender uno de los inapreciables y costosos cigarrillos que podía deslizarle su madre entre las ropas, o de mano a mano, en la visita. El

cigarrillo es la moneda obsidional de las cárceles, el artículo que fija el precio de los demás. Con cigarrillos propios o de sus compañeros, Mardiros compraba lo que precisaba para cocinar, casi de bruces en el rincón más húmedo y árdido de la celda. Aquella mañana había podido preparar, traficando con habilidad entre la sisa de los guardianes y de los presos de la cocina, una carne con tomates y cebollas; y se habían regodeado comiéndola en cuclillas, para que el olor quedara comprimido entre sus cuerpos y no ascendiera hasta la mirilla de la puerta, por donde solían pasear sus narices los vigilantes del corredor. Se habían deleitado saboreándola agachados y juntos, como niños que cambian bolitas o adoran sus deyecciones; acaso esto último, porque el agujero de la letrina, vivo e inevitable en el piso de la celda, pungía siempre hacia donde ellos estaban, hacia donde el movimiento de dos o tres hombres creaba una corriente de aire y le servía de tiraje. Mardiros luchaba contra el tiempo más que en favor de su gula, cuando —protegido por la guardia inquieta y celosa de los otros dos— se inclinaba y, con un *corte*, con uno de esos burdos estiletes de hierro o latón que los presos aguzan a oscuras para su menaje o su venganza, revolvía en el jarro esmaltado que le servía de cacerola. El fuego venía de un *fordcito* (así le llamaban por el ruido sordo y crepitante con que latía en el fondo de la celda), calentador tosco y doméstico de las cárceles. La alegría primitiva de los otros, casi animalizados en la aceptación natural de aquella rutina, significaba para él un premio mejor que la carne, que después probó apenas. Y por la noche la habían terminado, como un avaro manjar, repartiéndosela en trocitos. Para que aquel orden de ficciones consentidas funcionase normalmente, había que aceptar más que nunca, con mejor talante que nunca, la hedionda comida de la cárcel. Y luego, llegada la noche, arrojarla hacia el patio central, desde el alto ventanillo enrejado que hacía de tragaluz en la celda. A la mañana siguiente no quedaba ni trazas de toda esa echazón.

Un individuo delgado, moviéndose sinuosamente entre un traje entallado y unos ademanes de chulo, entró ahora al café y se tocó el ala del sombrero, echándoselo hacia la nuca, al tiempo que se plantaba en el mostrador y pedía una caña. Sin mover el antebrazo puesto a descansar en el reborde de madera, el recién llegado se dio a girar lentamente, examinando con malicia y desgano a la concurrencia. El aire sabido y profesional delataba al pesquisante, y el pesquisante que no se recata porque su orgullo es saberse conocido. Cuando su

cara, en ese circuito de búho, quedó frente a la de Mardiros, emitió una cauta y cargada sonrisa.

—Hola, Mardi —pudo leerse en sus labios.

Mardiros contestó con un ligero alzamiento amistoso de las cejas. Sentía lástima por esta gente; en algún sentido le parecía igual a la suya, a los compinches de que él se valía. Igual a los suyos, pero frustrados por falta de imaginación o de coraje. Cuando quería averiguarles algo, los llamaba a su mesa. Pero en este momento le interesaba más seguirme su relato. Hizo, eso sí, un ademán hacia el empleado del mostrador y otra copa vino a sustituir la que el hombre acababa de vaciar. Con ella en la mano, el individuo se dio vuelta, agradeció con un gesto, se la bebió de un trago y salió.

Se puso a fumar el cigarrillo mientras los compañeros de la celda dormían y roncaban, pero el olor remanente de la carne aderezada y del retrete, el sudor de los durmientes y el que Mardiros sentía sobre sí en la adhesiva noche de verano, lo llevaron a hacer algo más. Empujó la cucheta para que le sirviera de escala, enganchó la cabecera en los soportes que la mantenían vertical junto a la pared, y trepó por ella, hasta asirse en la reja del ventanillo y encaramarse al angosto alféizar. Con un brazo crispado para sostenerse en la reja, con una pierna flexionada junto al ventanillo y la otra colgando y estribando en el camastro, aproximó el rostro a aquella cuadrícula que lo comunicaba con la noche de afuera y fumó, en una, dos, tres profundas bocanadas azules. El aire denso y ácido de la celda parecía no existir a aquella altura donde vivían un trozo de cielo claro y distante, la luna y el cendal de humo en que se deshacía el cigarrillo. Sólo en la vislumbre de la noche, separado de los otros por el pautado rítmico de sus sueños, reencontraba una intimidad que durante días no lo había asistido ni siquiera en el acto de hacer sus necesidades. Tanto como la libertad le importaba —pensó entonces— la posesión privada de un pedazo de noche, de un pedazo de tiempo.

—A veces digo que en la vida yo hago lo que venga. He sido pegador de carteles, fuerza de choque cuando había que ganar un partido o una huelga, ¡qué sé yo! Pero preferiría estar muerto antes que trabajar de *tira*.

Y entonces miró hacia abajo, hacia el patio desolado y gris de los recreos, ese patio donde hasta el sol del verano parecía desteñido y triste, y lo vio transfigurado de luna, como líquido y quieto y remoto. Pero mientras miraba empezó a advertir una pululación confluyente y silenciosa, la pululación de unas manchas sucias, ordenadas y ávida que parecían destinadas a

cubrir aquel suelo de luna, a anegarlo en una sarna movediza y opaca. Demoró algunos segundos en comprender que eran ratas, esas ratas que andaban en manadas por las cloacas de la cárcel y subían en olas galopantes en cuanto se rompía un sifón o quedaba un albañal sin cernidor.

Eran ratas, las mismas que hacían gritar de dolor —con sus dentelladas— a los presos que eran arrojados, sin espacio para moverse ni defenderse, a la horrible celda de los castigos. Emergían de todos los rincones del patio y afluían a su centro, como monstruos sigilosos sobre una playa lunar; venían a comer los desechos que los ventanillos habían librado al patio y a la noche, aquella comida grasosa, agarrotada y fría. Sintió repugnancia al pensar que eso mismo que se disputaban las ratas pudiera haber estado en su estómago. Y desde entonces, y por el resto de los veinte días, no volvió a morder más que alguna manzana.

—La policía a veces no sabe lo que no quiere saber.

La acusación no iba dirigida al pesquisante que había aceptado el convite, sino a la historia que estaba narrando: se les había sospechado de tener carne sin inspeccionar, guardada en una casa, y el comisario les había puesto vigilancia a la puerta. Habían ido a verlo y habían convenido la forma de salir amistosamente del asunto, ya que a él tampoco le importaba perjudicarlos. «Vayan sacándola por la noche y poco a poco». Pero los guardias civiles no parecían estar al tanto del acuerdo, y había que concluir otro por separado con ellos. Como allí no había cámaras frigoríficas, la carne se pudría sobre arpilleras, en el suelo de la casa. Tuvieron que ir evacuándola a lo largo de cuatro noches. El guardia civil de cada vez era uno distinto, y obligaba a repetir el trato. Terminaron por fin de trasegarla, llevándola a enterrar lejos. A la mañana siguiente, con una orden judicial de allanamiento, llegaron los inspectores. Mardiros estaba seguro de que el comisario y sus subalternos formaban una sociedad perfecta, y que los cuatro vigilantes nocturnos habían sido los instrumentos del superior, en aquel cohecho por entregas. «La pagamos a precio de oro, pero así pudimos salvar el camión».

Pasar el tiempo y matar el tiempo. Había visto en la cárcel cómo esa empresa puede discurrir todos los medios, exprimiendo los alicientes de la realidad más mezquina. Los presos desfilaban por el sillón del dentista, consultaban al médico vagas dolencias inverificables y se inscribían en todas las prédicas espirituales, rellenando como podían aquel inmenso vacío y aprovechando la cola de la espera o el estruendo del

salmo para cuchichear entre ellos, concluir pactos o pasarse una noticia. Mardiros contaba a veces su experiencia de asistente a un oficio semanal metodista, cuyo comienzo pasó casi inadvertido y a cuya primera sesión había concurrido por azar y curiosidad. Las hipérboles del pastor debían haber resultado divertidas para los presos, su ingenuidad de ojos al techo debió haberles significado un cuarto de hora de plena liberación. Porque al jueves siguiente la noticia se había difundido y todos pugnaban por entrar a la estrecha sala de clase en que el pastor los esperaba, Biblia en mano. El intendente se había cuadrado entonces en la puerta y abriendo los brazos para graduar la entrada, había dicho: «Primero los que vinieron al oficio anterior», con el mismo tono bienhumorado con que podría haber dicho: «Tienen preferencia los viejos parroquianos de la taberna».

«Creo que ésta la arreglo; pero, por favor, no te metas en otra». Al fin de cuentas, siempre se estaba bastante seguro de que el diputado lo haría otra vez, prometiendo o amenazando que sería la última. Llegaba al café en su automóvil flamante, que estaba apalabrado para ser vendido en cuanto cumpliera los dos años de importado; bajaba dando un portazo y al entrar y flanquear las mesas, devolviendo saludos, se debía sentir más grande que nunca. Allí donde Mardiros era un ídolo, allí donde los viejos jugadores de fútbol —por más que hubieran sido mediocres, aunque no hubieran sido olímpicos —retenían el tiempo y la gente a su alrededor, apelando al simple recurso de contar un partido entre Oriental Pocitos y Solferino, el diputado tenía que ser un personaje de enjundia viviente, la fuente de la influencia y los favores. Le llamaban genéricamente así, el diputado, como si no hubiera otros noventa y ocho; en todo caso, él era el representante del barrio, el patrono del club de la esquina, el ojo de la aguja por el que todos los vecinos confiaban en pasar alguna vez el hilo para coser una sola, una precisa, una resplandeciente o una humilde puntada de poder. En las recientes elecciones, Mardiros había trabajado en el club, había prestado por quince días el coche y el día de los comicios sus camiones. En amable retribución, el diputado venía a verlo hasta su mesa y le palmeaba la espalda, tolerando que el armenio le respondiese sin ponerse de pie como los demás.

El asco es enemigo de la piedad. Al verlas de noche, ovejas y ominosas, les tomó un asco tan intenso (un asco hasta la náusea y hasta el más antojadizo miedo táctil) que cuando una tarde la malhadada rata se asomó al patio a la hora del

recreo y echó a correr despavorida entre los presos, disfrutó viendo cómo los otros la pateaban, haciéndola volar de aquí para allá, como una viscosa y semidespanzurrada pelota de fútbol; y cuando el juego la trajo inesperadamente hasta sus pies la golpeó con una furia ciega —un triste remedo de la saludable furia de los tiempos de Avellaneda, la vía y la juventud— y la hizo estallar contra la pared y caer hecha papilla, en medio de la innoble exultación ambiente.

—Aquí donde lo ves, en Montevideo se vende cualquier cosa, hasta chiquilines. Todo consiste en dar con el precio.

Ya me han hablado otras veces de este tráfico. Un pariente mío, médico de niños, fue visitado en su consultorio por una mujer que le traía a un recién nacido. «Examínelo con urgencia y dígame si es sano», dijo apresuradamente la mujer. «Habría que hacerle radiografías, análisis...», empezó a decir mi primo. «Nada de eso —cortó la mujer—. El comisionista está abajo esperando, con el taxi en marcha. Y si yo no lo quiero, tiene otra mujer a quien llevárselo». Mi pariente entendió recién entonces. Y me decía haber tenido la extraña sensación de estar aconsejando, urgido y a primera vista, si una mercancía estaba en buen estado y en precio. Su dictamen fue el de que estaba bien, sin conocer los detalles del negocio que tramaban el comisionista y la mujer. «Parece sano; arriésguese un poco y ciérrele trato» —se oyó decir expresamente, para tener una conciencia absolutoria de lo absurdo de la situación. Y el tiempo le había confirmado el acierto. «Me lo traen una vez por mes —decía— y es un chico lindísimo».

La experiencia que me contaba Mardiros era ligeramente más atroz. Una de sus hermanas no había podido tener hijos y el marido, un hombre rico, quería de algún modo obtener y legitimar una criatura. Le aconsejaron que —con determinadas precauciones— fuera a un negocio céntrico y se presentara como interesado por un varón. Y le contestaron que por el momento no había, pero prometieron tenerlo en cuenta para el primero que hubiese. El precio era de ciento cincuenta pesos. Cuando le avisaron por teléfono, el cuñado fue a buscar a Mardiros, porque el asunto que él mismo había echado a andar lo desconcertaba e intimidaba ahora, y Mardi le infundía la confianza que empezaba a faltarle. Fueron. El comercio aparente era el de una sombrerería para damas, una casa de modas especializada en sombreros. Pero la trastienda debía ser, más allá de donde se veía, una clínica clandestina de partos. Podía presumirse que las madres vergonzantes venían a tener sus hijos allí y el sombrerero se encargaba de venderlos. ¿Co-

rría con los gastos de la clínica y lo desquitaba mercando a los recién nacidos, o era socio de las madres, en gastos y en ganancias? No podía saberse.

—Te aseguro que yo mismo, con ver lo que he visto, no las tenía todas conmigo.

El sombrerero era un tipo suave, que hablaba en voz baja y con una calma neutra y engreída, como si estuviera muy seguro de una fuerza que lo protegiera; una fuerza que, en todo caso, no era conocida ni tangible, y por eso mismo hacía perder pie a Mardiros, que se sentía instantáneamente desconcertado en cuanto entraba en alguna situación el ingrediente insidioso de lo probable, de lo tácito, de lo sutil.

—Se demoró demasiado —dijo el sombrerero mirando al cuñado, con una consternación taimada, que acababa por resultar siniestra—. ¡Qué lástima! Acabo de comprometerlo, creyendo que usted ya no vendría.

Mardiros hubiera querido decirle que no se habían retrasado tanto, que debía cumplirles la palabra. Pero un titubeo desconocido en él le impedía afirmarse en la realidad, por más que los ojos de su cuñado estuvieran pidiéndole que lo hiciera. Sentía esa llamada equívoca del instinto que en algunas de las noches más tranquilas lo inducía a no atreverse a pasar el puente.

—¿Quiere verlo, ya que estuvo a punto de ser suyo? —dijo el sombrerero, haciéndolo pasar a un cuartucho oscuro y lleno de cajas de sombreros. Allí, sobre una mesa, envuelto en una campera de hombre, estaba el bebé. «Lo había envuelto en una campera para dar el golpe de que había sido traído de otro sitio —decía Mardiros—. Pero estoy seguro de que había nacido allí». Y agregaba: «Era un varoncito espléndido», con un dejo de ternura casi proscrito de su voz. En seguida se reponía y afirmaba: «Lo de que estaba comprometido era otra mentira. Lo que quería era que le dobláramos el precio. Estaba arrepentido de haberle pedido ciento cincuenta a mi cuñado antes de haberle visto el auto. Por trescientos pesos hubiera sido nuestro». Pero entonces —contaba— había visto en la cara de su cuñado, que conocía bien, una sensación definitiva de humillación y de desánimo. Era todo el asunto, su sordidez, el aire a encierro y las telarañas de aquella pieza, las cajas y las hormas de sombreros, la campera que envolvía al chico, lo que había acabado por desalentarlo. El sombrerero no lo esperaba, porque cuando el cuñado se limitó a lamentar el malentendido, sin haber ofrecido ningún soborno para que el niño fuera suyo, no pudo evitar un gesto de desencanto, el

desencanto que le acusaba la falta de imaginación de los compradores. Fue quizá su único minuto transparente y humano.

—Y es así: por trescientos pesos nos quedábamos en fija con el chiquilín.

Contra toda su costumbre, aquella noche Mardiros no debía tener ocupaciones excluyentes de la compañía; porque se comidió a llevarme en auto hasta el diario.

—No vayas a escribir con nombres propios nada de lo que te he dicho —me prevenía mirándome con un recelo retrospectivo, ahora que ya me había contado vida y milagros de los matarifes—. La historia sirve lo mismo sin comprometer a nadie y sin hacer *escombro*. (Era visible que estaba arrepentido, que quería pedirme algo mientras el «Nash» rodaba en la noche, llevándome hacia el centro.) No vayas a dar pretextos a la policía, que no los precisa.

No podía tener miedo. Confiaba siempre en su valor y también en su buena suerte, una buena suerte que acababa por conjurar el efecto de sus previas torpezas. Una semana atrás había aceptado una invitación para asistir a un casamiento de homosexuales, y se había retirado cinco minutos antes de que irrumpiera la policía. Se salvó así del patio de la Jefatura, de la foto con los desgraciados vestidos de mujeres y desencajados y pintarrajeados en la madrugada, esa foto que los laboratorios policiales habían copiado con incomprensible deleite y enviado, para una diversión sin posible publicidad, a todas las redacciones de los diarios.

—¿Te das cuenta, si me llego a quedar cinco minutos más?

Estábamos ya frente al diario y volvió a formularme sus recomendaciones, en nombre de la antigua amistad. Parecía ir dándose cuenta, lentamente, de que había estado indiscreto; si se hubiera animado, habría invocado a mi padre para obligarme a más. Por un momento sentí la inminencia de esa extorsión, el auto detenido y la mano izquierda de Mardiros reteniendo la portezuela por donde debería bajar yo. Pero no lo dijo.

No lo dijo y yo, sin que en ese momento me lo hubiera propuesto, pude hacer honor a sus pudores. Porque cuando llegué a la mesa del secretario, me esperaba una noticia capital, una noticia que reducía el mercado negro de la carne a tema de literatura fantástica:

—Valtierra te ha puesto un cable desde La Habana. Te invitan a la Operación Verdad.

Me eché glotonamente sobre la mesa, para estrujar el telegrama, tenerlo y leerlo: El Ejército Rebelde y el Colegio de

Periodistas de Cuba me invitaban a viajar un par de días después. Debía solicitar mi pasaje en Pan American y partir a las cuatro de la tarde.

En «Nuestro Pueblo», la obra de Wilder, hay un momento en que el hijo de familia va a entrar al templo donde ha de celebrarse su boda. Pisa ya el atrio, pero se detiene de pronto. «No quiero casarme», dice enfurruñado y puerilmente. «No quiero casarme». Levanta la voz, mira hacia la sala, como si implorara o esperara alguna ayuda del público. Es tan sólo un instante. Luego supera su vacilación, parece caer súbitamente en el centro de sí, da el paso decisivo y entra. Siempre me ha parecido el momento más patético, el más veraz dentro de una obra tan verdadera. «No quiero casarme», es decir: me niego a tomar la resolución trascendente que está convenido que adopte, me niego a franquear el umbral que ustedes han decidido que trasponga. O dicho de otro modo: me rehuso a hacer lo que ustedes esperan de mí, lo que todo el orden social se ha confabulado en aguardar de mí, lo que quiere mi familia, lo que excita la curiosidad de mis vecinos, lo que —a esta altura de la situación— sería incongruente que me salteara.

En varias etapas fundamentales, ante los trances más solemnes, frente a las coyunturas que para los demás son envidiables, yo me he sentido como el adolescente de Wilder: «No quiero casarme». O sea: no quiero dar el próximo paso que está convenido que dé. No me lo pidan.

Todos suponen que dispongo de un privilegio cualquiera: alojarme en el gran hotel de un gran balneario, durante un festival de cine o de teatro; viajar a unos cursos de verano a o una ordalia revolucionaria. Yo mismo formaría en la legión de los que abstractamente considerada la oportunidad, pudieran envidiarla. Pero ocurre que soy también el que debe dar el arrancón y no quiere, el que siente ahora la hostilidad de lo desconocido, el que exalta la dulce querencia de las cosas hacia las cuales, sin esta inminencia de evasión, se habría juzgado supeditado por la fuerza, atado por lo insidioso de la costumbre, tontamente enviciado.

Ahora está ante mí el viaje: tengo el pasaje en el bolsillo, el pasaporte con su visado de cortesía; leo el suelto de despedida en el diario. Y no quiero casarme; es decir, por un instante parezco fijarme al piso de mi dormitorio, en el atrio de mi iglesia, y supongo —por un espejismo de la voluntad— que no quiero viajar. La audiencia del joven de Wilder puede entender su conato de resistencia, la sublimación de su último impulso de virginidad o timidez. No podría entender el mío, porque ya he viajado antes, volveré a viajar después y ésta es, de todos modos, una ocasión excitante en la que —a diferencia de la prueba del matrimonio— está concedido que no pongo ninguna condición irreversible de compromiso, ningún voto empinado en la punta del alma. Pero no quiero irme. Me vuelvo a la platea desierta y no hay nadie, ninguna cara simpatizante a la que pueda decirle, con lo inmencionable que es el simple amor a lo sedentario y no revisado de nuestra vida presente: «No quiero moverme y usted, buen señor de su casa, me comprende mejor que nadie. Ayúdeme».

Matilde misma ha tenido que decir que el viaje le parece una maravilla, un prodigioso golpe del azar, una contingencia histórica a no perder, una gran suerte, un privilegio, etc. No sé si me lo dice porque ella no quiere —por instinto— asumir enteramente los fueros de la costumbre, siendo ya ella misma la costumbre.

Si me dijera «No vayas», si tuviera la valentía egoísta de querer retenerme a favor mío, yo me sentiría instantáneamente liberado y viajero, la vería a la luz cruel de todo lo que ha hecho nuestro lazo durante años y años. Pero ella prefiere allanarlo todo: vendrá algún momentito por las tardes (tiene la llave), recogerá la correspondencia, incluso alguna carta que pueda enviarle desde Cuba, remitiéndosela a mi propia dirección; se sentará a leer en el rincón de la lámpara. Piensa, posiblemente, que si yo me imagino desde lejos que ella usurpa mi sitio, me sentiré menos desasido, menos desposeído, menos ausente, menos remoto. Los penates tendrán su oficiante alterno, y el pensamiento que vuele hacia aquí —en la hora de la depresión— golpeará en su cara, en su lealtad, en la exageración de su hermosa voz, en su pecho redondo.

—No puedes perdértelo. Diez días pasan muy pronto y lo que veas, en cambio, te valdrá como una gran experiencia.

Al alentarme así, ¿presiente Matilde que, al precio de haberse enclavado en mi tiempo y no pasar, ella ha dejado de ser una gran experiencia en mi vida, y es sabio —de su parte—, querer atarme a otras, dejar que manen alrededor de nosotros dos estas tonificantes emociones sustitutivas?

No puedo olvidarme de su frase: «En la vida de un hombre hay manjares, pero los manjares cansan. Yo prefiero ser tu pan con manteca.»

Lo es desde hace años; desde antes de haber engordado, desde antes de haber desarrollado esas ancas poderosas y esa

cintura casi inabarcable de las que tiene la presunción de considerarme el autor, a raíz de las maniobras por las que sigilosamente ha resuelto, una vez y otra, los obstáculos que podrían haberse interpuesto a la inconsecuencia teórica, a la libertad plenaria, al perpetuo estatuto nominal de franqueza y salida que, desde hace años, hemos convenido que tengan nuestras relaciones.

No mencionar la alternativa conyugal, suprimir las condiciones de pie forzado por las que pudiéramos tener que encararla, todo eso forma parte de su juego limpio. El juego limpio de la personalidad, de la tolerancia, de la lealtad, del compañerismo, el tácito plebiscito cotidiano de afecto por el que hemos venido atándonos, con un vínculo más capcioso, menos destructible que el mismo matrimonio, a lo largo de años que nos han transformado en dos seres tan distintos a los del pacto inicial.

Por esa libertad, por esa aceptación constante de la individualidad de cada uno en presencia del otro, yo puedo estar escribiendo ahora mismo estas páginas y ella puede estar a mi lado, leyendo uno de mis libros, doblando las esquinas de las páginas, llenándome de colillas todos los ceniceros, todos los platillos, todos los potes y hasta mi caja de lápices. Por ese consentimiento de la igualdad se lleva mis libros, los subraya, los escribe en los márgenes; o habla por teléfono incansablemente —aquí mismo—, con su Margotita («Mar-Gotita» es mi tenue difamación de esa flacucha legañosa con la que puede canjear genéricamente la experiencia del trato con hombre, lecciones de amor, cotejos de grados del placer o de dolencias ováricas, poniendo a contribución de la amistad todo lo que hace la intimidad y es hermoso —dice ella— cederse sin regateos, como el par de medias, el sombrero o los guantes cuando hay un concierto sinfónico «tan estupendo como éste»).

¿Por qué, amparado en la ajenidad con que ahora lee el libro, envuelta en humo y sin atender al siseo de mi pluma sobre el papel, he de mentir que la detesto? No la detesto, claro está. Ella soy yo de algún modo sutil, mimético, indescifrable; yo y no sólo mi pan con manteca. Lo es desde el día en que mintió una comatosa virginidad, porque la había recompuesto para casarse con un psiquiatra, ese psiquiatra de quien me habla con ecuánime aprecio (las reglas del juego) cada vez que abre «The company she keeps», que él le regaló, y se reencuentra con las intuiciones femeninas de Mary Mc. Carthy. No puedo pensar en el psiquiatra sin endosarle

mentalmente la efusión que debió haberle estado dedicada, el mentido rito cruento que cayó sobre mí y que una mujer como ella podría haberse sentido en condiciones de omitir, explicando sencilla e irresistiblemente por qué lo negaba. (Su poder dialéctico habría sabido resolverlo con holgura.)

Pero me imagino que en instancias como ésta, naufraga el desprejuicio de Matilde. El aseguramiento de las oportunidades es un arte cuyos requisitos siente que existen fuera de ella; y las cosas que siente existir fuera de ella y de mí, son las únicas que acata objetivamente, las únicas ante las cuales depone su juicio y se comporta como todo el mundo.

No puedo odiarla, por supuesto; no puedo hacer otra cosa que quererla, en un estilo que acaso mezcla esa gota de desconcepto que es un alivio admitir que uno no tiene por qué consagrar, todos los días, a su propia persona. Por eso, tal vez, siento que me resulta tan consoladora, tan oscuramente necesaria.

La recuerdo en los días primeros, de su casita del barrio Sur, segura de la hora de mi llegada al punto de abrir a medias la puerta y, recatada de quienes pudieran mirar desde la calle, esperarme de pie en la penumbra de su zaguán, desnuda —con el dibujo firme y resuelto de sus hombros, su busto, su vientre oblongo y sus piernas—, la cabellera suelta y los pies sumergidos en una suerte de babuchas blancas, de piel de cordero.

La evoco —siempre desnuda—, hojeando el álbum de dibujos de Gromaire y encontrándolos espléndidos, no sé si dándose cuenta de que ella misma parecía una criatura de Gromaire, rotunda, poderosa, gravitante.

Gromaire, Cézanne, Maillol, todos los creadores que prefiere —y en música Beethoven y en literatura Nietzsche— aluden a esa fuerza de la vida que habita en ella, a esa agresiva plenitud que la lleva a menudo, con cierto maniqueísmo que yace en el fondo de su razón, a ver las cosas y los seres en blanco y negro, a trazar un tajo que parte el mundo en dos y separa la humanidad que adora de la humanidad que odia —sus dos únicas categorías, de tonalidad afectiva, para enjuiciar a la gente que convive de algún modo con nosotros, a los hombres y a las mujeres entre quienes circula.

Anoche, decidido el viaje, se quedó en mi apartamento. Pensó, quizá, que no debería abandonarse a la titubeante felicidad de mi desamparo (o al titubeante desamparo de mi felicidad, no sé cómo decirlo). Se quedó, me dormí en su brazo extendido y soñé algo que, si ahora mismo se lo con-

tara, ella se comediría a explicarme —bajando el libro que lee y olvidándolo en las rodillas—, a la luz de las claves del psicoanálisis: yo era quien soy ahora y a la vez un niño, por esa licenciosa posibilidad concurrente de quedarse con todas las opciones, que se nos da en los sueños. Yo era quien soy y a la vez un niño, y Matilde me empujaba, llevándome en un cochecito infantil. Matilde triunfal, enorme, materna —con un vientre anegado, piloso y oscuro como el de aquella mujer de Rouault que tiene colgada en su dormitorio. Matilde desmesurada y casta, mitológica matrona, dueña de mí, con sus pechos desnudos y sus babuchas de piel de cordero.

La miro ponderativamente, la observo leyendo y fumando. Es la misma. Me acerco a besarla y le digo, con una tosca parodia de energía:

—Está resuelto. Me voy.

Me estudia con una abotagada perplejidad, alzando una ceja, alargando su boca en la emisión del humo.

—Claro que sí. Está resuelto desde anoche.

Y la verdad. Está resuelto desde anoche; pienso que lo sé y veo —por encima del cuerpo de Matilde— el empedrado de la calle nocturna (era ése), por donde rodaba el cochecito del sueño.

SEGUNDA PARTE

I

Los viajes aéreos desarrollaban en Calodoro todo un repertorio de supersticiones contra la muerte. La primera de ellas consistía en no dejar que fueran a despedirlo al aeropuerto; saliendo como para un viaje de rutina, sin efusiones, sin foto al pie de la escalerilla confiaba en disminuir los riesgos. Todo lo que contribuyera a fijar memorablemente el instante de la partida podía ser peligroso.

Sonrió ahora ante la puerilidad de aquel subterfugio, que seguramente la desgracia, llegado el momento, no contemplaría. El avión parecía flotar sobre un colchón algodonoso de nubes, sin que se advirtiera su avance. Esa apariencia de suspensión en el aire y en el tiempo lo intrigaba desde el día de su primer viaje aéreo: viajar en avión parecía, paradojalmente, estar perdiendo minutos preciosos, en un ensimismamiento ingrávido, en una fluctuación sin objeto.

Acababa de anotar con el bolígrafo, en su libreta de viaje: «El uruguayo medio, por más que viaje siempre, se las ingenia para tener el pasaporte y la vacuna vencidos. Por suerte, la burocracia y las viruelas lo prorrogan.» Sus anotaciones sobre «el uruguayo medio», estaban dispersas en cuadernos, libretas y hojas sueltas; pero nunca habían llegado a parecerle bastante consistentes para organizarse en un libro. El requisito de la consistencia era otra de sus supersticiones; esta vez, una superstición terrestre. Y evocarla ahora, sobre la sentida y mullida amortiguación de las nubes, era de una incongruencia provocativa. Había que mudar los pensamientos, encaminarlos a zonas más inocentes y distensivas. Muchas veces le ocurría hacer estos esfuerzos de aplicación mental a lo largo de sus travesías aéreas.

Por no haber tenido el pasaporte en regla, varios de quienes deberían haber viajado con él estaban quizá correteando, a estas horas, de oficina en oficina, recabando constancias de

buena conducta, fotografiándose en dimensiones estrictas, redoblando y postergando las promesas dadas a la compañía de aviación, asegurándose la retención de disponibilidades para un próximo vuelo, demorando la asunción de licencias, y desplazándolas hacia la hora de un incierto y conjeturado regreso.

A las cuatro de la tarde sólo Jubín y él habían estado en Carrasco y a las cuatro y media habían partido en el DC 7-C, para las etapas a Río y a Caracas. La conexión de Caracas a La Habana, con escala en Montego Bay, Jamaica, estaba convenida para horas de la mañana siguiente, en un vuelo de Delta Airlines.

No estimaba a Jubín, sentía un instintivo desafecto por su aire de equívoca debilidad, por su afán de aparentar una edad más joven que la real, mediante el uso de esclavinas, pantalones estrechos, mangas abullonadas y también por un corte de pelo que le proyectaba un cerquillo oblicuo y juguetón sobre la frente lobulosa.

No lo estimaba y sin duda se lo hacía sentir, porque desde que entraron al avión buscaron sentarse uno lejos del otro, sin comunicarse más que para algún detalle concreto de itinerario. Jubín se había ubicado junto a un sacerdote y había abierto casi en seguida un libro, enfrascándose en la lectura.

Calodoro también había sacado su libro de viajes. Es decir —según la superstición—, el libro que lo acompañara en su primer viaje a Europa y que, por ese motivo, figuraba desde entonces como su mascota bibliográfica. Leído y manoseado, con las tapas vencidas y las esquinas de las hojas dobladas desprolijamente, a falta de marcador, era ya un objeto de calma y felicidad más que un libro. Era *Les faux monnayeurs* de André Gide, en la edición del *Livre de poche*. Una vez que le había puesto sobre las rodillas, casi no precisaba hojearlo ni mirarlo. Entonces aceptaba los diarios que le ofrecían a bordo y casi siempre sus ojos daban —tercera superstición, pero más aleatoria que las otras— con la noticia de un accidente aéreo. ¡Ya estaba!

Si los diarios eran franceses, lo más divertido para leer en viaje eran los crímenes, escritos con truculencia y con brío. Las causas por las que la gente se mata en tierra suelen ser curiosamente inverosímiles a siete mil metros, volando sobre la selva o el mar y con un sangriento trazo de sol poniente en las alas.

A su lado, una señora otoñal tenía el escrúpulo de rellenar de conversación los ocios del viaje. Había pedido una revista norteamericana de modas pero no la miraba. Visiblemente, no entendía inglés. Y por haberle traducido algunas leyendas de fotos o modelos, Calodoro estaba ahora obligado a asistir a la película de su vida, a la historia de su desgraciado matrimonio, a las vacilaciones que estaban en el origen de este viaje, que la hacía desertar de una madre octogenaria para ir a instalarse junto a su único hijo, profesor de Matemáticas en la Universidad venezolana de Oriente. «La tendré hasta Caracas —pensó Calodoro—. Tendré que dormir a su lado.»

Durante un rato, de todos los posibles modos indirectos y asediantes, la mujer —tras haberle adelantado su nombre y sus motivos de viaje— había querido indagarlos en él. Y ahora ya sabía las circunstancias de la invitación, el diario en que trabajaba y el apellido. Por añadidura, declaró conocer a su padre.

—Y eso de Cuba, ¿cómo es? —decía ahora, tras diez minutos que habían traído la prematura ilusión de su silencio.

—¿Cómo es, qué? —contestó Calodoro, alarmado por la vastedad de la pregunta, por lo mucho que podía durar una conversación que se reencendiera sobre un tema tan amplio y sobre una ignorancia tan plenaria.

—Eso, la revolución. ¿Le gusta?

Por el tono, se advertía que ella prefería observar una actitud de previa suspicacia frente a cualquier revolución, y quizá frente a cualquier palabra cuyo significado postulase de algún modo la violencia o el cambio.

—Voy sin ningún prejuicio, como observador.

Venturosamente, lo neutro de la réplica clausuró aquella puerta del diálogo. Pero ya no podía esperarse que el callar valiese algo, una vez que la señora había puesto la revista de modas en el bolsillo del respaldo que tenía ante sí. De momento, sin embargo, vino a salvarlo una colación de las tantas de a bordo. La señora se dedicó obstinadamente a su taza de té y a sus galletitas envueltas en celofán, haciendo tan sólo algunos pequeños comentarios sobre la higiene y el ingenio con que empacan las vituallas que se consumen en los aviones. El comentario la delataba como novata en este tipo de travesías.

No iba como observador, sin embargo; y mucho menos aún podía decirse que fuera sin prejuicio. Durante años había procurado informarse de cuanto pasaba en América Latina. En mil novecientos treinta y tres, el mismo año en que un golpe de estado instauraba la dictadura en el Uruguay, el dictador

Machado caía en Cuba. Grau San Martín y Batista comenzaron a figurar en los diarios que leía, en los cables que solía separar y recortar, ya en sus días de estudiante. En mil novecientos treinta y seis la pasión española había sustituido y oscurecido a todas las otras, pero luego la polémica realidad de Vargas, Perón, Villarroel, Haya de la Torre, lo había hecho viajar y escribir, ver y reflexionar. Y Batista, el Batista del treinta y tres, el del cuarenta y el del golpe de marzo del cincuenta y dos lo había fascinado desagradablemente con su vulgaridad cimarrona, con su crudo sentido de la aventura de poder, con sus jactancias mestizas. Y había pensado su caída, la había visto madurar en tanto otros no la presentían. La vuelta de Valtierra, luego de su experiencia de la Sierra Maestra, lo había confirmado en sus certidumbres y, sin haberlo podido saber entonces, lo había preparado para este viaje.

—¿Usted no piensa que nosotros estamos mejor, sin revoluciones? —insistía en debatir ahora la madre del profesor, sintiéndose muy confortable en la acreditada idea de que «como el Uruguay no hay».

—Son realidades diferentes, señora—. Y se puso a explicarle el particularismo del Uruguay en América Latina, y las razones que había para empezar a creer que aquello no iba a durar siempre. Pero advirtió en seguida que a la mujer no le interesaba el detalle, y que frases como «el despertar de Asia» o «cuando Africa arroje millones de hombres en la balanza del mundo» la distraían tan sólo por el exotismo que los nombres de esos continentes evocaban. Ella prefería un rápido intercambio de consignas felices a cualquier discusión esclarecedora.

El anuncio de que dejaran de fumar y se ajustasen los cinturones iluminado en inglés sobre la puerta de la cabina y repetido en varios idiomas, con el agregado de que en unos minutos más se aterrizaría en el aeropuerto de Galeao, correspondiente a Río de Janeiro, hizo que la señora volviera a entorpecerse con el broche de su atadura y que Calodoro tuviera que ayudarla nuevamente, explicándole una vez más, y sin muchas esperanzas, el sencillo mecanismo del cinturón.

Había estado en Río durante la presidencia de Eurico Gaspar Dutra, el pequeño general con cara de garbanzo, en 1948. En su recuerdo de aquella ciudad, que lo abrumara y cansara con su belleza, con su clima cálido y pegajoso, con sus mañanas populosas y sus noches desiertas, sobrevivían unas pocas cosas claras y una grande y vaga, flotante sensación de tiempo perdido. Aparecía el frescor de la cerveza Brahma, la umbría

de Vista Chinesa, la feraz vegetación del Alto de Tijuca, la Cascadinha y su iglesita, donde Portinari había pintado una escena del cielo y del infierno, en que su hermana Inés aparecía como virgen y uno de sus cuñados («Freud mediante», explicaba sonriendo) como uno de los demonios que empuñaban tridentes. El mismo Portinari —bajo y de formas suavemente redondas, con su rubia y rosada cara de italiano del norte—, figuraba en su recuerdo como hombre vigilado por la policía de seguridad y, al mismo tiempo, pintando frescos para los ministerios, paseando por su jardín de Cosme Velho 112, desde cuyos fondos —en los que solía aparecer alguna cobra—, el terreno se alzaba para formar los primeros contrafuertes del Corcovado, con su Cristo suspendido y fosforescente en la noche. Unas grandes fuentes de *tucu-tucu* y unas jarras de vino indicaban la hora de las comidas; y quien estaba se quedaba, sin cumplimiento ni cuidado.

Aquellos eran los días en que había vivido a bordo de un barco uruguayo, muy cerca de la Praça Mauá y frente a las largas hiladas de ladrillo del Armazem N.° 1. Aquellos eran los días que comenzaban con una marcha naval sobre cubierta y terminaban en la acidia nocturna de Copacabana.

Pero ahora sólo pasarían por Galeao, lejos del centro de la ciudad (el avión había echado ya su tren de aterrizaje y bajaba casi hasta rozar las aguas, para tomar la pista en toda su extensión) y quedarían tres cuartos de hora confinados en aquel lazareto.

Los negros de cuerpos escuetos y sumarias ropas blancas pasaban por la calle, llevaban carga hasta los carros, se hablaban en gritos desafinados y guturales, usaban el fondo de sus gargantas para dar una orden al automóvil distante o al maletero más próximo. La ciudad estaba al final de ese recorrido que ahora mismo podría emprenderse por esa misma calle; nadie se hubiera interpuesto a quien quisiera echarse a andarla. Pero el personal del aeropuerto se había incautado previamente de los pasaportes de los viajeros en tránsito, y un pasaporte en manos de la policía convierte a un hombre en un paria, en un ser desprovisto hasta de la seguridad de existir, en toda ciudad del siglo xx que no sea la suya.

Engañosamente, el viajero se siente más seguro volando sobre el océano. Pero cuando la tierra nocturna que va atravesando es la selva sin un claro, sin una luz, sin un signo de vida, la sensación de piélago dispuesto a engullírselo empieza

a trabajar sobre sus nervios y su fatiga. En todo viaje hay una hora oculta en que vencen la confianza o el miedo, en que para cada pasajero llegan la distensión confiada o la crispación que se exaspera a escuchar ruidos, a descubrir falsos latidos de capitulación en los motores, fuego en los caños de escape, relámpagos en la noche que cuaja de ventanillas afuera. Calodoro lo sentía ahora, volando sobre la selva y distrayéndose morosamente en el trago y después en la comida. A un tiempo envidiaba y lo irritaba la seguridad de los otros, la desenvoltura con que caminaban por el pasillo del avión como podrían haberlo hecho por el corredor de una casa, y se sentaban en el brazo de los sillones y dialogaban fumando y reían a grandes carcajadas, envueltos en el humo y entregados a un sentido irresponsable de pasatiempo. Le parecía que él, atento a espiar el menor atisbo de contrariedad o de desgracia, podía estar llamándola más que ellos y, entre tanto, padecía como un ser de sensibilidad y de equilibrio diferentes. Esa misma gente que ahora fumaba, hacía corrillos y festejaba un chiste más o menos burdo, era la que un rato antes había calculado monedas y comprado perfumes, cigarrillos o bebidas, tomándolo de las mesitas rodantes en que pasaban. Otra de las supersticiones de Calodoro era la de no realizar, pendiente el viaje, ningún acto que supusiera una insolente, una agresiva seguridad de bajar a tierra; por eso no compraba nada a los camareros, por eso no escribía la postal que, con la estampa en colores del avión sobre un impoluto cielo azul o con escenas pintorescas de algún país del itinerario, le ofrecían las azafatas, adelantándole la certeza del franqueo desde el próximo punto de escala.

Siempre que cae un avión debe haber alguien que se despeña con sus compras recién hechas a bordo, con la botella que nadie beberá, con el perfume para una viuda.

No tomaba menos que ellos; acaso fuera el único que estuviera persiguiendo un estado de semi-embriaguez, sin posible euforia, para anestesiar esa tensa conciencia vigilante del peligro que su mente proyectaba siempre hacia adelante, hacia los próximos diez minutos, en la desguarnecedora certidumbre de irse internando más y más en el impenetrable corazón de la selva, en su corona de muerte misteriosa y acechante y tendida. Las azafatas recorrían el avión preguntando a los viajeros si era aquél su primer cruce aéreo del Ecuador y a qué dirección preferían que se les enviase su diploma de navegación feliz. Esta era su única transgresión al escrúpulo de no consentir nada que lo diera prematuramente por hombre

a salvo y en tierra. Pero era una transgresión con la contraseña de una manía talismánica: la de coleccionar aquellas cartulinas en que su nombre aparecía escrito en letra redonda a tinta china y en que la figura de Júpiter Rex con sus barbas caudales y agitadas por el vendaval y un manojo de rayos en la mano lo recibía, una y otra vez, ingresándolo en la cofradía de los transeúntes de dos hemisferios. Júpiter Rex, King of the Heavens, Lord of the Sun, Moon, Planets, Stars and Nebulae, Ruler of the Winds and Weather, Master of Lightning and Thunder, Supreme Potentate of all things above the Surface of the Earth lo acogía en su reino empíreo y lo dotaba de todos los profundos privilegios e inmunidades de su realeza aérea —según decía el diploma.

Dentro de un rato comenzarían los preparativos para la noche. Les agenciarían mantas y almohadas, un somnífero con un sorbo de agua; bajarían las luces del *salón* (era otra sólida palabra que reprobaba allí), y los echarían, medrosos y en medias, a dormitar con la sensación enroscada de estar envueltos sobre el vacío, a convocar bajo los párpados al ser que de pronto se descubría punzantemente como el más querido, a soñar con las flores de paloborracho que empavesaban la lóbrega planicie cimera de la selva, a morir con la garganta anegada de terror en el pozo de aire y a resucitar pávidamente, con la boca amarga de las grandes juergas de la noche terrestre, ante el primer garabato de sol brillando en las guarniciones metálicas del motor o irisando el compacto turbión de las hélices; a resucitar, a estregarse con una mano (que la tumefacción del sueño sobre el brazo había vuelto ajena) el mentón con su rastrojo de barba, a pedir la máquina eléctrica al camarero y a disfrutar impuramente, en esa hora en que el miedo también se ha desfondado, de las torpes primicias físicas con que el cuerpo quiere que otro día empiece y que tampoco esta vez sea el último.

En Maiquetía la señora otoñal —tras roncar vastos tramos de selva— bajó sin despedirse de Calodoro, en el atolondramiento de haber entrevisto a su hijo en la terraza de recepción. Bajó, chilló casi llorando, agitó —para un encuentro que aparecía, luego de trámites y frágiles barreras y un límpido y enjuto cristal de separación, a tan sólo cinco minutos de distancia—, el pañuelo de gasa que acababa de desceñirse del cuello.

Veía desde los ventanales del aeropuerto las casas de va-

rios pisos y fachadas de color. En tiempos de Pérez Jiménez —le habían dicho—, la prosperidad del petróleo había llevado a edificar decenas y decenas de esas casas, enormes jaulones multicolores de viviendas económicas. Y autoritariamente, de la noche a la mañana, los habitantes de los casuchos que se había decidido demoler, habían sido trasladados a sus nuevos habitáculos, en esos edificios *funcionales*. Y la funcionalidad había llevado a que el trasiego se hiciera a las apuradas sin educarlos en una nueva vida, sin prepararlos para ella. En los apartamientos de pisos de roble y de aporcelanados cuartos de baño, los miserables habían desplegado, intacta, la vieja cara de su vieja miseria: las gallinas, la cabra y el puerco convivían con ellos en aquellas verticales «máquinas de vivir». Esto era Caracas y el gigantismo de Venezuela— pensaba, conformándose con que tengamos ideas tan someras de un mundo hermano y afín. La Ciudad Universitaria de Carlos Villanueva, la larga dictadura de Juan Vicente Gómez, la obesa estulticia de Medina Angarita, el asesinato de Delgado Chalbaud, la fogosa vehemencia de Wolfgang Larrazábal, las novelas de Gallegos y de Uslar Pietri, los discursos de Rómulo Betancourt, de Jóvito Vilalba, de Rafael Caldera: todo eso empezaba más allá de este vitral, de este camino rojizo, de los montes cuyas abolladuras geometrizaba el sol. Se quedaría un par de días al volver hacia el Sur: quería verlo.

El hocico negro del DC 7-C de Delta Airlines enfilaba hacia el Norte, con cabrilleos de sol sobre las alas; como un arrugado y alisado papel de chocolate, el Caribe corría abajo, gris y desoladoramente igual, sin una isla a la vista, con desgarrones de nubes esponjándolo aquí y allá, con crestas diminutas y triangulares que indicaban el sitio fijo de una ola. Calodoro llevaba puestas unas suaves calcetas azules, con el nombre y la insignia de Delta en color oro. Declinado y laxo, estaba leyendo los diarios aparecidos esa mañana en Caracas: comentaban la declaración de Homer Capehart sobre Castro, incluían párrafos de una nota de Herbert Matthews en *The New York Times*, daban fotos de Betancourt, de un trágico descarrilamiento de trenes en la sabana y de un tiroteo de perezjimenistas y policía en el centro de Caracas. El sensacionalismo y el color de la muerte eran aquí diferentes a los del Río de la Plata. «Nos acercamos a la zona de América en que la vida vale menos», pensó Calodoro. Y luego: «¿Acaso sé lo que vale en Perú, acaso olvido lo que supe en Bolivia?»

El mar, siempre el mar. Lejanísimas manchas, como cicatrices de cigarrillo en el papel de chocolate: las islas que el

avión dejaba a un lado para enfilar hacia Jamaica. Los viajes desarrollaban en Calodoro un sentido irracional de egocentrismo; pero no era el egocentrismo de una persona sino el de una ciudad o un país. Muchas veces, en el altiplano, en el perdido villorrio que se aplastaba junto al socavón, en las orillas del lago inacabable, se había sorprendido pensando estúpidamente: «¿Cómo pueden vivir tan lejos, tan apartados, tan remotos?» Lejos de él, de su país, de la condición cenital del cielo de su ciudad. Y cuando un sitio del mundo —París, Roma, Barcelona— era pensado momentáneamente como el punto en que pudiera vivirse gloriosamente y por mucho tiempo, Montevideo tenía forzosamente que retroceder, cediendo esa ubicuidad por la que todo le aparecía referido en el cotejo y en el recuerdo. Y ahora, en esta navegación sobre el Caribe, el mismo pensamiento volvía.

Todo lo que sabía sobre Jamaica estaba en el libro de Richard Hughes, y su imagen de la isla era la del ciclón que deshacía a una mujer gorda contra una tapia, o la de la niñita que dormía con un lagarto pequeño entre el camisón y el pecho. Y ahora el avión estaba descendiendo sobre Jamaica y una sucesión de verdes y de tierras del color del café usado y resquebrajado, con las palmeras que sobresalían como muchachos más altos en una multitud, estaba girando abajo y se encrespaba y subía en los volteos de ala. La ferocidad vegetal llegaba corriendo hasta hundirse descalza en el mar y el mismo mar de la orilla tenía tonalidades distintas, a partir de la arena rojiza y hasta la zona abisal. La franja color salmón, el recurrente encaje de la ola y una convivencia en manchas sinuosas y ajustadas como las piezas de un *puzzle*, desde el verde vítreo hasta el azul desaforado y profundo. Era como si un demiurgo que fuera pintor hubiese estado lavando sus pinceles en la orilla, y los colores —perezosos y ególatras— dudaran en mezclarse, en cantar juntos.

Y después Montego Bay, su calor, su olor a brea, su viento tropical desgañitándose en las hojas de palma. Bajaron a las casetas de madera del aeropuerto, caminaron entre los carteles nítidos y violentos que proponían el calado refulgente de un balcón para el desplomamiento verde y ocre y rojo de un cantil, soles barbudos y chorreantes licuándose sobre cielos como banderas, árboles enhiestos apuntalando celajes escarlata, hoteles, termas, balnearios, paseos en maravillosos y sumarios carruajes, elogios a la belleza del Trópico en un inglés comedido y acogedor. Calodoro deambuló, pasó por un bar en cuyas instalaciones esplendían las botellas de whisky y la baratura de

todas las bebidas, en aquella zona libre de tasas. Salió al patio y vio un mar verde botella batiendo al fondo, entre un cabeceo despenachado e isócrono de palmeras; y los autos pasando a rauda velocidad sobre la faja albiverde de mar y espuma; y a los pasajeros en tránsito. «Compraré Johnny Walker a la vuelta».

Su esquemática visión de un trópico hirsuto, devastado y huraño, estaba hecha de la idea calcinante que le dejaran algunos *films*, y no de una anterior visión directa. Por una curiosa predilección del recuerdo, las tres películas eran francesas; de una de ellas sabía (o creía saber) que transcurría en Guatemala: *Le salaire de la peur*. Tenía ante él las caras veteadas de alquitrán de Charles Vanel y de Yves Montand. Las otras dos pertenecían a una zona de calígene menos precisable: *Les héros sont fatigués* (otra vez Yves Montand, y también Jean Servais) y *Les orgueilleux*, con la angulosa madurez de Michèle Morgan llevándose un ventilador a la cama, y una larga y bailada borrachera de Gérard Philippe. Esa sensación de trago fuerte, de páramo con boca de horno, de pasiones taciturnas y seres trabajados por una erosión implacable estaba en su imagen vital de los trópicos. Pero el que tenía ahora por delante cimbreaba en la grácil estatua de los negros pasando como en un friso, altos y de nudosas rodillas desnudas, vestidos de blanco; traían el equipo cargador de batería, colocaban la manguera de gasolina, se deslizaban sin peso por las alas del avión, abriendo tomas ocultas, vigilando, verificando, midiendo. El trópico no parecía destruirlos, no parecía minar la energía resplandeciente y enjuta que se expresaba en sus cuerpos. Hablaban un inglés degenerado, de articulaciones caprichosas y casi onomatopéyicas, como dicho por pájaros. Calodoro tuvo la extraña impresión de que estaban abriéndole las puertas de un mundo distinto. Iba a penetrar en él.

Cuando a media tarde el avión bajó en Rancho Boyeros, tras haber cruzado al sesgo el oriente de Cuba —dejándolos avizorar la Sierra Maestra, contagiándolos del resplandor de su escenario heroico y del mero entusiasmo de la llegada—, Calodoro distinguió a Valtierra en la misma pista. Tenía puesta una guerrera de soldado y un casquete como de bateador de beisbol; se había quemado en aquellos pocos días, sobre su mismo color estrino, y sonreía frunciendo la cara, alrededor de unos enormes anteojos ahumados con anchas patillas de carey.

Una mosca, presa en la concavidad del ojo de buey, pugnaba por desembarcar también, venida acaso de Jamaica. Zumbaba, daba enloquecidas vueltas en redondo y parecía querer meterse en la sonrisa de Valtierra. Con el dorso de la mano, Calodoro la aplastó suavemente, dejándola caer en un enardecido cosquilleo de patitas en alto. «No bajarás en Cuba».

Conocía el aspecto atareado y competente de las revoluciones jóvenes, de los estados de emoción creadora que todavía no han podido anquilosarse, bajar la guardia, bostezar en la siesta de oficinas. Muchachos serios y cordiales, barbados y con brazaletes del 26 de Julio iban y venían por el aeropuerto, implantaban un fresco épico sobre los murales descascarados —frívolos, ornamentales, decorativos— que pretendían cantar a la naturaleza con una voz más baja y pobre que la suya. Tomaban los pasaportes en sus manos bastas y hechas al fusil. Confrontaban los rostros fatigados del viaje a la sonrisa o la seriedad igualmente aplomados de las fotos, curioseaban visados y procedencias. Era visible que no querían saltearse el trámite ni tornarlo inamistoso.

Jubín había entendido que la fiesta empezaba allí mismo: había abierto su Leica y quería fotografiar a los milicianos y fotografiarse con ellos. «Tienes que guardar eso —le conminó Valtierra, con imperiosidad casi irritada—. El aeropuerto es zona militar, en estos días.»

Los quince días que Valtierra llevaba allí y su anterior conocimiento del medio lo convertían en un guía ideal, el guía que conoce las carencias y los intereses de sus dirigidos. Había estado dos o tres veces con Fidel Castro, no creía en Urrutia, pensaba que la revolución propiamente dicha era algo por empezar.

Hablaba, anticipaba entrevistas concertadas, consideraba la posibilidad de aplazarlas hasta que llegaran los demás viajeros. El largo automóvil, con la bandera rojinegra y un ancho cartelón con las menciones ocasionales —«Operación Verdad, Servicio de Prensa»— corría hacia La Habana, dejaba atrás suburbios terrosos con gente apiñada en las esquinas, decapitaba velozmente saludos a medio desmontar, torcía sobre letreros donde los rostros de Fidel y de Urrutia aparecían y sonreían, juntos, y donde las consignas de honradez eran elevadas a la condición de ideario. «Ustedes van a ser alojados en el Havana Riviera, la última palabra en hoteles» —informó Valtierra. Y con cierta volubilidad, para conceder un detalle de molicie prometida: «¿Trajeron pantalones de baño?»

—Y tú, ¿dónde estás?

—Hasta hoy estaba en el Hilton. Pero voy a pedir que me pasen el equipaje a tu habitación, que tiene dos camas.

Valtierra estaba salvándolo de Jubín, pensó Julio. Y se lo agradeció con una rápida mirada.

El Caribe, el Caribe ahora a la altura del hombre, estrellándose sobre la pista del coche, enarcando una racha de chispas líquidas hacia el viajero. «Este es el malecón», dijo Valtierra.

II

La esquina doblada del cobertor en la cama, las lámparas proyectando una claridad baja, las venecianas entreabiertas sobre la brillantez languideciente del día de invierno habanero y una carpeta verde sobre el *secrétaire* lo esperaban: habitación 703. El agua de la piscina, fulgurando abajo, remecida a veces por las zambullidas de los bañistas, era del mismo color que la carpeta. *Operación Truth. Operación Verdad* —decía la carátula bilingüe bajo el círculo del quinqué.

En la recepción le habían indicado que tenía el tiempo justo para ducharse y cambiarse, si quería ir a la concentración en que hablaría Fidel. Pero no pudo abstenerse —mientras el *groom* le traía la valija, la abría y la desplegaba sobre el portamaletas— de echarle una ojeada. Un grueso número de *Bohemia,* que se proclamaba como Edición de la Libertad, dominaba en el conjunto. «Honor y gloria al héroe nacional», decía en letras blancas, debajo del perfil de Fidel Castro, arrogante y con la mirada en lo alto, sobre un fondo cárdeno, en el que un miliciano alzaba una bandera y gritaba algo, a todo lo que daba su boca.

Desde la primera página, en que yacía un cuerpo vestido y violentamente encogido, las manos y la cara untadas de sangre, ilustrando un texto titulado «Los muertos mandan», la revista era una mezcla atroz de hosannas, improperios, aquiescencias, rechazos, desquites, piedad y crueldad, humillación, justicia y vindicta, píos recuerdos póstumos y escenas de ajusticiamiento con nucas y orificios de tiros de gracia en primer plano, todo servido con la mejor técnica del huecograbado, en sepia, en verde y en negro. Por separado de la revista, un manojo de fotos satinadas documentaba los horrores del batistato. Ahorcados fotografiados a plena cara, cuerpos con la torsión del cáñamo en los pescuezos, niños deshechos por los bombardeos, un hígado enristrado en una pica, cadáveres ali-

neados en un salón escolar, después del bombardeo de Santa Clara. La muerte, en esas dosis, parecía un mero artículo de publicidad sensacionalista.

Cuando el teléfono —a su lado— rasgó suavemente el silencio, para repetirle la posibilidad de llegar a tiempo al mitín de las cinco de la tarde, lo arrancó de un mundo revuelto, turbio, apasionado y herido, de un universo dantesco en el que sólo parecían existir los muertos, apuntar con dedos, pies, cuerpos hacia el mañana. En un sobre, cuidadosamente acondicionado, Calodoro encontró un pase del Estado Mayor del Ejército, «Sección del Servicio Jurídico», en el que se le acreditaba con mención de sus nombres, su país y su diario, agregando que quedaba «debidamente autorizado para entrar y salir libremente en todos los mandos militares donde se celebren Consejos de Guerra, con lo cual podrá realizar la misión informativa que se le encomienda». Estaba firmado por Eduardo Héctor Alonso, Jefe de Prensa y «dado en la Ciudad Militar el veintiuno de enero». Encontró también, para esa tarde, un «Pase a la glorieta del Presidente» y un tarjetón, con su imperdible para colgar de la solapa, en que lucían las menciones de Operación Verdad, Prensa y Uruguay en mayúsculas, visibles a distancia.

De vuelta al *lobby*, Calodoro vio de pronto a Rodolfo Méndez, arrellanado en su butaca y dispuesto a ver el mitín por televisión. Miró primero el ojal, donde esplendía la palabra Bolivia, y de allí sus ojos saltaron a la cara del hombre y tuvieron la sorpresa de hallarla conocida. Rodolfo Méndez y él habían compartido horas de patria americana y juerga activa en Colquiri, acompañando a Paz Estensoro, en julio del 52. Con el coronel Carmelo Cuéllar, entonces jefe de la guarnición de Oruro —y viejo conocido de ambos—, se habían emborrachado juntos, habían recorrido el socavón en una vagoneta, habían conversado contra la fría madrugada de la montaña, de temas que —como el pisco— calentaban la sangre: Busch y Villarroel y más atrás Montes, Saavedra, Siles y Salamanca. Y la cara feroz y terrígena que la borrachera exasperaba en Méndez se crispaba hablando contra Arguedas y contra Gabriel René Moreno, contra «la estática falsificada de los blancoides» o exaltando a Franz Tamayo y sus discursos de «uniminoría». «¿Tú has visto al gran viejo?»» —gritaba, y sin oír la respuesta: «Tienes que verlo, yo te llevaré». Con el sol alto del día que apuntaba, se habría olvidado y desatendido de todo. Pero ahora lo creía y quería con intransigencia, con ese amor encelado y alcohólico por el semejante que afinaba tan bien

con el rincón de montaña y el tapiado país mediterráneo. Se reconocieron a un tiempo y Méndez se alzó del sillón, tirando un diario que había quedado oprimido contra su muslo. A la manera boliviana, se estrecharon la diestra, se abrazaron y volvieron a estrecharse la diestra. «La mano, el brazo, la mano», le había escrito Julio en una carta desde Montevideo, para agradecerle aquella larga noche de la que siempre sobrenadarían recuerdos del escritor y del oficial del Chaco, cuentos sobre el Boquerón y cuentos de El Beni.

—Vamos —asintió Méndez, que ahora había tomado el partido de la iniciativa. Tomemos uno de estos carros que tengo a mi servicio desde la mañana: *La Piquera Gris.*

Era una línea de coches Rambler, pintados de gris, blanco y negro, que había sido contratada para el uso de los periodistas de la Operación y no sólo de Méndez. Pero Méndez era ya un veterano, por haber llegado seis o siete horas antes.

Mientras iban hacia la concentración popular, fue haciendo gala de esos fueros de veteranía.

—Ya verás que esto todavía no es una revolución. Es el estallido de una enorme pompa de jabón, es la euforia de un pueblo que aún no quiere convencerse de que le han librado del terror del amo. Un pueblo que teme estar soñando.

Era el soldado prisionero en Corralito y evadido y afiebrado y delirante entre la sed y el hambre y la arena el que se arrogaba una memoria individual de sufrimiento y extraía de ella el derecho a ser objetivo con el sufrimiento de un pueblo. De frase en frase se interrumpía, miraba a Calodoro, lo palmeaba rotundamente en el hombro y se felicitaba diciendo: «¡Qué bueno, hombre, habernos encontrado aquí!»

El chófer de La Piquera era un negro retinto. Por el espejito, Calodoro podía ver sus reacciones ante la difamación y el entusiasmo igualmente cordiales y pintorescos de Rodolfo. De pronto, había fruncido con desconfianza y malhumor los labios enormes, abultados y carnosos —como de trompetista de *jazz*— y la frase siguiente le había distendido la jeta en una restallante sonrisa de dientes blancos.

Cuando hubieron andado un par de kilómetros, el negro dijo que el apeñuscamiento del público impedía seguir.

—Van a tener que aproximarse a pie. Después podrán volver solos. La gente los ayudará, en cuanto vea que son periodistas extranjeros.

Se internaron en una muchedumbre de trajes y sombreros blancos, de rostros atezados; una muchedumbre con mujeres que cargaban sus niños en brazos, con muchachuelos que tre-

paban a los árboles para asegurarse una visión del conjunto. Sonreían y agitaban los brazos ante una toma de T-V, abrían paso con una cortesía risueña y ligeramente burlesca a quienes —como ellos dos— eran de algún modo sus invitados.

No intentaron llegar a la Glorieta, ni les importaba. Se acercaron lo necesario para tener a Fidel ante ellos, hablando y gesticulando. Desde donde se habían situado, veían y dominaban el mar de la multitud, henchido y salpicado de puntos blancos hasta donde podía seguírselo con la vista, y —como una represa que lo barbotaba hacia otros rumbos en varios ramales—, el palco presidencial, la tribuna de los oradores.

Fidel avanzaba su torso sobre el barandal del palco, separado solamente de la muchedumbre por la fila espejeante de micrófonos; la gente se arracimaba desde y contra esas frágiles barreras de palo, a punto de ceder. Como todo adorno, colgaban desde allí y desde el frente de las fachadas linderas, banderas cubanas, los triángulos rojos y las estrellas blancas a la vista, las franjas cayendo detrás de las cabezas y los brazos de la multitud.

Fidel gesticulaba con ademanes cortantes; la mano partía en sesgo desde la nuca y caía abruptamente hasta la altura del pecho, acompañando frases vehementes y casi nunca extensas. Era previsible que hablaría de una hora y media a dos horas, pero desde el comienzo comunicaba una curiosa mezcla de extenuación y de brío.

Cuando había un ladrón que robó trescientos millones de pesos y cuando había una cuadrilla que se robó mil millones, no se hacían estas campañas en el extranjero.

No dormía desde hacía muchos días, contaba la gente, y a pesar de eso, tosiendo, fumando enormes puros y traspirando siempre, se mantenía entero y en pie.

¿Por qué, a los cuatro o cinco días, las agencias de cables y los congresistas iniciaron el barraje de difamación contra el pueblo? Nuestra revolución pudo presentarse al mundo como un modelo de revoluciones, la caballerosidad para el enemigo fue sin precedentes. Millares de prisioneros atendidos por nosotros...

A veces se detenía para pedir silencio a la multitud, y alzaba las cejas abriendo mucho los ojos, con una suerte de desaliento infantil. La misma materia que quebraba el silencio una vez dicha, era la que podía volver a instaurarlo si se retomaba. Y Fidel parecía saberlo: Trujillo, los congresistas norteamericanos, Batista.

Me voy a someter al interrogatorio de América, como se puede someter un hombre que tiene la conciencia limpia.

En los momentos en que callaba, para mirar al público o para tomar un trago de agua, Calodoro podía ver, entre quepis, casquetes y boinas, entre manos, barbas y camisas, al elenco que le rodeaba, en segundo plano: el pálido y transitorio presidente Urrutia (elevado por la bizarría civil de su fallo en el caso del yate «Gramma»), con sus infaltables gafas negras, sorbiendo un refresco de la misma botella; Camilo Cienfuegos, ex empleado de sastrería promovido a leyenda por la Sierra Maestra, con su barba tupida, su pelo hirsuto y, derivando hacia la nuca a medida que el calor apretaba, su enorme, inverosímil *ten galons.*

Antes de terminar quiero decirles algo que considero importante: sé que el pueblo de Cuba está preocupado por nuestra seguridad. Millares y millares de compatriotas se dirigen a nosotros para pedirnos que nos cuidemos. Temen que seamos víctimas de una agresión por parte de enemigos de la revolución, temen que la muerte de uno de sus líderes sea el fracaso de la revolución.

Aparecía así un tema que Julio habría de escuchar muchas veces en aquellos días. Y la verdad es que entre aquella multitud que manejaba y llevaba armas podía emboscarse el tirador que acabara con Fidel. Todo lo que se precisaba era que el matador estuviera, a su vez, dispuesto a morir; y la vida propia es lo único que no se alquila.

Lo que voy a decirle al pueblo de Cuba es que las revoluciones no pueden depender de un hombre, que las ideas no pueden depender de un hombre. Y que además los líderes no nos podemos meter en una caja de caudales.

Pero en América Latina solían depender de un hombre: la revolución boliviana era Paz Estensoro, y Julio lo sintió más que nunca cuando, cerca de él en el balcón del Palacio Quemado —en abril de 1955—, las luces de La Paz se habían extinguido de pronto, de las montañas a la gran boya en que estaba la Plaza Murillo. Y la muchedumbre, sacudida por estribillos desafiantes y victoriosos, había encendido teas con papeles de diario y de ese modo, a la luz ondulante y pávida de esas antorchas, había rendido homenaje al protomártir y preservado la vida de su jefe. A la mañana siguiente, los diarios referían que el apagón era el prólogo de un atentado, y que alguien se había retraído ante el tumultuario hervor de la multitud. Intentó volverse hacia Méndez, para cotejar este recuerdo, pero Méndez había desaparecido en las corrientes

encontradas que iban y venían, rompiendo contra el palco y afirmándose desde allí. Era muy propio de él desaparecer sin previo aviso, a cuenta de recorrer la multitud.

Quiero decirles que es mi tranquila determinación seguir como hasta hoy, que es mi tranquila determinación desafiar todos los peligros y que pase lo que pase.

La muchedumbre se puso a rugir desaprobatoriamente: no quería admitir, ni siquiera con la imaginación, que a Fidel pudiera ocurrirle nada. Él la miró sonriente e hizo un gesto, con las dos palmas de la mano vueltas hacia delante, para sugerir que su proposición aún no había terminado.

A mis enemigos les voy a decir otra cosa —pudo reemprender cuando acalló el griterio—. *Que detrás de mí vienen otros más radicales que yo. Asesinándome a mí no van a hacer más que fortalecer la revolución. Y para prevenir, porque aquí hay que estar preparado para todo, he propuesto al Movimiento 26 de Julio* (ya no se refería a todo aquel pueblo apostado a su alrededor) *a Raúl Castro para segundo jefe.*

Una nueva ovación cerró sobre la propuesta. Calodoro evocó una de las anécdotas recogidas ese mismo día por Méndez, uno de los episodios que hizo reír a la bocaza del chófer. Decía que Fidel había ordenado a Raúl, todavía en Oriente, que cesara la efusión de sangre. Y Raúl le había respondido: Bueno, mándame cuerdas.

No porque sea mi hermano, porque todos saben que odiamos el nepotismo —«fíjate ese cartel del peaje deshecho, como los parquímetros: eran gangas de un hijo de Batista», le había informado Rodolfo durante el viaje—, *sino porque sinceramente le creo con condiciones y con firmes convicciones revolucionarias. Ha estado dos años en la cárcel, organizó el segundo frente. No se favorece a nadie, porque la Patria para nosotros es agonía y deber, no placer. Ser líder es ser sacrificado, ser esclavo de los intereses del pueblo.*

Era una arrogancia romántica, pura y no fanfarrona; trascendía a lirismo estudiantil, a inmadurez, a pasión, a fuerza invencible de la naturaleza. Todo lo que decía tenía la fascinación (y los peligros) de una espontaneidad ética e intelectual de primera mano, para cuya contagiosa comunicación aquel hombre estaba estupendamente dotado. Su dialéctica no conocía las retracciones de la inhibición, las vacilaciones del cálculo, los silencios del interés. Era —pensó Calodoro— una hermosa mezcla de empuje, inteligencia, candidez, inexperiencia, imprudencia, temeridad y generosidad. Pero ¿no había aquí

valores muy expuestos, a la luz de un futuro que se presentaba difícil?

Si el presidente me prohibe hacer una sola entrevista de prensa mientras yo sea supremo comandante de las fuerzas armadas de la República, acataré esa orden.

Urrutia, con sus anteojos negros y su botella vacía de naranjada, ni soñaba con prohibírselo. *Ser presidente, no es un aseo ni un baño de rosas* —decía ahora Castro, volviéndose hacia él, para hacerle compartir la exaltación de la muchedumbre.

Y al plantear aquí la necesidad de que el pueblo esté alerta y prevenido contra la agresión a cualquiera de sus dirigentes, lo hago con la fe de un hombre al que le preocupa la Patria, no sólo mientras viva sino también cuando muera.

En el paroxismo que creó aquella imagen del desvelo en la muerte, Fidel se irguió con una mano extendida y, haciéndose un hueco en aquel delirio ensordecedor, les preguntó si aprobaban el nombramiento de Raúl.

—¡Sí! —tronó hasta el horizonte la multitud. Y una salva de brazos se alzó, obscureciendo la lumbre baja del atardecer.

«Aquí mismo en el *lobby*» —le contarían a la mañana siguiente, en el hotel— «la gente alzó los brazos, junto a las pantallas de televisión». Y la misma Raquel le exaltaría, tras haberle visto en la realidad, la impresión que aquella marea de brazos, enfocada a profundidad, causaba en los noticieros del mediodía.

Raquel. La primera vez que se diera vuelta para buscar a Méndez, Julio había podido notarla junto a sí. Y ella —enjuta, morena mate, grandes ojos rasgados— había sonreído, por hospitalidad, a la tarjeta de periodista extranjero que él lucía en la solapa.

Pero ahora que la estruendosa votación popular los hundía y apretaba absorbiéndolos en el gran ser colectivo, lo miró resueltamente y le habló:

—¿Qué le parece todo esto?

—Así, a primera vista, formidable. Pero recién llegamos.

—¿Recién? ¡Qué pena! No deberían haberse perdido la entrada de Fidel en La Habana.

Y entonces se la narró. Hablaba con entusiasmo, con locuacidad, con una desarmada simpatía hacia el género humano. Prefería —a esta hora— no pensar en el odio y en la muerte («no porque podamos olvidar lo sufrido, no porque todavía lo hayan pagado»), confundirse en el pueblo, abrir subyugantemente sus grandes ojos húmedos y fiar en el mañana.

Pues ya lo saben mis enemigos —dijo Fidel, pasando en limpio aquel fragoroso escrutinio—. *Me pueden agredir no más, cuando quieran, que no hay problema. Y detrás de Raúl* —agregó con una voz desafiante—, *vendrá otro y detrás de ése otro y detrás de ése otro. Sabremos ganar la revolución contra todos los enemigos. Este pueblo ha llegado hasta donde tenía que llegar. A la soberanía plena, a ser un pueblo que se gobierna a sí mismo sin recibir órdenes de nadie.*

Julio tocó el antebrazo de Raquel con el atado de cigarrillos. Ella tomó uno y él encendió los dos, aproximando su cabeza a la confiada, limpia, beligerante cabeza de la muchacha.

El discurso estaba ahora pidiendo a los Estados Unidos la devolución de los criminales de guerra, «los Masferrer, Los Ventura, los Pilar García».

Fue aquel el minuto en que ellos dos —que no se sentían criminales de guerra— canjearon amistosamente sus nombres: Raquel Bernal y Julio Calodoro.

El Himmler de nosotros es Ventura. Los Goerings son los Tabernilla, Pilar García, Chaviano. El Hitler de nosotros es Batista.

Los pedía por criminales de guerra: porque violar mujeres no tiene nada que ver con la política; porque arrancar ojos no tiene nada que ver con la política; porque asesinar niños y ancianos, porque torturar no tiene nada que ver con la política.

Era posible distraerse de los conceptos, que de todos modos regresaban percutivamente, con intención pedagógica. Aun cuando su papel quedara librado a exclamaciones, a reacciones casi instintivas de asentimiento o de rechazo, aquel público tenía la rotunda impresión de que entraba en un diálogo, de que sus respuestas dictaban de algún modo el párrafo siguiente del orador. Y el orador se detenía a menudo a considerar una negativa que lo llevaba a más, una intransigencia en que no hubiera creído. Se detenía, se enjugaba el sudor, se ladeaba el casquete de guerrillero y se rascaba pensativamente la cabeza. Había dicho que nada pediría a Trujillo, porque Trujillo ni siquiera había devuelto los aviones cubanos que usaran los fugitivos. Que no le pediría nada porque no quería tratos con él; y porque esos aviones y esos criminales se los devolvería un día el pueblo dominicano. Y la multitud estaba pidiéndole que rompieran, que invadieran, que extendieran su lucha hasta Santo Domingo.

Ahora, superando ese punto escabroso, volvía sobre la justificación de los fusilamientos. *Yo puedo preguntarle a los*

congresistas: ¿Qué hicieron los Estados Unidos, qué se hizo en Hiroshima y Nagasaki? Allí, en nombre de la paz bombardearon dos ciudades y se mató a más de trescientos mil seres humanos. Nosotros no hemos fusilado a ningún niño, a ninguna mujer, a ningún anciano. Estamos fusilando a los esbirros, para lograr la paz; y estamos fusilando a los esbirros para que en el día de mañana no nos asesinen. Al fin y al cabo, no van a pasar de cuatrocientos. Uno por cada mil niños y mujeres muertos en Nagasaki e Hiroshima.

Con manos grandes, pálidas y sensibles, con unas manos fáciles y demostrativas que no se avenían a los oficios de dureza a que los últimos años debían haberlas sometido, y sí a la profesión de abogado que originariamente habían escogido, estaba ahora dibujando ante aquellos miles y miles de ojos —y los miles y miles que juntaban las pantallas de televisión— su pastoral sobre la bondad del pueblo, un pueblo que habiendo estado hambriento no había sido capaz de robar, un pueblo cuyo orden público estaba custodiado por los *boy scouts*, por los niños.

Calodoro y Raquel volvieron a mirarse, enternecidos por la espaciosa fabulita.

—Usted, ¿qué hará estos días? —aventuró Julio.

—Oye, aquí todo el mundo se tutea, ya lo verás.

Y él pensó que era cierto, que la mujer que ofrecía cigarrillos en el hotel lo había tuteado.

—Tuteémonos entonces. Pues no sé qué haré. ¿Por qué me lo preguntas?

La incitación del nuevo trato era distensiva, los llevaban realmente a hablar uno con el otro.

—Porque me gustaría ver y saber algo, al margen de todo este montaje de la invitación oficial; ver algo por mí mismo —fue lo único que se le ocurrió.

—Ellos te mostrarán todo lo que quieras ver. Te lo mostrarán encantados.

—Pero yo mismo no puedo saber lo que quiero —sonrió él, alambicando su debilidad de argumentos—. Quiero, eso sí, que alguien que no sean *ellos* me lo diga.

—Entendido —dijo Raquel—. Pero es injusto que pongas un rótulo así —¡ellos!— a gente que todavía no conoces, a gente de la que te harás amigo.

—Sí, es claro, pero me gustaría que alguien...

—Sí, ya. Seré yo —y ahora ella reía con un mohín ligeramente malicioso.

Y en seguida se corrigió, con el talante más alegre:

—Seremos yo y mi carro.

Desde que bajé de Sierra Maestra —decía Fidel, con un amplio ademán de brazos abiertos, para concluir su discurso—, *miles de personas se han acercado a mí para decirme: «Gracias, Fidel». Hoy, después de esta manifestación, al sentirnos tan orgullosos de ser cubanos y pertenecer a este pueblo, que es de los más dignos del mundo, quiero decirle a mi pueblo: Muchas gracias.*

La aclamación, los estribillos rítmicos, un batir de palmas acompasado llenaron el aire.

Julio se volvió hacia Raquel y le tomó la punta de los dedos que ella agitaba en el aire.

—Gracias, Raquel —dijo, particularizando el cumplido multitudinario.

Fue la primera vez en que sus dedos abiertamente se tocaron, se enlazaron fugitivamente y se apartaron sin afectación. En medio del estruendo de miles de rostros, los dos suyos sonreían sin deliberación y sin recelos.

—Vamos a tomarnos un trago —propuso él.

—Cuando la gente se desgrane —dijo ella—. Por ahora, imposible.

La gente se dispersó lentamente, y ellos pudieron entrar en el bodegón más cercano, en una vieja calle, transversal al Prado.

—¿Qué tomas? —preguntó Raquel.

—Tengo ganas de probar el guarapo.

—Guarapo, no. Eso lo toma otra gente.

—«Otra gente»: no parece muy revolucionario.

—No —dijo ella, pensativamente—. No sé qué tengan que ver los paladares y las gargantas con la revolución. Tómate un jaibol o una cerveza.

Finalmente, pidieron y tomaron ron.

De pronto se les aproximó un hombre alto y joven. Tenía un brazalete del 26 y una cartulina en la solapa: «Operación Verdad, Recepción de prensa extranjera, Coordinador».

Se dirigió hacia Calodoro y se presentó:

—Miguel Angel Viera.

Y luego:

—Siento interrumpir. Pero piden que nos concentremos en el Havana Hilton. Parece que Fidel va hacia allá.

—Lo llevo en pocos minutos —aseguró Raquel—. Ve tranquilo.

Julio hubiera querido que ella no se excluyese, pero Viera no hizo mención de invitarla.

El «Mercury» de Raquel lo allegó hasta la puerta vidriada del Hilton. Le había dejado ya su teléfono, para que la llamara cuando estuviese disponible, si es que no estaba cansado.

—Considerémonos mutuamente liberados por hoy. Sólo —añadió sonriendo, para negar la propia libertad— que yo de todos modos voy a quedarme en casa.

La gran planta alfombrada del Hilton era cruzada por milicianos con las ametralladoras terciadas, que imprimían, a contrapelo de la mullida alfombra roja, las pisadas de sus bastos zapatos de campaña. De cuando en cuando alguno de ellos se acercaba a apagar un cigarrillo, oprimiéndolo contra el círculo de tierra, al pie de potus o gomeros.

Viera se acercó, amistoso y perentorio como ya se le había aparecido en el bodegón.

—¿Hablas inglés?

—Sí.

Viera lo asió del brazo y lo condujo hacia un bar poblado con muebles de caña.

—Ayúdame a atender a este gringo. Está solo y no habla ni jota de español.

Era un hombre maduro, regordete, con gafas montadas al aire. Se llamaba Mr. Pordage (igual que el personaje de Huxley, anotó mentalmente Calodoro) y era redactor de un diario de Los Angeles. Estaba tomando *gin-tonic* e insistió en que Julio lo acompañara; pero Julio prefirió un Martini.

—He conocido a un compatriota suyo hace media hora —dijo Mr. Pordage—. Pero sólo parecía interesarle el jazz.

Después le dijo que no había podido comprender palabra por palabra el discurso de Fidel, pero que había podido advertir su talante hostil hacia los Estados Unidos. ¿Por qué?

La pregunta, hecha por aquella cara honesta, avanzaba con estupefacción por encima de las almejas y del *gin-tonic*, desalentaba y desarmaba al mismo tiempo.

—Porque ustedes nunca han comprendido a América Latina —empezó a explicarle. Y su discurso subsiguiente mezcló los intereses de la Frutera con el desembarco de *marines* en Veracruz, la difamación de Sandino y de Venustiano Carranza, la hostilidad hacia los líderes populares, por distintos que fueran entre ellos: Villarroel, Paz Estensoro, Perón, Arbenz.

Mr. Pordage, a pesar de sus muestras faciales de entendimiento, de inteligencia y, para matizar, de ignorancia o sorpresa, comprendía tan poco como los moluscos que tenía ante sí. Calodoro luchaba con el diverso concepto de los valores de la vida, si la acción se trasladaba del romántico y convulsivo

escenario de un país tropical hacia la frigidez puritana del Norte.

—Realmente —optó por preguntarle—, ¿ustedes no advierten que su política, la del Departamento de Estado y la de los inversionistas, se esfuerza por alzar un muro entre los gobiernos y los pueblos, creando la herida y poniendo los huevos en esa herida?

Mr. Pordage no parecía muy inclinado a las metáforas, acaso porque advertía en ellas una mente demasiado latina.

—¿No se dan cuenta de que en América Latina está anunciándose un cambio? ¿Qué ganan con querer confundir a estos nacionalistas populistas con un enemigo mundial, el comunismo?

Las ideas de Mr. Pordage sobre comunismo parecían ser muy sumarias y sintetizarse así: Comunismo es todo lo que se nos coloque enfrente a combatirnos con el pretexto del progreso.

No veía el cambio, indudablemente. Ni creía que el cambio pudiera lograrse prescindiendo de ellos, y con aquel elemento racial deteriorado y pobre que había visto esa tarde en La Habana. En último término, su desconcepto —«dicho de blanco a blanco»— parecía apoyarse en fundamentos biológicos.

Julio trataba de volver el asunto a sus carriles políticos.

—¿Es posible que ustedes crean que Figueras, que Muñoz Marín, o Haya de la Torre sean, a estas horas, los representantes de la América Latina con que tendrán que vérselas?

Habían creído en ellos a destiempo, insistía Calodoro. En el caso de Haya, por ejemplo, lo habían ablandado primero y escuchado después. Pero Mr. Pordage, de un diario de Los Angeles, apenas sabía de Haya el episodio de su largo asilo en la embajada colombiana en Lima. El gobernador Brown, Earl Warren o Frank Sinatra eran las figuras que poblaban su mundo, y acaso Caryl Chessmann. No Haya.

—¿Qué cree usted —Mr. Pordage convocó en su auxilio toda su fuerza dialéctica, todo su ingenio, y los puso en la pregunta—, qué piensa usted que podemos hacer nosotros por una revolución en América Latina?

—Lo primero, no estorbarla.

En ese momento, el *barman* les anunció que Fidel Castro había llegado al hotel. Y Mr. Pordage también quería verlo de cerca: tenía su cámara.

No podemos entendernos con esta gente —pensaba Calodoro—. Si se les incluye en nuestro concepto, o se nos incluye en el que ellos tienen, el continente como unidad es una

ficción. Y es inevitable que quienes, por mimetismo, se empeñen en pensar como ellos, acaben alejándose de sus patrias, hasta que no les quede más posibilidad de comunicarse con ellas que la de traicionarlas. Traicionarlas objetivamente —precisó, para anotar un hecho y no un dicterio.

Fidel había entrado al Hilton, flanqueado por dos milicianos adolescentes: fumaba su puro y la guerrera se le pegaba a la espalda.

Saludó a cuantos estaban allí, y se detuvo un momento a cumplimentar a los periodistas extranjeros. Su ancha sonrisa y su mano puesta en los hombros del interlocutor traían —de vuelta— la misma pregunta de Raquel:

—¿Qué les pareció? —y no se refería por cierto a su discurso, sino a la concentración, al pueblo protagonista, al fervor de la multitud.

—¿Cuánta gente había?

Y escuchaba sonriente los cálculos de los demás, sin decir el suyo.

Unas adolescentes, unas niñas casi, con libros de estudiante, le interpelaron en coro:

—Fidel, Fidel, fírmanos un autógrafo.

Y le extendían papeles y estilográficas.

Él eligió a la que tenía más cerca y, llevando la mano a un peine de balas, extrajo un proyectil y se lo puso en la mano.

—Aquí lo tienes.

—Y a mí, y a mí, y a mí —gritaban las demás a un tiempo.

Dio dos o tres balas más y se detuvo.

—No querrán que el enemigo me coja sin balas —dijo, y eso fue suficiente para detenerlas, cambiándoles el ceño hacia un nublado de preocupación.

Él lo advirtió y quiso quitárselo.

—Vamos a ver, ¿qué opina la juventud? —preguntó jovialmente.

—La juventud opina que no deberías irte a Venezuela cuando la revolución no está aún consolidada —dijo la estudiante más pequeña, que no debería pasar de los catorce años.

Aquel mismo día, en el discurso, Fidel había anunciado su viaje a Caracas, un poco desavenido con las exigencias de la Operación Verdad.

—Has de ver —dijo entonces volviéndose a la niña, considerándola con absoluta seriedad. Le había puesto una manaza en cada hombro, la tenía suavemente sujeta y estaba dilucidando ante ella los argumentos que tenía para no postergar

ese viaje: la ayuda de Acción Democrática, las armas contrabandeadas a Cuba y recibidas en la Sierra, todo con detalles, justificaciones, precisiones sobre la buena voluntad, sobre un buen entendimiento por y para el Caribe.

—¿Te das cuenta? —dijo Jubín, a quien Calodoro no había visto—. Entre nosotros, si esta chica interpela en los pasillos a un triste diputado, la hacen evacuar con dos ujieres. Y aquí le explican la política de la revolución.

Calodoro vio entonces, por primera vez, a Fidel Castro tal cual era: enfermo de una gigantesca buena voluntad, aquejado de explicaciones y de dialéctica, absolutamente incapacitado para calibrar su tiempo en función de la eminencia a la insignificancia ajenas. Si ocho millones de cubanos se lo encuentran por la calle y le dirigen la palabra, se pasará años enteros dándoles sus razones.

Era evidente que había olvidado todo lo que estaba a su alrededor, que en ese momento no existían para él sobre el mundo nada más que dos deberes hacia Venezuela y las motivaciones embrionariamente maternales que alimentaban el recelo de la niña, la confortación sosegada y bienqueriente que él extraía de su disidencia.

Raquel lo encontró totalmente natural, cuando esa noche Julio se lo contó. En Cuba, todos tenían derecho a preguntar, a hablar, a pensar en voz alta y frente a frente, luego de los largos, oscuros, ominosos años del terror. La gente reencontraba su espontaneidad, su inocencia; ese también —opinaba Raquel— era un valor revolucionario.

Tal vez por eso ellos hablaron y hablaron. Tenían que conocerse individualmente, en medio de aquel gran fasto de la conversación colectiva. Sólo los camareros parecían taciturnos y poco comedidos, en medio de la amabilidad oferente que le invitaba a La Habana hacia horas y horas de efusiva convivencia.

—Lo que pasa es que a ellos la revolución va a perjudicarlos: habrá menos *gringos*, menos juego y menos propinas.

Y Calodoro medía en sus caras la hostilidad de ser pequeñas víctimas sin redención, de sentirse ahora atados al orden que había muerto.

—Valtierra me ha indicado que vuelva al Hilton a medianoche. La rueda de periodistas con Fidel fracasó esta tarde, con toda la gente que le rodeaba. La volveremos a intentar ahora.

Cuando tornaron a despedirse en el mismo sitio de horas antes, él le aseguró que, por nutrido que fuera el programa del día siguiente, por lo menos comerían juntos a la noche.

—Sí —dijo ella—. Podríamos ir a un sitio bonito como *L'Aiglon*. Y después a bailar en *Sans Souci*.

Y él aceptó estos nombres internacionales, tan poco revolucionarios como postular que el guarapo se lo bebieran los pobres.

Cansado pero entusiasta y acogedor, deseoso de saber lo que pensaban, lo hallaron en la tisanería del duodécimo piso. Fumaba, enganchaba uno de los tacos de sus zapatones en el reborde de madera de un aparador, se apoyaba en él con los brazos abiertos y flexionados, más atrás del resto del cuerpo. Raúl lo acompañaba, con sus guedejas lacias y aceitosas, con su desagradable y huidizo rostro lampiño. De tiempo en tiempo, recomendaba a su hermano que no se excediera, que ya era hora de que se retirase a descansar. Pero, a pesar de la parquedad con que los periodistas favorecían la ocasión de que lo hiciera, era él quien preguntaba, quien alargaba el diálogo, volviendo tozuda y empecinadamente sobre los temas del discurso de aquel día.

—¿No les gustó lo de Hiroshima y Nagasaki? —inquiría con auténtica novelería del hallazgo.

De regreso a su habitación y en la madrugada, imbuído de aquel desdén ambiente por el cansancio, Julio se sentó a la mesita y escribió (con vistas a su primera correspondencia).

«La Cuba que desde hace unas horas estamos viendo es eso —puso, con su confianza periodística en las primeras impresiones y en la legítima posibilidad de generalizarlas—. Una nación volcada a indagarse, en pleno apogeo vital y en plena intransigencia moral, tras los abominables años que habían deprimido esa vida y esa ética. Y es un país de rudos contrastes, por supuesto: el contraste entre su feracidad natural, entre las demostrativas larguezas de su trópico y la pobreza descarnada y doliente de su pueblo; el contraste entre lo que la nación debió tener para sí y lo que otros entregaron en su nombre; el contraste entre las millonadas de sus fugitivos y las estrecheces de sus habitantes; el contraste entre la gloria luminosa que debería ser allí la vida y lo poco que vale.

»Y Fidel es el típico, el entrañable representante de esas carencias y de esos excesos. Sus noblezas y sus irritaciones dicen por igual a Cuba, definen su raigambre campesina. Habla con la elocuencia caudalosa del Caribe, en la interminable voluntad de ser entendido, con la cándida, iluminada certeza de ser —elegido por las circunstancias, no entronizado por ellas— el cruzado de unas cuantas verdades elementales, suficientes para sustentar la felicidad pública.

»Juzgarlo con el coeficiente de su posible inserción en la vida civil e incruenta de nosotros los uruguayos (y, por otra parte, ¿quién se animaría a desestimar, a priori, un revulsivo tan poderoso?), sería un colmo de inadaptación. Juzgar lo que está haciendo en Cuba, en la obertura de una revolución, con los cánones institucionalistas del civismo uruguayo, es un error semejante.

»Lo animan la intuición de ese puñado de verdades inmediatas y el brío temerario que se precisa para realizarlas. No es materia enteramente creíble para nosotros: no lo es cuando anuncia que él mismo será el fiscal en los juicios revolucionarios; no lo es cuando se detiene veinte minutos, en el *lobby* del Havana Hilton, a explicarle a una colegiala por qué viaja a Venezuela y con qué fines; no lo es cuando corre a la televisión para decidir una entrega de armas en un cuartel o cualquier otro episodio similar, en el que nuestro criterio nos llevaría a manejar otra discreción, otra ambigüedad, otro sigilo, otra forma de exponer menos el flanco. Este gran sincero, este gran candoroso, este gran obligado es un ser a todas luces excesivo: excesivo en la exhibición abrumadora de los dones que le regaló la naturaleza, y también excesivo en la manera de gastarlos.

»Antes de que haya hecho otra cosa que fraternizar con su pueblo en la hora resplandeciente de la victoria, sus enemigos ya deben conocer estos defectos, esas que —a la luz de la razón, a la luz pálida de la cordura de los estadistas, de los gobernantes, de los responsables siempre expuestos a las candilejas— son flaquezas, son indiscreciones, son formas inútiles, suntuosas, inmaduras de comprometerse.

»Su comunicatividad humana amalgama sentimientos más que suscitar reflexiones. El costado cautivante del héroe es mayor que el calado intelectual del estadista. Y ese me parece el mayor peligro: con el tiempo, el aura emocional y sentimental irán desvaneciéndose; y la propaganda que lo sigue y lo espera comenzará a golpear. Quizás, en este momento, quienes sepan más y mejor del curso futuro de la revolución sean —por eso mismo— sus enemigos. La cosa llegará hasta donde ellos quieran.»

Muy bien. Pero, como meditación, era subjetiva, antojadiza y —sobre todo— provisional. Una botella al mar, pensó. Y ese mar avanza ahora mismo: no sobre el malecón, sino sobre las horas ya surgentes del día de hoy y sobre las horas encogidas del día de mañana.

III

A partir de la mañana siguiente, Calodoro había comenzado a conocer la extraña fauna de los periodistas extranjeros invitados a la Operación Verdad. Eran, en total, trescientos veintitrés; de ellos, ciento trece provenían de los Estados Unidos, cuarenta y tres de México y treinta y cuatro de Venezuela. No había representantes de Colombia, Paraguay, Honduras y la Dominicana; los había, en cambio, de Canadá, Inglaterra y la URSS. Pertenecían a los diarios, a los semanarios, a la radio, a la televisión.

Julio desayunaba al lado de la mesa de los haitianos. Eran siete, negros y espigados, y hablaban un francés de sabrosa entonación.

Los mexicanos andaban en alegre tropel, y eran los más ruidosos; los estadounidenses pedían que les subieran botellas de whisky a las habitaciones, hasta que el Coordinador colocó una advertencia visible y bilingüe, poniendo el trago de cargo de quienes lo pidieran, y aclarando extraoficialmente que la prevención sólo iba dirigida a los *gringos*. Tomaban whisky, se hablaban desde lejos y, para cambiar una frase o alcanzarse una información, solían estirar una mano e, interrumpiendo el mecanismo fotoeléctrico, detener un ascensor lleno de gente. Los ascensoristas despotricaban contra ellos abiertamente en un español insultante y clarísimo; los *gringos* fingían no entenderlo. Ese era el trato.

El día en que Julio había comenzado a verlos, los carteles del Havana Riviera anunciaban programas optativos, y era posible dividirse. Había siempre una tercera o cuarta opción, por debajo de las escritas en la pizarra: la opción de la libertad individual.

Mexicanos y chilenos se fueron a Santa Clara en un avión militar que chorreaba aceite por todas las junturas del motor. Julio los vio partir, porque otros varios periodistas —entre los

cuales él— estaban en ese momento visitando el campo militar de Columbia, escenario de la fuga de Batista, del consejo presidido por el general Cantillo, del gobierno jurisprudencial de Piedra y de la asonada de Barquín.

Mr. Pordage y tres de sus connacionales —de «Life», del «Providence Journal» y del «Tampa Tribune»— se plegaron al viaje de Calodoro, y entraron con él al mismo coche de La Piquera Gris. Era el del negro de la tarde antes. Pordage y otro de los yanquis reían refiriendo una incidencia con el camarero a propósito del pago del whisky antes de que hubieran bajado y conocido el letrero de la recepción. Julio seguía el relato en silencio, por no encontrarlo especialmente divertido. El negro lo miró primero por el espejo y luego, volviéndose hacia él, preguntó:

—¿Usted los entiende?

La respuesta, esbozada con un cabeceo silencioso, fue «Sí». Pero el negro no parecía sentirse suficientemente protegido.

—¿Usted está bien seguro de que estos *gringos* desgraciados no están riéndose de nosotros?

Cuando llegaron a Campo Columbia dejó que los yanquis bajaran y se volvió a Calodoro.

—A mí lo único que me importa, en las relaciones con esta gente, es saber cómo cobrarles.

Y le mostró un cartoncito de tarifa, donde la cifra diez estaba enfrentada, en toscos palotes a lápiz, a la palabra ten; la cifra veinte a la palabra twenty, escrita primero en su grafía inglesa y luego en su formulación española para uso fonético: tuenti. Y así las demás.

Calodoro rememoró a los cocineros y mozos de hotel que habían empezado a odiar la revolución. Este negro también lo hará —pensó— cuando se le acaben los ten y los twenties.

Estaba viviendo de sorpresa en sorpresa, no ante el presente, sino ante el pasado: el servilismo, la venalidad, la corrupción en tal escala le parecían fabulosos. Toda la gente hablaba de las *botellas*, y botellas era el término que definía las prebendas ilegítimas, las formas de cohecho. Las botellas de la administración, un billete de la Lotería Nacional reservado vitaliciamente a cada senador, las oficinas parlamentarias inexistentes, que los legisladores cobraban y se echaban al bolsillo a fin de mes.

El lujo, el refinamiento de los *clubs* exclusivos que la gente lo exhortaba a que viera, sobre las playas cercadas del Caribe, tenían a veces el precio de simonías inmencionables.

El mismo hotel fastuoso, de decenas de pisos, *shops*, piscinas, *boîtes* y casinos, ¿de quién era?

—Bueno —dijo el *maître*, mientras apuntaba el pedido para el desayuno—. Es en su menor parte del Estado, y en su mayoría de capitales norteamericanos.

Carnegie, Morgan, Rockefeller, pensó Calodoro con una ingenuidad de principiante.

—¿Qué capitales, por ejemplo?

Y el *maître*, distendiendo una sonrisa que pedía disculpas por lo aberrante del dato, al par que aseguraba urbanamente su veracidad:

—Bueno, Meyer Lansky, su hermano y otros, que representan al sindicato de juego de Las Vegas, son quienes lo administran.

Calodoro reconoció instantáneamente estos nombres, rememoró a la famosa Murder Inc. y enlazó su nombre a los cuentos de Raquel sobre George Raft, pistolero del cine y de la vida real, que había debido fugarse mientras la gente deshacía Capri, el *night* que él regentaba. Las máquinas tragamonedas deshechas, los garitos incendiados que Raquel le había mostrado antes de devolverlo al Hilton, estaban confirmando aquellas posesiones del gangsterismo. Eso también había sido Batista.

La revolución moral era la más clara, la más categórica de cuantas podía ver por el momento. Tal vez fue oportuno que le estuviera dedicado aquel día.

Calodoro no había querido ir a Santa Clara porque había preferido la ocasión de almorzar en La Cabaña. Guevara recibía a los periodistas rioplatenses, a quienes extendía el calificativo de compatriotas. Pero a mediodía, sobre el mismo regreso del Columbia al hotel, se le anunció que el almuerzo había sido suspendido. Quedaba, en cambio, la posibilidad de visitar La Cabaña por la tarde; y Julio se atuvo a ella.

La Cabaña, recorrida en automóvil por caminos y puentes, detallada en murallas y fosos, lucía como una ciudad fuerte sobre el mar de las Antillas. A sus puertas, guardadas por milicianos, se agolpaba la gente que, a aquella hora, se disponía a visitar a sus parientes presos. Bandas de chiquillos correteaban al sol, saltaban y hacían cabriolas para simular guerrillas como las que suponían en la historia de los guardias, o pedían monedas abordando los automóviles. Con el pase del servicio de prensa, Méndez, Calodoro y Valtierra entraron en seguida.

La comandancia les ofreció visitar a los presos por crime-

nes políticos y dialogar con ellos. Se les pidió que eligieran uno.

No tuvieron dudas, porque, a la hora del almuerzo, Valtierra había estado mostrando algunos de los documentos de que se habían incautado los revolucionarios, al allanar el despacho de Ernesto De la Fe. El musculoso mestizo claro, de pelo ensortijado y apostura atlética, tenía el engreimiento de su cuerpo, la lujuria ostentosa de su costado animal. Casi desnudo, y en actitudes de griego de los Juegos Olímpicos, aparecía lanzando la jabalina y, en otra foto, manejando el arco y la flecha, atento sólo a que resaltaran sus bíceps y su torso. Tenía también la vanidad de su potencia erótica: más sumariamente vestido que en las instantáneas deportivas, aparecía sonriendo —desplegando los labios innobles, casi tumefactos, debajo de cuya floración oval desaparecía la cultivada línea de un bigotito de jardinería— con los brazos abiertos y protectores, y una mujer, desnuda y convencional y ordinaria, ensayando una dócil seducción contra cada axila del coloso.

Habían sido descubiertos sus salvoconductos para *chivatos*, redactados en un lenguaje anfibológico, por el que se conminaba a las autoridades que prestaran ayuda incondicional al tenedor del documento, toda vez que se les requiriese, sin decir la índole de misión que invistiera el solicitante. Algunos ya tenían las fotos de los delatores; otros estaban todavía en blanco, pero firmados, en tinta china, por la letra enhiesta y torpe de Ernesto De la Fe. Y también había aparecido la nómina de sus amistades extranjeras, de los corresponsales para esa labor semipolicial y semiideológica, que parecía ser —en dudosa confluencia— la materia de su especialidad.

De la Fe los recibió en un alojamiento colectivo, que compartía con funcionarios provinciales detenidos por concusión, con sujetos sindicados como espías y con un policía homicida de los últimos días. Vestía un pantalón de gabardina, una malla blanca ajustada a su tórax y unos mocasines amarillos; se anudaba al cuello un pañuelo de seda roja.

—Celebro tener esta ocasión para hablar con periodistas americanos —dijo—. Porque tengo muy buenos amigos en el Continente...

Reflexionó sobre la oportunidad y el compromiso de la mención concreta, y se decidió... comenzando por el presidente Idígoras, de Guatemala.

—Sé que estoy preso por error, pero no me quejo; pago gustoso —se escuchaba hablar, del mismo modo que miraba de soslayo al fotógrafo mientras tendía el arco para disparar

la flecha— un precio menor y pasajero, hasta que mi situación se aclare. Y lo pago gustoso porque comparto la alegría de este pueblo por la caída del tirano Batista.

—Pero usted fue su ministro de Información y Propaganda —dijo implacablemente Valtierra—. Desde enero de 1952 hasta 1954.

—Justamente: cuando empezaron los asesinatos me aparté de él y conspiré contra él. No sé si ustedes, que parecen haber sido informados acerca de mí, saben que mi cabeza había sido puesta a precio. Y que Batista había dado orden de que se me diera muerte si yo intentaba dirigirme hacia Oriente.

Sugería que se le había vigilado para que no se uniera a los guerrilleros de la Sierra. Se dio cuenta de que no le creían y, volviéndose a un rincón del habitáculo común, esa larga y angosta pieza sombría, cuya profundidad aparecía listada por las bandas horizontales de las colchas blancas en los camastros alineados, dijo:

—Tengo testigos, y aquí mismo.

Nadie mostró interés por comprobarlo, pero él se adelantó a llamar a uno de los prisioneros que compartía el barracón. Era un sujeto vencido y débil, cuyos ojos parecían haber llorado mucho y recelaban la luz. De la Fe lo manejaba con una falsa deferencia que ocultaba mal el fondo de una relación autoritaria: debía habérsele sobrepuesto de algún modo, con amenazas, con promesas de trabajar por él si lo precedía en la libertad, con violencias o con dinero.

—Dime —le preguntó—. ¿Es o no cierto que la dictadura me había prohibido, bajo pena de muerte, dirigirme hacia Oriente?

—Es cierto.

—¿Y cómo lo sabes?

—Es que yo era agente del S.I.M. —dijo el otro, terminando su fatigosa parte en aquella comedia. S.I.M. era el servicio de inteligencia militar, los pesquisas y soplones de Batista.

De la Fe extrajo una resplandeciente cara de triunfo de aquel testimonio legañoso y desganado.

—¿Han visto? —dijo—. Es evidente que esto va a aclararse muy pronto.

—Pero también dicen que usted era el jefe de una organización de *chivatos* tras la fachada del MIDA.

—Eso es mentira —respondió De la Fe, con disciplina bastante para no indignarse—. El MIDA es un movimiento ideológico que trata de lograr que los descarriados vuelvan a las filas de la Democracia por medio de la educación.

—¿Y para eso era necesario tener fichero en rosado y en verde?

Esta pregunta sí que lo amoscó; no por su contexto mismo, sino porque le reveló que su interlocutor no lanzaba los dardos al azar. Era alguien que había sido previamente aleccionado para interrogarle, debe haber pensado.

—¿Pero ustedes son realmente periodistas de Uruguay y Bolivia? —dijo.

Temía que su encuesta criminal hubiera empezado, bajo procedimientos tan oblicuos como los que él, seguramente, no habría vacilado en usar.

Le mostraron sus credenciales y lo tranquilizaron.

—Es que a ti —dijo encarándose con Valtierra y tuteándolo con una falsa y deliberada distracción amistosa, para obligarlo a otras leyes del diálogo— te han informado aviesamente. Es muy probable que, mientras yo esté aquí, alguien está fraguando papeles para perjudicarme. Lo que yo pido, por eso, es un juicio con todas las garantías.

—Parece que lo vas a tener —replicó Valtierra—. Quieren ventilar también una acusación más grave: afirman que buscaste contactos con el FBI para asesinar a Castro en los últimos tiempos de la guerrilla.

—Otra patraña —dijo, turbándose visiblemente.

El ex agente del S.I.M., que se había sentado en su cama, se levantó ante este párrafo, sorprendido. ¿Así que ese era el cargo que tenías?, parecía estarle diciendo con los ojos enrojecidos. ¿Y eres tú quien está prometiendo hacer algo por mí, tú, presunto espía y candidado al paredón?

—Yo apelo a mis amigos de América —recitó De la Fe lentamente, como para dar tiempo a que anotaran a la letra sus palabras—. Sé que hay muchos, en posiciones eminentes, que intercederán en mi favor en cuanto sepan que se me ha confundido con toda esta gente que llena La Cabaña: espías, sicarios, asesinos.

Era cierto, dijo Valtierra. Tenía amigos espléndidamente colocados, y por esa razón y otras varias, su caso no era fácil.

—La suspensión del almuerzo que teníamos hoy con el Che estuvo vinculada a esas dificultades.

Parecía muy bien informado acerca de todo lo que concerniese a De la Fe.

—Es un pez gordo —aseguró—. Todas las dudas que existen van a dar a un mismo punto: el de si era un espía activo, un conspirador y un organizador de asesinatos a sueldo, o si

era un siniestro fanfarrón que traficaba con una red que él no manejaba. No se sabe si el complot contra Fidel era real o valía sólo para vendérselo a Batista, que lo había expulsado y no parecía tener ganas de reconciliarse con él. Se dice que este canalla era capaz de imaginar y hacer cualquier cosa con tal de recuperar su confianza.

Volvieron a la Comandancia a despedirse.

—¿Estuvieron con De la Fe? —preguntó el oficialito que los había atendido al llegar—. Es un asunto difícil, porque se van a mover influencias de orden internacional para salvarlo. Es por eso que el Che quiere tomar personalmente el caso.

—¿Lo fusilarán? —preguntó Méndez, que todo el tiempo había estado mirándolo con ánimo estudioso.

—No se sabe —dijo alzando los hombros el oficialito.

—Si no fusilan a éste, dudo de que encuentren a alguien que lo merezca. Esta es la basura que una revolución tiene que barrer con más fuerza.

El oficialito simpatizaba con el argumento, pero no lo dijo.

Viera estaba esperándolos en uno de los automóviles de la Operación. Era necesario que regresaran a La Habana, para una rueda de consulta destinada a preparar el programa de los próximos días y para asistir después —«los que quieran»— al cóctel del Colegio de Periodistas.

—Miguel Angel —preguntó Méndez, ya a las puertas de La Cabaña—, ¿conoces bien el caso de este De la Fe?

—Claro que sí.

—¿Y no piensas que tendrían que fusilarlo?

—Personalmente, sí; pero no puedo decirte si lo harán.

—¿Cuáles son las dudas?

—No las conozco, pero me las imagino: razones de «alta política continental». Fíjate que ha estado visitándolo, en La Cabaña, una mujer a quien trae y espera un carro con matrícula diplomática, de la Embajada americana.

—Es irritante —dijo Méndez, que quería (con saña indígena) la cabeza del mestizo—. Es por estas contemplaciones que las revoluciones flaquean a la larga. ¿De qué vale matar a los esbirros si este gran fullero de la muerte se salva?

Calodoro no pensaba así. No es que disintiera especialmente en el caso de Ernesto De la Fe. Pero en general presentía lo peligroso del juego, y los extremos a que ese juego iba a arrojarlos. Echada a andar por estos aprendices de brujo, la muerte no podría luego detenerse. Eso fue lo que, con el menor número posible de palabras, sostuvo.

—¿Y no es un precio menor, como dice Fidel, si otros le hicieron pagar al mundo el precio de Hiroshima y Nagasaki?

—Son órdenes de cosas distintos, ni mejores ni peores. Lo que yo veo es que a ustedes el rigor del paredón, si abusan de él, van a aislarlos de América y va a ser explotado contra ustedes. No me importa De la Fe, por supuesto, ni concretamente ninguno de esos forajidos. Me importan ustedes, el flanco que van a dar a la crítica.

—Pero piensa una cosa —dijo Viera—. Nosotros estamos en guerra no declarada con el poderoso. Y estamos en la acera de enfrente de ese poderoso. Previsiblemente, nuestra revolución va a herir sus intereses. Durante años no hemos sido más que eso, la acera de enfrente del gran país puritano y capitalista. Y por eso mismo nos ha tocado ser su garito, su lupanar y su fumadero de marihuana.

Basta entrar con el coche en el *ferry-boat* de Cayo Hueso para bajar unas horas después en La Habana. Y aquí, para toda esa gente, el deseo no ha tenido, por años de años, otra ley que la de ser satisfecho; eso fue lo que fraguó nuestra humillación nacional, desde que en mala hora cambiamos a España por los yanquis. Y ahora, esa misma cercanía ya no trabajará para la depravación personal, sino para el peligro colectivo. ¿Te das cuenta?

Manejaba a rauda velocidad, haciendo las curvas con una sola mano, entrando al túnel y saliendo de él casi sin mirar al frente, preso en la llama de su predicación.

—En esa situación, la muerte surge como un término de una ecuación, como uno de los períodos de esta equivalencia matemática: venalidad es igual a muerte. Tú puedes ser tentado a venderte. Los ríos de dinero correrán para inducirte a que hagas sabotaje o crimen político o terrorismo. Nosotros entonces te diremos: Hazlo. Hazlo, pero sabiendo que si llegamos a sorprenderte lo pagarás con tu vida: que si te cogemos te arrimaremos sin remedio al paredón. Hazlo. Venderse es muy fácil. Morir, también. Si te dijéramos que contra tu traición sólo existe la cárcel, pensarías que las puertas de esa cárcel se te abrirían un día, el día en que otros traidores te siguieran en el trabajo y tuvieran éxito. Contra el paredón, al día siguiente de tu captura, no habrá posteridad que te salve. Piénsalo un poco.

Se detuvo a esperar objeciones, pero no vinieron. Calodoro estaba pensando en la exuberancia verbal con que hablaban los cubanos y en la estirpe nacional inevitable de todos los razonamientos que estaba escuchándoles en estos días.

Viera tomó el silencio por una aceptación. Se pasó la mano por la frente y dijo sonriente:

—El recurso de la personificación es un truco dramático conocido, para sobrecoger al interlocutor. Te absuelvo de mis cargos de traición.

—Hombre —dijo Calodoro—. ¿La absolución eventual entra en tus ecuaciones?

El cóctel de periodistas pareció simplemente poblar de más sospechados el barracón de Ernesto De la Fe. Entre los archivos que estaban abriéndose en aquel tiempo de vindicar, en la investigación sobre bienes malversados, estaban los cofres de la banca. Y allí habían aparecido los cheques que Batista y su régimen dieran para pagar comentarios complacientes o, por lo menos, silencios confortables. Y en los cheques de algún tiempo atrás, solían figurar los nombres de algunos conversos de la última hora: de algunos «turistas de la Sierra», como allí se decía.

—En estos días de lógica confusión —proclamó uno de los oradores, que había engrosado por su cuenta la lista anticipada— oirán ustedes hablar mal de la prensa cubana. Es explicable, después de todo lo que ha pasado. Sería demasiado pedirle al pueblo, que ha sufrido tanto, que sea justo y preciso en sus dichos. Y ha habido prensa venal, sí, señores. Pero también ha habido periodistas valerosos y sacrificados, obreros de la pluma que se han quemado silenciosamente en el cumplimiento del deber...

A juzgar por su aire rozagante y transparentemente culpable, él no era uno de esos. Al lado de Calodoro estaban diciéndolo. Y otros, un rato después, le aconsejarían desconfiar del mismo colega con quien lo hubiera visto conversar un par de minutos.

Parecían querer, todos ellos, adelantarse a las revelaciones, exculparse transitoriamente; explicar por qué, mientras trabajaban contra el dictador y con el fin de alejar a la policía de las pistas de la clandestinidad en que alentaban, habían tenido que resignarse al gran malentendido y cobrar los cheques, con íntima y patriótica repugnancia. ¿No dirían también que los habían vertido a los fondos de la lucha que se libraba en La Habana y las otras ciudades, a las finanzas del sabotaje?

Con afán visible de probarse y revalidarse por lo anecdótico, todos pretendían ahora haber sabido dónde estaba Fangio cuando fue secuestrado; explicaban qué acceso habían tenido

a ese secreto, de qué manera habían estado vinculados al complot y habían sabido guardarle reserva.

Méndez, que estaba ahora confraternizando con ellos, y quizá divirtiéndose (también secretamente, y fiel a su reserva) con aquel empecinamiento del gacetillero por ser soldado, ¿no pensaría que ellos también debían ser fusilados? A Calodoro, por su parte, no le daban un asco menor que el que había sentido ante el descaro locuaz de Ernesto De la Fe.

Pero Raquel, cuando él se lo contó, desestimó que tuviesen estatura para la hoguera. «Es una pobre gente —dijo—. Y la revolución ya los ha sorprendido viejos o escarmentados, sin corazón para jugarse. Eso es todo».

Eso era todo, en efecto. Y Julio consintió en abandonarlos como tema, cuando la muchacha y él cenaron en *L'Aiglon* y fueron al *Tropicans*. Cuando bailaron en el *Tropicans* y fueron a dar a casa de Raquel. Fue una noche demasiado hermosa para mezclarla con una disputa sobre plumíferos cubanos. Cubanos o de cualquier parte del mundo; él los conocía bien, formaba en sus filas. Fue una noche demasiado hermosa cuyo encanto persistía a la mañana siguiente, cuando fueron hasta la plaza de la Catedral y él le compró un sombrero hecho con filetes de hojas de palma. Ella prometió no usarlo, porque era un tocado pintoresco, para turistas y para *gringas*. Él le pidió que simplemente lo guardara, para verlo mustiarse.

Ese otro día amaneció con la promesa de dos episodios: la gigantesca conferencia de prensa que el Colegio de Periodistas realizaba en el Copa Roca y el juicio a Jesús Sosa Blanco, en la ciudad de los Deportes.

Al regreso de la plaza de la Catedral, Calodoro fue en busca de su bloc y se colocó en la fila que iba entrando lentamente a la reunión de prensa. El Copa Roca era una *boîte* interna del hotel, forrada en tela color frambuesa, con un suntuoso aspecto impersonal y moderno.

Al ver el tarjetón de la solapa, uno de los aspirantes a ingresar a la sala se le presentó como abogado argentino.

—¿Qué me dice? —comentó—. ¡Palpan de armas a los invitados especiales!

Calodoro contestó con un gruñido. Siempre le había molestado la superioridad de que los rioplatenses alardean en el extranjero. Más que a los argentinos, ese falso sentimiento pertenece a los porteños, a los bonaerenses de la clase media. «Sólo

entonces se sienten cómplices de los uruguayos —pensó—. Nunca en Buenos Aires».

Dentro de la *boîte* habían instalado un estrado altísimo, a todo lo ancho, a la manera del cinemascope. Allí, bajo banderas y escarapelas cubanas, se sentarían los gobernantes. Más abajo había una tribuna, hacia la derecha de los espectadores, rodeada de micrófonos y preparada para el orador principal, que sería Fidel Castro. A la izquierda de ese orador quedaría, en otro púlpito menos espectacular, el coordinador del debate, Jorge Quintana, presidente del Colegio de Periodistas.

El cuenco entero de la sala estaba ocupado por butacas, por mesas alineadas en forma de herradura, por audífonos; en cada butaca —que era de ese tipo de asientos de aula universitaria, con el brazo derecho ensanchalo para que sirviera como tabla de notas— un bloc y lápices aprestados. Todo denotaba una organización cuidadosa y previsora.

Calodoro entró, tras la revisión de armas, y halló la sala casi totalmente llena. Mientras buscaba lugar, el brazo de Méndez se alzó tremolando un bloc y marcándole el sitio contiguo al suyo, que le había reservado.

Las luces se encendieron en toda la sala, y fueron multiplicadas por los reflectores del cine y la televisión, cuando el equipo gubernamental entró por uno de los accesos laterales. Estaba Urrutia, estaba Fidel Castro, estaba Miró Cardona, estaba Agramonte. Y junto a ellos, algún invitado extranjero de condición especial: Calodoro reconoció a Ernesto Juan Fonfrías, senador portorriqueño, presidente de un círculo de periodistas y escritor con revista propia.

Desde su púlpito del centro de la sala, Jorge Quintana dio la bienvenida a cuatrocientos invitados, en lo que dijo que era el desplazamiento masivo de periodistas más grande y rápido que se conocía. «Organizado en sólo cuarenta y ocho horas, para que los hermanos del Continente se lleven nuestra verdad sin deformaciones», aclaraba.

Era un hombre corpulento, que parecía incómodo en su traje y en su papel. Aunque sus frases eran jactanciosas y triunfales, el talante con que las decía no lo era. Se enjugaba la frente al final de cada período, y su mismo emplazamiento, con el estado oficial a sus espaldas y los periodistas extranjeros tomando notas y *flashes* a su frente, lo obligaba a un juego de cintura para el que se demostraba torpe y pesado. Fue un alivio que anunciara unas proyecciones, destinadas a documentar los horrores de la dictadura de Batista, y que las luces se extinguieran de golpe sobre un aplauso desabrido y ralo.

Las diapositivas en blanco y negro mostraban, a mayor número de detalles, lo que la carpeta de fotos ya contenía. Como novedad, Calodoro y Méndez anotaron la máquina para arrancar uñas que tenía Cornelio Rojas en Santa Clara, más bombardeados, una ablación de genitales, más ahorcados. Un locutor de voz comedida e imperturbable, en curioso contraste de mesura con lo macabro de las tomas, comentaba los suplicios, daba el número de muertos y sus condiciones (estudiantes, obreros, campesinos), proponía una meditación sobre todo lo que había ocurrido en Cuba y las agencias noticiosas no se habían preocupado de transmitir a América.

—Este es el país de la TV y la crueldad —dijo Calodoro, y Méndez estuvo de acuerdo.

—Nosotros —comentó— por lo menos no tenemos TV.

Había una mezcla chocante, a la que los cubanos parecían acostumbrados, entre la forma en que habían sido ganados por los artilugios de la civilización material y el trágico sentido de primitivismo que, en especial para el acto de ser suprimida, tenía allí la vida.

Eddy Chibás, allegándose al micrófono de una emisora de radio para darse un tiro y matarse, a fin de alertar a la Cuba alegre y confiada de mil novecientos cincuenta y dos contra la corrupción del régimen de Prio Socarrás, era la imagen plena de esa incongruencia romántica: correr a una radio para suicidarse, irradiando el estampido a toda la isla, correr a las pantallas de televisión para exigir la entrega de un parque de armas, como Fidel lo había hecho días atrás. La civilización de la que decían abominar se vengaba ofreciéndoles los medios para manejarse.

Terminada la proyección de diapositivas, Fidel Castro bajó del estrado y se dirigió a su tribuna de orador, rodeada de micrófonos. Mantenía la suposición de ser tan sólo el Comandante del Ejército Rebelde, una de las instituciones que invitaba a los periodistas. Porque el Estado cubano, en todo esto era un convidado más. Eran el Ejército Rebelde y el Colegio de Periodistas los que financiaban la Operación Verdad.

Apareció fumando su habano con el aspecto cansado, sudoroso e indómito que Calodoro ya no podría dejar de adjudicarle en la memoria. Saludó agitando el brazo derecho y anunció que, más que un discurso, aquél sería un diálogo con los periodistas extranjeros; aceptaría sus preguntas, trataría de contestarlas, pedía de antemano disculpas si tenía que hacerlo en su mal inglés. Derrochaba simpatía y buena voluntad.

—¿No podría ofrecérmela a este hombre como experto en revoluciones que fracasaron? —dijo Méndez.

El sarcasmo era sólo aparente. Él pensaba que con Siles Zuazo la revolución boliviana se había detenido. Mr. Bonsal, que debía a su vez ser experto en llevar al fracaso a las revoluciones latinoamericanas, había flanqueado al gobierno de Siles; y ahora empezaba a anunciarse que sustituiría a Earl Smith como embajador en La Habana.

—La única posibilidad de esta gente depende del realismo y de la rapidez.

Pero Fidel parecía en mayor medida un nibelungo que un político de 1959. Estaba ya envuelto en la fe de sus palabras, transportado por ellas.

En uno de los pasajes de su alocución se detuvo y se dirigió a la concurrencia, concediéndole el derecho a interrumpir. Mientras la indecisión de hacerlo o de no hacerlo cundía en los oyentes, se dio vuelta y pidió un vaso de agua.

—Señor Presidente —dijo entonces un periodista venezolano, remitiéndose directamente a la autoridad de Urrutia y consiguiendo, de ese modo, un silencio absoluto—. ¿Sabe usted que en esta sala hay espías norteamericanos que han sido expulsados de Venezuela?

La conmoción fue tremenda. Antes de que se hubiera podido enterar concretamente a quién se refería el venezolano, Calodoro vio a Méndez saltar amenazadoramente de su butaca, los puños en alto, gritando:

—¡Fuera el traidor Dubois, fuera los agentes del FBI!

Quintana no era del mismo parecer.

—No puedo admitir que el colega venezolano perturbe esta reunión trayéndonos aquí rencillas domésticas de su país. Estamos en Cuba y para examinar los problemas de Cuba.

—Es absurdo —gritó Méndez—. Se nos acaba de pedir nuestra solidaridad como americanos, y ahora se nos cierra esa misma puerta.

Pero en el tumulto nadie lo escuchaba.

Por una única vez, el doctor Urrutia adelantó una mano para hacerse oír. Fidel sonreía y miraba alternativamente a Dubois, pálido en su asiento, y a los demás periodistas.

—No estoy de acuerdo, señor Quintana —dijo—. Si el compañero venezolano tiene algo que decir en esta asamblea, es elemental que lo amparemos en su derecho a decirlo.

Quintana, cuya incomodidad y cuyo sudor nervioso eran más manifiestos que nunca, se derrumbó del todo, perdió los

últimos restos de la energía que había esgrimido contra el venezolano.

—Perdón, señor Presidente, perdón, señor Presidente —era lo único que atinaba a balbucir.

—Diga, pues —insistió Urrutia, dando paso, con un gesto, al promotor del incidente.

—Gracias, señor Presidente —exclamó el venezolano—. Sólo quería llamar la atención de la sala sobre la presencia de un espía. Creo que mi finalidad está cumplida.

—Muy bien —dijo Fidel Castro, para cortar el tumulto—. Prosigo. Sólo tengo que decir que creo que en esta sala sólo debe haber periodistas libres. Si hay entre ellos algún espía, es evidente que está de más.

Un aplauso tranquilizador sobreseyó el episodio, sin pronunciarse en definitiva acerca de Dubois.

—Es indignante —decía Méndez, completamente fuera de sí—. ¿Sabes quién es este señor?

—Jules Dubois, del Comité de Libertad de Información de la SIP, y columnista del *Chicago Tribune*. Un árbitro de los gobiernos que sirven y de los que no sirven. El autor de la *Guide Bleu* de la democracia en América.

Y contó su historia, que conocía bien. Le llaman Coronel, porque lo había sido durante la guerra; «fue coronel en Fort Lesvenworth hasta 1947, adiestrador de cruzados de la nueva verdad imperial», decía. La Sociedad Interamericana de Prensa —cuya sigla era ya más famosa que el nombre entero— hacía congresos para decidir cuáles gobiernos violaban la libertad de prensa y cuáles la respetaban. Todo consistía en fingir ignorancia sobre el hecho de que los diarios suelen ser eslabones en el montaje de una contrarrevolución; así es posible apoyar las contrarrevoluciones derramando lágrimas de cocodrilo en los diarios empastelados. En Bolivia, había querido mantener abierta «La Razón», de Carlos Víctor Aramayo. En el caso de Argentina había llorado por el destino de «La Prensa». ¿Qué haría en el futuro de Cuba?

—Lo que me alarma es la novatada de esta gente, que puede creerlo un amigo de su causa, el abanderado de algo. ¿Viste ese número truculento de *Bohemia* que nos distribuyeron? —agregaba Méndez—. Allí aparece presentado como un socio en la empresa de voltear a Batista. ¡Es increíble! O esta gente aprende lo que pasó en otros lados de América antes de pasar en Cuba, o va a tener muchos dolores de cabeza.

En el próximo alto del discurso, Dubois pidió allegarse al micrófono, a pretexto de formular una pregunta. Hendió la

concurrencia casi sin mirarla. Con su alta estatura, su cabello cortado casi al rape y su mal español, hizo una precisión sin importancia. Y luego, sobre la respuesta concreta, comenzó un discurso en defensa de su posición, asimilándola a la de su país. A poco andar, cambió el español por el inglés. Por eso y porque no querían escucharlo, muchos periodistas abandonaron temporalmente la sala.

—El viejo filibustero del Vieux Carré de Nueva Orléans se hace el cuáquero —dijo Méndez—. ¡Repugnante! Aprovechemos y vayámonos a almorzar.

A Calodoro le pareció buena la idea.

Durante el almuerzo, era posible seguir la nueva etapa del discurso de Fidel, en la pantalla de TV que tenían por delante.

—La ubicuidad de la televisión en este país es como la ubicuidad de los espejos que había en casa de mi abuela y atormentó mi infancia —dijo Méndez, ya de mejor humor tras el cóctel de camarones.

Eran las cuatro de la tarde cuando se levantaron de la mesa. Una hora después debían movilizarse hacia la Ciudad de los Deportes. Se les había unido Valtierra.

—Por suerte —dijo— no será fiscal en el juicio.

Se refería a la versión adelantada la tarde antes, según la cual el propio Castro oficiaría de acusador público en el caso de Sosa Blanco. Valtierra no había estado en el Copa Roca. Había preferido dedicar la mañana a conseguir información sobre el proceso. «Fidel ni siquiera irá. Mejor así».

Volvieron a sus butacas de la *boîte*, que a esa hora tenía ya el aspecto de desorden fatigado y noble que tienen los casinos, los salones de fiestas y aun los teatros cuando son convertidos en cuarteles generales o en barricadas revolucionarias. Sólo así se les redime de su frivolidad, sólo así puede atravesarlos otro tiempo que la noche lúdica.

Caudalosa, inextinguiblemente, Fidel seguía. Calodoro pensó en lo que había escrito la madrugada de dos días atrás. Estaba confirmándose. Este hombre que hablaba de los límites de la obediencia debida y, a los pocos minutos, de la necesidad de vencer la encerrona que estaban tendiendo a Cuba los intereses de la noticia, abriendo una ventana hacia el resto del mundo o, por lo menos, de América Latina, paliaba la versatilidad con el fervor, la rotundidad y el simplismo con el aire transido de verdad que lo acompañaba, que lo aqueja siempre.

Los periodistas latino-americanos asumían los espacios de

interrogatorio para comprometerlo en la suerte de sus patrias. Chester Lacayo le preguntó acerca de Nicaragua y de los Somoza. Otros a propósito de Santo Domingo y de Puerto Rico. Fonfrías, en un estilo de urbanidad estudiada, defendió a Muñoz Marín, aun no siendo de su partida. El orador descansaba, se enjugaba la frente, tosía. Su magnetismo ya no mantenía en vilo a la audiencia, como cinco horas antes. Pero todavía tenía cosas que decir. Lápices en mano la gente entraba y salía, hablaba de mesa en mesa, había instalado y aceptado la rutina del discurso y se aliviaba de él mezclándolo con otras ocupaciones, como en esas sesiones de los Parlamentos donde el tiempo no existe.

Valtierra propuso irse. Deberían llegar primero al Havana Hilton y marchar al estadio desde allí. Esa era la orden.

Méndez y Calodoro lo siguieron. La Piquera Gris los llevó hasta el Hilton. Allí, un auto militar los esperaba; los esperaba y los condujo hasta el lugar del juicio.

IV

Al acercarse los recibieron los pregones, el caliente y oleaginoso olor de las frituras, el revoltijo multicolor de gente que vendía o comía —en sangrantes tajadas— papaya y otras frutas. Banderitas de Cuba, distintivos del 26 de Julio, todo aparecía ofrecido en entreverada profusión, sostenido por un fondo de ruido, de gritos, casi salvajes, de correrías infantiles, de música.

¿Era posible que allí fuera el juicio? El Palacio de los Deportes era sencillamente un gran estadio cerrado de cemento, con los aros espesos y circulares de sus galerías, con ese centro sensitivo y deslumbrante que —en las jornadas habituales— correspondía al ring. Encaramado a las galerías, un público mucho más desharrapado y aullante del que había visto hasta entonces en La Habana llenaba el estadio, comenzaba y dejaba truncos estribillos amenazantes o incomprensibles, surcaba de risas brutales el final de chistes que no se oían. Salaz e ingenuo, ese era el pueblo; la masa marchando silenciosamente es una abstracción en las especulaciones de los ideólogos, esos mismos que tras haber soñado y pensado en el proletariado se encuentran un día perdidos ante la evidencia de la multitud frente a lo que sienten la tentación vergonzante de llamar —con el aristocratismo de la lucidez, que también extienden en un prurito de igualdad— la plebe, el populacho. Esa masa disciplinada y consciente, en atenta procura de sus objetivos, sólo existe en los libros y en las profecías de los redentores; el pueblo verdadero tiene ese costado indesprendible de alegría obscena, de pesadez, de candor bestial y de impureza.

Entraron. Lo que habían podido ver de soslayo, mientras avanzaban entre milicianos jóvenes y barbudos, por los estrechos y bajos pasillos de cemento (esas entradas tubulares y estrechas por las que acceden al ruedo los deportistas) se les apareció de golpe, como si todo se viniera hacia adelante, como

si las graderías mismas saltaran a quedar súbitamente más cerca, empinándose con la carga del gentío. La muchedumbre apareció entonces delante de ellos, ya próxima, descompuesta en mil gritos menudos, en toses, en risas, en posturas, como un enorme fresco que empezara a desintegrarse en pedacitos, a destejer una trama que de lejos pareciera compacta e inabordable. Vieron un tocador de guitarra que rasgaba en un bordoneo bajo y se acompañaba con una voz plañidera, en un murmullo apagado, como una herida delicada en el corazón de un monstruo, como una surgente tenue de llanto en el centro de la ferocidad. A su lado, unas encías y unos dientes se hincaban sobre un trozo de pan; y a un costado un muchachón cobrizo, rendido a la espera de varias horas para preservar su sitio en el espectáculo, se mantenía en cuclillas, tirando hacia abajo su guayabera, para cubrir el pudor, mientras orinaba dentro de una botella vacía de refresco.

Esta era la audiencia del tribunal, éste era el público del juicio sumario, ésta era Cuba.

Pasaron. Los milicianos les hicieron un cordón, elevando —como una barrera que los protegiese en el avance— las cortas ametralladoras «Thompson». Los bancos estaban ocupados ya, pero más cerca del ring, allí donde se veían —como dos incontrastables gongs de color azul— los redondeles que decían «round» y «pelea», con una pestaña de luz y las ranuras para albergar la tablilla de cada encuentro, había un claro en el piso de cemento. Optaron por sentarse en ese suelo áspero y tibio, que devolvía, en una reverberación que sofocaban las nalgas, la plenitud de un día solar del mes de enero, en el invierno tórrido en La Habana. Se sentaron sobre las piernas dobladas. En la visión que podían lograr desde la altura a que quedaban sus cabezas, tuvieron ante ellos el campo esplendente del ring iluminado. Habían desmantelado a medias ese ring: faltaban las cuerdas, pero no los postes esquineros; los reflectores bajos pulverizaban una luz enceguecedora, acribillada de insectos, y la zona —esta vez sin olor a linimento— se aprestaba a servir de palco a los testigos. Desde fuera de ese espacio, otros reflectores laterales acosaban y circunscribían con mayor y más rasante claridad aquella suerte de increíble tarima de testimonios, que ningún juicio de organización tradicional podría haber sospechado. Y para asumir y refulgir esa claridad almidonada y tumefacta, una selva de micrófonos niquelados brillaba con destellos perversos. CMK, RAI, 12 Canal, Progreso, CNC decían los micrófonos metálicos, enfilados contra una barandilla a la que previsiblemente tendrían que aferrarse los declarantes, para contar su historia al mar de oscuridad que partía de allí mismo, poniendo un dique de ceguera a cualquier posibilidad de encontrarse con el público, con los jueces, con el mundo. Dos milicianos desprolijos y abotagados, que daban la sensación de estar durmiendo de pie bajo las lámparas, montaban guardia a ambos extremos de la fila de micrófonos. Serían los encargados de conducir luego a los testigos, flanquearlos, esperarlos y llevárselos.

Más abajo, frente a ese manchón fosforescente y desnudo, ya en la penumbra, estaba la vasta mesa tras la que habría de tomar asiento el tribunal; y a los dos costados, siguiendo vagamente la forma de una herradura si se les situaba en relación con la mesa central, los dos pequeños escritorios, con un par de portátiles de jirafa, en que se ubicarían el Fiscal y el Defensor.

Antes de que Calodoro los hubiera visto entrar, el estallido de la multitud anunció a los tres jueces. Uno de ellos era bajo, mezquino de hombros, de facciones huidizas y ratoniles, de rostro rasurado y bigote rubio, con guedejas de un pelo mal cortado emergiendo por debajo del quepis de dril color crudo que se encasquetaba casi hasta las cejas. Era el presidente del Tribunal y había sido el autor del Reglamento Penal Número Uno, promulgado en la Sierra Maestra, por el que se había implantado la pena de muerte para los crímenes contra la Patria. Se llamaba Humberto Sorí Marín, era abogado y combatiente. Lo acompañaban dos hombres más corpulentos que él, también jóvenes: uno de ellos tenía una barba caudalosa en una cara redonda y grandes gafas que reforzaban su noble apariencia; se llamaba Raúl Chibás, era también abogado y había luchado en el Escambray; su prestigio derivaba en mucho de ser el hermano de Eddy Chibás.

El tercero, también barbudo, con un entrecejo de preocupación y grandes ojos oscuros, era Universo Sánchez, capitán del Ejército Rebelde. Los tres vestían guerreras desteñidas, pantalones y bastos zapatos de campaña. Sorí Marín se colocó en el medio y cada uno de los tres detrás del respaldo de la silla que ocuparía. Saludaron con una inclinación profunda y ceremoniosa a una multitud que los ovacionaron como si fueran héroes deportivos, y se sentaron.

Todo ese rito disimuló la entrada del Fiscal y del Defensor, a quienes Calodoro advirtió de pronto, cuando ya estaban ocupando sus lugares. El Fiscal era un joven de barba rala y en islotes y de cabellera turbulenta y oscura, que movía al mirar a uno y otro lado, y que le comunicaba un inequívoco

aspecto de tribuno estudiantil, de adolescente conductor de barricada revolucionaria, puro, desprolijo y valeroso. Se llamaba Jorge Serguera y era (a lo que se decía) abogado.

Cauteloso, lento entre los papeles del legajo, el Capitán y Doctor Arístides D'Acosta Calheiros acomodaba sus portafolios y sus apuntes, extrañando el curioso pupitre que le habían asignado como mesa de trabajo. Era, de todos, el de más edad; vestía con corbata y camisa color oliva, del Ejército regular, y alternativamente tomaba y dejaba sobre el charco luminoso de sus papeles unos anteojos que sólo usaba para leer. Miraba con aplomada curiosidad los movimientos rumorosos de la multitud ante la que esta vez le tocaría abogar, pero no se le veía especialmente intimidado por su papel. Como Defensor de Oficio en lo militar, le había correspondido patrocinar a conjurados presos bajo el batistato, y esto mismo le aseguraba el respeto de los revolucionarios. Por sus ademanes contenidos, pausados, que daban tiempo al necesario aquietamiento del estadio tras la explosión inicial, trasuntaba un deliberado aire de rutina forense, que seguramente se había trazado la consigna de no abandonar.

Tal aquietamiento no fue, sin embargo, posible. Porque los ojos del público, pendientes de la salida del corredor que traía boxeadores a la sala, habían descubierto al criminal. Sosa Blanco avanzaba con las manos cruzadas y esposadas sobre el vientre: lo conducían —sujeto pero sin violencia— dos milicianos que le daban el brazo, al par que otros le cuidaban copiosamente la espalda, cortando toda posible retirada con una triple fila de fusiles automáticos Garand. Miraba recelosamente a uno y otro costado, con sus ojos oblicuos y empañados, que daban al rostro de altos pómulos del color de cera un aspecto ajaponesado. El rugido que lo recibía era indescriptible. Un enorme grito desgarrador y oprobioso se alzaba desde las graderías, y su vuelo se cernía sobre un bosque de puños en alto (Calodoro había visto esos puños cerrados para afirmar y esas manos abiertas para votar, en las concentraciones en que hablaba Fidel; pero recién ahora los veía erizarse para apostrofar con una inmediatez de amenaza posible y concreta, no simplemente de vindicta genérica); el estruendo parecía expansivo, hacía temblar los anillos de mampostería desnuda y arremolinaba aún más insectos espantados bajo las luces del ruedo central. Sosa Blanco vestía una chaqueta de lienzo azul, como de obrero, pero con una gran P blanca en la espalda, y unos pantalones grises, bien planchados; los deslumbrantes zapatos agudos de charol eran la charra incongruencia de aquella es-

tampa de procesado. El fulgor húmedo y casi lloroso de los ojos tirantes recorría, sin poder asirse a un solo rostro conmiserativo o simpatizante, aquel hervor de gestos, aquella furia como de teclas empujadas al unísono. Lo condujeron hasta su silla, debajo de los dos redondeles azules, con una custodia que lo rodeaba casi enteramente, dejándole sólo un claro en dirección al palco de testigos frente a aquel fogonazo fijo y pávido que cumplía las veces de sala de audiencias y hacia la más remota y presentida existencia del tribunal y de las partes.

Pelea, Round, RAI, CMQ, 12 CANAL, PROGRESO, CNC, Salida, empezaron a cantar en destellos o reflejos los textos que ilustraban aquel restallante escenario. Cuando llegó junto a su silla, mientras el rugido compacto crecía aún más y los *flashes* seguían rebotando letras, ángulos, chorros hirvientes de multitud, en una composición simultánea de pesadilla, Sosa Blanco se dio vuelta de súbito, con los pulsos unidos por las manillas, alzó los brazos y saludó a la manera de los pugilistas victoriosos. Aquella inspiración enardeció aún más al público, lo hizo sentirse vejatoriamente provocado. Los milicianos le pusieron entonces una mano en cada hombro y, con más aire de persuasión comprensiva que de impaciencia o irritación, lo sentaron.

El altavoz central habló para acallar el tumulto.

—Se recuerda al público que está en una sala de audiencias y que el Tribunal está dispuesto a que el procesado tenga en ella todas las garantías. El pueblo de la Revolución debe comprender (el altavoz se puso repentinamente más cordial, a raíz de estas palabras vinculantes) que se trata de un proceso y no de un espectáculo. Asisten a este juicio cientos de periodistas extranjeros (los *flashes* seguían parpadeando sin tregua, caían ahora sobre el rostro del presidente, que traía hacia sí el hilo rematado por el pulido cilindro de níquel hacia cuyo interior parecía soplar) y el pueblo de Cuba será a su vez juzgado por ellos. Debe dar el ejemplo de su cordura, porque quien tiene la razón no teme al rigor. Con serenidad y con imparcialidad, el Tribunal y el pueblo darán a los criminales de la dictadura la oportunidad que ellos jamás concedieron a sus víctimas.

Paradojalmente, esta llamada a la sensatez reventó en las últimas palabras, y el recuerdo de los crímenes levantó una nueva oleada, una tufarada de indignación que vino desde las gradas y golpeó de lleno contra la mesa del Tribunal, contra el suelo tibio y rugoso en que Calodoro empezaba a sentirse más y más sudoroso, más y más acorralado, apretujado e in-

cómodo. Otros periodistas extranjeros habían llegado después que él y ahora los reporteros en cuclillas, o avanzando con un salto felino, cámara y lámpara en mano, para replegarse en un atolondrado regreso que mezclaba los puntapiés a las disculpas, formaban un anillo más estrecho que el de las galerías, un primer aro humano que ceñía a los jueces y a los abogados, al plexo testimonial y al acusado. Ocupaban una suerte de *ring-side* nunca visto, que tenía a un tiempo algo de las oraciones musulmanas y del vivac; algunos comían helados de color rosáceo, otros habían conseguido, no se sabía de dónde, botellas de cerveza Hatuey y de las que se participaba —en turnos de un solo trago por vez— sin preguntar ni pagar. Hendiendo aquel abigarramiento humano avanzaban, sobre sus carros de neumáticos, las cámaras de televisión, en travellings curiosamente mullidos y bien articulados, parecían animales mitológicos que miraran, desconocieran y se retiraran, para volver después en nuevos oteos.

Cuando uno de esos carros retrocedió, al lado mismo de Calodoro se hizo un hueco y Rodolfo Méndez estuvo otra vez junto a él. Le tocó un muslo con la caja de cigarrillos, ofreciéndole uno. El humo de quienes fumaban tendía ya una niebla oscilante y rasgada que iba y venía como una insidiosa marea bajo las luces.

—¡Cómo sudas! —le dijo—. Fúmate uno y tranquilízate, que ya tendremos que ver.

Transpiraba, en efecto. Sentía la camisa pegada a la espalda y el calzoncillo como una lista húmeda en la cintura; su mambo tropical italiano tenía dos grandes rodilleras oscuras de sudor y el borde de las solapas, contra el cuello, parecía beberse los hilos de agua que descendían por la nuca. Todo el calor del mundo no podría bastar a explicarlo; había algo más, algo que no eran ni la multitud, ni el preso, ni la temperatura, ni las pulsaciones ominosas de aquel estadio sino todo eso junto, todo eso erguido a funcionar de una manera martilleante y despavorida. También Sosa Blanco tenía, entre sus manos juntas, un pañuelo blanco, impregnado y arrugado, y se lo llevaba a la frente en un gesto ambiguo de resignación, de calma abrumada, de transitorio y enjugable suplicio.

El micrófono preguntó al encausado si tenía algo que manifestar, antes de que comenzara el examen de los testigos. Al levantarse, el encausado dio a entender que sí. Los milicianos lo empujaron entonces, instándolo a que avanzara hacia el cerco de micrófonos y de luces, con menos cortesía que en el trance de sentarlo. Los *flashes* detonaban con un relampagueo

incesante, subían, viboreaban, bajaban, constelaban un ficticio cielo de verano, de rostros, de fuegos artificiales, de muchedumbre otra vez desatada y clamorosa. Los carros de TV tornaban a asomar su pescuezo de dinosauros, a escarbar desconfiadamente, volcándose ahora sobre el rictus solemne, crispado y despectivo del reo.

Labrado en ese centro del torrente, como una calcomanía encerada pegada sobre los alaridos y el claror, el preso se tomó de la barandilla y sondeó la oscuridad circundante con un rostro provocativo, arrinconado e innoble.

—Sé muy bien —dijo a los niquelados amplificadores— que estoy en un circo romano. ¡Estoy en el Coliseo de Roma! Sólo condenado a muerte pueden dejarme salir vivo de aquí. Es preciso echar pasto a las fieras y aquí estoy.

La escandalosa desaprobación impedía oírlo. El micrófono de la presidencia se lanzó a cabalgar el tumulto.

—El preso asume, frente a este tribunal, el privilegio de su osadía, y aun en él debemos ampararlo. Y si le prevengo que no abuse de él, así sea para no hacer demasiado grotesca la situación de víctima en que se coloca, advierto también al público que debe mantenerse en silencio, confiado en que ninguna provocación torcerá los deberes de la Justicia revolucionaria.

Con un ligero sesgo, apenas perceptible, la baraúnda se hizo aprobatoria y momentáneamente cesó.

—Yo no he sido el asesino de nadie —decía ahora la voz del prisionero—. He muerto a muchos, sí, como ustedes en la Sierra también lo han hecho. Pero han sido muertos en combate, no ajusticiados ni torturados. Mi carrera se hizo desde abajo, y he ido recibiendo las jinetas grado a grado, hasta alcanzar las de comandante, por mi campaña de Oriente, en las mismas estribaciones de la Sierra (se dirigía a los milicianos que lo flanqueaban) en que ustedes se habían hecho fuertes. He hecho esa carrera porque me he ido capacitando en el trabajo y en el estudio...

La multitud estalló, como ante una irrisión siniestra, ante estas palabras que invocaban un recogimiento escolar, imposible en la lucha, en la escala de estímulos que regían en la guardia rural, en el desaforado bandidaje que inventaba combates y muertos para fraguar ascensos. Debían estar gritándole «asesino», «capacitándote en el crimen» y cosas semejantes, pero unos gritos estorbaban a los otros y sólo llegaba un vocerío desacompasado e informe, estriado por los chillidos agudos y eléctricos de las mujeres.

—He muerto a muchos, pero dando la cara y arriesgando yo también mi vida —gritaba ahora tomándose, con las manos fijas y cautivas del vástago de uno de los micrófonos, e inclinándose hacia uno de los costados, en un intento desesperado de responder a la gritería.

—El acusado debe dirigirse al Tribunal y no al público —transmitió el presidente, cuya calma empezaba a menguar—. Y debe limitarse a decir algún descargo sustancial, no a dialogar con el pueblo ni a contarnos... bien que a su manera, su vida y hazañas.

La última palabra quedó colgando irónicamente, para amonestar la elocuencia lastimosa del reo.

—Yo he estudiado de noche para poder ilustrarme —decía— y lo he hecho aun en los días más duros de la guerra civil. Por eso pude llegar a comandante; por eso y porque he sido un hombre de coraje como ustedes. Y si hoy estoy en esta situación y se me ha tomado como presa, es porque los cobardes estaban en las alturas del poder y me desguarnecieron las espaldas.

Esta denostación del tirano exacerbó nuevamente a la multitud.

—Este hombre es caza menor, al fin de cuentas —dijo Méndez—. Pero las circunstancias le dan pie para que ahora se presente como el único traicionado y abandonado. Magnificaciones del *martirio*, después de todo. La pureza de los mártires debe ser un efecto de perspectiva histórica, una ilusión óptica. Ya el tiempo se lo regalará a este forajido.

—Pero, ¿es cierto o no es cierto —estaba interrogando la voz del presidente— que en el Oriente había un estribillo que, parodiando el anuncio de una marca de cigarrillos, decía: «¿Qué pasa si Sosa pasa?». ¿Y es cierto o no es cierto que a usted le enorgullecía ese estribillo, porque era el reflejo del horror que causaban sus depredaciones?

—Es cierto, señor presidente —y las manos dejaron el ramal de níquel para situarse en proa hacia el punto de oquedad del que parecía haber emergido la pregunta—. Yo no favorecía el estribillo pero supe que la gente lo hacía circular. Y también es cierto que se daban aviso, de unos bohíos a otros, de unos pueblecitos a otros, cuando sabían que me acercaba con mi gente. Pero no era porque yo sembrara el terror sino porque sabían de mi coraje y, modestia aparte (los labios formaron aquí una engreída sonrisa recordatoria), porque me temían.

Sobre el escándalo que provocó esta jactancia, el presidente

dio por cancelada la ocasión que se había concedido al preso para sus descargos, y le ordenó que volviera al banquillo. Lo hizo mirando hacia uno y otro lado y sin que la sonrisa de los labios lo hubiera abandonado, al tiempo que también le ganaba los ojos, dándoles una tintura más cruel. Alzó nuevamente las muñecas juntas para corresponder a aquella distorsionada apoteosis, y se sentó sin esperar a que lo ayudaran. Pero apenas lo había hecho, y como si un nublado repentino pasara sobre sus rasgos, volcó la barbilla sobre el pecho y se volvió más viejo, bruscamente extenuado y exprimido, presintiendo quizá que ahora ya no le quedaba más divismo que el de saber morir y ése sí sería duro.

El juez ordenó entonces que comenzaran a traer los testigos de cargo. Los milicianos abandonaron su guardia junto a los micrófonos y aparecieron con un hombre enjuto, terroso, que se restregaba los ojos como si despertara y tuviera, de buenas a primeras, que enfrentar la vibración ondulante de un mediodía marino. Traía un pañuelo blanco atado al cuello y vestía un indefinible traje gris cuyas mangas —muy cortas— le daban un aire aniñado. Pero el bigote de guías caídas desmentía esa impresión infantil que provocaban los brazos, y el hombre entero se situaba en una edad indefinible, que acaso fuera la que más le conviniese.

—Antonio Carbonell —dijo poniéndose tieso delante de los transmisores, antes de que se lo hubieran preguntado.

—¿Tiene algún interés en este juicio? —preguntó la voz del presidente.

—Mi interés es que *pasen* a este hombre —repuso—. Por eso he venido.

El defensor apuntó algo, y Calodoro advirtió que ese movimiento, en el linde de su campo visual, era el primero que el Capitán había hecho en todo este rato.

—Puede preguntar el Señor Fiscal —insistió la voz, desentendiéndose de la torpe respuesta.

—Diga lo que usted ha visto —ordenó el fiscal, tras hojear los papeles.

—Yo lo vi sacar a un hombre de su casa y matarlo ahí mismito. Y también mató a un soldado de los suyos, para decir que había habido lucha.

—¿Cuándo fue?

—El once de octubre de mil novecientos cincuenta y siete, al amanecer —precisó Carbonell, sin ninguna vacilación—. Les

dio orden de echarse boca abajo y así los ametralló. El resto de la gente huyó a la Sierra. Y por ahí mismo enderecé yo. Escondido en la manigua, fue que lo vi matar a los dos hombres.

—¿Podría señalar con el dedo a Sosa Blanco, entre toda la gente que lo rodea? —preguntó el fiscal. Y sin aguardar la respuesta, agregó:

—Hágalo.

Antonio Carbonell volvió a frotarse los párpados con los nudillos, como si lo obligaran a retornar (ahora que estaba habituándose a la luz), hacia la penumbra y el sueño.

Empezó a girar difícilmente, con un torso envarado e inhábil, mientras la mano vacilante pendía delante de él, bandera sin viento. Era como si se hubiera echado a andar una ruleta siniestra y a cualquiera de los que estaban en el círculo pudiera tocarle.

—Si te apunta estás perdido —bromeó Méndez—. Échate detrás del mejicano, que es bien gordo.

Calodoro dejó su block de notas y se estiró cuanto pudo. El mecanismo de aquella suerte de cábala empezaba a apresarlo, poco a poco.

—Indíquelo —puntuó en el silencio la voz del fiscal. Pero Sosa Blanco estaba a la espalda de Carbonell y éste tuvo que hacer un giro completo antes de poder encontrarlo.

—Ahí está —dijo sin emoción aparente, estirando la mano, cuyo índice seguía pendiendo, flojo y curvo—. Es ése.

La multitud subrayó el hallazgo con una ovación.

El preso se movió en su silla e hizo un gesto de impotencia, alzando las manos juntas hasta la altura de su frente y dejándolas caer luego.

—¿El preso tiene algo que decir? —preguntó el presidente.

—Sí, señor —repuso Sosa, levantándose ayudado por un guardia en cada codo. Este reconocimiento no tiene valor. Estoy rodeado de soldados, sentado solo y se me ven las manillas. Cualquiera me descubre.

El gritería desestimó tal descargo. El prisionero se inclinó, quizá murmuró «Gracias» (en todo caso, sus labios dijeron algo) y se sentó.

—¿Y el Señor Defensor?

D'Acosta tremoló ligeramente la estilográfica bajo la luz de su portátil. Era un gesto vago y desalentado, computable como negativa.

—¿Alguna otra pregunta? —y esta vez la inquisición se dirigía al Fiscal.

—Nada más, Señor Presidente. Gracias —dijo el otro altavoz.

Los ujieres armados golpearon en el hombro de Carbonell, que seguía quieto, sin dar signos de haber comprendido que su declaración terminaba.

El muerto es la materia prima de las batallas —se sorprendió pensando Calodoro, con una leve entonación mental chestertoniana. Pero los muertos no pueden estar siempre del mismo lado. Una batalla tiene que pasar una raya entre los muertos, hacer dos bandos. Por eso murió el soldado. Sosa Blanco precisaba otras jinetas y tenía que inventar un combate. Sacrificó a uno de los suyos y lo tuvo.

—María, ¿de dónde es usted?

María abrió los brazos como para una revelación trágica, desplegando su espeso chal de luto.

—De Bayamo, señor.

—¿Y a qué se dedica usté?

—A Sosa Blanco.

La respuesta, gritada con un brío cerril, puso de buen humor al estadio.

—No —aclaró el juez—. ¿De qué se ocupaba?

—Vendiendo huevitos para poderle sacar a mi hijo —dijo ella—. Hasta que me dijeron: «no se preocupe, que el día en que a su hijo lo sacaron fue muerto en Santa María». Y allí lo encontraron.

También ella señaló a Sosa Blanco. Pero lo hizo rápidamente, y bajando el brazo de un solo golpe, como para dar un tajo. El prisionero respondió alzando las manillas chispeantes. Era el mismo saludo deportivo, pero ahora ensayado para revalidar la protesta. La gente aulló.

—¿Algo más? —dijo el juez. Y antes de que el fiscal se hubiera declarado satisfecho, María respondió:

—Sí, señor. Que este hombre es un asesino y yo espero justicia para mi pobre hijo.

En medio de los aplausos, los guardias comenzaron a arrastrarla, porque el efecto que había querido lanzar hacia los jueces se había vuelto contra ella para desquiciarla y forcejeaba ahora en procura de volver a los micrófonos, por decir algo más. No se supo.

Inés Leal González declaraba tener diecisiete años y también vestía de negro. Le habían matado el marido.

—¿Pedro Suárez? —avanzó Sorí Marín.

—No, señor —corrigió amablemente el fiscal—. Pedro Suá-

rez es el próximo testigo. El marido de Inés Leal era Martín Argote.

—Pariente de Góngora —apuntó Calodoro, antes de que Méndez le ganara de mano.

Ahora ella estaba contando que los Argote eran tres —Martín, Conrado y Lorenzo— y los tres casados. Aquellos veintitantos testigos resumían —según les había adelantado Viera— la historia de un par de días. Un par de días suficientes para condenarse, en la vida de Jesús Sosa Blanco: el diez y el once de octubre de mil novecientos cincuenta y siete. El luto proselitista de todos estos guajiros duros y endomingados tenía un sentido y ningún director de cine podría haberlo menospreciado: reconstruir esos días, acercarlos al juicio. Allí estaban.

—Me pidieron una sábana y me dijeron que era para envolver a un soldado. Y yo se la di. Después me desbarataron la casa.

Los ajusticiamientos habían ocurrido río por medio y ella nunca había llegado a ver los cadáveres.

Pedro Suárez daba vuelta entre las manos a un sombrero pajizo. Era todo su lujo y lo había traído desde Pino del Agua.

—Me mató a mi padre el once de octubre. Él había salido de su casa a hacer una compra de mercancía y al pasar frente a ellos lo mataron. Lo mataron a él y al caballo también. Tenía, dicen los que lo vieron, tres tiros. Yo recién lo supe al día siguiente, el doce. Porque de Pino del Agua al Oro de Guisa hay lo menos dos leguas.

—¿Había combate por esos días? —dijo súbitamente el micrófono. Suárez dio una espantada, protegiéndose con el sombrero.

—No, señor —dijo—. Además, estoy seguro de que él no estaba metido en nada. Traía doscientos pesos, eso sí.

El sombrero y su juego bajo la luz habían atraído a los camarógrafos americanos. Saltaban hacia un costado, se hincaban o acuclillaban y de pronto se alzaban, apoyando la cámara sobre la cabeza. El suelo estaba ya sembrado de lamparillas quemadas. Una mujer en pantalones cambiaba la suya y su mohín de empeño ponía vertical el cigarrillo, con la lumbre hacia arriba, en el centro mismo de sus labios.

Méndez se había vuelto hacia el doncel lampiño, de largos cabellos, como de mujer, que tenía a su lado. A primera vista, un muchacho solía no ser muy diferente de una niña, en aquel holgorio en que todos usaban pantalones y fumaban con igual desgaire de veteranos. Era rubio, pálido y en su barbilla estaban todavía las trazas de un acné de adolescencia. Una ametralladora portátil colgaba de su brazo derecho; con la otra mano se enderezaba la boina negra, tachonada con el distintivo del 26.

—¿Cómo te llamas? —dijo Méndez, volviendo una hoja de su libreta.

—Esnel Rodríguez.

Lo apuntó.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Préstame —y cuando la tuvo, leyó pausadamente—: Thompson subwachine gun, 45 automatic Cartridge, U. S. Model.

—¡Qué inconsciencia! —dijo Calodoro, como si fuera un comentario a la leyenda del arma, dicha en alta voz.

—¿Cuál?

—La de que les den ametralladoras a estos chicos. Puede pasar cualquier cosa.

—No pasa nada. En Bolivia, cuando hubo que defender la revolución, entregamos las armas a los indios. Las cuidaban como a juguetes, se las llevaban a sus casas, las limpiaban todo el día, dormían con ellas. Por la noche, solían dispararlas al aire. Y nunca pasó nada.

—Pero éstos son muy chicos. ¿Sabes manejarla?

—Sé —dijo Esnel, con voz enfurruñada—. Fuí boy-scout y ahora soy soldado del Ejército Rebelde. Y no voy a gastar balas disparando al aire. No tenga cuidado.

Méndez rememoraba la actitud seria y cándida —pueril, infatuada de responsabilidades— que tenía el pueblo en armas. —«He vivido con ellos en Huanuni, en Papel Pamps y en Villa Victoria. Y sé lo que te digo».

—Miguel Lorente López —interrumpió el altavoz—. ¿Usted ha estado alzado alguna vez?

—Nunca estuve alzado —dijo parsimoniosamente el testigo. Calodoro y Méndez se miraron, subrayando el sentido de celo sexual que estaban acostumbrados a darle a ese verbo.

—¿Podría señalar a Sosa Blanco, mirando alrededor?

—Bueno, yo ya lo ví al entrar —repuso Miguel desdeñosamente, sin tomarse el trabajo.

Sonreía con un gesto desfachatado y mostraba una boca con muy pocos dientes.

—¿Qué fue lo que usted vio?

—Bueno, primero sacó a los hombres de las casas y los mandó ponerse en fila. Y después les ordenó que caminaran. Cuando caminaron los mandó a parar y coger espigas.

Sonreía siempre, agradecido por haberse salvado. El cuento le traía la memoria de su buena suerte.

—Me dio un desmayo y caí. Y al despertar estaban los muertos allí, todos los cadáveres arriba de mí. Miré y los vi tirados allí, llenos de sangre.

—Y usted, ¿cuándo se desmayó?

—Al mirar para atrás y ver que nos estaban apuntando.

Un murmullo discutió en redondo si se había desmayado o arrojado al suelo por cálculo. Miguel estiró el cuello y penduló la cabeza, como para respirar más allá de esa duda.

—Esos días, ¿se peleó por allí? —volvió a interrogar el fiscal.

—No, señor. Por allí entonces no andaban rebeldes.

—Ni hubo combate.

—Si nosotros hubiéramos tenido armas, yo le llamo combate. Pero no las teníamos.

—¿Vio algo más? —insistió el fiscal, que se sentía en el caso de exprimir a un testigo locuaz.

—Bueno, también el señor Sosa Blanco ametralló a dos soldados porque ellos se negaron a asesinarnos a nosotros. Y a mí —dijo mirándolo rencorosamente, por única vez— me sacó novecientos pesos y un camión con una mercancía y no me los devolvió más.

—¿Cuándo se los sacó?

—Antes de quemarme el bohío, que estaba seco y ardió de una vez; yo estaba tirado al lado de los muertos y lo veía hacer.

—¿Algo más?

—Que a los muertos los dejó pudriéndose al sol; los hizo arrastrar de los pies y los puso frente a las pocas casas que no había quemado y donde se habían encerrado todas las mujeres juntas. Los puso en el suelo, en fila, en el patio de tierra. Y se sentó a un lado, con la ametralladora entre las piernas. En cuanto le parecía que se abría una puerta, decía sin gritar: Al que se acerque le tiro. Después se fue en mi camión, con sus hombres. Pero la noche era de luna y la gente no salía a recoger a los muertos, de miedo a que estuviera escondido en las plantaciones. Los enterramos a la mañana siguiente.

La piedad, la conmiseración son sentimientos difusos: en todo un tramo del juicio, uno debía experimentarlos inevitablemente por el réprobo, a pesar de sus crímenes. Pero luego, de modo insensible, empezaba a transferirlos a aquella teoría doliente de testigos: a aquellos guajiros que ladraban más que decían, a aquellos terrícolas descalzos, a un tiempo flacos y

ventrudos, por efecto del raquitismo; a aquella gente cuya piel parecía a punto de resquebrajarse de tan seca y cuarteada, a aquellas muecas permanentes tatuadas por el sol, por la intemperie y la pobreza; a las bocas desdentadas y a las miradas perdidas bajo los reflectores, a aquellos seres azorados, con un aire de envaramiento —que era a la vez sorpresa, recelo, suspicacia—, tiesos, cetrinos los hombres en sus vestiduras blancas y bajo sus absurdos sombreros triunfales, blanquecinas y oliváceas las mujeres con sus ropas negras. También el proceso los alcanzaba a ellos, los situaba en el centro de aquel escenario tumultuoso, sin abolirles la extrañeza y el asombro, sin asimilarles el habla dura e inarticulada, sin acreditarles el pleno derecho a la vida, sin extraer un horror individual de las gratuitas muertes que narraban. La vida misma era para ellos el patíbulo, un patíbulo cotidiano, un cadalso al que no tenían necesidad de subir, un cepo que no se instalaba a la altura de su fatiga, de su miseria y de sus sueño.

—Lo ametrallaron, le destrozaron la cara y ni me lo dejaron para darle sepultura —gritaba Tomasa Batista Castillo, soltera y viuda—. ¡El mismo que está aquí! —chillaba guiñolescamente al señalarlo.

—Me asesinó a mi familia y a mi esposo, Lorenzo Céspedes —y Carmen Argote Estrada blandía un pañuelo negro para llorar, a más de un año, dentro de él.

—Hubo nueve muertos; los sacaron, los pusieron en fila y los balacearon —decía más serenamente Melba Argote Estrada.

Los fotógrafos eran, en su mayoría, norteamericanos, y el diálogo les escapaba. Los rostros eran su materia sensible y hacia ellos se dirigían. El de Antonio Proenza Colón —aquilino, anguloso, indígena— los atrajo en seguida. Él se había plantado militarmente ante los micrófonos, para que su condición castrense esplendiera entre aquella turbamulta de campesinos. Un relampagueo circular lanzaba y retiraba su mascarilla de cacique degenerado.

—Fui rebelde hasta terminar las operaciones, y antes pertenecí al Ejército. Estaba a órdenes del capitán Sosa Blanco en la Compañía 6 del Regimiento número 7, de Holguin. Estuvimos una semana acampados en Mayarí y allá el capitán nos mandó quemar todas las casas. En el poblado de Leviya mató a diecinueve hombres, a los que hizo bajar de un camión. A los otros los hizo seguir. Los hizo correr al monte con los brazos en alto. Y yo lo vi cómo se divertía disparándoles con la carabina.

—¿Algo más?

—Sí. Que pido al Tribunal que fusilen al capitán.

El verbo y la invocación del grado suponían una petición militar. Pero cuando el micrófono del Tribunal lo amonestó, Proenza se convirtió de golpe en el guajiro que hasta entonces había fingido no ser.

—Perdone —dijo parpadeando a la luz de los reflectores— si he metido la pata.

Y se dejó conducir de regreso sin mayor ceremonia, abrumado por su infracción a los códigos del oficio.

—Mató a mis hermanos, a mi tío y a mis siete primos —enumeró Flora Céspedes Argote.

—Al final de cuentas, este hombre, más que asesino, es un malthusianista —apuntó Méndez—. Raleó a Cuba de esta fauna interminable de los Argotes, dejó espacio en la isla.

La broma —dictada como la del pariente de Góngora por la necesidad de ir pautando de humor negro el negro melodrama— coincidió con el momento en que Flora, en nombre de sus hermanos muertos, desmadejaba de pronto su cabellera lustrosa, se arañaba los pómulos empolvados, disputaba con los milicianos para avanzar hacia Sosa Blanco, proclamando que quería estrangularlo con sus propias manos.

—Él fue el que fue, él fue el que fue —chillaba.

La sujetaron y se la llevaron envuelta en fogonazos; la boca le espumaba como la de un caballo galopando. El prisionero no se había movido; cuando vio que se la llevaban miró a su defensor (que evitaba mirarlo) y sonrió abyectamente.

El fiscal creyó que el clímax del proceso estaba allí y no había que dejarlo perder; la muchedumbre silbaba y gritaba.

—Señores del tribunal —pronunció desde su micrófono propio—: el Ministerio Público renuncia a presentar los testigos restantes. Entiende que éstos bastan.

La aclamación popular festejó tal anuncio.

—Y la defensa —preguntó el altavoz del tribunal—, ¿tiene alguna objeción que formular?

—Señor presidente —dijo el tercer altavoz, que era siempre el más ronco y calmoso—: tratándose de testigos de cargo y no de descargo, porque la defensa no ha podido disponer de ninguno para presentarlo, no hay ningún reparo que oponer al petitorio del señor fiscal.

Pero Sorí Marín no estaba de acuerdo.

—A pesar de la conformidad de las partes —transmitió entonces— y como a la presidencia le interesa demostrar que el

señor Sosa Blanco mató, no a un cubano ni a diez cubanos, sino a cien cubanos, ¡que siga el interrogatorio!

La ovación demostró que ahora el público se plegaba a esta tesis; y el testigo siguiente fue convocado. Se llamaba Marcelino Castellano, y apenas pudo decir su nombre entre el ruido que no cesaba. Lo dijo y se pasó una mano por los ojos, con aspecto de brutalidad, vejez, caducidad y cansancio.

—Marcelino Castellano —insistió— del Oro de Guisa.

Bayamo, el Oro de Guisa, Pino del Agua, Bueycito, Canto Cristo. Los nombres —pensó Calodoro— remedan una geografía idílica, al modo de las novelas de Giono. Pero en esa geografía de nombres bucólicos había corrido el crimen con la melena suelta, dando golpes a troche y moche, golpes porque sí, porque la Guardia Rural dejaba a sus comandantes hacer la guerra como les gustara, y la guerra era a muerte, café, azúcar y arroz, pillaje y cadáveres, bohíos de una sola hoja de palma acartuchada que eran buena candela, regodeo mestizo en el saqueo, el incendio y el asesinato, que eran las caras del poderío, el sensual ejercicio del mando. «Desde que existió Batista, todos estos sargentos han pensado, con la mentalidad del *Reader's*: otros pueden, ¿por qué no usted?, y han empezado a prepararse». Méndez tenía razón. Pero era tonto creer que una vez suprimidos los Casillas Lumpuy, los García Olayón, los Menocal, los Morejón y los Sosa Blanco, el mal habría sido eliminado, como si los pistoleros y los chivatos, como si los asesinos y los delatores fueran la causa y no el efecto. Vueltas a crear las condiciones en que han actuado —pensaba Calodoro—, volverían a existir todos ellos. Recordaba la exclamación de Méndez, cuando Fidel había dicho que no se proponía ajusticiar sino a los esbirros, añadiendo que a los políticos arrepentidos sería el primero en tenderles la mano, si se le acercaban.

—Este hombre se equivoca —había bromeado Méndez, con un deje escandalizado que quería ser cínico—. Las revoluciones deben hacer exactamente lo contrario: a quienes tienen que sentar en el banquillo, si son auténticos, es a los políticos. A los sicarios, no: ésos trabajan para nosotros, en cuanto estén convencidos de que el régimen ha cambiado.

Sorpresivamente, acallado el vocerío, el fiscal habló para decir que renunciaba al testigo. Consultada, la defensa no se opuso, y Marcelino Castellano se fue como había venido, pasándose una mano por los ojos, pensando quizás en el viaje que había hecho desde Oriente, para llegar a La Habana y pararse un par de minutos en el estadio, en medio de los gritos

y ante ese deslumbramiento de reflectores que lo hacía sentirse hueco, luminosamente ciego y hueco.

Y siguieron pasando.

Juana Estrada Barbán, del Oro de Guisa, soltera: «Me mató a mis hijos y a mi marido».

Angel Núñez Tamayo: «El fuego empezó a las seis de la tarde. Yo sé por qué enterré a Martín Argote. Lo enterré porque era uno de mis amigos. Enterramos a nueve, balaceados y desbaratados, algunos con las caras destrozadas. Recuerdo que también ayudé a enterrar a Jesús Corrales».

Pablo Ygarza Calderín: «El soldado se dolió de los crímenes y por eso lo mataron».

Angel Arias Aguilar era un negrito joven, menudo, descarado.

—Yo iba en el camión con el difunto León Martín Argote —dijo—. A él lo mataron y a mí me cogieron de cocinero. Después me mandó coger el camión para ir a buscar gente, con el otro moreno (no decía cuál, lo daba por sabido y nadie se lo preguntaba). Él manejó y los trajimos con varios trabajadores, que estaban a la orilla trabajando. Los hizo ponerse a todos en fila. Hasta a mí me puso en la fila, ahí; a mí que le serví de cocinero ese día. (Y el reproche de ingratitud alumbraba con un fulgor menos gastado que el de asesinato.) A la juventud la iba apartando a un lado y a los más viejos a otro. Iban apretándonos, y golpeándonos, y dándonos palos. Nos golpeaban en los miembros. «En el rostro no le des, en el rostro no le des», decía Sosa Blanco. Después llamó al moreno y le pidió que mostrara sus documentos. Él le mostró la cédula legal, completamente. Pero igual lo hizo poner en la fila.

Se dio vuelta inesperadamente hacia Sosa Blanco y le gritó:

—¡Nos hiciste poner a todos en la fila, asesino!

—Es mentira —dijo Sosa Blanco con una voz opaca y perturbada. Pero el negro, cuajado en la luz, dio un paso hacia él, con las nudosas manos abiertas, como para demostrar o apretar, y Sosa cedió de pronto, bajando la cabeza. El público estalló de nuevo.

Otra botella Hatuey llegó hasta Calodoro. Se bebió lo que quedaba de un solo trago.

—Ese asesino me mató a mi hermano —decía Avelina Argote.

—¿Lo reconocerías? —dijo el fiscal, tuteando a un testigo por primera vez, con una confianza que era hija del desgaste.

—Lo reconozco porque lo vi en los diarios, en una fotografía.

Y empezó a dar la vuelta, con el índice en alto.

—¡Sigue, niña; sigue, sigue! —la estimuló el obeso mejicano, semilevantándose apoyado en sus muslos enormes. Parecía entusiasmado.

—No puedes hacer eso —dijo Calodoro—. Esto es un juicio.

—¿Qué importa, niño? —repuso el mejicano, sin interrumpirse ni enojarse—. Una bestia así no necesita juicio. ¡Sigue, sigue!

Carlos Argote Pica dio por ametrallados a once de su familia; Herminia Argote Prada ofreció como muertos a su padre, a su hermana, a sus primos.

La madre de Lorenzo Céspedes: «A él lo mataron, junto con los Argote. Me lo asesinó el desgraciao ese, que me dejó a comer tierra».

—¿Usted tiene una finca? —preguntó el fiscal.

—La finca que tengo es el cementerio; es la única.

E irguió la cabeza hacia ese ruido tras las luces, llamado público; pero el público no recogió la frase.

Su marido, Leopoldo Céspedes:

—Me mataron a mi hijo Lorenzo y a mi socio Martín Argote. Además, nos robaron doscientos quintales de café y nos deshicieron la casa a hacha.

—Yo acuso en masa a toda esa compañía —dijo de pronto, como una ocurrencia—. ¡Pido que juzguen en masa a toda la compañía!

Y el público y los *flashes* lo separaron del conjunto, en una breve apoteosis de puños imprecantes cerrados.

¿Unos quintales de café y un hacha pueden llegar a emocionarnos más que la suerte de un ser humano? Es que hay algo en que toda esta gente está de acuerdo con Sosa Blanco y no consigo —pensó Calodoro—. En el escaso valor que conceden a la vida y a la muerte, en la falta de indemnidad, en el sentido de bien provisional que tiene —para todos ellos— la existencia de un hombre. «Se balacearon» quiere decir aquí tan poco como para nosotros decir «disputaron», «discutieron», «riñeron», sin más consecuencia. ¿Será sólo el efecto de los días atroces que han pasado, esos días que el padre de Raquel —cuando el primero de enero no se atrevió a lanzarse a la calle al anuncio de la caída de Batista, por temor a que fuera un ardid para que la gente se delatara— se negaba a creer, se resistía a pensar, de puro júbilo inseguro, que hubieran terminado? ¿Será sólo un efecto de esos tiempos oscuros o habrá

también una distinta escala de valores, propia del Caribe, de la feracidad que para nacer y de la facilidad que para morir muestran tener aquí las plantas, las palabras, el hombre?

La orgía de pillaje había venido a sustituir a la muerte, en la palabra de los testigos: «agarraban machos, cogían gallinas, cogían pollos», decía Antonio Labrada. «Empezaron a robar gallinas, machos y toda clase de animales. Bajaron tres carros cargados de animales y quemaron todas las casas de Pino del Agua», refería Manuel Losada hijo. «Yo soy acusador de una casa que me quemó el señor Sosa Blanco en el Oro. Valía dos mil y pico de pesos», narraba Glauco Castellano. Y luego, como un amargo efecto de humor desinteresado, impersonal, agregaba: «La casa no se había metido con él ni con nadie».

También dijo haber sido amigo del viejo Suárez y saber que lo habían asesinado.

—¿Cómo lo supo? —preguntó el fiscal.

—Vi las sepulturas y supe que una era de él, por el sombrero.

Antonio Sánchez González era moreno. Acaso fuera el de la cédula de identidad y se ignoraba cómo había escapado de la fila. Repetía el episodio de los hombres en hilera, pero añadía un elemento más, para acentuar la crueldad de la orden.

—Todos los que pestañean, ametrallen, así sea la madre mía que encuentren en el camino —les dijo—. ¡Y eso no es cualquier cosa!

Tal vez debía la vida a no haber pestañeado; acaso estuviera pensándolo, y fuera lo que le hacía sonreír orgullosamente, cuando se lo llevaban.

El oscuro viejo sarmentoso y el niño que traía, habían sido dejados sin duda alguna para el fin, cuidadosamente elegidos para el epílogo de aquella serie testimonial. Eran Ricardo Argote Brizuela, de Bayamo, y su sobrino nieto Argenio Argote Rosales. El tío trajo al niño —flacucho y vivaz— como quien trae un gallo al reñidero, depositándolo con todas las precauciones. Los milicianos dieron un paso atrás, como relevados de su guardia ante la que el hombre se allegaba a prestar.

—¿Qué tienes que contarnos? —dijo el fiscal con una voz bondadosa y no forense, como para infundir confianza al niño, de la manera en que se hace para obtener la confesión de una travesura, gracias al tono que se adelanta a perdonarla.

—Que mató al papá mío —dijo el chico con una vocecita aguda.

El rumor del público instauró una sensación de violencia

que la sencilla frase no prometía. Y el fiscal volvió para traer la calma, una calma hechizada y aterida de la que esperaba mucho más que de la simple indignación.

—¿Cuántos hermanitos tienes? —dijo.

—Seis hermanitos —respondió el niño.

Esta pobre evocación de la prolificidad campesina cavó un pequeño silencio y el fiscal pudo volver al tema.

—¿Tu papá era fidelista?

—No, señor. Era carpintero.

Una tenue risa conturbada subrayó la inocencia: Calodoro pensó que era la primera vez que había oído pisar despacio a la multitud.

—¿Y cómo sabes que él mató a tu padre?

—Porque él me dijo: «Salgan del campamento y tú vuelves ahorita para casa». Y porque después me llamó y me dio el reló y la sortija para que se los diera a mamá.

El reloj y la sortija: la muerte parecía aún más cruel con esos abalorios, la muerte elíptica a los ojos de un niño.

—Y después escuché las descargas —agregó sin énfasis.

El silencio fue peor que el escándalo, un silencio que golpeó en la nuca del prisionero, haciéndole bajar la cabeza, para rescatar unos ojos acorralados y empañados. «Piensa en sus propios hijos», dijo Méndez.

Ricardo Argote recogió al niño, que podía caminar perfectamente, y lo alzó en brazos. Teniéndolo así, se acercó al ruedo de los micrófonos y depuso allí la frase largamente estudiada:

—Como la palabra de un inocente no se puede contradecir, ¡ésa es mi acusación!

Y se puso en marcha sin esperar a que los guardias lo siguieran.

—Señores del tribunal —dijo el fiscal, dejando ver que asumía una calma que le costaba su trabajo—. Ustedes acaban de oír a este niño, el último testigo. Lo han oído hablar y decir lo que sabía; porque en este juicio no ha habido preguntas amañadas ni emboscadas para nadie.

En el mismo silencio que proseguía, el micrófono del presidente anunció que se hacía una pausa antes de pasar a las arengas del Ministerio Público y de la Defensa.

La pausa sirvió para levantarse y desentumecerse: se abrieron claros en el anillo humano que rodeaba al ring y al encausado, fue posible caminar e incluso acercársele. Calodoro lo

hizo, y vio cómo ni la guardia ni los jueces impedían la comunicación con el reo, en tanto el defensor se atenía a conversar con los periodistas, sin aproximársele. Se allegó al círculo de curiosos que rodeaba la silla en que Sosa Blanco hablaba, pendulaba negativamente la cabeza, hacía lo posible por eludir las tomas de televisión.

Juan Emilio Pacull estaba a su lado, conversándole, y le decía que era uno de los periodistas venidos de Chile para presenciar la Operación Verdad.

—¿De Chile? —dijo Sosa Blanco, y no le fue posible extraer otro cumplimiento que éste—: Tengo un amigo chileno que vive en Cienfuegos.

—Oiga —dijo Juan Emilio—. Usted es un valiente, y se ha enfrentado con coraje a toda esta multitud. Paso por alto lo que ha sucedido y se lo reconozco: usted tiene cojones. —Y luego, como para atenuar el sentido de la felicitación—: Eso sí, seguramente van a fusilarlo, porque ha hecho muchas *huevás*, y de las feas. Pero eso es otra cosa.

No había ningún sadismo en el pronóstico, y el prisionero simplemente agradeció el cumplido. Estaban todos junto a él y lo interrogaban, con ánimo de encuesta perdiodística: ¿Cuál es el testigo que más le impresionó? ¿El niño, el cocinero negro, la mujer que quiso avanzarlo? Él prefería no responder, mientras el espasmo luminoso de las cámaras lo acosaba, le indagaba ángulos del rostro, lo sorprendía con los ojos cerrados o con un rictus que podía pasar por sonrisa, duda o sufrimiento.

De pronto, una mosca empezó a revolotear en torno a su nariz, y él levantó las manos esposadas, para espantársela.

—Ah, sí —dijo entonces un venezolano que llevaba en la solapa izquierda la tarjeta de Prensa, la mención de su país de origen y, tachonando de esmalte la cartulina, una insignia de la Acción Democrática—. ¿Te estorban las moscas? —Y después, villanamente—: ¡Son las moscas de la muerte, que ya te tomaron el olor y andan rondándote!

Una desaprobación explícita surgió desde el grupo. Valtierra, que tomaba notas en su bloc o frotaba la punta del bolígrafo contra la malla azul de su remera, para quitarle la borra, se volvió hacia Calodoro y, como si hablara con él, pero casi en el oído del venezolano, dijo:

—A veces, es curioso, hay quien tiene el alma más podrida que el mismo criminal.

El venezolano pensó por un momento en reaccionar, pero desistió: la reprobación colectiva se había convertido, tras un

instante, en una categoría de su propio arrepentimiento. Simuló desentenderse de lo que decían y, al cabo de un minuto, se abrió paso y se fue.

En la orilla del diálogo comenzó a oírse la tenue guitarra que Calodoro había visto al entrar. Entonaba una habanera antigua, triste y nostálgica, querenciona. Su audible existencia era un milagro en aquel recinto cruzado por pregones, por gritos espasmódicos de los vendedores, por martillazos dados en algún sitio oculto, por largas voces de encuentro y reconocimiento, por risas y truncas consignas que trepaban o caían por las gradas; más allá del anuncio de los helados, distinta del mismo comentario enardecido del juicio que recogían los transistores en la mano de los periodistas y de los curiosos, la guitarra existía y cundía insidiosamente, refería una cifra de desposesión y de muerte, cantaba con un alma terrígena y olvidada, salía de las entrañas verdes de la manigua, mestiza de españoles y de indios, turgente y dulce como una luna llena.

Calodoro rememoraba las palabras de Fidel, en el largo discurso del Copa Room, aquella *boîte* del Havana Riviera. El mismo Fidel, con su empecinamiento generoso y enérgico, con los lamparones oscuros de sudor en las tetillas, y el habano, y las toses, y su perfil acanerado, y su barba, y sus dientes blanquísimos, era una errata en aquella sala de paredes color frambuesa, de decoración acolchada y capitoneada, de ocio, molicie y exclusión. *El odio y el deseo de justicia por parte del pueblo* —había dicho Fidel— *recaen precisamente contra aquellos autores de sangre monstruosos, como esos que ustedes han presenciado hoy aquí en las fotografías que se les han proyectado. La pena capital* (y la guitarra hacía ahora un contracanto afeminado y misericordioso, lloraba por un pasado del planeta en el que no existiera la violencia original del hombre) *sólo la estamos aplicando en aquellos casos en que el pueblo, unánimemente, como si fuera un gran jurado, está de acuerdo. Las pruebas de esos juicios tan rápidos* (y la guitarra moría, cada vez más lenta) *están al alcance de todos. Quedan muchos casos de criminales a los que se apliquen otras penas, puesto que el procedimiento será más cuidadoso y siempre habrá tiempo de una rectificación.*

«Como si fuera un gran jurado». El jurado comía ahora, bebía, estiraba las piernas, se había ido a orinar en los rincones. Pero ya volvería.

—Lo peor de esta ordalía demasiado larga es que uno acaba por embotarse —le dijo Méndez, cuando se encontraron de-

bajo de un tren rodante de televisión, que difundía roncamente detalles del proceso—. Aquí estoy yo comiendo un helado y tú pensando en tu familia. Y cuídate de los cubanos, porque a esos se les ha ocurrido una estratagema que parece de literatura fantástica: reportajes de periodistas hechos a periodistas. ¡El colmo!

El mismo sentido del humor se extenuaba y mecanizaba —pensó Calodoro—. Méndez no sabía dejarlo en reposo. En la memoria se le aparecieron la cara de Eugenio y su reflexión sardónica: ¿Te acuerdas de lo felices que éramos cuando no éramos humoristas?

Jorge Serguera parecía, arrebatado y elocuente, golpeando con un puño la mesa de pino, revolviendo papeles o volcando las mechas de una cabellera profusa e indisciplinada, un personaje de *La casa de la Troya.* Calodoro no podía, en todo caso, evitar una sensación de simulacro, de ensayo general, de preparación estudiantil para disertaciones magistrales, en tanto le oía mencionar al marqués de Beccaria o hacer el análisis político de los feroces años de Batista. Los mártires universitarios —Menelao Mora, José Antonio Echevarría, Fructuoso Rodríguez, Joe Walbrook, tantos otros—, debían estar de algún modo al lado de él, alentando el torrente de fecundia verbal en que hablaba, recapitulaba, evocaba y pedía. Los veinte mil muertos del batistato, los estudiantes ajusticiados a cuyos cadáveres se exornaba, como una irrisión, con un cartucho de dinamita, los muertos que delatoramente devolvía el Caribe y aparecían flotando por las mañanas junto al malecón, los que caían acribillados en las calles nocturnas al paso de los «tigres de Masferrer», toda esa teoría de espanto y de crimen aparecía y sobrenadaba en las frases del fiscal, hacía la trama de una acusación-tipo, que serviría para todos los criminales y que concretamente, en toda su extensión, quizá no aludiera a ninguno más que a otro. Era el crimen, el crimen echado a rodar por la impopularidad, el ludibrio y el miedo, el que aparecía enjuiciado en aquel ademán tribunicio, en aquella jugosa voz juvenil, en la empenachada gallardía de aquella cabeza enmarañada y ardiente.

Calodoro oía repetir lo que ya había oído en las páginas de *Bohemia,* lo que le habían contado y vuelto a contar desde que llegara a La Habana: muchachos que habían muerto por haber salido de noche en busca de una aspirina, jóvenes asesinados sin haber sido siquiera interrogados, en las tropelías

que Ventura desató para vengar a Salas Cañizares: toda una pesadilla siniestra donde entraban *racketeers,* venalidad, matarifes profesionales y miedo, miedo, miedo.

Al cabo de quince minutos, la arenga vino a posarse sobre Sosa Blanco e hizo sonoramente el recuento de sus correrías. Pero era, también aquí, el cuatrero de la Guardia Rural —el personaje permutable que hoy podría llamarse Sosa Blanco y mañana Morejón—, quien aparecía en el banquillo de los acusados, el destinatario del horror y la abominación. El crimen había corrido desde Marianao y El Vedado hacia Las Villas, Camagüey, Santa Clara u Oriente; ése era todo el cambio.

Abruptamente, cuando los cargos habían brotado ya —a un tiempo esquemáticos y aplastantes—, Serguera alzó la frente, en un gesto de purificación por desprendimiento, y dijo:

—Señores Miembros del Tribunal: en consecuencia de los hechos referidos y de las sanciones que para ellos previene el Reglamento Penal Número Uno de la Sierra Maestra, os demando la pena de muerte para el acusado.

Por más que hubiera sido previsible, por más que hubiera sido ya invocada por todas las implicaciones de la requisitoria, la petición escueta pareció llegar de modo inesperado y desató un alud de aprobación. Un estruendo compacto y deportivo llenó todo el recinto, golpeó y rebotó como un trueno en las galerías rebosantes, de las que ahora parecía querer descolgarse hacia adelante, de puro fervorosa y apeñuscada, la vociferante y estremecida multitud.

—¿Y éste es el pueblo pío? —preguntó Méndez, que parecía dispuesto a no simpatizar—. El que no puede sufrir las corridas de toros...

Aludía al discurso que Fidel pronunciara esa misma mañana en el Havana Riviera. *Yo tengo muchísimo interés en analizar el problema de los juicios sumarios* —había dicho—. *Y considero que es necesario que ustedes se lleven bien clara la verdad. Hay una serie de razones poderosísimas a favor del procedimiento y de las medidas adoptadas. Ustedes vieron aquí unas fotografías que son un débil reflejo de lo que sucedía en la realidad. La realidad es mil veces más monstruosa.*

Y entonces había agregado el ejemplo; una historia sobre piedad cubana y también —«Fidel seguramente no lo sabe», había pensado Calodoro al oírlo— sobre piedad uruguaya, porque asimismo en su país, desde el gobierno de Batlle, estaban prohibidos los toros. *Yo quiero que ustedes vean un indicio que tiene más valor para demostrarlo, y es el siguiente: la unanimidad del pueblo de Cuba, demandando el castigo y el*

fusilamiento de los asesinos. Difícilmente se encuentre un pueblo tan noble, tan sensible y humanitario como éste. En Cuba no se pueden ver las corridas de toros, porque la opinión pública se subleva ante esa idea. Si aquí se proclamara que hay que matar a todos los perros callejeros, veinte sociedades saldrían a protestar, para que no se les matara; ésa es la sensibilidad del pueblo de Cuba. Nuestros periodistas son hombres sensibles a la injusticia; nuestros intelectuales, nuestros sacerdotes o predicadores son sensibles a la injusticia.

—Recuérdame después —había susurrado Méndez al oído de Calodoro— este hermoso tema de la piedad con los hombres y con los animales. Hay mucho que hablar.

Sin embargo —había seguido Castro, pasándose un pañuelo por la frente—, *en esto el pueblo es unánime. ¿Por qué? ¿Acaso porque éste sea el pueblo romano de aquellos tiempos de los Césares, sediento de sangre? No. Es positivamente todo lo contrario. Precisamente porque es un pueblo que repudia el crimen, que repudia la tortura y los actos contra la humanidad. Si el pueblo de Cuba no odiase tanto el crimen, no estaría tan unánimemente de acuerdo en que se castigue a los culpables. ¿Lo hace por sed de venganza? No; yo creo que éste es el pueblo menos vengativo. ¿Se puede llamar pueblo con odio a un pueblo que no arrastró un solo esbirro, que no le dio un solo golpe... y en ocasiones esos esbirros fueron detenidos por el propio pueblo? Es un pueblo consciente que condena el crimen, que siente repudia ante el crimen y el deseo de que nunca se vuelvan a producir esos hechos; y por eso cree que tiene que haber un castigo ejemplarizante.*

—La caída de Machado produjo tres mil arrastrados en las primeras horas —le habían contado al llegar a La Habana—. Y muchos utilizaron la confusión para llevar a cabo venganzas privadas, como si fueran actos de justicia política. Y si no hubiera sido por Eddy Chibás, que se plantó frente a la gente y le habló... Ahora mismo, aquí en La Habana, había ocurrido el episodio de Escalona y Rodríguez.

Rodríguez era uno de los mejores combatientes del 26 de Julio. Había participado en veintidós combates. Y cuando de golpe se pasó, en La Habana, de la clandestinidad a la victoria, salió con una patrulla a buscar a Escalona y lo fusiló, acusándolo de chivato. Luego se supo que Escalona y Rodríguez eran rivales ante una misma mujer; entonces Rodríguez fue a parar a la cárcel; y Fidel ya ha dicho que no interpondrá ninguna influencia para que le perdonen.

Los mismos que hoy dicen que no se fusile —había agregado Castro—, *son los que mañana van a pedir su libertad. ¿Y saben lo que sobrevendría en el país si alguno de esos hombres anduviese por las calles? Pues vendría la venganza de los familiares de las víctimas. El pueblo de Cuba sabe que tiene que castigarse a los criminales por convicción y no tiene piedad para con los asesinos, porque tiene muy fresco en la mente la idea de siete años de horrores.*

Cincuenta y dos al cincuenta y nueve. Calodoro había evocado las pequeñas historias que le narrara Raquel: «No voy a contarte más que lo que supe de primera mano, porque en aquellos días eran tantos y tantos los rumores, tantos y tantos los crímenes espantosos que se decían, que es posible que la gente se haya puesto a inventarlos para aumentar el terror o la indignación. Pero éstos sí me constan, un caso porque lo vi, el otro porque pasó en mi familia. Yo tenía un primo de dieciséis años, que daba mucha pena a su padre: ni estudiaba, ni quería trabajar, ni podía evitar que noche a noche se le escapara al *night-club*. Un día, a mi tío se le ocurrió el remedio. Un comandante de policía era amigo suyo, y le pidió que hiciera una redada y se llevara al muchacho. Cuando lo hubiera tenido una noche entera preso, llamaría al padre y se lo entregaría, bajo severa admonición. Lo que ni el comandante ni mi tío podían saber es que esa noche pondrían una bomba en el Hotel Comodoro, que quedaba en el mismo reparto de Miramar. Y a las tres de la mañana llegó a la Comandancia, furioso, Esteban Ventura. Hizo formar en el patio a todos los presos, varios tomados una hora antes como sospechosos de haber puesto la bomba. Los hizo formar y pidió a los autores que se descubrieran, porque de lo contrario la pagarían todos. Nadie habló y entonces Ventura los ametralló sin dejar uno, mi primo entre ellos. El otro caso nos pasó, poco antes de la historia del primo, a mi hermano Telmo y a mí. Hacía tiempo que no enterrábamos a nadie en el panteón de la familia, cuando murió tía Amalia. El abuelo había mandado hacer un templete de estilo griego en el Cementerio de Colón, y allí íbamos a dar con nuestros muertos. Cuando murió Amalia, mamá pidió que —unas horas antes del entierro— fuéramos a abrir el panteón; temía que las puertas pudieran estar enmohecidas o el subsuelo inundado. Fuimos los dos y nos dieron las llaves en el despacho del cementerio. Telmo abrió y se echó de golpe hacia atrás, espantado. Entonces miré y pude ver lo que había: el panteón estaba atiborrado de muertos jóvenes y recientes, de muchachos vestidos, que habían sido arrojados allí en montón, a los apurones, y habían quedado en

posiciones inverosímiles, retenidos por un peldaño de la escalera que descendía a los bajos de la bóveda o enganchados de un pie en alguno de los soportes laterales, mirándonos con la cabeza vuelta hacia nosotros y unos ojos abiertos y turbios. El olor a humedad y el hedor de la muerte se mezclaban horriblemente. Yo no pude hacer nada más que huir, pero Telmo me detuvo. Me hizo sentar en el borde de otro sepulcro y cerró el nuestro. Después volvimos a la oficina y él contó sobriamente «la sorpresa» que habíamos encontrado. El encargado no pareció sobresaltarse tanto; tuvimos más bien la impresión de que afrontaba, por falta de previsión de alguno de sus empleados, una contrariedad administrativa. ¿A qué hora entierran a la señora? —preguntó.

Y cuando se lo dijimos, nos quiso tranquilizar asegurándonos que encontraríamos «todo en orden». Eso sí: era preferible no hacer comentarios. Y pasó tal cual: a las cinco de la tarde el panteón estaba vacío, los muchachos vestidos de calle habían desaparecido y al cabo de pocas horas todo parecía un mal sueño. Telmo me preguntó esa noche: ¿Estás segura de que los vimos bien? Pero yo todavía veía las caras, sobre todo los ojos, y retenía en la nariz el olor de los cuerpos. Recién me animé a hablar cuando cayó Batista. Entonces me dijeron que aquello era más seguro que el Caribe, que devolvía a los muertos con la pleamar. Porque Colón se los guardaba.»

Claro que esto es difícil que lo comprendan los otros pueblos —había confirmado Fidel—. Todos nosotros hemos oído hablar de los crímenes contra los primeros cristianos de la historia, que los crucificaban o lapidaban; hoy nadie se emociona ni se horroriza. Es posible que si uno va al cine y ve una película sobre esos temas salga horrorizado y condenando aquello.

—O aburrido y bostezando aquello —había dicho Méndez—, si es un film de Cecil B. de Mille.

Ninguna prueba es tan contundente como la que está dando el pueblo de Cuba, respaldando los fusilamientos, porque éste es el pueblo más sensible de la Tierra.

—No dijo el pueblo pío —corrigió Calodoro, a quien la hipérbola había impresionado rencorosamente (ombligo contra ombligo, todo el que exalta a un pueblo deprime a otros sin nombrarlos)—. Dijo: «el pueblo más sensible de la Tierra.»

Pero el rencor era fútil y pasajero. Este es un pueblo humanitario y enemigo de la muerte, al punto de detestar las corridas de toros. Pero también es cierto lo que dice Sosa

Blanco: «la gente más sensible de la Tierra no está dispuesta a permitirle que salga de aquí si no es condenado a muerte. Sea como sea, ¿hay pueblos más humanitarios que otros, o tan sólo circunstancias que los llevan a parecer tales? Nosotros mismos, con nuestros cincuenta y tantos años de civilidad incruenta y antiheroica, ¿podemos estar seguros de ser realmente desafectos a la violencia y a la crueldad, como pueblo? ¿O es simplemente que tenemos derivativos más veniales de la pasión y formas menos épicas de ejercerla, como el fútbol de sábados y domingos?»

Y esta gente que grita por la muerte de otro, poco tiene que agradecerle a la propia vida, aunque la esté asumiendo con todos sus pulmones. El respeto a la vida es un valor sacro y paralizante para la clase media. Nunca ha detenido al pueblo totalmente desposeído, para quien la muerte entra en juego en cuanto hay un par de copas para matar o un pretexto rebelde para morir; ni tampoco ha detenido a la clase alta, que carece de piedad concreta por aquellos a quienes explota y lentamente estruja. Es la clase media la que ha erigido un altar a los valores de la vida, la que —con o sin religiosidad, con o sin sentimiento trascendente— ha creado esa categoría y también la categoría del temor colectivo a la muerte, como una forma de expresar la inseguridad en su propio destino. La clase media teme a la muerte como clase. Morir ella misma, desaparecer, ver morir a aquellos que le son ajenos pero sin cuya existencia no se sostendría, o ver morir sencillamente a alguien. Los ricos, en cambio, sienten tan sólo la punzada de la muerte individual, en un alrededor más cercano, en un círculo solidario y estrecho; y lo demás les parece superstición. No piensan en que algún día hayan de ser sacrificados como clase, aunque están más próximos que nadie a serlo, aunque sean los herederos históricos del tajo de la guillotina del 89 que funcionó movida por sus abuelos, y aunque ya se esté juntando y esperando una nube de polvo sobre sus cabezas.

El griterío había cesado ahora y el presidente daba la palabra a la Defensa. Calodoro se dispuso a atender. A atender sin miedo y sin tacha. Nada de autocompasión traficada como pietismo de clase —pensó, burlándose momentáneamente de sí mismo—. Nada de glorificaciones pequeño-burguesas.

Antes de comenzar, D'Acosta emparejó cuidadosamente sus apuntes, aplastó el cigarrillo contra una de las esquinas de la mesa, se caló los anteojos. Acaso esta parsimoniosa preparación persiguiera el silencio, la calmosa expectación de un estilo forense o de una estrategia procesal, esos bienes que se

estiman en las audiencias y que no podían tener curso esta vez. (Condenar a un hombre a muerte puede ser una necesidad de guerra —pensaba Calodoro—, pero un tribunal que aplique la ley marcial no puede tener más sedes posibles que la sala de justicia o el casino de oficiales.)

Con una voz opaca, el defensor empezó a analizar el asunto, abstrayéndose de los detalles. Por una suerte de curiosa alquimia, el tema de la muerte, de los incendios y del saqueo se convertía en «un caso de aplicación retroactiva de la ley penal». El Reglamento Penal Número Uno había sido dictado en febrero de 1958 —recordaba D'Acosta—. Y los hechos que al Tribunal le concernía juzgar habían ocurrido en octubre del 57. ¿De acuerdo a qué ley había que considerarlos? Se preguntaba y se respondía: De acuerdo al Código Penal ordinario, que no prevé la pena de muerte. La retroactividad de la ley penal desampara los fueros del individuo —decía—. Y por más que el Reglamento Número Uno se haya proclamado aplicable a hechos cometidos con anterioridad a su vigencia, y aun teniendo en cuenta su condición de Derecho Revolucionario, ponerlo en práctica para imponer la pena capital a hechos que en su hora no la suponían, es una aberración jurídica.

—A juicio de la Defensa —dijo, coronando tras muchas citas de autores esta parte de la alocución forense—, el Tribunal no está habilitado para aplicar retroactivamente a los crímenes que juzga, cometidos en octubre de 1957, la pena de muerte.

El Estadio entero, apenas esta operación de descenso le quitó toda duda acerca del sentido del discurso, se pobló de gritos y silbidos.

—El público debe escuchar a la Defensa en absoluto silencio —previno el micrófono de la presidencia—. El Capitán D'Acosta Calheiros es un digno oficial y fue un valeroso defensor de sus compañeros de armas que se insurgieron contra el batistato, jugándose así su carrera, su comodidad personal y quizá su vida. Hoy vuelve a asumir, por sentido del deber, un puesto incómodo en este juicio. Bastante tiene ya con lo ingrato y arduo de su oficio, para que se le haga sentir esta injusta hostilidad. Y aun cuando se pudiera entender que tal hostilidad no va dirigida a su persona, sino a la tesis que las circunstancias lo fuerzan a sostener, el Tribunal no está dispuesto a tolerarla.

—Muchas gracias, señor Presidente —repuso el defensor, con una voz ronca pero no velada por ninguna emoción, e inclinando la cabeza bajo el cono de luz de su lámpara—. Prosigo. Además del punto de la retroactividad, del problema de

la aplicación de la ley en el tiempo, existe otro: el del conflicto a la colisión de dos leyes en el espacio. Cuando se dictó el Reglamento Penal Número Uno, la rebelión no dominaba más territorio cubano que el de la Sierra Maestra; ni siquiera campeaba en todo el Oriente. Y aunque el Reglamento se promulgó para todo el territorio de Cuba, en ese momento tal declaración fue sólo un arranque de romanticismo político de los que llenan la historia de Cuba desde los días de Martí; fue sólo eso y un acto de fe.

—¿Un acto de fe? —preguntó el presidente. No podía saberse si tenía dudas de haberlo escuchado o si le parecía absurdo.

—Sí, señor. Un acto de fe. Expresaba una simple posibilidad de futuro, a la que los hechos —debe reconocerse— han dado la razón. Pero en el momento en que se promulgó el Reglamento, el resto de Cuba, excluida la Sierra Maestra, estaba bajo el imperio de otra ley penal, y en ella no se prescribía la pena de muerte para los hechos de que se acusa al reo. No es, pues, el caso de una ley que se aplique a hechos que, en su momento, no fueran mencionables de acuerdo a ninguna otra. Teóricamente, por lo menos, esa otra ley existía. Hipotéticamente, si se prefiere decirlo así. Y siendo así, si hoy se pretende dar retroactividad al Reglamento Penal Número Uno, para aplicarlo a hechos que se cometieron fuera del territorio dominado por el Movimiento 26 de Julio, se está diciendo que los crímenes realizados en el Oriente tenían, en la fecha en que ocurrieron, dos sanciones posibles. Dos sanciones superpuestas o alternas, nadie podría haberlo sabido entonces. Una situación tan incierta no parece jurídicamente regular.

El discurso era razonante, preciso, frío. El prisionero no era jamás sancionado en nombre y circunstancias, el alegato no bajaba hasta él, no lograba siquiera interesarlo en la discusión de su propia condena. Había un rigor ascético pero descarnado, una forma de compromiso con el intelecto que no bastaba como forma de compromiso ante la vida, aunque pudiera valer como ecuación de la inteligencia, para salir del paso y tener la coartada de la sensatez y lo irrefutable. Lo cierto es que las revoluciones no refutan —pensaba Calodoro—. Pasan por encima y siguen.

—Este es, de todos, el único jurista —dijo Méndez; y la comprobación reflejaba a la vez asentimiento mental, frigidez, inservibilidad, sentido de distensión y pasatiempo.

—Es verdad —resumió Calodoro—. Pero a esta altura, ¿de qué le vale al preso? Le valía de muy poco, sobre todo t-niendo

en cuenta que el autor del Reglamento cuya aplicación se cuestionaba había sido el mismo presidente del Tribunal, en funciones de Auditor General en la Sierra Maestra.

—Juan Palomo —dijo Méndez, apoyándose en la certeza que la antipatía física del señor Presidente daba a cualquier suposición de mezquindad—. *Yo me lo guiso y yo me lo como.* A éste no le falta más que mandar al pelotón de fusilamiento. ¿No pedirá la alternativa?

Con el mismo reposo elusivo, con el mismo tono ecuánime y distante, el Capitán terminó pidiendo al Tribunal que se desechara la aplicación de la pena de muerte, requerida por el Ministerio Público, «por existir insuperables obstáculos de orden jurídico que la dirimen». No podía haber dicho la palabra «inocencia» pero tampoco dijo ninguna palabra mínimamente adherida al asunto concreto, a la entraña del procesado y de sus crímenes, a ninguna posibilidad de justificación social o histórica, a ninguna exorbitancia ocasional de los límites de la obediencia debida. El alegato había terminado, redondo y aséptico. No precisaba haber salido de su escafandra para decirlo, habría sido igual con un maniquí de cera por delante, sentado en el banquillo en vez del hombre. Terminó, depuso los anteojos y se quedó por un momento inmóvil, perdida en un punto incierto de aquel aire denso y viciado, también inmóvil, la mirada miope. No miró a Sosa Blanco, no miró a nadie.

El micrófono preguntó al prisionero si no tenía nada que decir por su parte. Con un gesto desdeñoso, el preso se abstuvo hasta de contestar, de decir «No» en dos letras. El Tribunal anunció entonces que habría una nueva pausa, ya que los jueces se retiraban a deliberar.

Se pusieron a caminar los tres por el ruedo central del estadio, que comenzaba a despoblarse lentamente. Las lamparillas quemadas de los *flashes* crujían bajo sus pies, estallaban en un polvo brillante y áspero, que se incrustaba en los poros de las suelas. Calor, reflectores, cansancio. En las pantallas de televisión podían verse los reportajes que se hacían allí mismo, escasamente a diez metros. Opinaban abogados, periodistas, milicianos, visitantes. Una marea de locuacidad desencajada sucedía al hartazgo de la emoción, a esa suerte de fatiga y desánimo que crea la extenuación en las grandes jornadas deportivas.

—Los espectadores de un partido de fútbol o de un match de beisbol adelgazan medio kilo, según se ha comprobado —dijo

Valtierra. Y tomando una solapa empapada del traje de Calodoro, añadió—: ¿Cuánto rebaja un *giornalista* rioplatense en un juicio que puede durar doce horas en La Habana?

—Mi Operación Verdad consiste en deshidratarse —asintió Calodoro—. El que pierde gana, sobre todo si es gordo.

—*Yo os digo que la retroactividad de la ley no está prohibida en la Constitución cubana: y que, aun en caso de existir, toda prohibición de ese tipo descaecería en el nuevo orden jurídico que crea una Revolución.*

—*¿Ve usted entonces una antinomia entre Derecho y Revolución?*

El abogado carilleno y el periodista de rostro esquinado y equino sudaban por igual bajo las ampollas hirvientes de la T-V. Si optaba por escucharlos en la vida real y no en la pantalla, Calodoro podía ver, como un consuelo, que también sus trajes de *rayon* estaban arrugados y pegados a los homoplatos, que sus zapatos parecían más romos y mellados bajo la película de polvo gris y las peladuras en las capelladas, que delataban un roce de horas y horas con el cemento.

—*No es antinomia sino renovación. El Fénix jurídico, si así puede decirse, resurge de las cenizas. Pero ya es otro.*

Palabras, palabras, palabras. Las cámaras las necesitaban, para sostener la ansiedad de sus espectadores; los reporteados las decían, para revalidar una convicción o labrarse un crédito, en el remotismo y en el enervamiento de la madrugada.

El Tribunal se había ido y el fiscal también; el defensor, sentado ahora sobre el mismo ángulo de la mesa en que abollara sus cigarrillos, respondía a las preguntas de quienes se le acercaban, reforzaba su tesis con ejemplos. Su aire de urbanidad adelantaba la admisión de la derrota.

De pronto hubo una orden impartida a los soldados y éstos la transmitieron al preso. Lo levantaron, lo flanquearon a ambos lados y comenzaron a salir.

Ya raleado, el estadio protestó débilmente, se partió en gritos aislados.

—Lo llevan a La Cabaña y lo traerán a la hora de la sentencia —aclaró Valtierra, que había ido a informarse—. Esto va largo.

—Vamos a tomar algo fuera de aquí —propuso Calodoro—. Una cerveza o cualquier cosa fresca, pero fuera de aquí.

—¿Y podremos volver? —dudó Méndez.

—Con los pases de prensa no hay problema —aseguró Valtierra.

Salieron a la calma de la noche. Los tres parecían entume-

cidos y abrumados, fumando lentamente contra un cielo claro, de luna menguante. Perezosa, sinuosamente ondulaban, en los mástiles que rodeaban el Palacio, los gallardetes patrios y las lengüetas rojinegras del 26 de Julio. Luces distantes puntuaban la profundidad de la noche. Hacia la izquierda, un cuadro de claridad marcaba el sitio al aire libre en que se agrupaban, los precios escritos con tiza en los parabrisas, docenas de automóviles usados puestos allí para la venta. A la derecha había un bar chato y largo, refulgente en su profusión de vidrieras. Marcharon hacia allí.

—Esta mañana me pediste que te recordara el tema de los hombres y los animales. ¿Qué era?

—Ah, sí —dijo Méndez, sonriendo despaciosamente a un pensamiento casi olvidado—. Fue por lo que dijo Fidel: este pueblo es tan humanitario que no puede tolerar que persigan a los perros callejeros. Fue por eso.

—¿No estás de acuerdo?

—Sí, pero pienso que también podría haber dicho: Este pueblo es tan inteligente, que sabe que de nada vale perseguir a los perros callejeros.

Providencialmente, parido por un rincón de oscuridad y amoníaco, un perro sucio y desgreñado vino a pegárseles.

—*Le voilà* —dijo Méndez—. L. Q. Q. D., como dicen en los textos de aritmética.

—¿Qué tienen que ver los perros con la inteligencia?

—Mucho. Toda ciudad tiene su tasa de perros, como tiene su tasa de natalidad. Los sociólogos deben poder establecer que a determinado tipo de sociedad, que a ciertas condiciones de economía y de habitación, una ciudad produce tal cantidad de perros en proporción al número de habitantes. Es un hecho fatal. Y es por la estupidez de ignorarlo —contra la piedad y también contra la naturaleza de las cosas— que se nos hace tan odiosa la perrera. Los que la mandan parecen creer que un buen enlazador con una cuerda dispuesta y una buena cámara de gases pueden cambiar la tasa de perros de una ciudad.

—Es la política de Herodes —dijo Calodoro.

—Sí. Exactamente. Alguien dijo que Herodes fue el primer pedagogo. En todo caso, sigue siendo el que dicta la política a seguir con los perros, en nuestro mundo contemporáneo, que se considera tan civilizado y que ha abominado tanto del genocidio, entre otras cosas porque sabe que ése no es el camino.

—Y con los perros, en cambio, *ça marche* —dijo Valtierra.

—No marcha, precisamente. Porque la Naturaleza y su tasa

de perros ignoran tales estupideces. Después que pasa la perrera y hace su cosecha, la verdad biológica se restablece produciendo otros perros en lugar de los que van a ser gasificados. La tasa de perros vuelve a equilibrarse y los problemas siguen. No es un asunto de piedad, sino de inteligencia. ¿No sería mejor que nos vacunáramos nosotros si, como en el verso de Lorca, de todos modos vamos a seguir viviendo en «un horizonte de perros»?

Toda aquella divagación sobre perros, a cargo de un boliviano y dos uruguayos, en una calurosa madrugada de La Habana y en viaje hacia un bar, tenía algo de exasperante remotismo, de flotante fantasmagoría. ¿Podía haberlos juntado el azar, tan lejos de sus casas, sucios, cansados y sedientos, para que comulgaran en una filosofía apócrifa sobre las perreras del mundo?

Pero el resorte de evasión —pensó Calodoro— también era conocido, también había sido estudiado. Por segunda vez, en toda aquella jornada, recordaba las páginas de Orwell sobre un colgamiento en Birmania. A la salida del ajusticiamiento, una anécdota pueril y bestial —el médico que tiene que tirar de las piernas al ahorcado, para ayudarlo a morir— hace estallar en carcajadas a los testigos de la ejecución. Sienten la necesidad de festejarse a risotadas y de beber en comunión, ingleses y nativos. Para olvidarse de la muerte, para ponerla a distancia. La vez anterior en que se le había aparecido el mismo artículo se dio en el instante en que el prisionero se espantó la mosca, con las manos sujetas a la altura de la nariz. Orwell cuenta que el hindú marcha atado hacia el sitio de la horca e inesperadamente hace un leve movimiento para eludir un charco. Y él comprende entonces, súbitamente, todo el horror de la pena de muerte. Ese hombre no se estaba muriendo, estaba tan vivo como nosotros —dice—. Todos los órganos de su cuerpo funcionaban: los intestinos digiriendo comida, las células renovándose, las uñas creciendo, los tejidos formándose, todo trabajando afanosamente con absurda solemnidad. Las uñas aún estarían creciendo cuando se hallara sobre la plataforma, cuando estuviera cayendo por el aire, con un décimo de segundo de vida por delante. La mosca en la nariz era la vida y no la muerte, como creía el venezolano.

Entraron al bar y se agruparon alrededor de una mesa angosta, decorada con rombos de colores chillones. Trópico moderno, aire de época.

—Cerveza —dijo Valtierra sin consultarlos, e hizo girar un índice en redondo, para incluir a los tres.

—Que sea Hatuey —agregó Méndez.

Valtierra se levantó entonces y fue hacia la Wurlitzer, agachándose para estudiar las etiquetas que anunciaban las posibles audiciones.

—En todas estas máquinas está *Caminito* —pronosticó.

Pero no fue lo que puso.

La voz que surgió fue la de Gardel, sobre un suntuoso fondo de orquesta.

—El Mago.

Y el reconocimiento extendía un orgullo melancólico a la distancia.

Lejana tierra mía
bajo tu cielo, bajo tu cielo...

decía la voz fabulosa, la voz que en el Río de la Plata seguía cantando día por día, a veintitantos años de su muerte.

...quiero morirme un día
con tu consuelo, con tu consuelo.

Calodoro y Valtierra se miraron, extorsionándose con la mutua nostalgia.

—Y se murió bien lejos—. Era el comentario que se hacía siempre. Esta vez, porque Gardel es una erudición fuera del Plata, lo hizo Méndez.

—En Medellín, si no me equivoco.

—No te equivocas.

—¿Por qué ha durado tanto, por qué no tiene más que imitadores, por qué nadie renueva el estilo cantando de otro modo? —preguntó Méndez.

—Porque fue demasiado grande para el comienzo de un género. Como Homero en la epopeya —dijo Calodoro.

—Con la diferencia de que el tango es género chico, al fin de cuentas —añadió Valtierra.

Luego empezaron a detractarlo cordialmente. El disco había terminado y Calodoro se levantó a echar otra moneda para oírlo de nuevo. Entonces lo estudiaron: no decía *Bajo tu cielo, bajo tu cielo,* sino *bajo tu ciero, bajo tu ciero;* no decía *con tu consuelo, con tu consuelo,* sino *cor tu corsuelo, cor tu corsuelo.* Y decía *barcón* y *carto de oro.* Pero era Gardel, ¿y a qué estaban discutiéndose la dicción? ¿Acaso era un alumno de conservatorio, un cantante culto? Era mucho más que eso, dijeron. Era Buenos Aires y era Montevideo, era la dudosa leyenda de dos ciudades; era la orilla con su delicadeza, su compadrazgo, su cursilería y sus retrocesos de tiempo y honor, llamada a morir. Gardel era su náufrago más ilustre y allí estaba cantando.

—Gardel y la vieja mitología: eso fue lo que vi en Buenos Aires cuando viví desterrado —dijo Méndez.

—Gardel y nadie —objetó Calodoro—. Gardel, y Gardel, y Gardel, y después nadie.

Pero no era sólo Gardel: era también la tierra lejana bajo su cielo, el otro producto insustituible.

—Cursis y lacrimatorios —dijo Valtierra—. Así nos ponemos a miles de kilómetros y con la voz del mago garuando finito en un disco viejo.

—Pero es bueno que haya cursilería o humor al lado de la muerte. Porque lo peor es que la muerte venga sola —dijo Méndez—. Químicamente pura.

Y agregó que en el Chaco la había visto de cerca y hoy, a los años, le parecía una gran caricatura, un rostro deforme e insoportable.

—Una caricatura siniestra, como las caras de Rivera y Orozco. La muerte americana, la muerte chola.

—La muerte y los cuidados de la muerte —dijo abstraídamente Valtierra—. ¿Saben quién es René Rodríguez? Un capitán del 26 de Julio, excelente muchacho. Le tocó mandar los pelotones de fusilamiento de García Olayón, el jefe de Policía Marítima, y de Cornelio Rojas, el jefe de Policía, los dos de Santa Clara. En el caso de Cornelio Rojas, según me contaba, la cosa fue dura. Cornelio era un torturador feroz, pero también un hombre de agallas. Como García Olayón, por otra parte. Pero el viejo había tenido un pasado mejor, como enemigo de la dictadura machadista. Su amistad con Batista venía de esos días y fue la que lo perdió. Cuando lo pusieron junto a una pared para fusilarlo, pidió que lo dejaran hablar con el pelotón que debía tirarle. Y entonces les relató su pasado y les dijo que su caso debería servirles, a ellos, que eran jóvenes, para no corromperse jamás, como él —por amistad— se había corrompido. Después quiso dar las voces de su propia ejecución. René vio que la gente estaba tocada por el coraje del viejo y ordenó apuntar a la cabeza. Fue horrible: le pulverizaron más de medio cráneo; *Bohemia* publicó la foto, que es de una truculencia atroz. ¿Y saben cuál era el pesar de René cuando me contaba la historia? El de no haberle rogado, antes de ordenar que le apuntaran a la cabeza, que se sacase el sombrero. Porque una hora antes se lo había prometido,

como recuerdo, a los parientes del viejo. Y le daba no sé qué tener que entregarles un jipijapa deshecho.

La conversación había vuelto a instalarse en el tema del día.

—Habanera dolorosa —dijo Méndez—. Ya estamos bailándola otra vez. —La noche y la cerveza empezaban a encharcárseles adentro. Pagaron y salieron.

A las seis menos cuarto de la mañana quedaba poca gente en el estadio. Y los que quedaban dormían en las graderías, echados a todo lo largo sobre espacios holgados. Debajo de las pantallas de televisión, que ahora pasaban retrospectivamente las escenas de la iniciación del juicio (y en una de ellas Calodoro y Méndez se vieron entrar, abrirse paso y desaparecer por el borde inferior del encuadre, justamente cuando buscaban un sitio para sentarse), erraba un grupo diezmado de periodistas, flojo de nervios y de corbatas. Las ojeras, las barbas nacientes y el pelo pegateado sobre las sienes decían que el fallo tenía que llegar, porque el día para el que no habían sido hechos también llegaba.

—Si han esperado tantas horas es para que la gente se fuera. No van a condenarle a muerte y han querido ahuyentar primero al público.

—¿Será posible?

—Y... ¡la retroactividad!

Con pequeñas variantes, este diálogo se escuchaba por todos lados. Había, claro está, quienes preferían olvidarse del objetivo en ciernes, después de tanta espera, y hablar de mujeres, de viajes o de negocios. Un americano dormía en el suelo, con su cámara por almohada; en las gradas, el hombre de la guitarra había desaparecido.

Y a las seis menos cuarto, un movimiento afanoso, rápido, un despliegue sigiloso de precauciones que el sueño ambiente tornaba innecesario, reveló que el prisionero era traído de nuevo a su puesto.

Poco después el tribunal volvió a su mesa y ordenó que el reo fuera traído hasta allí. Mecánicamente, sin convicción de la novedad ni del interés, los fotógrafos y las pantallas tornaron a enfocarlo, lo aguardaron sobre el paso a través del redondel central del estadio. Los zapatos de charol parecían chasquear en el relumbre incesante.

Calodoro obtuvo un sitio de privilegio, en cuclillas al pie mismo de la mesa. Méndez había desaparecido en el pequeño

tumulto de los oportunistas, que se habían desbandado y estrechado luego, para achicar esta última escena. ¿Dónde estaría?

El preso se pasó la lengua por los labios y sus pupilas parecían perderse, húmedas y esquivas, hacia el rincón de sus ojos oblicuos.

Era el único que estaba de pie; él y los milicianos que lo rodeaban.

Porque ni el Tribunal, ni Calodoro, ni Valtierra (que había dado con la caja de una máquina de escribir y se había sentado sobre ella, lo que hacía que su cabeza, del otro lado, sobresaliera del nivel de la mesa, como un trofeo de crímenes esplendiendo delante de los jueces) hicieron movimiento alguno, en pro de la ambigua majestad del trance.

Sorí Marín, con una voz oficinesca, empezó a leer. *Por cuanto el acusado Sosa Blanco ha sido encontrado culpable de los delitos de asesinato, homicidio, asalto a mano armada, robo, saqueo y bandolerismo.*

La cara del preso fluctuó en una mueca que amenazaba descomponerla, hacia una distorsión de niño enfurruñado o pronto a llorar. Las pálidas y enceradas mejillas se ablandaron de pronto, el ceño quiso clavarse vanamente sobre una masa de carne que parecía volverse mantecosa. Pero fue sólo un instante; un instante en que la mirada del preso bajó y Calodono pudo sostenerla, porque eran los ojos de un animal acorralado, unos ojos que no podían mirar con nobleza ni siquiera con odio, pero sí con soledad y con miedo. Fue sólo un instante, porque de algún sitio que no jugaba en la mueca, sobrevinieron fuerzas desconocidas y el hombre, mientras oía su sentencia, logró fijar un rictus de boca torcida, de comisuras crispadas y pómulos tumefactos, que conformaba un helado y vaciado gesto de momia que sonriera, una estereotipia de sobresalto conjurado, de espasmo fijo ante el temor de la muerte. Valtierra, sin mover la cabeza-trofeo, alzó hasta sus ojos una diminuta cámara y, sin necesidad de *flash*, fotografió el visaje invariable, que daba tiempo a la placa y a la lectura, el rictus que ya no podría cambiar a menos que la cara en que mandaba se desmoronase.

Por cuanto el Reglamento Penal Número Uno, promulgado en la Sierra Maestra —que el Tribunal juzga aplicable al caso— previene en el artículo 12 la pena de muerte para el asesinato y faculta en su artículo 13 a imponer dicha pena para los de homicidio, asalto a mano armada, robo, saqueo y bandolerismo...

No parecía preciso saber más. Tan sólo resultaba increíble

que aquella sentencia, de un par de páginas, pudiera haberles llevado cerca de cuatro horas. ¿Qué habían estado discutiendo entre tanto?

Cientos de cámaras parecían haber presentido que la lectura iba a terminar ya, y estaban prontas —como cuencos vacíos, como órbitas crueles que enfocaran su hueco— apuntando a la barbilla del prisionero, listas para detonarse y brillar ante el sonido de la palabra *muerte.*

Por cuanto el artículo 16 del mismo Reglamento prevé, que tanto para la definición del delito y sus circunstancias como para la fijación del grado y la cuantía de las penas, así como para todo cuanto no está previsto en este Reglamento y no lo contradiga, se tendrán en cuenta los principios inmanentes de justicia y equidad y como derecho positivo supletorio se declaran vigentes las leyes penales sustantivas y procesales que rigieron durante la Revolución de Independencia en la República de Cuba en armas...

Cuando llegó el fallo, que condenaba a Jesús Sosa Blanco a morir fusilado en el cuartel de La Cabaña, el estallido de fulgor de las cámaras fue mayor que nunca; pero el preso ya no parecía sensible a la luz ni al tiempo, parecía no tener nada que ver con su rostro, haberlo dejado allí por error, por olvido. Calodoro tuvo que evadirse de él y abarcar por un minuto la ceremonia, el rito averiado e inaceptable. ¿Era posible condenar a muerte a alguien, cuatrero del Oriente y asolador de pueblos y de campos, con tanta negligencia de asamblea estudiantil, sin togas, sin pelucas ni refulgentes espadas en los muros, sin bastonazos ni inclinaciones de espinazo, sin pizca de boato ni hipocresía? Si la pena de muerte no era una vieja solemne, ¿qué otra cosa podía quedarle? Miró la cabeza de Valtierra y se imaginó por un momento la de Batista. Cetrino, casi cobrizo, Valtierra era la estampa verosímil del muerto desconocido de la manigua, del guajiro balaceado porque sí un día cualquiera, del mestizo ignoto que alentaba en el fondo de las plantaciones y pasaba sin nombre de la vida a la tierra. La cabeza de la víctima estaba allí, tomaba notas y recibía el sacrificio avaramente compensatorio. Y Jesús Sosa Blanco, pensaba ahora, también admitía el trato, tenía ante sí lo único que cuerdamente podría sucederle. Era la paz, al fin de cuentas.

Si esta sentencia no es apelada por el reo o por su Defensor, se ejecutará mañana en el Cuartel de La Cabaña, para lo cual se librará oficio a las autoridades del establecimiento.

Mañana. Hoy era mañana. Un lechoso proyecto de claridad empezaba a cursarse afuera, seguramente. ¿Cuándo debía apelarse? El preso no preguntó; el Capitán D'Acosta procedió a cerrar su portafolios, como si hasta ese minuto hubiera existido alguna razón para tenerlo abierto. Quedaba a espaldas de su defendido, pero, aun así, apenas se avenía a mirarlo.

Tras la intensa ebullición de toda una tarde, la sentencia sólo arrancó un sordo rumor equívoco, no se sabía si aprobatorio o conmiserativo. La tensión del espectáculo, como tantas veces sucede, se había agotado mucho antes de su término material. Había caído sobre el rictus del preso una condena que aleteaba alrededor de él desde las cinco de la tarde. Dormir o morir, esas eran las secuencias restantes. No quedaba otra cosa.

V

—El *Che se lo mete* esta misma noche —dijo el taximetrista volviéndose hacia ellos, con una sonrisa que fulguró al paso de las luces que galopaban y corrían a los flancos del vehículo. Conducía con una sola mano y a gran velocidad, y daba las curvas de memoria, sin mirar el camino.

—Y usté *nos mete* a nosotros, hermano. A esta hora ya no hay apuro.

Pero el hombre descartó la alusión y volvió a decir:

—Es un lujo que todavía los dejan defenderse. Y con todos los *gringos* por delante.

Valtierra se inclinó hacia Calodoro, para excluir la elocuencia del chófer, sus opiniones incesantes.

—Si lo liquidan esta misma mañana, ¿estás dispuesto a ir?

—Sí. Quiero ver todo, seguir hasta al fin.

Sentía una fascinación inconfortable, huraña, pero absolutamente imperiosa. Era la misma índole de interés —hostil dentro de sí, intransigente— con que a veces, conscientes en medio de una ensoñación, queremos que la pesadilla prosiga hasta su desenlace, votamos por la culminación de la angustia.

—Sorí Marín les manda estos ejemplares del Reglamento Penal. Y quiere saber qué les pareció el juicio —agregó Valtierra—. Me lo preguntó al salir.

—¿Qué le dijiste?

—Que nos veríamos mañana. Nos invitó a almorzar con él. ¿Irás?

—Me parece que no. No tengo ganas.

—Es curioso —reflexionó Valtierra—. Parece que te tira más un fusilamiento que un almuerzo. Te desconozco.

—Precisamente. Substituyo uno por otro.

—De todos modos, habría que hacerle llegar la invitación a Méndez. ¿Qué se hizo?

—No tengo la menor idea.

—Yo, aunque en definitiva no almuerzo con él (volvía a referirse a Sorí, no a Méndez), tengo que verlo.

Llegaron al Havana Riviera. En la habitación 703, mientras Calodoro se quitaba el traje (arrugado como un orejón, y todavía empapado; ¡«tiéndelo a secar al aire, no vaya a arderse»), Valtierra entró al baño y se oyó el ruido pluvial y compacto de la ducha.

Desnudo, Calodoro se tendió en la cama, aguardando a que el duchero quedase libre. No tenía ganas de afeitarse, y, después de haber tenido la Sunbeam en la mano, la arrojó dentro de la maleta. Allí, boca arriba en la penumbra de la luz opalina (luz y vapor) que emergía de la banderola del baño, se sintió a un tiempo pesar en la cama y no estar en ella ni en sitio alguno, disgustado, fútil, ajeno, remoto hasta la anulación del yo, mientras la mañana empezaba afuera y colgaba un resplandor verdoso de tormenta sobre el Caribe. Había podido verla apuntar cuando llegaban por el Malecón. Y a despecho de que el mar y su olor y la llovizna de las rompientes junto al muro y la ventisca salina le trajeran el vago recuerdo de Montevideo y de la Rambla Sur en sus madrugadas más crespas, tocó fondo en su mismo ser, pensó que ya era Nadie y lo sería más desoladamente aún, cuando Valtierra estuviera durmiendo en la cama de al lado y él, insomne y con los ojos irritados, se diera a luchar por abolir el silencio de la estancia y las estrías de sol en la persiana. El resultado de doce horas de proceso y cinco previas de discurso, esa jornada que aún le latía en los pies desnudos e hinchados (cuyos dedos insistían en separarse, con una sensación de astillamiento y pulsación interminables más que de dolor verdadero) era este definitivo extrañamiento íntimo, por el que renunciaba a toda complicidad con el hombre que durante horas y horas había asistido a la vigilia de la muerte, al tráfico con el horror, al cansancio de la agobiante fraternidad.

Cuando por fin pudo distenderse y desperezarse bajo la ducha, envuelto en la nébula del agua vaporizada y desviando ramales de líquido hacia las bruñidas baldosas negras de aquella hornacina, deificado en su inocencia corporal por el lancetazo menudo con que lo rebotaba a vivir aquel torrente, se sintió volver en sí, se reconoció en su grasa y en sus músculos, se estregó la rijosa barba que comenzaba a apuntarle en el mentón y se enjabonó el vello del pubis y se frotó las axilas, y fue como si un cadáver surgiese de la niebla para encontrarse con él y devolverle el perdido soporte de la vida material.

Era el efecto lustral del agua, el agua que purificaba tras el adulterio, que beatificaba el final del sucio día entre los negocios de los hombres, que predisponía al sueño, al amor o —por lo menos— a la resignación, a la conformidad consigo mismo.

Cuando detuvo aquella catarata y saltó fuera del prisma del vaho que retenía la cortinita de nylon, oyó la voz de Valtierra, que hablaba por teléfono. Salió y lo vio echado en la cama, envueltas en la toalla de baño la cintura y las nalgas, perlado de gotitas de agua y feliz en un aura de loción y jabones, como una odalisca. En ese momento colgaba y se volvió hacia él.

—¿Te acuerdas del chico que estaba esta tarde en la puerta del Havana Hilton?

—¿Aquel muchachito de anteojos, de la guardia personal de Fidel, que quiso explicarnos el por qué del proceso?

—Ese mismo. Lo mataron anoche. Seguía de centinela frente a la puerta vidriera. Desde un auto negro tiraron contra el cristal y lo ametrallaron.

—¿Quiénes?

—No se sabe. Acaso los tigres de Masferrer, que aún andan sueltos, escondiéndose; los mismos que hicieron de francotiradores los primeros días.

«Es una lucha a muerte —había dicho el chico— y ellos son asesinos; si los dejamos, tenemos que estar dispuestos a desaparecer». Él no estaba dispuesto pero ya había desaparecido. Calodoro se puso a pensar en Fernando Haisch, aquel teniente revolucionario que había conocido en el Palacio Quemado, en julio del 52. Era uno de los edecanes de Paz Estensoro y asistía, sentado a la izquierda del presidente, al almuerzo de círculo reducido. Pedía permiso a su jefe y a Doña Carmela antes de encender el cigarrillo en la sobremesa, y apenas hablaba. Era joven y había sido torturado tras el golpe y la represión del 49. A consecuencia de aquel cautiverio, que prefería no contar, habían tenido que operarle varias veces; tenía una mueca que pasaba por sonrisa, una cicatriz disimulada por el bigote y una hilera pareja y brillante de dientes postizos. Y cuando dos días después salían del hotel y se encaminaban hacia El Alto, habían sabido la noticia. Fernando Haisch había sido asesinado la noche anterior en el *Cyro's*, un cabaret céntrico de La Paz. La enconada rivalidad de carabineros y ejército revolucionario estaba en la raíz del crimen. Torcieron entonces el rumbo y se dirigieron a Palacio. Y allí, en el Salón Rojo, justamente debajo del sitio que en la otra planta ocupaba el comedor en que se reunieran, estaba el cadáver cubierto por una sábana, impregnado de sangre, en un círculo embebido que pesaba más que el resto de la tela, a la altura del corazón del teniente. El presidente, entero y dolorido, con un aire de entrecasa y de mañana temprano, se mantenía de pie junto a la camilla que aún no se había convertido en catafalco ni en túmulo. Nadie rompía a hablar. La gente del Movimiento, para vengar a Fernando, estaba bajando de los barrios altos y comenzaba a rodear el Cuartel de Carabineros. Amenazante y sombría, pero cortés ante el auto, sus insignias y su salvoconducto, la encontraron en el viaje al aeropuerto, a la altura de Puente Negro. La misma sensación de haber usurpado minutos anteriores a un trágico destino definitivo, en un ser desconocido e instantáneamente cordial, había acosado a Calodoro al saber la muerte del chico y al ver el cuajarón en la sábana que cubría el cuerpo de Haisch.

Paradojalmente, era mejor un recuerdo lastimoso que el puro vacío. Con la imagen del adolescente que cruzaba en su pecho dos cintas de balas y miraba tras sus anteojos de escolar, chicos para el resto de la cara (crecida, curtida y barbada, pero todavía infantil), con esa imagen y la de Fernando Haisch con un cigarrillo entre dos dedos y la invariable sonrisa para pedir permiso, Calodoro estaba menos solo en aquel aposento del Havana Riviera, se sentía más apaciblemente confortado, se recostaba muellemente a memorias amigas. Y así se durmió.

Eran las diez y media cuando sonó el teléfono. Hablaban desde la recepción del hotel.

—Los señores tienen una visita. ¿Podrían descender?

—¿Quién es?

La voz dudó un momento, antes de responder en tono bajo:

—La esposa y las hijas del condenado de anoche.

—Ahora bajamos.

Pero no lo hicieron. Las tres horas de sueño y la plena luz de la mañana hacían retroceder al olvido el íncubo del día anterior, lo trasladaban a un pasado lejano. Por debajo de la puerta habían deslizado ya los diarios de la mañana. Y allí aparecía no sólo un resumen de las actuaciones del proceso, sino también una foto, tomada, sin duda, antes del juicio pero presentada ahora, con más dramatismo, como ulterior a la condena, en la que aparecía Sosa Blanco («en capilla, en la celda de los condenados a muerte») en primer plano, la cabeza depuesta y un gesto teatralmente transido, mientras un confesor, por encima de su calva y de su rendición, le hablaba y derramaba confortaciones religiosas.

Cuando Calodoro salió del baño, tras haberse afeitado, Valtierra ya no estaba. Se encaminó entonces al despacho de prensa instalado en el undécimo piso. *Press Room*, se le llamaba en inglés, porque los invitados norteamericanos eran más de la mitad total. Tableteaban las máquinas, se oía hablar por teléfono, la fiebre de actividad parecía no haber cesado desde la víspera. En una esquina, debajo del ancho ventanal y con imágenes casi desvanecidas bajo la luz que entraba por la abertura, un receptor de televisión cursaba un noticiero de media mañana. *En las primeras horas del día de hoy —decía— fue condenado a muerte, en el Palacio de los Deportes, el criminal Jesús Sosa Blanco.* Pasaba seguidamente la toma del momento de la sentencia, y agregaba: *Con una cínica sonrisa, el criminal recibe el veredicto.*

Se apartó de allí y fue hacia donde estaba, aporreando una Remington gris, Generao Medina. Gordo, de ojos vivos y muy juntos, pecoso y sonriente, con una fácil simpatía de picaresca chilena, Genaro era uno de los centros naturales de las reuniones de aquellos días. Se hospedaba en el piso 15 y su habitación tenía un *bow-window* sobre el Caribe. Un mar verde y coronado de espuma entraba a todo lo ancho de la habitación, como una banda de Cinemascope, y Genaro desnudo, con esa decoración cambiante de fondo, ensayaba risibles danzas de sátiro a la orilla del mar, mientras barbotaba un raudal de indecencias cómicas.

Podía pensarse en Grecia y en la alegre obscenidad clásica, en Aristófanes o en las fiestas pánicas; podía pensarse también en la irrisión de esos escenarios de Hollywood, en los que un cansado mar de utilería mueve sus rollos o panoramas al fondo, mientras al frente una pareja disputa, razona, se ama o almuerza. Diálogo ágil en primer plano, olas por el foro. Genaro bailaba desnudo ante un mar verdadero, ante un enorme ventanal abierto que vertía un olor yodoso a la cara de los visitantes, whisky en mano.

—Y ahora, huevones, me voy a bañar. —Hacía una parodia de zambullida contra el telón marino, activo y viviente, mientras se replegaba hacia el baño, sembrando el trayecto de alusiones ventrales.

Pero aquí Genaro golpeaba las teclas, arremangado y sudoroso; detrás de él había un vaso de jugo de naranja, hacia el que se volvía de tiempo en tiempo para echar un trago.

—Oye, cabro, lo que pienso ponel-le.

Era director de la revista *Vea* y escribía para millares de lectores de Chile; pero no daba importancia a su oficio, o

por lo menos creía que un desenvuelto arrojo deportivo para atreverse y decir, valía más que el estilo literario.

—Oye a este maestro de la lengua —agregaba, para amonestar la solemnidad retórica de la primera frase, en que no creía—: «Aquí, junto a este hervor de pasiones jóvenes, estamos asistiendo al alumbramiento de un mundo que habrá de proponer nuevos modos de vida y de juicio a toda la América Latina.»

—Eso es cierto —dijo Calodoro—. Tenemos que hacer que nuestros lectores comprendan a este mundo, muy diferente del que tienen ante sus ojos.

—¿Enviaste ya tu correspondencia? —preguntó Genaro.

—No. Lo haré esta tarde.

La trivialidad de la pregunta lo desanimó de seguir escarbando en la frase de Genaro: *proponer nuevos modos de vida y de juicio a toda la América Latina.* Allí estaba el quid del asunto —pensó, mientras el gordo se volvía con cuidado y depositaba el vaso vacío de naranjada en el alféizar de la ventana.

—Al señor Calodoro, periodista de la Operación Verdad —prorrumpió el parlante, en la sala de cronistas—. Lo llaman por teléfono.

Era Raquel.

—¿Cómo te fue? —dijo ella.

—Horriblemente.

—¿Por qué?

—Porque fue muy desagradable.

—Sí —asintió la voz—. Ese hombre es horrible. ¡No se ha visto un cinismo igual!

—Será o no será un cínico. Pero no le tomes en cuenta la cara.

—Entonces tú no viste la T-V. Recibió la condena con una sonrisa.

—Tú viste la T-V pero yo vi la sonrisa. Y no era sonrisa; era una mueca.

—Estás enterneciéndote —dijo ella—. Acabarás pasándote al enemigo.

¿Será imposible ponerse de acuerdo? —se preguntó Calodoro, tras haber concertado una cita para la tarde y colgado el auricular—. Los abogados piensan que debería prohibirse a sus colegas asumir las defensas de los criminales. La gente acepta que sonríen cuando se les condena. Ha existido el crimen y ahora empieza su leyenda. Y pronto surgirán en el extranjero las otras leyendas. El senador Capehart ha dicho

que Fidel es un monstruo barbado, a quien le encanta sumergirse en un baño de sangre. Pero no lo acusa por piedad hacia los asesinos sino por temor ante la suerte de su Cuban Telephone Co., o de su Moa Mines. Durante toda la mañana de ayer, en el Copa Room, Castro ha estado previendo la encerrona publicitaria. Nosotros no tenemos cables internacionales —ha dicho— y a ustedes, los periodistas latinoamericanos, no les queda más remedio que aceptar lo que les diga el cable que no es latinoamericano.

Pero además, ¿acaso existe América Latina como una unidad de simpatía, de criterio o de juicio? ¿Hay alguna medida común de experiencia entre el uruguayo, crecido sin memoria de las guerras civiles, aquerenciado a sus posiciones en la vida, fiado en el voto y en las providencias civilistas, y el boliviano y el guatemalteco y el cubano, hechos a sufrir la opresión y la ignominia, tan sólo rescatables —en el mejor de los casos—, al precio de la sangre? Y en tanto América Latina no sepa ser una por encima de las diferencias, habrá seguramente mucha gente dispuesta a trabajar para negarla y negar a sus patrias —los doctores, los cruzados de la libre empresa, los blancoides que se autoconsideran la *élite*, toda esa clase dedicada a la intermediación en el tráfico de la entrega— con el aspecto insolente de ser los más patriotas, los más esclarecidos, los más nacionales y los más demócratas.

Cuando bajó al *lobby* encontró a Méndez, a un tiempo agresivo y consternado.

—Estos idiotas no se han sabido defender —dijo señalando a sus compañeros de delegación, que le dejaban decir—. Han estado la mujer y las dos hijas de Sosa Blanco —vestidas de negro, para mayor patetismo— y les han hecho firmar una petición, por la que solicitan al gobierno la revisión del juicio, bajo forma de proceso regular. Te prevengo que algunos de tus compatriotas también han firmado.

—Por falta de sueño —dijo Calodoro—. No tiene importancia. Con o sin nuevo juicio, el tío está perdido.

La mujer y las hijas del condenado habían estado allí, a las diez y media de la mañana, cuando el teléfono había sonado para despertarlos, y habían circulado entre los periodistas presentes, que acababan de tomar su desayuno y tenían esa ligera sensación de bienestar digestivo que propende a la conmiseración. Habían traído el papel ya redactado por alguien y lo habían ofrecido con mano trémula y ojos llorosos, vestidas de un luto premonitorio, que se adelantaba a su desgracia segura.

—En nombre de estas niñas, que no merecen quedarse sin padre, fírmenlo, señores. No compromete a nada en cuanto al fondo del asunto. Simplemente es una petición de juicio en forma.

Y algunos, a esta hora arrepentidos, habían firmado.

—Gandules —los había apostrofado Méndez—. Y el chico del reloj y la sortija, ¿merecía acaso quedarse sin padre?

Pero ellos lo lamentaban por otro motivo, que vieron con toda claridad cuando Calodoro dijo:

—Nosotros somos huéspedes del gobierno revolucionario y estamos aquí como observadores. No nos corresponde formular peticiones de ninguna clase. Cuando llamaron a la habitación presentí algo de esto y no quise bajar.

En la salita de los desayunos, el abogado argentino a quien había conocido la mañana anterior, a la entrada del Copa Room, lo llamó a su mesa. Estaba en La Habana por negocios pero había conseguido un pase militar para entrar al Palacio de los Deportes. En su juventud, ya distante, había defendido a los camaradas del Partido, y eso le había dado oportunidad de conocer cárceles y delincuentes, al pasar de la política al oficio. Durante los últimos años, el éxito le había hecho olvidar sus viejas ideas, pero en estos días el espectáculo de la Revolución («este pic-nic faccioso sobre toda la isla», como decía, sonriendo con la comprensión benevolente que está de regreso de semejantes redentorismos) lo había hecho volver a menudo los ojos hacia el pasado, demorándolo en la exaltación de su propia historia: una historia de barrio bonaerense y de partido provincial, al fin de cuentas.

—¿Qué le pareció lo de ayer? —preguntó Calodoro, sabiendo que el abogado quería hablar de eso.

—Tremendo. Vea: los abogados nos reímos siempre de los médicos y de los ingenieros, porque ellos tienen el orgullo de su profesión y nosotros no. El orgullo y la óptica vital que les da la profesión. A ellos, ¿cómo le diré?, su condición profesional les da un ángulo para mirar la vida y un sistema, una escala de valores para entenderla. Es a un tiempo su oficio y su *weltanschauung*, como dicen los alemanes; su oficio y su cosmovisión —tradujo—. A nosotros nos pasa lo contrario: conocemos la relatividad, la fragilidad del orden jurídico, el artificio de muchas de las soluciones que aplicamos y lo fraudulento de muchos de los éxitos que obtenemos. Todo eso acaba por hacernos cínicos, a expensas de nuestra formación. No conozco ningún colega que humanamente valga la pena y que se tome íntimamente muy en serio su oficio. Pero a todo

esto que vi anoche le deberé algo: haber descubierto que hay un comportamiento jurídico, así como hay un comportamiento médico. Cuando anoche veía a ese jovencito de barbas caudales, que hacía de fiscal, invocar la norma de cultura y citar a Carrara, y pensaba que de toda esta algarada pendía la vida de un hombre, por culpable que fuese, algo se enardecía, algo se insurgía dentro de mí. Hay una cosa que un cirujano no debe poder soportar: la parodia de una operación, ejecutada por carniceros. Y ahora sé que hay algo que un abogado no puede soportar: la parodia de un juicio, sobre todo si termina por una condena a muerte.

—¿Y no cualquier forma de juicio, si termina por una condena a muerte?

—Bueno; eso ya es otra cosa. Vea: cuando yo aún no tenía la experiencia profesional del trato con presos que tuve después, creía que la condena a tantos años de penitenciaría era la condena a vivir con la víctima, a quedar ligado con ella, obligado a pensar el día y la noche. Creía que por todos esos años el matador tenía que vivir atado a la sombra del muerto, por poco que antes lo hubiera conocido. Después me di cuenta de que es todo lo contrario: al muerto le olvidan en seguida, lo que valía la vida que eliminaron les parece poco o nada, en cotejo con los sufrimientos que a ellos les impone la sentencia. En la celda, todos tienen una única visión por delante: la del día del almanaque en que serán liberados. La pena de muerte es feroz, ya lo sé. Y está lo irreparable que con ella es el error judicial, y todo eso. Pero es la única que reúne en una pareja eterna al matador y a su víctima. Esa es su razón verdadera.

—Su razón como suplicio, no como justicia —dijo Calodoro.

La piedad concreta y la impiedad genérica del abogado le repugnaban por igual. Resolvió prescindir del jamón con huevos, de la mermelada, del café y de la crema, con tal de poder salir de aquel refectorio y liberarse de aquel interlocutor.

VI

Vamos en su Mercury 54, un carro —como dicen aquí— grande, crujiente, de un rojo opaco y despintado, con la marca de las abolladuras y el quejido de su poca grasa. Junto a mí, Raquel maneja, fuma e intermitentemente vuelve la cabeza sobre mi hombro izquierdo y se hace besar. Kuquine no está lejos y la carretera que conduce hasta allí es ancha, lisa, hermosa.

—La mandó mejorar especialmente —me dice Raquel—. Y el sistema de señalero luminoso lo combinaban desde Palacio, cuando él salía, para que no hubiera *tranques* mientras pasara. Porque tenía un miedo loco a que lo bloquearan y asesinaran mientras viajaba a su finca.

Hemos estado ya en el Palacio Presidencial, con mi pase de prensa. Hay largas habitaciones canceladas, una capillita privada para oír misa, con su reclinatorio de almohadoncillos rojos y borlas doradas y sus láminas de oro y sus marfiles, su altar churrigueresco. Las mismas celosías están cerradas y todavía pervive allí la noche que vivió Cuba cuando aquel hombre lleno de temor y de crueldades mestizas se recluía entre sus muros, en pleno centro, protegido por el batallón que convivía con él y ocupaba un piso entero del Palacio.

Es el único piso que aún sigue viviente, circulado, activo. Hay olor a comida de soldado, a ropas de soldado, a cuchetas tibias de soldado. El resto, en cambio, huele a humedad y a encierro, a pesadas cortinas de felpa, a soledad y abandono. Urrutia, me ha explicado Raquel, se ha confinado a un ala del edificio; no le interesa vivir con boato.

Camino por la azotea, llena de sacos de arena, para espesar barandas y pretiles, fortificada con casamatas y nidos de ametralladoras, que quedaron intactos y sin usar.

—Todo esto viene del trece de marzo del cincuenta y siete —me cuenta Faure Chomón, mientras pasea con nosotros por

ese espacio de baldosas embreadas, en que el mismo sol tiene un relumbre negro—. Cuando Menelao Mora y sus compañeros del directorio estudiantil asaltaron el Palacio y estuvieron a punto de tomarlo, con Batista dentro. La guardia —pienso que se lo han contado a usted—, fue sorprendida, y los muchachos ocuparon las escaleras y comenzaron a subir por ellas. Hubo un error fatal, acerca del piso en que estaba Batista. Y él tomó el ascensor —éste que usted ve aquí— y lo detuvo entre los dos pisos. Enjaulado, empavorecido, así se quedó. Los muchachos se desconcertaron y ese fue el momento del contraataque de la guardia. Los ametrallaron en la escalera —esta misma escalera en que después hizo poner estos portalones de hierro, en cada rellano— y algunos muertos, otros heridos y balaceados, los hizo arrojar ahí mismito, al pie de la estatua de Zayas (y veo, en la plaza adyacente, un monumento de bronce con una mano extendida y otra en el bolsillo) a desangrarse y a pudrirse al sol, guardados por la tropa, sin que sus mismos deudos pudieran aproximárseles.

Raquel también me ha contado los hechos de ese día. El asesinato de Manzanita Echevarría, cuando salía de lanzar una proclama radial; y su cadáver acribillado y con el infaltable cartucho a la cintura. Y luego, horas más tarde, a la mañana siguiente, el descubrimiento del cadáver del Dr. Pelayo Cuervo Navarro, líder ortodoxo, junto a la piscina del Country.

—Desde entonces, dice Fauré, convirtió el Palacio en fortaleza: garitas, casamatas, rejas por todos lados, timbres de alarma, sacos de arena y un regimiento en casa.

—Y por el camino de Juquine —agrega ahora Raquel— corría a toda velocidad, protegido por las luces verdes y hundido en el fondo de su carro blindado, con cristales a prueba de balas.

La vegetación —como un peinado hirsuto, como un pelo crecido sobre la vuelta de la oreja— ha aprovechado este descenso y este descuido de pocos días para ganar los bordes del camino. Batista los hacía tener limpios y ralos, por miedo a las emboscadas.

Los mangos, los plátanos, una insinuación de selva lustrosa y polvorienta nos arroja a la cara sus verdes escalonados y, en algunos árboles de este cálido invierno, una hoja de cada color, el rojo, el amarillo, el bronce, el vinoso trazado de las nervaduras, el chamuscado y encogido de la muerte vegetal. Raquel ha detenido el coche junto a uno de esos árboles.

—Llévate esta hoja —me dice, arrancando una que tiene dos o tres tonos, como el herrumbre progresivo, casi del oro

al negro, en la punta de una lanza—. Ponla en un libro y cuando la mires, allá en Montevideo, acuérdate de tu Raquel. ¡Sólo entonces! —agrega tapándome la boca.

A un costado, semihundida en un barranco, rodeada de hojas oscuras, dentadas e invasoras —como tártagos—, casi desaparece la carrocería ciega y desportillada de un automóvil. Pienso en los tanques y camiones judíos que pautan el corredor hacia Jerusalem, dejados allí para una memoria intencionada del sacrificio, y pintados de minio cada tanto. ¿Pero esto?

—Estos carros de unos años valen aquí tan poco —dice Raquel—, que cuando se estrellan más vale cobrar el seguro y comprarse otro. A éste por ejemplo, se han contentado con quitarle los neumáticos.

—Lujos de la miseria, decimos en mi país. ¿Cuánto daría un guajiro por tener un carro como éste?

—Bueno —dice Raquel, llamándome a la sensatez—. Tampoco podría echarlo a andar, así como está.

Ya hemos dejado atrás Marianao, las pequeñas casas ocres de adobe que parecen abrumadas bajo palmeras gigantescas, los largos y tortuosos corrales en que lucen anuncios de cerveza, de cigarrillos, de cosméticos, de refrescos, de analgésicos. Hemos pasado por hermosas fincas, con sus ladrillos encalados y sus voluptuosos filodendros. Estamos llegando.

Raquel no ha cesado de hablar de Batista.

—Fíjate —me dice—. No tenía miedo, en cambio, de que lo envenenaran. Vivía rodeado de guardias y tapiado en Palacio, y mandaba comprar unos helados de coco, que le gustaban mucho, a una heladería del centro de La Habana.

La gente se agolpa por entrar, presionando contra los pesados portones de Juquine. Las grandes hojas de madera, con guarniciones, aldabas y bisagras de bronce, engastan en la piedra de los pilares, por encima de la que corre una protección erizada de acero. Dentro de las puertas mayores se excavan unas puertecillas angostas, para el paso de un hombre. Esas son las que, abiertas y cerradas por la guardia, franquean y gradúan la entrada a los curiosos.

Un trópico que estalla sobre el césped inglés, eso es el parque de Juquine. Las palmeras enhiestas cabecean recostándose a un cielo de azul pastel, donde aún no ha promediado la tarde. Los arbustos menores, arracimados de flores, turbulentos de hojas, pesados de color, llegan casi hasta el suelo, se rinden a su carga esplendorosa. Allí, en aquel recinto guardado por la piedra y las alambradas, por las puertas y sus

gruesos aldabones, por las garitas tiesas y los fosos y los reflectores sembrados en el suelo (apenas como flores más metálicas, como hongos ligeramente más monstruosos), Batista pasaba —también rodeado de vigilantes, de detectives, de aduladores— sus fines de semana.

Raquel penetra a una de las garitas vacías, y, cuajada en el hueco de la estrecha abertura, poniéndose cómicamente rígida, me hace la venia, con una flor amarilla colgando de la boca, esa boca tan poco militar, tan llena de jugo.

—La revolución —le digo— me quedará en la memoria como una fila de garitas abandonadas, de barricadas de arena que nadie usa, de tragamonedas deshechos, de parquímetros pulverizados.

—Y está también el letrero del peaje, en el túnel que pasa por debajo del canal, acribillado a tiros y a pedradas.

—Y los mojones con la cifra 26, borroneada con alquitrán sobre el nombre de Batista, en una de las avenidas céntricas.

Vacío, abandono, olvido, tabúes desafectados: eso es la revolución a una simple mirada turística.

—Y aquí hubo ametralladoras emboscadas en los árboles, miedo camuflado —le digo.

Alrededor de esos atrincheramientos ya inútiles, el pueblo pasea y ríe, con cierta desprolija alegría. La pesadilla ha terminado, y es preferible pensar que era sólo eso.

—En Buenos Aires expusieron las joyas, los tapados y los cientos de zapatos de Eva Perón. De Eva que estaba muerta y embalsamada, bajo custodia de cristal, en la Confederación General de Trabajadores. Eso, y las convertibles y motos de Perón. A falta de ideas mejores, aquélla era la revolución de la honestidad. Pero ésta tiene que ser otra cosa.

—De todos modos —dice Raquel—, es bueno que el pueblo sepa cómo vivía este hombre, a costa de todos nosotros.

—Sí, es cierto. Pero tampoco esto es demasiado lujoso. Su gran lujo es el de Cuba: es de la Madre Naturaleza...

El retintín cursi de la frase la hace mirarme con ojos incrédulos; con una sombra de pasajera incredulidad en los hermosos ojos rasgados que alumbran una tez mate y desconfían por encima del mohín fruncido de la boca.

No es demasiado lujoso, pero es de una vanidad de megalómano. Hay un pabellón entero —estamos deteniéndonos ante sus paredes atiborradas— donde se exhibe la historia del sargento taquígrafo. Un cuadrito abullonado de peluche rojo enmarca, bajo un cristal curvo, las primeras jinetas del soldado, como si fueran las alas de una mariposa. Otros marcos

retienen los diplomas, las fotos del mestizo del pelo cortado a la moda rabona de los cuarteles, el lápiz en la mano. Y luego —más paredes— la historia del ascenso hasta el poder: en todas las fotos hay adulones untuosos que sonríen por encima del hombro del poderoso, figuras de relleno que han puesto la cara para el provecho inmediato y para el oprobio a distancia, blancos y mulatos endomingados, mesnadas con fondos copiosos de empapelado o de banderas, diplomáticos ventrudos y condecoraciones, mujeres en traje de fiesta que venden su dudoso abolengo al arribismo y al codeo del dictador, melifluas señoras y discretos caballeros de los salones coloniales. Y en el dorado y el verde, el blanco y el rojo, el blanco y el azul de la triste América Oficial, los diplomas y las zalemas de todos los órdenes nacionales, que en esta parte joven del mundo parodian el linaje y la nobleza y acaban por atribuirse a cualquiera, por rutina, como moneda de cambio. Gallardetes, escarapelas, insignias, cintas, cordones. Todo esto se trafica a espaldas de los pueblos, todo esto se miente en nombre de ellos.

Sólo ahora, a la luz de un alivio como el de estos días, la gente ríe. No hay nada más ridículo que la solemnidad puesta en pasado, si ese pasado —por la muerte, por la expulsión, por el escarnio— parece irreversible. Ríe, pero los señores de bicornios, con solapas bordadas de laureles en oro, con relumbrantes casacas de generales sin batalla, están acaso vivos en otra parte donde el ballet aún prosiga. Y existen las academias de las que el ex-sargento fue designado Corresponsal o miembro de número, las Universidades en las que se graduó Doctor Honoris Causa, las asociaciones de intelectuales que lo proclamaron Mecenas o escritor o sumo patrono. Estará muerto o fugitivo el esplendor del personaje, que ha huido con tanta premura que no ha podido llevarse siquiera los galones iniciales —la única presea—, en los henchidos muros, que acaso hubiera apartado en la urgencia de la fuga, porque a esa hora se vuelve, como Charles Foster Kane al trineo Rosebud, a los pobres y felices orígenes lejanos, polvo de anonimato, desecho de los pocos recuerdos íntimos que nunca avergüenzan. Estará muerto o fugitivo el esplendor del hombre que mandó erigir este mausoleo a su propio engreimiento, y secretamente a sus miedos y a sus rencores; estará muerto o fugitivo el poder del hombre que quiso tener al lado de su imposible mesa de trabajo el enorme globo terráqueo sobre el trípode de caoba y tras su cabeza el mapa de Cuba en estuco a todo lo ancho del despacho, para seguir con pequeñas moscas rojas

clavadas por alfileres, con banderillas en el lomo del toro que se insurgía alzándose y afirmándose sobre las pezuñas, la marcha de la rebelión que habría de voltearlo.

Pero las causas que gestaron tanto abuso, ¿están muertas?

La biblioteca es vasta, comprada por colecciones, pareja en su invulnerable uniformidad: cuero, tela, pasta española. Allí están Toynbee y H. G. Wells, Bertrand Russell y Benedetto Croce.

—La selva virgen —comenta Raquel— donde todas las hojas se ajustan. Una selva en la que no podía abrirse paso a machete.

Y en un rincón los bustos del joven sargento, flanqueado por Churchill y por Gandhi; y en el patio inferior, que apunta desde las ventanas oprimidas de potus y gomeros, el coloquio de las estatuas postula a la misma América. Lincoln, Bolívar, Martí, Montalvo, San Martín... y Batista.

El público anda, rodea, murmura. Las mujeres alzan a los chicos hasta la altura de los rostros famosos, les enseñan a reconocerlos, los inician en una suerte de familiaridad fisonómica con la historia del continente.

A un costado, rodeado de árboles, atigrado de sombras oblicuas, hay un monumento mediocre, que Batista ha hecho erigir a una infancia apócrifa, a una mentira de infancia que es infiel a su condición; una mentira que otros le han inventado, como le alcanzaban oficiosamente muertes y represiones, para ensoberbecerle y también para convertirlo sutilmente en el prisionero de tantas transferencias.

Se llama *Los tres libritos*. El escultor los ha recortado en bronce, en la cima del monumento, sobre un plinto cuyas caras están profusamente escritas. En una de ellas, Batista cuenta que su padre entregó al aya tres libritos, para que el niño aprendiera a leer en ellos: el catecismo, la Constitución de Cuba y el Manual de Urbanidad y Buenas Costumbres de Carreño. La beatería traficada como religiosidad, el institucionalismo apócrifo presentado como justicia, la corrección ceremoniosa a modo de distinción del alma: tres típicas mentiras del subdesarrollo.

—¡Qué desvergüenza lo que dice este facineroso! —me grita Raquel, a pesar de tenerme a su lado—. Que el manual de Carreño, lo enseñó a ser «circunspecto antes que expedito». ¿Qué bueno, no? ¡Fíjate lo que nos habría salido en muertes si hubiese sido más expedito que circunspecto, pues ya su circunspección nos costó veinte mil vidas!

Parece decirlo con cierta alacridad; pero esa alacridad es

sólo la animación de la osadía, su vitalidad de sentirse otra vez despierta al término de tan larga pesadilla.

—Dime —me atrevo a preguntarle entonces—. ¿Qué crees que va a pasar después?

Y su cara de sorpresa me obliga a completar la frase:

—Sí, ¿qué crees que va a pasar aquí, de hoy en adelante?

—Nada. Esto que está pasando.

—«Esto que está pasando», ¿es algo que termina o que comienza? En otras palabras: derribar a Batista, ¿era el punto de partida o el punto de llegada?

—No sé —dice frívolamente—. No entiendo de política. Sólo quería, con toda mi alma, que pasara lo que pasó.

—Sí. Pero ahora que ya pasó, ¿quieres cambiar de vida o seguir viviendo como hasta hoy?

—Ah, no. Yo no cuento. Por mí, no espero ningún cambio.

Le digo que hay otro modo de esperarlos y quererlos; por Cuba misma. Después de lo que he visto anoche, pienso que tendrán que venir. ¡Y no será por cierto el comunismo!, le agrego para quitarle un recelo que veo aflorar a su gesto.

—Oye, tengo miedo por la inexperiencia de ustedes y por el cerco que van a tenderles. En todo sentido, esto recién empieza. Falta mucho y tal vez muy amargo.

—¿Amargo? —repite sin creerlo.

—Sí, una revolución no es nada alegre, si se la toma trocito por trocito. Sólo puede ser tonificante su sensación de marcha, de camino hacia un hombre igual o mejor en una sociedad mejor. Pero eso se ve sólo al final.

No dice nada. No quiere saberlo o no lo cree así.

Hemos acordado irnos de Kuquine hacia La Habana; o, mejor aún, flanquear la ciudad, de regreso, y seguir hasta su Club, instalado sobre una playa del Golfo.

—No me tomes tan en serio —dice mientras maneja, sabiendo o calculando ya que su ecuanimidad de no darse importancia le añade a mis ojos más encanto. Yo soy muy frívola, aunque tú creas lo contrario.

La primera vez que me lo dijo estábamos en *Tropicana*. Habíamos comido en *L'aiglon* y yo había desechado, desde afuera, la posibilidad de que bailáramos en *Sans souci*. «Salgamos». *Tropicana* prometía más, con su nombre, y Raquel me había descrito con entusiasmo sus trucos de arquitectura, sus puentes fraguados entre los árboles, sus reflectores que afantasmaban las hojas, sus estatuas y fuentes suspensas en el

centro de la oscuridad, bailoteando en tazas de luz en mitad de la noche. Después de sentarnos y mirar las ingeniosas trabazones de troncos y la monería de las luces de colores, odiosamente dije:

—Bueno: esto es el Trópico cosmetizado, una leona con rimmel.

Y ella:

—A mí me gusta. Será que soy muy frívola.

Me lo dijo con resentimiento y distancia, porque toda posibilidad de que yo haga humor avieso con las cosas que le gustan la indispone, la aleja de mí. Todo retruécano que le diga se convierte en una causa de desaliento, marca el sentimiento de una diferencia.

Pero ahora está diciéndolo de otro modo:

—Soy frívola. No fui a la Sierra Maestra ni se me ocurrió hacer nada. No es que me pareciera un esnobismo (aparece una palabra mía que antes no usaba), porque quizá tenga otros. Es que me sentía inservible, ignorante para todo lo que no fuera odiar y temer.

Aquella vez, en cambio, entroncó —no sé cómo— la historia de su frivolidad a la de su divorcio. Había querido a un hombre y se había equivocado; discretamente, eso fue todo lo que dijo.

A la mañana siguiente, me había llevado a ver la Catedral y la plaza de la Catedral, un rincón de La Habana donde el tiempo no pasa, desde los días de los conquistadores. Le compré un sombrero trenzado, de fibras vegetales, hecho con cintas de hojas. Un sombrero enorme, verde mientras la hoja estuviera fresca —dijo el vendedor— y rojo cuando se secara del todo.

Se lo compré en uno de los tenduchos mohosos, de chucherías y recuerdos, que se aplastan bajo los soportales que rodean la plaza de la Catedral, agobiados bajo la gran fachada barroca que mina el conjunto.

—No me lo compres. Es el tipo de sombrero que usan las turistas y las *gringas*. Se reirían de mí si me vieran con eso.

—Guárdalo y deja que se amustie. Seré yo en tu recuerdo.

Fuimos al coche —estacionado en mitad del pavimento cuadrangular de adoquines— y ella quiso mirarse al espejo. Para tomar distancia, se mantenía de pie, a un costado del auto, y yo trataba de acomodar el espejito, a fin de que en su azogue cupiera todo el sombrero. Pero era imposible. Y la pintura estaba demasiado opaca para que, aunque fuese caricaturalmente, se lo viera en la comba del guardabarro. Los

chiquillos danzaban alrededor de nosotros, pidiéndonos monedas, siguiéndonos con sus pregones, sus ruegos y sus olores; leves, tenaces y descalzos.

Enternecido por ese recuerdo del gran sombrero que se volverá rojo cuando yo ya no esté para verlo, me niego a aceptar que sea frívola. Y prefiero cambiar de tema, mientras Juquine queda atrás y Marianao vuelve a echarse junto al camino, a nuestro paso.

—Dicen que el Presidente del tribunal de anoche tiene un amor en mi país, como yo tengo uno en el tuyo.

—¿Y quién es tu amor? —me dice con graciosa coquetería.

La acerco y la beso.

—Una coneja —le digo.

—Una coneja que no podrá darte conejitos.

Y de pronto, poniéndose súbitamente más seria, pregunta:

—¿No podría cambiarme con esa mujer?

—¿Irías allá? Ni te imaginas cómo es.

—Eso sería lo de menos. No me imagino cómo serás tú allá, con todo lo que rodea a un hombre en su medio, y lo hace más importante. Más importante pero, a veces, menos cariñoso.

—No soy importante. Pero, como todos, tengo mis contrapiés.

En la remota madrugada del café *Los Ideales*, en mis días de estudiante, el oficial —ligeramente entusiasta— echó una moneda por la ranura de la balanza y se cuadró solemnemente sobre su plataforma. Giró una aguja en el reloj y otra ranura botó una tarjetita.

—Setenta y dos kilos —leyó el oficial, y por el empaste de su voz noté que estaba borracho—. *Sin contrapesos.*

Descendió y quedó de pie junto a la balanza, mirándome; no había nadie más que él y yo en la madrugada del café.

—¡Sin contrapesos! ¿Y cuánto pesaré con contrapesos? Mis contrapesos deben ser tres o cuatro —agregó, abriendo los dedos de una mano y alzando el índice y el pulgar de la otra, para irlos enlazando a medida que los enumerase. La carrera militar, uno. El matrimonio, dos. Los hijos, tres. El trago... —y vaciló visiblemente—. No, el trago sirve precisamente para sacarme de encima los contrapesos, por un rato. Para sacármelos y pesar setenta y dos kilos. ¿Usté pensó alguna vez cuáles son sus contrapesos?

Estoy pensándolo ahora, al lado de Raquel: el diario, la asociación de periodistas, los compromisos de todo orden que me ocupan las noches y que me indispondrían con Raquel, una

vez que ella estuviera habituada a esta plena posesión de mis ocios, a esta constante vacación sentimental que llevo con ella.

—Es curioso —dice, pensando por su parte—. Los celos no existen frente a lo desconocido y a la lejanía, referidos a un país al que no irás. Sé que aquí puedo preguntarte perfectamente qué otras mujeres tienes o has tenido, y hasta pedirte que las compares entre ellas y conmigo. Y no para halagarme, sino para conocerte en mayor profundidad, con tan pocos días como tenemos para hacerlo.

Me sonrío y lo advierte. Sonrío pensando en el tiempo juvenil en que pude creer en la predestinación inevitable de *ese* amor, de *cada* amor: esa mujer hecha para ese hombre y viceversa. Ahora tengo el escrúpulo contrario: la noche del *Tropicana* le confesé que no estaba seguro de que ella fuera mi encaje único e intrasferible en la mujer, el engaste que andamos buscando por los años de los años, ni aun el complemento sexualmente ideal. «Eres formidable, pero no tienes forzosamente por qué serlo más que alguna otra».

El azar, las circunstancias y la abstención de preguntarlo hacen, en la edad madura, las veces de la predestinación. Aquella misma noche rechacé encarnizadamente todas las expresiones con que Raquel podía querer cubrirme, sublimarme y en definitiva anegarme de sí, repudié elogios tan descomunales como «Amor, eres maravilloso», o, si se dice con la nariz en mi tórax velludo, «Criatura divina».

«Soy un soldado de la Operación Verdad —le aclaraba entonces—, y aquí donde a todo se le llama operación, llamémosle a la nuestra Operación Franqueza».

Y una vez que ella lo había aceptado, le explicaba que nuestra Operación Franqueza nos vinculaba en el amor maduro e inconsecuente —a veces taciturno, otras veces alegre e infantil— de dos seres adultos, que no deben asestarse el golpe bajo de anticiparse que se añorarán, que de algún modo quedará cada uno marcado por la personalidad del otro ni por ninguna experiencia común a los dos.

—No dejemos la cama por la sombra —le proponía. Pero ya sé que mis reglas del juego son más rigurosas y más intelectuales que las de ella. Raquel las entiende con más inocencia y menos sofisticación. Y cada vez que llama «inolvidable» a algo, es porque cree ingenuamente que lo es. De la desmemoria de tantos «inolvidables» —ya le he dicho— estará hecha su experiencia total del amor; una experiencia siempre fresca, nunca enemiga del candor, del ánimo de primera entrega.

—Me gustas mucho —digo para despejarle el sentido de mi sonrisa—. Me gusta mucho que no preguntes y que no digas.

Siempre he odiado el detalle cursi de que las mujeres lamenten lo episódico de la aventura en que perdieron la virginidad, y hagan al amante actual el pequeño homenaje (traslaticio, de persona en persona) de declararle que lo habrían preferido como primero. Pero Raquel no lo dijo ni lo diría. Por el contrario, aludió a su primer hombre (vuelvo al recuerdo de la noche del *Tropicana*), reflexionando sencillamente: «Pobre, ¡qué lamentable trabajo le di! ¿Qué se habrá hecho?»

Ahora no dice nada; no sabe a qué silencios me refiero.

—¿Para qué preguntar, para qué prometer? Todo, hasta el mismo mar —digo mirándolo—, ¡es tan diferente!

El club es un largo chalet californiano, acostado junto a la banda de la playa, con su porche de arcos y su achaparrada techumbre de tejas; una franja blanca entre la franja verde del mar y la franja verde de las palmeras, una veta de quietud entre dos vetas de viento. La ola golpea a veces casi junto a la terraza, deja una borra de espuma sobre el andarivel de tablillas que baja desde las duchas hasta el nivel marino. Y la hoja chasquea un contracanto áspero de papel desgarrado. Me he quitado la chaqueta y la he colgado al respaldo de la silla, mientras la brisa me orea la frente y mi garganta especula con la tibieza del ron Bacardí.

—A veces vengo también a pasar el *week-end;* porque hay habitaciones para los socios. La última vez que fue hace un año... Déjame pensar. —Y, tras un minuto: —Sí, a fines de febrero del año pasado, justamente en los días del secuestro de Fangio.

—¡Oh! —le digo—. Yo estaba entonces en Amsterdam, retenido por una tormenta de nieve.

El violento contraste de climas (Raquel está recordando que hacía un calor terrible, mientras yo pienso en el turbión espeso y constante que dibujaba postales ante mi vista como un gran repostero), es sólo una de las formas posibles de referir la extrañeza. La otra es una manera inefable, de la que se participa cuando uno mira su casa desde lejos o situado muy alto y, viéndola como un artilugio inverosímil, piensa: «Allí vivo yo», pero no como una comprobación duradera, sino como un desdoblamiento actual: «Allí estoy yo y desde acá me veo». Recuerdo la ventisca de nieve y la pregunta dirigida en inglés a uno de los holandeses que se agrupaban ante los tableros anunciadores, bajo la marquesina de un diario. «Fangio Kid-

napped at Cuba», fue la traducción y la respuesta. Siento ahora hasta qué punto, por todas nuestras vidas, Raquel y yo habíamos sido ajenos y remotos el uno para el otro y cómo, de pronto, la mención de un mismo suceso, visto desde costados tan diversos, opera el frágil milagro de situarnos en relación, de dar una perspectiva de tiempo al hecho de que ahora, en la terraza y ante las copas de ron, estemos juntos.

—Puedo conseguirte una malla de baño y nos echamos a la piscina —propone.

A la piscina entra, por tuberías, el agua del Caribe; y el fondo de cerámicas verdes le da una profundidad y un color aún más radioso que los que tiene a la distancia del horizonte, bajo el sol que declina. Quieto, flotando, veo a Raquel ir y venir, nadando con un gozo de su cuerpo tendido, de sus brazos acompañados, de sus piernas impulsoras, con una furtiva facilidad de deslizamiento, y de maniobra que hace esplender la gracia de sus formas más aún que en su elástico paso por tierra. «Es demasiado hermosa», pienso. Demasiado para mí, quiero decir. Siempre he tenido una extraña cobardía de la crasa carnalidad como el solo estímulo prometido de una relación con la mujer. No he podido amar, ni siquiera pensar en amar, a las mujeres demasiado ampulosas, demasiado avasalladoramente hembras. El glorioso animal-mujer me ha retraído siempre, presintiendo mi imposibilidad de agradar, conformar y satisfacer a la altura de ese apogeo carnal, que supongo de exigencia retributiva. ¿Qué pueden esperar ellas de mí, qué reflejo podré agenciarles?

Pero Raquel —flexible, armoniosa y grácil— es una mujer pequeña, y es como si el mismo placer que aguarda cupiera en el hueco de una mano. Con ella, todo consiste en descubrir una querencia más y más íntima de la pasión inicial: de la corteza a la almendra lo mejor y lo más peligroso, lo que al fin me fascina y me impone su riesgo.

Con el brillo de su caperuza de goma a contrasol y sus brazos como aspas arrojando chispas luminosas, me rodea nadando *crawl* mientras me dejo estar, en el foco de las varias elipses que describe, contemplativamente sensual sólo con tenerla y feliz de que existan estas formas de la posesión inocente, este juego de la seducción física más allá del interés inmediato.

El mismo codo que ahora se empenacha de agua le sirvió para alzarse sobre la almohada y mirarme, envolverme en una mirada de bienquerencia. Sabíamos entonces muy poco uno del otro.

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años —dijo—. Teníamos una finca en Oriente y vivíamos allá.

Y me contó una historia de la manigua, en la que intervenían caballos, ríos, ganado, arroz hervido y malanga, fríjoles, bananas, azúcar y café. Era una historia feroz y casi alegre, en la que la muerte de la madre desaparecía entre otros detalles que a los ojos de la niña parecían haber tenido mayor importancia: las molduras de la escalera, el barandal del torreón que blanqueaba en el paisaje espeso, los carruajes nunca vistos que se reunieron para el cortejo fúnebre. Veinticuatro años han transcurrido y la historia ha sido narrada varias veces. Pero los personajes secundarios —un caballito árabe con la cola trenzada, en que su padre la acostumbró a pasear por los alrededores del rancho, un carricoche en desuso, en el que jugaban de la mañana a la noche, una gallina de Guinea criada en cautividad y habituada a dormir y comer en la casa— siguen apareciendo en ella con más nitidez que la figura de la madre.

—Al año siguiente nos vinimos a La Habana. Papá volvía a la finca de tanto en tanto, y nosotros a pasar las vacaciones.

Mientras la oía —ella con el codo clavado en la almohada y la cara descansando en la palma de la mano, yo tendido a su lado, flojo y quieto como ahora en el agua— me di a pensar en la gozosa inhumanidad que, en una mujer tan humana, adquirían las cosas y los seres en el recuerdo. ¿Cómo le hablaría de mí a algún otro, cuando pasara el tiempo?

Se lo dije. No comprendió mi alarma y cometí entonces la torpeza —me sucede a menudo— de querer enlazar el asunto con una frase, fuera de los centros sensibles en que había ocurrido.

—Me asusta que mezcles el amor de esta noche a la memoria de tu madre.

Fue una estupidez, ya lo sé, y su cara de consternación me lo reprochó sin palabras. Fue una estupidez cometida por el afán de hacer una elipsis. Y al fin la misma elipsis no servía, se tornaba sospechosa. Me animé y acabé por decírselo:

—¿Qué dirás de mí? ¡Cómo irás olvidándote progresivamente de mí, primero desmontándome y después simplificándome en tres o cuatro recuerdos, mecánicamente repetidos para ti misma y algún día para otros porque en menos de una semana, no sé si te das cuenta, habré dejado de ser el centro de tu vida!

Aquella condición de emplazado que le estaba proponiendo, desnudo entre las sábanas, la conmovió hasta la emoción físi-

ca, casi hasta las lágrimas. A su lado debí parecer, en ese momento, un pez, un ser frígido, un monstruo de egoísmo y autofagia, destinado a devorarla y a devorarme, a estropear el momento del abrazo con la anticipación física que lleva el acto a recuerdo, el presente carnal a evocación. En el fondo yo era tal vez, por debajo de esa calma exorcizada, el más sensible y el más expuesto, porque era y me sentía un pasajero, un desterrado a término, un cuerpo sometido a largas y repetidas navegaciones. Cuando ella dejara de mirarme, a la luz del amor, yo desaparecería —como su madre— en el fondo de su ser, en ese fondo que he creído tocar y donde sin embargo se me hunde la mano, como en la galería de un sueño.

Y el piélago que debía volver a atravesar en pocos días se me presentaba como la magnificación objetiva de mi desamparo y de mi nostalgia por ella. Entre ella y yo, juntos en una cama, estaban ya instalados el Caribe y la selva. Todo en mí se entregaba a un puro y doliente anticipo de recuerdo, a una memoria sentimental inmencionable, al arrepentimiento, a la desposesión y a la añoranza.

Debió entenderlo, con ese instinto que tienen las mujeres para no hablar pero sí actuar en estas situaciones, porque comenzó a besarme, con un empecinamiento triste y casi sollozante —más que lúbrico— todo el cuerpo, pensando seguramente que una semana después ya no lo tendría, que mis muslos, y mi boca, y mi pecho se le disolverían en el tiempo. En su mismo jadeo equívoco de amor y pérdida yo me veía aparecer a sus ojos con esa condición de muerto a plazo fijo, con esa vida de minutos exactamente predecibles y contables que no tienen sino los ajusticiados, que no pueden tasarse con tanta precisión ni aun en los agonizantes. Cuando el avión de Delta Airlines levantara vuelo en Rancho Boyeros, llevándome hacia Caracas, yo habría muerto en mi propio parecón, habría desaparecido como los condenados que caminan por el largo foso de La Cabaña, sabiendo que el tramo de muro iluminado que ya presienten, en un resplandor confuso tras el próximo recodo, es, en medio de la noche, el lampo de su propia muerte. En esa madrugada del 25 yo habría muerto para ella; y ella para mí —me lo decía—. Pero yo sería quien se fuera del escenario en que había transcurrido nuestro amor y, por eso mismo, quien habría de morir más visible y demostrativamente. «¿Y cuando ya no te acuerdes de mi cara?» Por eso, por ese minuto seguro de olvido me besaba, me miraba a los ojos con unos ojos húmedos; por eso no quería desceñirse del abrazo ni aun cuando la exaltación del amor había cedido en nosotros,

como si oliéndome y teniéndome junto a ella, como si apretándome las corvas con el garabato de una pierna flexionada, me retuviera contra un abismo, me salvara de ser engullido por el vacío, me preservara de una caída.

—No quiero que me dejes ninguna foto ni que me la mandes. No quiero que me escribas. Nada, nada.

Y volvía hacia mí unos ojos tristes y sin celo, un rostro en el que la resignación era ya más visible que el deseo.

—Quise otra vez a una niña de Chillán, que se llamaba Ena Phibe —empecé a contarle en ese justo momento.

La frase se parecía demasiado al comienzo de una historia hecha según los cánones. Y se ligaba a la que me había dicho años atrás la propia Ena Phibe, al referirme una historieta doméstica: «Era un gato castrado, muy caballeroso y romántico» (con todo el peso de la frase cargado sobre la «a» de romántico). La impresión de remotismo que ahora podía infligirme hablando de Ena, el tiempo me la traería algún día para Raquel. Y la misma perspectiva de devengar recuerdo en el centro de las sensaciones reales (un vagón de tercera, al que habíamos sido transferidos tras el descarrilamiento que cortó las vías al sur de Valdivia, lleno de olores a lana mojada y a macho cabrío, corriendo, crujiendo y silbando en la madrugada, echando una cerrazón de humo sucio y polvillo de carbón sobre las ventanillas, mientras hendía la bruma del turbio amanecer junto a la orilla del Llanquihue y la niña de Chillán, rendida de fatiga y de emociones, dormía en mi hombro) emparentaba las imágenes de ellas dos, Raquel y Ena Phibe.

Toda una larga historia; y de ella, Raquel se había entusiasmado con el episodio de la cascada. Era en Puyehue; en las cercanías del gran hotel había dos paseos, anunciados con flechas y leyendas en inglés: *To the suspended bridge*, indicaba uno de ellos; *To the fan fall* el otro. Preferimos la cascada del abanico. Había que marchar hasta allí por un suelo verdinoso y abrupto, por un sendero pino y sombrío. Con las manos tomadas bajábamos a saltos, cantándonos el letrero a modo de estribillo, con una percusión vertiginosa: *To-the-fan-fall, to-the-fan-fall.* Al principio expresaba tan sólo la ambición y la impaciencia de llegar. Pero no habría sido posible traducirlo: «la caída del abanico» no habría podido decirnos nada, ni en su ritmo, ni en la briosa promesa de sensualidad que rendía aquel martilleo vivo y obstinado: *To-the-fan-fall.* Y cuando llegamos al tenebroso salto de agua que vaporizaba frío y desplegaba un ruido a inmensa oquedad, a canto en las entrañas de la tierra, tampoco las palabras españolas nos ha-

brían dicho nada, como cifra de jadeante felicidad, si caídos delante de la cortina de agua eterna, mi mentón sobre su hombro y el hocico en el musgo, no hubiéramos podido sustituirlas para amarnos, para amarnos mientras yo le gritaba, con un vaivén ardiente al oído, como otro torrente volcado dentro de su cabeza, sólo así audible en el corazón del estruendo de la cascada. *To-the-fan-fall, to-the-fan-fall, to-the-fan-fall.*

—¿Has visto? —dijo Raquel por todo comentario—. Esas palabras están más vivas y son más tiernas que cualquier foto de la chica. Te las repites y la tienes.

Era cierto; era el triunfo de un pequeño incidente sobre la masa del olvido.

Nada ahora junto a mí, en círculos cada vez más estrechos, en anillos verdes y lustrosos, en los que su cuerpo atezado y mojado recoge un fondo de luz ciega, se irisa con el reflejo acristalado que despide el fondo de la piscina.

Y ahora, ¿qué frase me llevaría de ella? Nos estábamos prohibiendo de antemano el recuerdo, las cartas, la efigie. Con Ena Phibe habíamos apostado a todo eso, y ambos habíamos perdido: llorábamos abrazados en Cerrillos y ese futuro de extrañamiento y de cartas prometidas, ese correo cada vez más espaciado e inútil, que trazaría el otro dibujo, el de la muerte a la distancia, eran más tristes que las mismas lágrimas, daban una luz irreal a los cuerpos por última vez enlazados, a los cuerpos y a la sombra de su abrazo en el suelo.

No íbamos a escribirnos —decía Raquel—; no íbamos a resistir a la flagrante desaparición de los cuerpos. La oía prometiéndome al revés de todo esto, mientras removía la almohada en que su codo había cavado un hoyo inconfortable; y pensaba cómo el hombre está expuesto por igual a los prejuicios contrarios. Andrea tendría cuarenta años y su pasión física era la última y enardecida lumbre del leño. Se retorcía y quemaba, resollaba y moría cada vez, alzándose y cayendo en un espasmo que sólo podía crecer dentro de ella, que yo no habría tenido nunca el orgullo de provocar. Y luego, volcada y desmadejada, con un rostro súbitamente lavado en tranquilidad y en olvido, me miraba casi maternalmente y deslizándome una mano por el pelo, afirmaba: *Caro, io ti cerco non tanto per l'amplesso cuanto per l'amicizia.*

Y esta vez Raquel me hacía decir lo contrario: que era por el amplexo y no por la amistad. Aquí estaba prohibida, como cursilería, la verdad en línea quebrada, la fogosa inocencia de que eran capaces —sobre el último tic de sus vísceras— el cuerpo y el alma de la italiana, la edad madura y el país ma-

duro. Y sin embargo, exprimidos, cansados, lánguidos en el abrazo demorado, esquivando o sumergiendo cada uno la nariz en la axila del otro, la amistad era lo que más importaba, lo que brotaba como una sublimación de los cuerpos agotados, lo que no gastaría su cuño con el beso ni con el arrebato de lascivia, lo que impediría que la plenitud del instantáneo consentimiento fuera una vergüenza una vez transcurrida.

Y esa noche, la noche del *Tropicana*, escribí una pregunta en mi cuaderno de notas cuando, vuelto al hotel y flanqueado por el sueño de Valtierra, sentí que la soledad y el desasimiento me ganaban. La escribí en francés, por un curioso y pueril escrúpulo de criptografía, no sé si referido a una camarera, a un funcionario de aduanas o a un fiscal de la Revolución: *Que deviendrai-je?* ¿Qué será de mí? De mí y no de ella: varias veces he sentido esta desazón, esta inquietud presenil ante cada mujer que llega repentinamente a importarme. No me pregunto ¿qué será del asunto?, sino, ¿qué hará de mí este asunto? Es la hora en que me prometo mentalmente fugar, desbaratar en la incongruencia y en la duda un sentimiento que insidiosamente comienza a envolverme. Al final me consuela mi vieja certidumbre de no haber buscado el amor, sino de haber caído en él, no haberlo provocado, sino haberlo aceptado tan sólo una vez que, con sus cuatro patas y su cuerpo rampante, se me ha tirado encima. *Mas recibí la flecha que me asignó Cupido y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario,* decía —antes de Guiomar— el paseante viudo de Soria. Castrada y melancólica disculpa, en mi caso al menos.

—¿Por qué no nadas si sabes hacerlo?

—Por no cansarme, porque soy viejo.

—Olé con el viejo prodigio.

Después de toda aquella conversación sobre el amor y la amistad, nos alzamos de la cama y ella fue a su cocinita y volvió trayendo, en una bandeja, la tetera y dos tazas. «Mi mucama nudista», le dije, besándola otra vez y allegándole la mesita. Y nos sentamos a tomar té.

—La tetera llena de ti —bromeé, acariciándola en su cálida redondez, protegida hasta entonces por el cobertor; porque en aquel paisaje de cuerpos desnudos, la tetera había quedado, hasta el final, dignamente arropada.

Me devolvió el cumplido diciéndome que mi mano lamía en la tetera las turgencias que mi boca no había podido encontrar en ella. Entonces, como si la asumiera por el asa, convirtiéndole en potiche, le tomé un brazo de encima de la

mesa y le besé el hoyito interior del codo, fingiendo que era el único pedazo de piel que le quedaba al descubierto.

—Te propongo emerger —dice—. Estoy cansada y tú estás viejo.

Emergemos. Chorreamos agua sobre baldosas verdes, sobre linóleos también verdes. Le froto la espalda en redondo, con una toalla áspera. Le exprimo el pelo como si la aporreara, me bebo su cabeza de medusa.

—Mi viejo, mi muy viejo —susurra con acento agradecido.

El amor de dos seres adultos conlleva un sentido neutro, de compañerismo. Ya podemos estar horas al lado de la mujer junto a quien nos acostamos, sin desnudarla con la imaginación, sin actuar —en toda situación que la aluda— en el supuesto mental y sentimental de que estemos desnudos. El progreso de la adultez, en el amor, consiste en dar sitio a las costumbres contrarias; y en no considerarse desnudo, sino en las horas en que haya que estarlo, olvidándose de la tentación, postergándola el resto del tiempo. Mientras ese olvido no sea real, no habrá una auténtica suposición de igualdad en el amor. Porque hay siglos que ordenan que la mutua exposición de desnudeces refleje prestigio y conquista sobre el hombre, disponibilidad y sumisión en la mujer.

—Es maravilloso —dice Raquel—. Nos comportamos como dos viejos amantes.

—Todavía sin rutina en el amor, pero ya con amor por la rutina —y le froto nuevamente la espalda.

—Jamás me acostumbraría del todo a tenerte a mi lado. Y, sin embargo, siento que mi cuerpo te pertenece desde hace una eternidad.

La insensible confianza. Rememoro una historia de mi niñez: una prima mayor se casó y vino, en viaje de bodas, hasta nuestra casa de pueblo. Ella y su marido —dos jóvenes de veintitantos años— caminaban enlazados por el talle, haciéndose arrumacos. Habían tenido un corto noviazgo, bajo celosa vigilancia materna, y la boda los había arrojado uno en brazos del otro, con una suerte de brusco sobresalto amatorio, con un sentido feroz de posesión antes de la confianza. Paseaban por el jardín y ella llevaba un papel satinado en la mano. De pronto se lo mostró, lo leyeron e, indicando una de las esquinas superiores del papel, él se puso a reír, señalándole algo. Al principio mi prima se ruborizó, escondiendo los ojos junto al hombro de él. Pero luego una fuerza que luchaba en su interior venció y ella también se echó a reír a carcajadas, con un aspecto que se me antojó desvergonzado e innoble. Los

veía de lejos, mientras tomaban una curva del sendero. Sobre un borde de plantas él arrojó, finalmente, el papel, que previamente había estrujado hasta convertir en una bolita. Cuando se fueron la tomé y desarrugué. Era un prospecto de Jansen y el rincoucito decía: «Malla de baño elástica, en tonos del rojo al fucsia, para damas de cabello rubio (abajo)».

Durante años no pude entender la causa de su risa; ahora sé que fue el primer chiste obsceno que, por delegación, él se animó a hacerle; y me vuelve a la memoria cada vez que hoy los veo plácidos y con un aire de cansada castidad, rodeados de hijos y de nietos.

—En el amor —le digo— lo que no debe perderse es la sensación de mutuo consentimiento, algo que las leyes no refieren a la cama sino al divorcio.

—Un consentimiento pleno.

«Un consentimiento *exquisito*», como diría Matilde, burlándose de uno de los adjetivos que más detesta.

—Dentro de unos meses —le pregunto—, ¿qué será para ti el recuerdo de este hombre muerto?

Me acerca a su cuerpo aún húmedo y me aprieta contra él; ser adorados en la situación en que herimos y por el ser a quien angustiamos, eso es lo que los hombres solemos llamar «dominio de la situación». Tonterías.

Tengo que llevarme de esta mujer algo que sólo haya pertenecido a ella; sin ánimo de herbolario.

—Te quiero —le digo—. Cada vez que vuelvas a esta piscina acuérdate de que te quiero.

Un consentimiento pleno: antes de la madurez la evidencia de ese consentimiento no existe, sustituida por la idea de conquista o reducida a expresar tan sólo el salteo explícito y deliberado de tabúes íntimos, familiares o sociales; formas del fetichismo erótico, sin fetiche a la vista. Por eso nunca me gustó hacer el amor, en los días de la Universidad, con las «compañeras» de la célula roja o del grupo anarquista. Lo hacían con una suficiencia ofensiva, para dar al hombre la certeza de que era aquello posible porque ellas lo querían, en ejercicio de la libertad más que por impulso de la pasión.

Con el abrazo mojado, Raquel me ha dejado para ir a vestirse; y ahora yo me dirijo al vestuario de hombres, sobre los zuecos que el club me ha prestado.

El amor —estoy pensando, lleno de un erotismo lúcido, hoy que no la he tenido— es una experiencia que hay que cursar juntos y al mismo tiempo; un ensayo de sincronización de dos sujetos, con las vísceras y los pensamientos igualmente acom-

pañados. Ninguno de los dos puede forzar al otro a que omita una candidez, una credulidad o un entusiasmo, tan sólo porque esté en condiciones de prevenirle un escarmiento. No hay ninguna conformidad sentimental que pueda apoyarse en los límites negativos, autoritarios, de la experiencia del ser querido, sólo porque él sea mayor, más engreído o, al fin de cuentas —vale decir lo mismo— hombre. No lo haré con Raquel, no quiero extorsionarla para mí ni para otros.

Pero con ella otra vez al lado, en el volante, y con el roce arisco de su cabello salitroso en el viento nocturno que entra por la ventanilla, no es posible imaginarla sino como una niña, como una criatura frutal, fascinante y ligeramente absurda. ¿Qué será de Raquel en un año, en dos? ¿Qué pensará de esta Revolución que por ahora ve como un gran vivac, a la que no comprende ni quiere entender en su sentido profundo?

—¿Ves esas cruces en la veredita que queda al centro de la carretera? —dice, y el faro piloto las hace aparecer en un círculo blanquecino, grises y feas en su basto molde de cemento—. Recuerdan a los muchachos que fueron ametrallados aquí mismo en represalia, cuando mataron a Salas Cañizares. Fueron puestas en el sitio en que cayeron.

Nos detenemos un instante. Bajo, y, sin saber por qué, toco y sigo el áspero vástago de una cruz.

—Ellos también fueron condenados a muerte y no eran asesinos —dice Raquel—. Pero ni la A. P. ni la U. P. se enteraron.

Estamos ya entrando a La Habana, hemos pasado sus suburbios y desfilan el Castillo del Morro, el Castillo de la Punta, el Monumento a Meceo.

Ha cambiado de tema y se lamenta de los pocos días que nos quedan.

—Hubiera querido que fuéramos un fin de semana a *L'Hirondelle*. (Es un bungalow marítimo que su familia tiene en la provincia de Las Villas, y al que ella suele ir con amigos.) Tú y yo solos.

—Non tanto per l'amplesso...

—...quanto per l'amicizia. ¿Era así?

No habrá Golondrina, pero puedo imaginármela. Y puedo figurarme a Raquel en el muellecito que me describe, las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta, despeinada y fumando en un gran golpe de viento que le hace flamear los pantalones. La he visto ya vivir, la escucho ahora hablar con palabras que antes no usaba, con palabras que son mías y que le traerán mi imagen —o por lo menos un vacío de semirreconocimiento intrigante— cuando en los años venideros las oiga de otras bocas. Siempre habrá una diferencia irreductible —pienso, deslizando mi brazo izquierdo hasta contornearle los hombros—. Yo seguiré pensando por ideaciones abstractas y ella por estímulos concretos. Su alma femenina, su trópico sensorio.

«Acaso seas lo más hermoso que me haya sucedido en la vida». Y veo el rostro de Matilde diciéndome que sí, con la misma cara maternal con que empujaba el cochecito, la navecilla en que caeré de nuevo a mi regreso.

Una gran apatía de mis cuarenta años me pone en fuga ante la simple necesidad de tener que revalidarme en cuanto ser humano: conquistar a otra gente o explicarme ante ella. Raquel es ya el silencio, el fresco olor a mujer que trae la noche al embestir hacia adentro del auto, la posibilidad de *ser* vegetativamente, tras esa hora de mutuo descubrimiento que nos revela a fondo, que es nuestra única y gozosa fatiga, la bendita fatiga que tiene la virtud de tornar ociosas todas las explicaciones.

Llegamos a la trocha del Havana Riviera.

—¿Bajas?

—Ahora, no —me dice desde el volante—. Pero, ¿podríamos estar juntos esta noche? ¡Quedan tan pocas!

—Sí —le digo—. Podríamos.

—¿A qué hora te vengo a buscar?

—A las diez.

—¿Y dónde quieres ir?

—Al sitio más lindo de La Habana: a tu casa.

VII

Cuando Calodoro entró al *lobby* del Havana Riviera, vio a los periodistas de la Operación distribuidos en semicírculo, de pie y enfrentados a otro semicírculo, compuesto por señoras enlutadas. «Son las Madres Martianas», le dijeron cuando se aproximó a preguntar. «Viera las ha hecho venir, para que contrarresten a la familia de Sosa Blanco». Y, en efecto, Viera estaba en el medio del semicoro y hablaba.

Calodoro pensó en la foto que había visto en *Bohemia:* en tiempos de Batista, un grupo de mujeres, la mayoría de negro, avanzando por una calle de ciudad y desplegando a todo lo ancho un cartel, donde podía leerse: «Cesen los asesinatos de nuestros hijos», y al pie de la exigencia, y en caracteres menos espesos, la rúbrica «Madres cubanas». La vida se colaba también por otros rincones de la instantánea: un mulato ensombrerado, un vendedor de confituras, anuncios recomendando tomar Coca Cola y Vino Romay. Pero estas mujeres que tenía ante sí eran menos marciales que las que caminaban en la calle y en la foto; menos marciales y más viejas quizá, al tiempo que impedidas doblemente por el discurso de Viera y por pesados retratos que volvían contra ellas, como si la función aún no hubiera comenzado y no debieran descubrir el juego y la emoción antes de tiempo.

«Ustedes han tenido esta mañana la visita de las hijas y la mujer del capitán Sosa Blanco —decía Viera—. Nosotros hemos pensado que sería justo que tuvieran también una evidencia de las víctimas que ese capitán y otros de la Guardia Rural, que ese gangster y otros gangsters de las ciudades han sembrado por toda Cuba, advirtiéndoles que detrás de cada una de las madres que ahora, entre muchos miles de madres posibles, se han reunido aquí, hay un hijo, un niño, un adolescente, un joven, asesinado por la tiranía».

Un óleo de Ben Shahn evoca una parada de viejas «Daughters of the Revolution». Son diez ancianas caricaturales, con lacias polleras tubulares y tapados con vueltas de piel en los cuellos. Sus cabezas están tocadas con sombreros de pluma o boinas de pana, sus cuellos culminan en medallas, camafeos y boás; sus caras muñequiles donde ha muerto todo deseo, miran a un fotógrafo imaginario, mientras las manos enguantadas sostienen un vástago amarillo o los extremos de la cinta que, flexionando en ese vástago, proclama hacia un lado «Women's Christian Temperance Union» y hacia otro «For God, for home, for native land». Estas madres martianas tienen más vida en los rostros, menos abnegación en la mirada, menos anacronismo en los trajes que las viejas de Shahn. Pero ellas también están clamando por Dios, por el hogar y por la tierra nativa, porque todo eso era para ellas el hijo que fue segado, la razón de vivir que con él se les arrebató.

«Estos jóvenes no habían cometido otro delito que el de vivir y alentar un sentimiento de dignidad y un ansia de libertad que el tirano negaba a toda Cuba, que sus esbirros querían ahogar en sangre y más sangre».

A pesar de su tono burocrático, curiosamente ajeno a esa invocación de la sangre, de la existencia y de la muerte, el discurso de Viera empezó a triunfar en los primeros pañuelos que acudían a los ojos, en el ligero temblor de los retratos, obedientes a la crispación de las manos que los tenían.

«...no habían cometido otro delito que el de vivir»; ahora sí se le apareció lo que la memoria buscaba en Ben Shahn. Una mujer cuajada, de pie en el viento que alza uno de los bordes de su tapado. Tiene un sombrero de castor con dos hojas arbóreas de paño aplicadas, unos anteojos de forma tradicional, un abrigo con cuello de astrakán, unos guantes pardos y, en la mano izquierda, un bolso de cierre metálico. Está de pie sobre un fondo de cielo gris y de canteros verdes, en un sendero de grava. No dice ni pide nada con los labios, con las manos, con el gesto. Pero cosida al abrigo y atravesando su pecho, una banda de tela proclama, en rígidos caracteres: *My son is innocent.* ¿Para qué madre no lo es?, pensó Calodoro, sin mayor originalidad, porque tampoco el sentimiento era peor por ser común. El abogado argentino le diría si todas las madres no creían lo mismo, llorando o escribiendo ceremoniosas cartas, recorriendo infatigablemente posibles o imposibles influencias, agotando inverosímiles recursos para conmover a los jueces, en busca de una libertad o de un perdón. Lo importante era no haber matado, si el hijo era un ladrón; lo importante era no haber robado, si el hijo era homicida.

Pero los hijos de las Madres Martianas, esos seguramente eran inocentes en el mejor sentido; con la bella inocencia de un riesgo sin cálculo, que es el estilo de la juventud, un estilo que la vida a menudo corrompe y que la muerte preserva, depositando cautamente sobre él —como enormes coronas— las palabras «martirio» y «sacrificio».

Mi hijo es inocente, o sea: mi hijo es mi hijo.

El discurso de Viera había terminado y, en el momento en que retrocedió un paso, fundiéndose al grupo, para ofrecer su sitio a la señora que leería el poema, los retratos, como flores que abrieran a un golpe de sol, se volvieron hacia la audiencia. Eran heterogéneos en época, en actitudes, en escenarios: había niños tendidos sobre canapés, en la desnudez de los primeros meses, rituales niños ofreciendo un perfil grave y, en el brazo, el lazo blanco de la primera comunión, jovencitos reclinados en el césped o luciendo, con aires desafiantes, un traje deportivo, pálidas caras de colación de grado, en medio de un halo oscuro, a carbonilla, que delataba que aquellos rostros habían sido sacados de la fila, extraídos de una pose colectiva; había críos de pocos días, criaturas de pocos días, criaturas de pocos años, adolescentes solemnes y precozmente taciturnos, caras que emocionaban más que otras porque sonreían con esa nota de alegría infeliz que, retrospectivamente, pone la risa en la cara de los muertos. Había óvalos laboriosos que no podían velar sino en los dormitorios paternos, caras serenas que seguramente reposaban en un ángulo con lámpara y piano, sonrisas de familia que sólo eran concebibles sobre una consola y que parecía haber adquirido por durable reflejo, el brillo de un álbum de tapas de nácar y guarniciones de plata; había semblantes de felicidad hechos a alternar con patos y liebres de naturaleza muerta, en las húmedas amenidades del comedor; había trozos de sol que se amustiaban en estrechos y opacos corredores, había ojos que una luz demasiado cruda había ido cegando, disolviendo y desvaneciendo. Había retratos tranquilos y desnudos, había retratos ansiosos y enjoyados.

Eran sus hijos y habían aparecido de súbito, encarándose con la audiencia de periodistas, en el instante en que un gesto imperceptible había ordenado una vuelta de hoja, para pasar de la oratoria al drama.

La madre que iba a leer su poema se caló los anteojos y dio un paso al frente, hasta quedar en el lugar que antes ocupaba Viera; otra de las madres (posiblemente sin retrato propio) se situó ante ella y, con un esfuerzo que acabaría por extenuarla si el poema llegaba a ser largo, alzó los brazos y ofrendó a la concurrencia la faz del ser que lo inspiraba. Era una cara limpia y algo adusta, de enormes ojos negros, la de un muchacho de quince años, serio y reconcentrado a pesar del contraste violento de la abigarrada corbata de palmeras y cisnes que le caía por el pecho. Lo habían enmarcado en óvalo y la cadenilla que lo mantenía en una pared se curvaba ahora sobre su frente, dibujando un trazo equívoco sobre la blancura mate del frontal, como si fuera un rizo imprevisto que pesara y cayera, sorprendiéndolo en la severidad de su primera presentación en público.

Hijo mío,
entraña desgajada,
rota, balanceada.

La voz era más persuasiva que la de Viera, pero irritaba su recitativo agudo, su tensión casi histérica para las palabras graves en que se resolvía el terceto inicial.

Vida
condenada a la muerte.
Vida, jaula
del crimen. Infancia pensativa.

«Jaula del crimen» era quizás un ripio interno, un producto empalagoso de retórica interior, de esos que el poeta cree poderosos y sólo miden su debilidad. Pero «infancia pensativa», una frase que renunciaba de antemano a ser original, era verdadera y podía conjeturarse sobre el pasado de aquel gesto abstraído en las primeras preocupaciones de aquella bóveda, en la evolución de su armoniosa osatura. Hasta cuando muere un viejo, uno no puede eludir a veces la sensación de que hay, de que hubo un niño que muere por él, el niño que ese anciano tal vez nunca dejó de ser, llamado a última hora a convivir y a reconciliarse, en un gran destello, con la historia de su transformación y de su mentira adulta, con la fagocitosis que traicionó o pervirtió un hermoso proyecto de vida; llamado a última hora a comparecer allí bajo una envoltura irreconocible, a comparecer y a despedirse de esos otros niños ultrajados y frustrados que están a la cabecera del moribundo.

La vigilia filial que un día empezaras
en mí, hoy se prosigue

sin término de llanto,
tal como una crisálida
que no abrirá su vuelo
en tanto tu dolor
nutra mi vida.

Seguiría nutriéndola, por los años de los años. Porque había un fondo de amarga delectación en ella, un regodeo masoquista que de seguro la llevaba a escarbar y picotear día por día, noche a noche, como un gallinazo ominoso, en el Gran Recuerdo, para mantenerlo sensible y vivo, para evitar que se mineralizara y en definitiva muriese. Calodoro veía de nuevo a la madre de Rolando, el muchacho a quien —en los días de su remota niñez de pueblo uruguayo— había contemplado yacer, la ventana abierta a la calma compacta de la noche, los ojos fijos y los labios murmurantes en el delirio de la fiebre, en tanto la madre —para hacerle un hueco en el calor sofocante del verano— le abanicaba con la pantalla de palma. Habían tendido cordeles para cerrar toda la cuadra al paso de los coches, y se supo que Rolando había muerto cuando un hombre, corriendo para la prisa de un tránsito que a esa hora de la noche no existía, salió de la casa y procedió a desatar y a arrojar al polvo de la calle los cordeles. La madre de Rolando partió de allí al otro día, llevada por sus hijos pero no arrastrada, mirándolo todo con una perplejidad lenta, animal, como si el corrillo expectante de los niños y las vecinas semiocultas tras las persianas y la terrosa calle de Melo fueran un paisaje exótico. Y cuando una quincena después volvió de su piadoso secuestro, la idea de la muerte había ya bajado a su cara. Gemía, invocaba nombres y decía frases incomprensibles, sin preocuparse de que los niños y las vecinas pudiesen oírla. La puerta de la calle había quedado abierta y se sentía, a la altura de la nariz, la densa humedad de la casa abandonada. El niño que había sido Calodoro miró entonces y vio cómo la mujer llegaba al patio y, de pronto, comenzaba a arrancar las flores de los tiestos y arrojarlas al suelo, con una lóbrega mezcla de piedad, cólera y egotismo. Luego, súbitamente saciada, había caminado hacia el cuarto del frente, aquel en que Rolando había muerto. Se había detenido, apoyando un hombro en el marco de la puerta, y el estupor había vuelto por última y fugitiva vez a su rostro, al mirar el colchón atado con cuerdas, las sillas apiladas en mitad del aposento, tal como habían quedado luego de la desinfección. Pero su misma estupefacción había acabado por rendirse (el revuelto pelo blanco le azotaba

los costados de la cara, le lanceaba las mejillas verdosas) y había llorado, ahora silenciosamente. En ese preciso instante había comenzado —como decía la poetisa— a alimentarse, a nutrirse en su hijo, a asirse a él hasta la propia muerte.

Hijo,
entraña florecida.

Podrían haber traído también los cuadernos, las cajas de acuarelas o las ropas —pensaba el crítico con exigencias de montaje que era hoy Calodoro—. Habrían logrado evocar más demostrativamente la infancia de cada uno que con aquellas genéricas metáforas maternales (Hijo, entraña florecida); y ya se sabe que es más difícil olvidarse del muerto cuando es posible remitirse a la memoria de un detalle trivial. «¿Dónde están de los muertos las frases familiares, el arte personal, las almas singulares?» Lo concreto habría sido también lo punzante; aun sin retrato, saber qué estudiaba ese chico, cuál era su apodo, cómo sonaba su voz, qué cosas le gustaban y en qué forma murió.

Los sicarios, los que odian su niñez
y el rostro de una madre
y la lumbre de días juveniles,
esos ya te esperaban,
y te vieron venir y te aguardaron.

«Las almas singulares»: esa es la única raíz válida de la piedra, si llamamos piedad a una aflicción digna y concreta por la suerte del hombre. Pero esta mujer, delante de los periodistas, representaba su piedad como una contribución patriótica a «la gran batalla en que todos estamos empeñados». Nadie parecía presentir que los sicarios podían tener madres y que esas mujeres serían un día paseadas por la propaganda, dentro o fuera de Cuba. Cuando lo que juega es una simple piedad situacional, cuando lo que aflige es la mutilación del término natural de una relación humana, el uso político puede tener cualquier meta. Sólo precisa una viuda, la madre de un joven muerto, un niño solitario, andrajoso y hambriento, sentado entre los escombros de un bombardeo. El que mató, el que arrojó la bomba puede ser fascista, comunista o demócrata. Tanto da.

«Las frases familiares». Lo peor es que se quiere hacer de esa piedad por la especie el uso acomodaticio de adecuarle a

los intereses de un bando: nos duelen los muertos de Londres o Varsovia, no los de Hiroshima. Y, sin embargo, es tonto que sólo nos enternezcan los mártires de nuestro lado, los héroes que combatieron por nosotros, aquellos que tienen la aureola de «la causa». ¿Acaso no habría sido aún más lamentable el denuedo, como puro valor humano, si se le hubiera puesto al servicio de una fe inadmisible, si fuera irrescatable la razón por la cual se murieron? Pero hacemos siempre una discriminación, del mismo modo que cuando vamos al fútbol sólo vemos jugar a los componentes de nuestro equipo; los otros sólo son sombras obstativas, muñecos entorpecedores a quienes decidimos suprimir.

Eras
lo que ellos no podrían
haber soñado ser
en otra vida.

En otra vida, los sicarios ¿tendrían que volver a ser sicarios? Tal vez sí, siempre que el mundo no cambiara, ofreciéndoles otra posibilidad para la imaginación y para esa carga de rencor ruin con que ya abrían los ojos a la vida. De niño, dormía en una cama de bronce cuyas patas remataban en cuatro ruedecitas. Aquello lo intimidó por varios años: temía que durante el sueño alguien lo empujara y él fuera a despertar en una habitación desconocida. Ahora, de hombre, sabía que a menudo se emerge —tras el sueño de una noche— a la evidencia de un mundo desconocido, sin necesidad de que a uno le hayan empujado la cama. Esto que estaba viendo ahora, esta Cuba más inimaginable desde Montevideo que Irlanda o Suecia, hacía las veces de un henchido, de un confuso y necesario despertar.

Por eso, hijo,
mano aterida, suave
mirada de mis ojos,
por eso es que los tigres
te vieron y eligieron
abriéndote la frente
y una rosa en el pecho,
una rosa que abrasa,
la que me haría matar
si el día llegara.

Y ese día había llegado, sin que ella atinara a otra cosa que a repetir en público los versos que había ensayado y escrito en privado. Hay un patetismo primario, infalible, en la situación de la madre que invoca a su hijo muerto. Y por más que el poema no le gustara, Calodoro no podía pensar que fuese enteramente desdeñable o cursi.

Había algo que lo impedía, algo que flotaba junto a las palabras, la imagen de un muerto intenso y permutable, caído en el Alma Mater o en la Vía Blanca, en la Escuela Normal o en el Reparto Diezmero. No hay imagen posible de mediocridad en la idea de un hijo muerto. Era posible calar ese convencimiento unánime en las caras de las demás mujeres, que escuchaban el recitado con una mezcla indescifrable de sentimientos. Tal vez los mismos sentimientos que habrían alentado en un diálogo de fiestas escolares, en una ceremonia de fin de curso, esa alternativa en la que cada madre formula su causa intransferible de orgullo y recata, en cambio, la paciencia lúcida y compasiva con que asiste al entusiasmo de las demás.

Hijo,
entraña de mis sueños,
memoria del amor,
¡pide venganza!

Esta resplandeciente espada final cortaba el poema. ¡Pide venganza! La foto adusta y casi melancólica —unos brazos cansados la bajaban— no parecía pedirla, aparentaba resistir la posibilidad de que le prodigaran una pasión tan militante. Una venganza en escala individual era fútil, después de todo. ¿Qué era el destino de un hombre, qué podía significar el destino de quinientos hombres —el uno por mil de los muertos en Hiroshima y Nagasaki, había dicho Fidel, al hablar de los juicios sumarios— si lo que se echaba a andar era una revolución, y en el vientre de una revolución crece, más allá de la muerte, una semilla de felicidad? ¿Quién sale hoy a la calle a reprocharle sus pescuezos a la Revolución Francesa, quién llora por sus muertos de papel?

Y, no obstante, la imagen del hijo muerto —la poetisa permanecía de pie, hierática, pero su cara había desaparecido tras sus dos manos— será siempre conflictual y turbadora, porque es una imagen perdidamente rebelde, golpea contra el orden establecido por la naturaleza, contra un mandato de sobrevivir. El pequeño escribiente florentino es patético porque es el

padre quien debería trabajar para el hijo; Cordelia es trágica porque es el padre quien debería morir por la hija, si fuera preciso. Si los círculos de este infierno se interpenetran y confunden, esa subversión escuece por encima de todas las otras.

Bloques y estilográficas en mano, los periodistas se abalanzaron sobre las Madres Martianas. ¿Su nombre? ¿Tiene copias del poema? ¿Fue la de ustedes una organización de la Resistencia? ¿Opina que Jesús Sosa Blanco debe ser fusilado?

Como si hubiera terminado el exorcismo, las Madres parecían distendidas y, a despecho de sus caras, libres y felices. La rueda se animaba en mutuas interrogaciones y votos, en mensajes destinados a atravesar el mar: «Deben hacer por que en sus pueblos nos comprendan», «El enemigo está en toda América y nuestro duelo puede ser mañana el de otras madres», etcétera.

Cansado del viento de la tarde, pesado de emociones —el juicio, Raquel, el poema—, Calodoro se sentó a distancia y pidió un whisky.

De pronto advirtió que, desde el sillón de enfrente, un retrato lo miraba. Era un escolar de guardapolvo blanco, la cartera en la mano y el zapato izquierdo desatado; una instantánea callejera transformada en recuerdo.

Una vez en su vida, un retrato semejante lo había obligado a desistir. Era un niño rubio, con una blusa de alpaca, sonriendo a la sombra de un árbol, los pies sumergidos en el pasto. Colgaba sobre una cama y pasaba por ser el hijo de Erna Morgan. Erna quería estrenar un drama y alguien supuso que Calodoro debía opinar en su favor. El apartamiento era muelle y silencioso, y a las siete de la tarde comunicaba, en su octavo piso céntrico, una sensación de desprendimiento y soledad que Erna protegía con cuidado apuntándola en luces bajas y en viejos, aparatosos relojes detenidos. Le había enseñado a tomar el té a su modo, haciéndolo pasar —sin azúcar— a través de la boca en que se licuaba un trozo de chocolate; y la primera mentira aprobatoria que le había arrancado era la de haberle hecho calificar esa extravagancia de innovación talentosa.

Luego, bajando más unas luces, apagando otras, encendiendo una pestaña de claridad en las gargantas de yeso que marcaban los bordes del cielorraso, había leído su pieza. Era espantosa, y él tan sólo recordaba ahora aquella escena en que una vieja mujer da de comer a sus aves paseándose por el gallinero, Biblia en mano. Tras la lectura, Erna había hablado de su vocación y detractado a su marido, un jugador que llegaba borracho y sin dinero a la madrugada; y, en busca de un manojo de poemas, habían llegado al dormitorio. El beso de Erna, un beso frío, por debajo de sus ojos azules, los mismos ojos que, tras una candileja, miraban desde un óleo gigantesco, frente mismo a la arcada del recibidor, no había sido bastante a «colocar» su pieza, y había desaparecido desde que la mirada de Calodoro tropezara con la del niño, el ángel que prometía presidir aquel antiguo *wergeld*.

—Es mi hijo —explicó Erna sin volverse, como si ya hubiera tenido que aclararlo otras veces en la misma situación, y esa recurrencia hubiera generado en ella el hábito de decirlo con tanta naturalidad como besaba.

Pero muy poco antes, Calodoro le había escuchado que la depravación de su marido y la pasión de ella por escribir habían sido las conductas irreconciliables y simultáneas a que los había arrojado la muerte de ese hijo. Para aprobar un comportamiento más que el otro, el niño sonreía ahora y acaso plegara su sonrisa cuando el padre llegara bebido y esquilmado a medianoche. ¿Era eso escribir, era eso hacer crítica, era eso engañar? ¿Y engañar a quién más, al niño, al marido o al público?

Después alguien le insinuó que quizá fuera un truco, un retrato comprado en un remate. Pero fuera quien fuese, el niño —rubio y borroso, de pie en mitad de su campito, con un desvanecido fondo de árboles y humo— existía y era irrecusable. Existía, por lo menos, como una amonestación freudiana puesta sobre aquel lecho, como una presencia intranquilizadora e indescartable, desavenida con el placer como la de un crucifijo.

Ahora la madre del niño olvidado en el sillón lo levantaba y echaba sobre Calodoro y su whisky una mirada reprobatoria y hostil, que le trajo el recuerdo de la mirada de Erna, al fracasar el tácito negocio. Las Madres Martianas, tan en tropel como habían llegado, se iban. «Menos mal que esta noche haremos el amor», pensó Calodoro.

VIII

La proposición de Valtierra sobrevino antes de que Raquel llegara.

—Unos pintores invitan a una tenida en su casa; hay que cotizarse para llevar un par de botellas de ron, y nada más. Me parece que puede ser interesante.

—Y ayudaría a salir un poco de esto —dijo Jubín, que sentía ya visiblemente, como que era un muchacho débil, la compresión de la atmósfera revolucionaria.

—Vayamos —dijo Calodoro—. ¿Podré agregar a Raquel?

Pudo; y fue en su propio coche —dejando de lado los servicios de La Piquera Gris—, que viajaron hacia Miramar. Valtierra bajó un momento a comprar las dos botellas, cuando estuvieron cerca de la dirección que Viera les había entregado, y con una en cada mano encabezó el ascenso por una escalera sombría, en busca del apartamento 12, situado en el cuarto piso del inmueble.

Raquel, locuaz y amedrentada en la oscuridad de los corredores, daba una mano a Calodoro y otra a Méndez; Jubín, riendo y silbando de pura excitación, cerraba la marcha.

—¿Se estila aquí llevar algo cuando uno es invitado? —decía, y daba a pensar que acaso hubiera preferido llevar flores u otro obsequio meramente simbólico.

—Como estilarse, no se estila —le respondía Raquel—. Pero me imagino que no vamos a encontrarnos con gentes de costumbres especialmente cubanas, sino con intelectuales.

—Con intelectuales apátridas, como ustedes —subrayaba Méndez.

—Eso mismo.

Cuando la puerta se abrió, comprendieron que era así. Fueron saludados con una familiaridad que no preguntaba detalles, y ni siquiera sus nombres —que tuvieron el escrúpulo de pronunciar— fueron atentamente escuchados. Se les incorporó

a la reunión con una naturalidad desentendida y confiada. Pudieron discernir que el hombre joven de rostro redondo y rosado era el dueño de casa y que la *fille aux cheveux de lin* que los presentaba con un ademán circular a la dispersa concurrencia, era su mujer. La concurrencia alzó brazos, cabezas y copas para responder, sin moverse de sus sitios varios: *poufes* de colores puros y detonantes, sillones, el mismo suelo. El ambiente aludía a esta época más que a este país. Las luces hervían dentro de grandes peces de mimbre o se cernían en tapices de arpillera pintada; los libros bullían en estanterías de madera sin desbastar, sostenidas en una trabazón de hierro desnudo, y adquirían profundidad sobre fondos de telas, dibujadas en bastones, en patas de gallina, en grandes manchas desleídas hacia bordes acuosos, imprecisos. A un costado de la ringlera, un prisma de cristal, alumbrado pesadillescamente desde arriba, en medio de una zona más oscura, albergaba un ciego busto de yeso, en el que podía reconocerse —a través de la parodia de redondeces en superficies y concavidades, que el escultor había dejado aparentemente inconclusas, con la mordedura visible del cincel o la espátula— al dueño de casa. Más cerca, en zonas ya más expuestas a la luz, totems africanos o pascuenses, calabazas agujereadas y riendo por sus rendijas de claridad, puñales, pipas indígenas y flechas aludían al mundo y al arte, un mundo y un arte cuya presencia confirmaban de otro modo, desde las paredes, aquellos discípulos de Mondrian, de Kandinsky o de Klee. Calodoro recordó una frase que había leído pocos días atrás: «El rebaño de *élite* es el enemigo del artista del futuro».

Y la misma cordialidad desenterrada de aquella fauna de curiosos individuos de flequillo y camisas chillonas, de aquellas mujeres de trajes angostos y largas melenas lacias tenía un estilo amanerado en su frívola jovialidad, en su forma de abrupta aceptación del semejante. En unos cacharros oblongos de barro cocido servían trozos de pescado frito, que había que restregar en una salsa picante, coagulada. Pero no se bebía trago.

La dueña de la casa, a quien llamaban Mariana, tomó de manos de Valtierra las dos botellas, sin agradecerlas y sin mencionarlas siquiera, y desapareció hacia el estuario luminoso que, tras una cortina de yute, se adivinaba como la cocina.

Una mujer vestida de moaré oscuro, que contoneaba su cuerpo al andar y tenía un gesto de desequilibrio en los labios

negros, se acercó al *pick-up*, escogió un disco y lo puso. La guitarra dejó paso a la voz pareja y ligeramente nasal:

Je suis la mauvaise herbe, braves gens, braves gens,
C'est pas moi qu'on rumine et c'est pas moi qu'on met en
[gerbe.

—Georges Brassens —anunció Calodoro, ya sentado en el suelo, en un balcón colmado de plantas tropicales. Raquel dijo no haberlo oído nunca.

—Es estupendo —explicó él—. Tierno, poético, semigangoso, pornográfico, inocente, cuasi cursi, pérfidamente intelectual.

—Me gusta. Me gusta o me gustará, no sé.

—Mireya es pintora —aclaró a su vez un hombre, al lado de Raquel, presentándose. «Gabriel Fernández, *peintre aussi*». Mireya era la mujer que soñaba con los ojos abiertos y se curvaba casi hasta el espasmo, como si buscara tocar con sus labios negros los labios y los bigotes de Brassens.

Quand le jour de gloire est arrivé
Comme tous les autres étaient crêvés
Moi seul connut le déshonneur
De ne pas être mort au champ d'honneur.

Aquella irrisión del pundonor y del coraje divertía seguramente a los invitados de Mariana y Javier, que tampoco habían pensado nunca morir en el campo del honor, escalar la Sierra, hacer sabotaje. Los *evolucionados*.

—Sí, vi en la Galería Charpentier su serie de Jeanne d'Arc. La crítica lo bruloteó, diciéndole que eran *images d'Epinal*, sin ninguna ventaja.

Hablaban de Bernard Buffet casi debajo de las plantas, abrazados en una esquina del balcón. La posición de los cuerpos podía parecer erótica; pero no la conversación, que manaba tranquilamente bajo las hojas.

—En París estaban en auge las tres bebés. Bertolt Brecht, BB de la literatura; Bernard Buffet, BB de la pintura; Brigitte Bardot, BB... de la escultura.

Rieron, y el chiste topográfico los juntó en un abrazo ambiguo.

Raquel encendió un cigarrillo.

—Esos dos van a precisar una cama en poco rato —dijo.

Fumaba mirando la noche clara, las cuadrículas luminosas de los edificios cercanos, el mordiente oscuro de las hojas que

brotaban por encima del barandal. Aquélla era Cuba, su Cuba, aunque le pareciera extraña en medio de estas gentes, de estas buenas gentes a las que se dirigía Brassens, buenas gentes que quizá no lo fueran tanto.

La mort faucha les autres, braves gens, braves gens
Et me fit grâce à moi.
C'est immoral et c'est comme ça.

También éstos, besándose y estrujándose ovillados en un rincón, contoneándose con las caderas o dando grandes alaridos que fingían un gozo sorpresivo, habían sido perdonados por una muerte que segaba a otros, a más de veinte mil cubanos. ¿Con qué derecho podían pretender que sus casos no fueran inmorales?

Pero no sentían ninguna necesidad de justificarse, pensó Calodoro, en el momento mismo en que una de las mujeres se acercaba a él. Era pequeña y ondulante, tenía unos ojos ligeramente saltones y los restantes rasgos vivos de su cara —una boca carnosa y despectiva, una nariz respingada— parecían caber en pocos centímetros cuadrados. Ignoró a Raquel y con un gesto deliberadamente ampuloso, que postulaba hospitalidad y preseas amistosas, se encaró con el hombre:

—Dígame su opinión. Valle Inclán habla de siete copiosos sacrificios en el altar de Venus. Y Thomas Mann, en la serie de Jacob y sus hijos, saca también a relucir la misma cifra. ¡Siete! Como hombre, y sin ilusionarse demasiado, ¿no le parece que exageran?

—Dos es mi medida, como Blanche Du Bois —respondió él.

—Está drogada —aseguró Gabriel, cuando ella se hubo ido, desinteresada de la modestia de Calodoro—. Es claro que, aunque no lo estuviera, hablaría igual. Ella dice siempre que es la primer cultora del Acto Gratuito que hubo en La Habana.

—¿La primera?

—O la mejor, en todo caso. Hace un tiempo, en verano, se tendía desnuda, sobre la cubierta del yate de su marido. Quería quemarse al sol. Como todavía es hermosa, provocaba un amontonamiento de embarcaciones sobre la salida del puertito del club. Hasta que el Comodoro, furioso, mandó a circular.

Se exhibía desnuda —pensó Calodoro— mientras otros se hacían matar para que ella pudiera seguir viviendo y fornicando, viviendo y drogándose, viviendo y emporcándose. La raza universal de los snobs, una raza intacta y resistente, que

podía pasar a través de las revoluciones como la salamandra, sin quemarse ni purificarse.

De la esquina del balcón subió un jadeo sordo, un resuello a medias sofocado por la música que venía desde dentro, un golpear fofo de cuerpos vestidos sobre las baldosas.

—Dame tu llave y te dejo —se oía en un ruego estropajoso, de lengua trabada.

—Mejor no mires —dijo despreocupadamente Calodoro. Pero Raquel miró y vio —los ojos ya habituados a la penumbra— cómo el hombre sumergía una mano en el escote de la mujer, en busca de la llave, y ella reía de cosquillas o de celo sexual, no se sabía bien.

—BB —decía la voz borracha—, dame la llave y te dejo.

—Yo BB y tú no bebes más. Si te doy la llave te vas a dormir la borrachera en mi cama, como ya pasó aquella vez.

Pero el recuerdo de aquella vez no lo hizo cejar, y la mano volvió al escote con más fuerza, arrancando más risa y una contorsión casi sincopada entre las hojas de los gomeros.

Brassens había dejado paso a otro disco y una voz grave anunció, sobre un fondo de jazz, *I am waiting.*

—Es Farlinghetti, un *beatnik* —anunció Gabriel, que ya conocía de memoria la discoteca de Javier. Paradojalmente, ahora que las estridencias venían del *pick-up*, el cuerpo de Mireya se había sosegado y atendía con una fijeza ritual.

I am waiting for my case to come up
and I am waiting
for a rebirth of wonder
and I am waiting for someone
to really discover America.

Para un renacimiento de la maravilla, por alguien que realmente descubra a América. Jazz.

—Por Fidel —dijo Calodoro, levantando el vaso que Mariana acababa de allegarle. Gabriel declinó seguirlo en el brindis o negarse a él. Hizo un gesto equívoco con la mano y se bebió su trago.

Proveniente del estuario luminoso, Javier apareció con una bandeja en alto y promovió un estallido casi unánime de aprobación.

—Es papaya —le descifró Raquel—. Le han echado bebida adentro y la toman por esas pajuelas.

Parecía una hermosa nave indígena, una piragua con sus remos semialzados; y en el momento en que todos se estrecharon a su alrededor, y las pajuelas subieron llevadas a otras tantas bocas anhelantes, la piragua se transformó en un hermoso galeón amarilloso, un galeón liliputiense desmantelado por los gigantes de Brodignag. Las cabezas de largas melenas, las frentes lobulosas cuya virilidad cuestionaban los cerquillos, habían bajado a beber, con una sed de tropilla, con una ansiedad rumorosa y magnificada.

—Un poco de tachismo bucólico —dijo Gabriel—. El gusto del ron pasado por las entretelas de la fruta salvaje.

Y se festejó la frase, pidiendo a otros su turno en la bombilla.

—Es rico, verdaderamente rico —afirmó Raquel, pero no hizo el menor gesto para acercarse a la fruta asediada e intentar el abordaje.

—En esto desperdician el ron —vociferó Valtierra, alzando la cabeza del bebedero—. ¡Miserables snobs!

Parecía divertido y exaltado, con ganas de emborracharse.

...and I am waiting
for the human crowd
to wander off a cliff somewhere
clutching its atomic umbrella.

—Conocí a un *beatnik* juvenil —empezó a salmodiar Mireya, como si hablara con alguien—. Un niño, en el fondo. Quería irse al Amazonas en busca de hongos alucinógenos. Un *beatnik* barbudo como los chicos del 26 de Julio.

Calodoro pensó en la novela que había comenzado a escribir y lo esperaba a su regreso, en Montevideo. Ahora se llamaba «Los descastados», pero antes se había llamado «La fe de ratas». La fe de ratas, como en su errata infantil sobre las erratas. La fe de ratas era la fe inmencionable de toda aquella gente descreída e insolidaria, la fe de los falsos intelectuales acerca de que el jazz, o la pintura, o un poema puedan sustituir a la vida y a los compromisos con la vida, la fe de alimañas que, arracimadas en el peñón, fían su suerte al hecho de que las aguas no suban otra pulgada más.

De pie en el centro de la reunión, con los brazos abiertos, haciendo una aparatosa figura de crucificado, Valtierra se puso a apostrofar a la concurrencia.

—Ustedes no pertenecen a la vegetación de un país joven. Malditos intelectuales, grandes pintores, ustedes pertenecen a una especie decrépita.

Lo seguían con una atención divertida, porque en toda

aquella abominación había contraseñas encontradas de verdad y de burla. Pero en el calor de la requisitoria y del alcohol, la parte de verdad se hizo más y más visible, más y más engorrosa.

—¿Ninguno de ustedes tuvo un pariente muerto, a ninguno le importa vengarse de nadie, ninguno de ustedes quiere nada, nadie espera nada?

Los miró un momento y reflexionó.

—Castristas y castrados no es lo mismo. ¡Es todo lo contrario!

—Padre —exclamó Mireya, con aire conciliador—. Danos tu bendición.

—Este compatriota tuyo había sido pesado —dijo la mujer del yate, colgando una mano del hombro de Calodoro.

—No —insistía la voz de Valtierra, cada vez más ajena a su natural—. Ustedes no pueden desentenderse de tal modo de lo que está pasando alrededor. Es demasiado gordo para que puedan darse el lujo de olvidarlo. Las condiciones de vida van a cambiar para todos. Tarde o temprano van a verse obligados a entrar en el juego.

Méndez, que no había hablado en lo que iba de la noche, lo hizo para decir:

—Mi prócer nacional, Murillo, escribió en su proclama: «Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria». Eso es lo que ha estado pasándoles a ustedes; el uruguayo tiene razón. ¡Hay que *insertarse*!

El verbo parecía sugerir un encaje en la vida, una aserción profunda de la presencia de cada uno en el medio social. Pero ellos tenían un grado de desasimiento que tal vez ocultaba el sentido atroz de la inserción a que secretamente aspiraban. Pudo saberse cuando, en medio del largo discurso de Valtierra, alguien gritó de pronto: «¡El ballet!», y los invitados de la Operación Verdad vieron aparecer aquella otra verdad presentida, en pleno y jocundo y lúbrico despliegue.

Javier, un joven taciturno a quien llamaban Mónico, que todo el tiempo había estado sentado en el suelo, bebiendo sin hablar, y un pintor maduro —Paulino Nosécuantos— habían desaparecido unos minutos antes, sin ser notados, y ahora volvían danzando, con una suntuosa, descocada y repugnante impostura de cuerpos, pasos, gestos y atavíos femeninos. Las tenues medias negras de mujer no recataban sus piernas velludas, se detenían al borde de unos muslos ambiguos, demasiado redondos. Las faldas en alto para hacer el paso de can-can, los torsos abullonados, con almohadillas que simulaban turgencias pectorales, las bocas pintadas y los ojos almizclados, los cerquillos convertidos en rizos pegoteados por obra de la gomina, los tres danzarines echaban a andar su añoranza de otro sexo en esta misma vida, la entrevista y deseada *inserción* que Valtierra había estado reclamándoles.

Con un lápiz de labios en la mano, como la pintora que acabara de ver animarse y andar la obra terminada, Mariana se agitaba en una risa de nervios y de orgullo, feliz de toda aquella exultación que le permitía a su vez liberarse, desprenderse de Javier, alejarse a bordo del muelle inmóvil que parece navegar aun más rápidamente que el barco que suelta amarras.

—Esto es notable —dijo Raquel con entusiasmo, pero encontró el gesto consternado de Calodoro.

—Es-tu-pen-do, es-tu-pe-ndo —se puso a chillar Jubín, con un falsete simpatizante, ensayando a su vez un paso de can-can y echando a volar al aire su boina de pana, que recogía luego en un aplauso a compás, mientras la música de Offenbach, puesta por Mireya, los hacía girar con más y más presteza.

—¿No hay traje para mí, no hay traje para mí?

—Uno no interesa profundamente a nadie —se quejaba Gabriel, con auténtico abatimiento—. Por eso tenemos esa nostalgia de París. Porque es el único lugar del mundo en que se renuncia a ser, disolviéndose en el ser colectivo, en la vida de la ciudad, en el deslumbramiento y en la indiferencia del medio.

—Yo tengo una amiga que proponía una vez fundar *Le Club des Exilés de Paris* —dijo Calodoro.

—Exacto. Y hasta la gente de más talento padece esta superstición aparente, que oculta un mecanismo de transferencias, un desplazamiento. ¿No te parece?

Y sin esperar respuesta, añadía:

—Sebastián, que cuenta las historias de latino-americanos en ínfimos hotelitos del Quartier Latin. Jaime, que escribe un poema a sus amores en el parque de Montsouris.

—La cuestión a plantearse es ésta: ¿dónde puede uno importar y servir para algo? Y la contestación es una sola: en el agujero en que Dios lo puso.

—Sí, es así. París es un escenario por el que todos dejamos patinar días y días. Frustración, nostalgia, distancia para verse y para ver su país. ¡Qué sé yo!

—Tengo un amigo que se fue a Londres abominando a gritos de Montevideo, «esta parroquia infecta». Iba para sustituir a Noel Coward, pero, a pesar de su talento, no pasó de

locutor de la BBC ni de funcionario de la Unesco. Ahora viene a gozar sus vacaciones a Montevideo, lleno de amor culpable por su ciudad, por sus amigos, por la gente.

—Es la reconciliación que en la madurez tenemos con nuestros padres y con nuestra tierra. Es cuando empezamos a pensar que, de todos modos, fueron los mejores que podían habernos tocado.

—Mira: una vez tuve que ir, como periodista, a hacer un reportaje a un poeta nuestro que vivía en París y desdeñaba al Uruguay. «Prefiero el ocaso de Francia, al despertar de América», me había escrito meses antes por carta. Venía a Montevideo, a casa de sus tías, y llamó al director de mi diario para pedirle que me enviara, porque había algunas cosas a decir de él y quería que se dijeran bien. Fui a la casa. Me hicieron pasar a una sala, una sala de muebles antiguos, con el empapelado en florones, espejos empañados, cielorrasos pintados a mano, con búcaros y ramilletes y ninfas. Me senté a esperarlo en un sillón que debía estar tapizado de raso y estaba enfundado en una tela blanca. La mucama se fue taconeando a buscarlo; la casa debía estar vacía, por lo fuerte que resonaban las pisadas de la mujer. Oí que le decía: «Niño, ahí están del diario». Él se demoró por gusto. Al rato, tras haberse tomado su tiempo para fingir importancia, llegó a paso rápido, disculpándose. Estaba viejo, ¿sabes?, viejo y marchito como no habría podido estarlo si hubiera envejecido en su suelo. Me palmeó cariñosamente y me dijo que, para evitarme trabajo, él mismo se había escrito el reportaje. Se sentó frente a mí y me pasó los papeles. Entonces, allí, en la humedad de aquella sala enorme y clausurada, en aquel olor de polvo y de vejez, leí el primer párrafo. Decía: «Cuando por un minuto pudimos sustraer al poeta de los brazos de los muchos amigos, que, al saber su llegada, habían acudido a saludarle, le preguntamos...» Lo miré y él debió darse cuenta de que acusaba el golpe de aquella mentira. Me sonrió con una amargura elegante, fina. Era evidente que nadie había venido a saludarlo, y que su gloria y sus triunfos eran tan veraces como aquel tumulto de los amigos a su alrededor.

—Tristísimo, pero ¡qué bueno! Deberías escribirlo casi sin retoques, tal como lo has contado.

—Sí, me gustaría escribirlo como una parábola del desarraigo, como un apólogo sobre la imposibilidad de vivir jugando al mismo tiempo las dos cartas, París y los indios.

—Es así: cantar en París, estrenar en París, exponer en París. Son todas ilusiones. Yo asistí una vez al chasco de una

cantante nuestra, que me invitó con otros amigos, en Londres, a la sesión que haría para que la escucharan un conde que tenía influencia en los medios teatrales y un empresario que se interesaba en lanzarla. Ni el conde ni el empresario aparecieron; y cuando los llamaron por teléfono, para saber si llegarían con retraso, hicieron contestar que estaban en el campo. Me acuerdo del whisky y de los sandwiches que nos quedaron sobre la mesa y de los vasos que íbamos amontonando sobre el piano, mientras a mi amiga le daba un ataque de nervios. Todos sentíamos una misma vergüenza, y cada uno reaccionaba como podía. Creo que yo me emborraché. La semana siguiente me fui a París y ella, que todavía no se había repuesto, me escribió para anunciarme que quería volver a Cuba. «Aquí sigue lloviendo —me decía—. Y yo acabaré por escaparle a los compatriotas o me moriré de *homesickness* bajo la lluvia».

—*Homesickness* —dijo Calodoro—. Habría que traducir «hogaritis».

—Eso es, hogaritis, ¡muy bien! Hogaritis por tener la pretensión de que el medio nos queda chico, hogaritis por creer que Londres y París, y no sólo nuestras embajadas en Londres y París, pueden interesarse por nosotros, hogaritis por creer que hay un hueco para nosotros en esos escenarios fabulosos de la vanidad mundial.

—Hogaritis por ser tan inmaduros. Méndez diría que somos un producto de la anticultura liberal y de la antinación que ha hecho en nuestros países la oligarquía. Ayer mismo me lo decía.

—Y seguramente es cierto. Pero atendamos a la culpa que está en nosotros, sin absolvernos pensando en el determinismo de tal o cual formación que nos dieron.

«Este es un ser humano —pensó Calodoro—. Y lo encontré aquí. No puede generalizarse».

—Me moriré de *homesickness* bajo la lluvia —retomó Gabriel. Ahora me doy cuenta de que ella lo sacó de aquellos versos de Vallejo: «Me moriré en París con aguacero. —Un jueves del que tengo ya el recuerdo».

—Pero Vallejo no se moría de *homesickness*. Más que el sitio lo enfermaba la época.

Jubín apareció en ese momento disfrazado. Estaba en calzoncillos, apenas disimulados por una gasa flotante que se había atado a la cintura; y se había cruzado en el pecho —más símbolo que ropa— un corpiño de mujer. Resultaba más patético que los otros, pensó Calodoro, porque lo conocía más y

porque nadie le había pedido que lo hiciera. Era más patético porque expresaba por primera vez su nostalgia de otra condición y lo decía solo, sin mayor histrionismo, a cara descubierta y sin cosmetizar, con un gesto melancólico y abstraído, con un aire ausente de virgen martirizada, que era a la vez su verdad y su fracaso. Y además porque bailaba muy mal.

—Este chico es un pederasta formidable —dijo Gabriel, con un tono que parecía aprobable. ¿De dónde lo sacaron?

—Es un principiante como viajero, como periodista y como invertido —dijo Calodoro, conjugando su lástima en el humor, con el acento de amable condescendencia. Y, para interrumpir el interrogatorio y evadirse de la danza de Jubín: —¿Dónde está el baño?

Cuando volvía de allí, vio, mirando hacia la habitación conyugal de los dueños de casa, que Mariana y Mireya estaban abrazadas, de pie, a un costado de la cama.

—Cuando van y les arrancan los colmillos, ¿los elefantes se mueren?

La mujer del yate estaba ahora preguntando otra vez, pero la pregunta era menos mórbida que la de los siete copiosos sacrificios. El chico hacia quien iba dirigida se llamaba Fernandito y había estado tomando ron sin participar en las conversaciones ni atender a la danza, como si persiguiera algún sueño personal, desavenido con toda aquella dislocada ceremonia.

—Lucía —le dijo—. Déjame en paz con tus elefantes; y no bebas más.

El acento con que lo decía era de una incongruente firmeza adulta, que lo hacía mayor que su cara y aún mayor que la cara sensual de la mujer.

—¿Se mueren o no se mueren los elefantes? —gimió Lucía, interesada en la respuesta como si de ella dependiera algún bien primordial.

—Ya están muertos y se los sacan después. Y ya sé el resto de la historia; el exotismo africano te da con la peor temperatura. Así que déjame en paz.

Lucía se abalanzó entonces sobre él y lo tomó por las axilas levantándolo. Era increíble que tuviera mayor fuerza que el muchacho, aun considerada su flacura.

—¡Socorro! —dijo teatralmente el chico, y la voz de su broma lo reconvertía a la adolescencia que había estado pregonando su rostro.

—¡Socorro, esta mujer africana me devora!

Se había puesto de pie y forcejeaba con Lucía, riéndose a carcajadas.

Lucía tironeaba un brazo y así desaparecieron.

—No hay peligro —dijo Gabriel. Ni uno ni otra.

«Los grandes anfibios de dos mundos, como Henry James», se oyó de pronto, en un brusco descenso del ruido que llenaba el recibidor. Era Méndez y hablaba con Elisabeth, una mujer demasiado alta, pero seguramente la más hermosa de todas las del circulito.

—¡De dónde son ustedes, caballeros, que no beben más? —exclamaba Paulino, todavía vestido de mujer, trayendo una jarra de bebida, que se disponía a servir con un cucharón de plata.

—Paulino, eres la viva imagen de La Goulue —exclamó el hombre de la llave—. ¡Te adoro!

—Quería tanto a su patria que se sentaba ante una mesa y, llorando, desplegaba un pañito de terciopelo y echaba allí un poco de arena de su país, que conservaba en un tubo de ensayo; la desparramaba y la peinaba con los dedos, y después volvía a guardarla.

Valtierra se acercó a Calodoro, gesticulando triunfalmente y trayendo un whisky doble en la mano.

—Una de esas lesbianas me dio un resto de botella —explicó— con tal que les cuide la puerta. ¡Por fin un buen trago!

Le dio a beber un sorbo y rescató el vaso.

—Hay un esnobismo de izquierda —estaba diciendo Méndez—. ¿Tú lo crees?

—Sí que lo creo, mi bolivianito *telúrico* —respondía Elisabeth y, atrayendo a su interlocutor hacia sí, lo besaba una y otra vez.

«A esa, por lo menos, le gustan los hombres» —pensó Calodoro, mientras Valtierra desaparecía hacia la cocina, el vaso vacío en la mano. ¿Iría por más?

Un golpe seco, como dado con un martillo (y en realidad con el cabo de una pistola), anunció a nuevos visitantes. Al abrirse la puerta, Fernandito empuñaba el arma y gritaba: «¡Manos arriba!».

Detrás de él, los dos muchachos del Ejército Rebelde lo festejaban y reían. Uno —el que había prestado su pistola— parecía de mayor grado militar y, consecuentemente, el de barbas más antiguas; el otro era un chico casi lampiño (Calodoro pensó instantáneamente en Esnal Rodríguez) cuyas aisladas guías de barba ondulaban en el aire, como si la cara redonda y lustrosa fuese un sol de caricatura. Era un afilia-

do reciente y, a juzgar por la forma en que se tironeaba de sus débiles pilosidades, estaba desesperado por la lentitud con que crecían sus patentes de credibilidad revolucionaria.

—Creo que uno es auténtico y el otro «por la libre» —dijo Raquel—. Trabajar «por la libre» equivalía a instalarse por su cuenta. Y en aquellos días del holgorio revolucionario —iban veintitantos— muchos chicos habían salido a comprarse un uniforme y se habían dejado crecer la pelambre, como si aquello bastara a transformarlos en guerrilleros de la Sierra Maestra.

Un poco embarazados y huraños al principio, ante el recibimiento escandaloso que se les estaba tributando —las mujeres los besaban y acariciaban sus correajes, Jubín, Paulino y Javier los palmeaban con un aire de complacencia emoliente, Valtierra les daba de beber con el cucharón de plata, que ahora empuñaba— los milicianos empezaron a habituarse luego, como si sus ojos se hicieran a la luz, y a sonreir y devolver los cumplimientos. Parecían encantados, rebosantes de popularidad y de heroísmo.

—No he visto nada igual, desde el día en que trajimos a Kid Gavilán —exclamó Lucía, que parecía haber renunciado a la idea fija de llevarse a Fernandito y estaba dispuesta a rendirse a la fascinación del mayor de los soldados—. Capitán, ¡fírmeme un autógrafo aquí!—, y le alcanzó un bolígrafo, señalando su hombro izquierdo desnudo.

—¿Dónde peleaste? ¿En cuántos combates te tocó entrar? ¿Cómo pudiste llegar hasta la Sierra?

—Ah, notable, ¿así que te hirieron una vez?...

Bailaban alrededor de los dos, los toqueteaban, les agenciaban trozos de pescado que quizá hubieran sido escondidos a la espera de ellos, les daban de beber, les pedían una bala, el brazalete, acaso una noche. Elisabeth había abandonado bruscamente su fuego en la persona del aprendiz de guerrillero, que ya había confesado su pasado reciente de *boy-scout* y una excursión final hacia los vencedores, en la hora radiante. Los dos muchachos masticaban, bebían a grandes sorbos, reían con la boca llena, se descargaban palmadas en las rodillas o dirigían algún manotazo cordial y burdo a las mujeres que se inclinaban, casi ofreciéndoseles.

—En nuestra revolución pasó algo semejante —decía Méndez, con el propósito de racionarles su despecho—. La sed de bienestar de los combatientes vencedores, su urgencia chola de vivir esta vuelta a todo lo que diera, como si fuera la única y avara oportunidad que se les pusiera a tiro, todo eso

llegó a preocupar seriamente al mismo Paz Estensoro, asceta yermo. Los revolucionarios llenaban los *nights-clubs* que hasta pocos meses antes había animado la oligarquía —el Cyro's, el Lucerna, el Gallo de Oro— y se divertían con una glotonería feroz, como si la vida fuera a acabarse cada noche. Se emborrachaban, sacaban sus pistolas y tiraban al techo o a los muebles, cuando no entre ellos. La revolución ocupaba el único lugar que no debería haberle disputado a la Rosca; y lo peor es que era torpe y hasta trágica para ocuparlo. En la cara de los camareros, acostumbrados a tratar con los Aramayoy y los Patiño, había una mueca de escándalo servil, de miedo y de cómica repugnancia. Nadie menos indulgente con el pueblo que los servidores de los poderosos; y cuando los poderosos se han desbandado y están en desgracia, la humillación de sus criados tiene algo de dignidad refleja. ¿No te has fijado?

«Está brillantemente borracho y es también *un cholo* de los de su historia», pensó Calodoro. Generaliza a partir de sí. Y le acercó otro vaso.

—El mismo Juanito Lechín fue uno de esos. En un golpe contrarrevolucionario lo pescaron en Cochabamba. Y te digo lo pescaron porque estaba en la piscina de una rosquera, nadando con ella y tomando copas en una bandeja flotante. Lo llevaron a una escuela, convertida en cuartel general de los falangistas, lo enjuiciaron y lo condenaron a muerte. Y así como había sido de frívolo para dejarse atrapar donde no debía, fue de corajudo para enfrentar al enemigo. Les habló con dureza, les pidió que se rindieran porque el fracaso de la revuelta en el resto de Bolivia era inevitable, y cuando les prometió la vida si se entregaban se convirtió en el amo de la situación, porque ya se sabía que los mineros marchaban sobre la ciudad. Pero, Dios mío, ¿para qué estaba allí, para fabricar su leyenda o para divertirse con una mujer? La sed de bienestar y la superstición de *vivir*...

Raquel había abandonado la rueda de los soldaditos y se había dirigido hacia los aposentos de la casa. Buscaba el baño y abrió la puerta del dormitorio, en falso.

—¡Cochinas! —gritó de pronto—. ¡Mil veces cochinas!

Su histérica imprecación levantó una marejada de risa, distrayendo momentáneamente a las mujeres de la atención de los milicianos.

—¿Qué pasa? —acudió a auxiliarla Calodoro.

—¡Cochinas, mil veces cochinas! —atinaba a repetir Raquel, con ese énfasis que para condenar da también un trago.

—¡Vámonos de aquí!

Tomándola por los hombros y presionándola, logró sentarla en un *pouf*, de espaldas a la abertura del balcón. Raquel se resistió un momento y luego, súbitamente acallada e inmovil, fijó sus dos manos crispadas sobre el rostro y así se estuvo, recorrida por ligeros estremecimientos, que podían hacer creer que lloraba.

—Querida, ¿presenciaste alguna escena demasiado decadente? —le preguntó Lucía.

—Déjala en paz —dijo Calodoro, tomándola por un brazo y apartándola con brusquedad.

—Julio —pidió Raquel, con una calma que mostraba su esfuerzo de auto-dominio, y llamando por primera vez a Calodoro por su nombre de pila—. Vámonos de aquí.

—Sí, querida —prometió él—. Ahora nos vamos.

Un fragor de lucha y de injurias demostró que la violencia, que había sido expulsada del cuerpo de Raquel, se había desplazado a la cocina. Antes de que pudiera correr hacía allí, Javier apareció —todavía vestido de mujer— pálido y casi desorbitado, mientras un hilito de sangre le corría desde la nariz y se volcaba sobre sus labios temblorosos.

Detrás de él, encarnizado y borracho, Valtierra acudía a justificarse:

—Este anormal vino a reprocharme que no hubiera cuidado bien la puerta. ¿Y saben lo que me dijo? «En nombre de mi mujer, y como marido, tengo derecho a escupirte». Le pegué antes de que lo hiciera. Una sola vez, fue una sola vez —dijo, y su rostro se descompuso, a punto de ponerse a llorar.

Vestido de mujer y con el hilillo de sangre bajándole ya por el mentón, Javier se parecía a Alberto Sordi disfrazado y solo en la noche, en la escena de *I vitelloni*.

—Nuestro pobre anfitrión golpeado por la bestia —dijo Lucía.

—«Esta es mi sangre —declaró Javier, volcándose pavorosamente hacia un horrible partido teatral de su situación. ¡Esta es mi sangre, Han de Islandia, y tienes que bebértela!»

Antes de que Valtierra hubiera podido atajarle, le había untado la boca con la sangre que recogiera en dos dedos.

—No me diste tiempo a escupirte, pero aguántalo.

Lo aplaudieron y vitorearon: en aquel curioso mundo, esa desfachatez masoquista equivalía al mejor golpe, y consecuentemente, valía los honores del triunfo.

—Te pido tranquilamente que me lleves —insistió Raquel.

—Bueno, vámonos.

—Ah, no —intervino Gabriel—. Prometiste ir un momento a ver los cuadros, en mi apartamento, aquí al lado. Dile a la chica que venga con nosotros y saldrán desde mi casa a la calle.

Ella admitió la transición y, fugándose sin ser notados, hacia el obscuro corredor, estuvieron (puerta por puerta) en lo de Gabriel Fernández.

—No puedo comprender a una gente como ésta —dijo, respirando con alivio, Calodoro—. Ya siento que hay, para tratar con ellos, un abismo infranqueable de edad debajo de mis pies.

—De edad y de virilidad —corrigió Raquel.

El habitáculo de Gabriel era mucho más pequeño que el de Mariana y Javier. A un costado, dando casi sobre la puerta de salida, había un exiguo dormitorio; y el resto, que podría haber sido un *living*, había sido transformado en un taller de pintor, atiborrado de telas, con un ángulo de tizanería y una mesa en la que convivían los pinceles y los potes de sal y pimienta.

Raquel se deslizó hacia el dormitorio, previsiblemente en busca del baño que antes había fallado. Gabriel se inclinó y extrajo de un pequeño armario contra el suelo, en el extremo de los calentadores y los platos, una botella de ron y tres vasos.

Se sentaron a la mesa y él se puso a servir.

—Sirve solamente dos, Raquel no debe querer más.

—Me dejaste pensando en que no interesamos profundamente a nadie —dijo Gabriel—. Salvo casos de genialidad, o de grandiosa simulación de genio, un artista sólo puede servir en el lugar en que nació o creció, en el medio en que se hizo hombre. Por durar, por vegetar en las grandes ciudades hostiles se paga un precio de anonimato y postergación, que requiere una gran humildad o una renuncia a todo lo que un ser humano tenga la obligación de hacer, en circunstancias y con limitaciones nativas.

—Sí, yo creo que es el lote de irresponsabilidad lo que uno prefiere cuando se va a París y quiere quedarse allí.

—Tenía razón tu amiga, la del *Club des Exilés*. Debía haberlo fundado. Es una institución que en América Latina puede tener tantos socios como la YNCA, el Rotay o los Leones. Con la diferencia de que sería impulsada por criollos y por artistas, no por protestantes ni por banqueros.

Bebieron y siguieron conversando.

—Lo que al creador le falta en nuestra América —decía Calodoro— es una relación viviente con la sociedad que integra, una relación vivificante que sirva a esa sociedad y la nutra de

él. ¿Cómo decirlo? Una ingerencia operante del creador en los valores de la colectividad, algo que debemos envidiarle al artista europeo, porque allá es posible obtenerlo. En esas pantallas callejeras donde en nuestras ciudades sólo se anuncia Coca-Cola, en París anuncian *vernissages* de pintores y escultores, actualidades de las galerías. Y a eso se corresponde la importancia del creador como hombre. Piensa en Zola, piensa en Sartre hoy mismo. En nuestros pueblos jóvenes todavía no parece haberse precisado profundamente al creador; se le respeta y aun se le exalta, pero nadie dialoga con él, a menos que él acepte transformarse en político. Porque entonces sí su arte le sirve: es el caso de Rivera, de Neruda, de Siqueiros. Sólo que eso no debe interesarnos.

Pero Gabriel pedía otra cosa: una sociedad que fuera sensible «a la pura música, a la pura palabra, a la pura pintura». ¿Había existido eso alguna vez en el pasado? Acaso Grecia...

Hasta en la forma de tomar el ron, a buchitos cortos y saboreados, se advertía su ser auténtico y circunscrito. Es —pensaba Calodoro— una naturaleza débil y escrupulosa de artista, que abominaba de las formas agresivas de la irresponsabilidad pero sentía un gran deseo de desentenderse con honor.

—El error —proseguía Calodoro— es esta vida que hace por emparejarnos a todos como clase, esta vida por la que estamos más cerca de un escritor, de un pintor o de un músico de Berlín o Estocolmo, que de nuestros vecinos de puerta; más cerca de Picasso o Stravinsky o de Valéry que del prójimo con el que nos cruzamos todo el día en Montevideo o en La Habana. Es una condición infecunda, un estilo de insolidaridad, que estiliza al creador en América Latina y le hace perder vitalidad a los ojos del público. Es el encierro del artista confinado a existir para otros artistas, a gastarse en esas formas de la filatelia ciudadana: cine-clubs, teatros de cámara por aficionados, capillitas literarias, donde sólo se habla entre iniciados y donde nadie reanuda la importancia de la calle como escenario de otras formas posibles de creación.

—Sí —apuntaba Gabriel—. Sin postular tampoco que los pintores hagamos carteles, los músicos tonadillas marciales, ni los escritores poemas de barricada.

—Por supuesto. Basta con que lo experimental no prevalezca al punto de eliminar la comunicación social. Y no, claro está, para hacer arte panfletario, que al fin de cuentas no es arte ni panfleto en estado de gracia. En todos estos días he visto que ustedes están más cerca de lograrlo que nosotros...

Valtierra irrumpió en el diálogo sin ser notado; la puerta había quedado abierta y él estaba vindicativamente borracho.

—Nada de gandulerías whitmanianas —dijo, dirigiéndose a Calodoro y suprimiendo a Gabriel—. Estos son todos unos maricas sin grandeza. ¡Vámonos!

El petitorio hizo que Calodoro se acordara de Raquel. ¿Estaría todavía en el baño? Fua a buscarla y advirtió que había desaparecido, tal vez presintiendo que los cuadros de Gabriel (no los habían aludido siquiera) iban a retener a los dos hombres por largo rato.

—Sí, vámonos —dijo al volver de su busca, desasosegado, pensando que quizá Raquel estuviera esperándolos abajo—. ¿Y Méndez?

—Espera afuera. Ya bajó.

—¿Y Jubín?

—Ese se queda. Es de la cofradía. ¡Vámonos ya!

Calodoro temió que Valtierra hubiese golpeado nuevamente a alguien. Pero no había nada de eso, según le confirmó Gabriel tras una ojeada a la reunión que seguía, con discos de jazz, milicianos acostados en el suelo y mujeres que les servían en la boca.

—Aquello está peor que nunca.

Se despidieron de Gabriel. Calodoro prometió llamarlo antes de irse, y sabía de antemano que no cumpliría su promesa; pero al menos evitaba una despedida formal, con todas sus inhibiciones y juramentos. Salieron. Méndez los esperaba, Raquel no estaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó Méndez—. ¿Se podrá tomar un taxi?

—Vámonos caminando con la fresca —dijo Valtierra—. Así se nos despeja la cabeza. En camino ya pasará algún taxi.

Eran las tres de la madrugada y las calles de La Habana brillaban en la noche clara, desiertas y silenciosas en su impavidez lunar. Sus pisadas resonaban con un eco exasperado, el de la hora y el del cansancio de los nervios.

—No puedo más —dijo Valtierra—. Llevamos dos noches en blanco.

—Una noche en Sosa Blanco y otra noche sosa en blanco —inventó Méndez.

No tenían ánimo ni para festejarle un retruécano. Sentían que el tiempo les pesaba en los párpados, les ardía en el borde de las pestañas, trabajaba los nervios con una exaltación ingrávida sobre los cuerpos molidos, tocaba en ellos como en

un cordaje tenso, los arrojaba a caminar sin piernas y sin raíces en la tierra.

—¿Qué tiene que ver todo esto, esta gente, sus desvíos sexuales, su experiencia de vaso cerrado, con esta época aquí, en América Latina? —preguntó Calodoro.

—Nada, como no sea una demostración por el absurdo —repuso Méndez.

Toda suposición de remotismo tenía un favor especial a aquella hora incierta.

—No vine para esto —dijo de pronto Valtierra—. Y si me dejaran decir tan sólo dos palabras, diría: *Quiero volverme.*

Sin ninguna vinculación visible con sus ganas de irse, entró de pronto a un bar, iluminado en la noche. Al poco tiempo salió de allí con las manos llenas.

—Tomates calientes, buenos para resucitar en la madrugada.

Los tomaron, los mordieron, sintieron el picante en la boca y el jugo caliente en los dedos.

—Deliciosos —agradecieron entre sílabas de vapor y soplidos, para no quemarse—. Pero piden cerveza.

Venido de la noche, el carro de Raquel apareció en ese momento junto a ellos.

—Borrachos perdidos —les amonestó con un tono de cariño culpable—. Me arrepentí y vine a buscarlos.

Méndez cortó de cuajo las ganas de Valtierra de trepar al coche.

—Nosotros dos preferimos seguir caminando —dijo, pasándole una mano por el hombro, mientras en la otra blandía aún restos de la empanada.

—No se ocupen de nosotros —confirmó Valtierra—. Tenemos mucho tiempo por delante.

—Ni ustedes de nosotros —contestó Raquel, sacando la cabeza por el vidrio y haciendo el mohín de un beso—. Tenemos muy poco tiempo por delante.

—Julio, dejas a tu querida Buenos Aires —recitó Valtierra—. Por lo menos almorcemos juntos.

—Prometido.

Y el auto arrancó, sin dar lugar a más promesas.

—Estoy desolado —dijo Valtierra, mirando seriamente a Méndez—. Es la primera vez que he visto gente igual a la de allá. ¡Y es esta gente podrida!

—No exageres. Ligeramente *faisandée,* nada más.

Ante ellos dos, tomados del brazo, la noche se estiraba como una gran estancia vacía.

IX

Desde la posición en que se hallaba, los objetivos —la jofaina y la jarra de porcelana, la cómoda de caoba con sus bocallaves de bronce, el espejo que recogía una tajada de luz pálida de la noche— tenían redondeces de bodegón, relumbres que insinuaban concavidades, superficies curvas que parecían desprenderse y avanzar desde la masa nocturna. El empapelado granate y negro —«color 26» como decía Raquel— fundía en cambio tramos de noche, interrumpidos por el cuadro de la ventana, por el lechoso, flotante gesto de la matrona en el óleo, por la corpórea calma de las cosas, que asumían un sentido de pesantez terrestre, de sosiego en el tiempo. Exprimido, laxo, excavado como un relieve en la claridad de la cama, Calodoro volvía hacia esa noche muriente y hacia esa firmeza del mundo que lo rodeaba un rostro gastado y tranquilo, un gesto conciliador con el uso que el placer y la noche hacían de él, una conformidad distendida y ligeramente orgullosa con el hecho mismo de que ese placer y esa noche terminasen.

Raquel se había levantado y desaparecido por un momento, había fosforecido al pasar desnuda ante la banda espectral de la ventana; y él sentía que su propia vida le latía quedamente en las corvas, en las articulaciones de los brazos, en el vientre oscuro y apaciguado. Cerraba por un instante los ojos, volvía a abrirlos y la habitación estaba allí, se volvía hacia él como si ella también latiera, colmada y exhausta, como si guiñara ya a un futuro que crecía con la fuerza de un embrión entre la mansedumbre aquerenciada de sombras, volúmenes, aristas, distancias y reflejos.

—Mañana todo esto estará perlido sin remedio —había dicho ella.

Y él, eternizado en la opulencia de un goce que no parecía compatible con la idea de la muerte verdadera:

—Los elegidos de los dioses mueren jóvenes.

La había tenido en sus brazos, desmadejada y esquiva negándose a la prosecución del amor como el niño a la cuchara de la pócima, dando vuelta a una cara y unos labios macerados, perseguidos por la tenacidad de otra cara, otros labios y otros dientes. Había tenido ese cuerpo tibio y enjuto alargado junto al suyo, en un hueco de calor y palabras y halos de calor y de palabras, había sentido pesar esa cabeza murmurante sobre su brazo extendido, la había buscado con un instinto ciego de empresa, para fundirse en ella, para desaparecer dentro de ella y dentro del tiempo de ese ser, cuya orilla empezaba a separarse irreparablemente de la suya.

Su primer trabajo periodístico, allá por 1938, había sido la crónica de un suceso policial. Un hombre de cuarenta años y una muchacha de diecisiete habían pasado la noche en una casa de citas y en la madrugada habían bebido el contenido de un pequeño frasco, suicidándose. Era todo lo que podía saberse de ellos. Ni siquiera los nombres, porque no había documentos en el traje del hombre ni en la cartera de la chica.

El Comisario había pedido al regente de la casa que entreabriera las celosías y apagara la horrible luz que colgaba del techo; y a la primera ola blanquecina del amanecer los cuerpos, tendidos y desnudos, habían adquirido una fijeza intemporal, que los anclaba en su edad para siempre. El regente estaba relatando al Comisario los ruidos extraños que le habían inducido a forzar la puerta, estaba describiendo o parodiando el ronquido profundo que debía haber emitido uno de aquellos dos seres (no se sabía cuál); y los periodistas miraban, lápiz en mano, a una pareja cuyo secreto se les perdía, al despojo de aquella historia, posiblemente cursi, de un hombre casado y una joven suburbana, una historia de amor y de lascivia agotada, una historia de posesiones y de penuria imaginativa, un dramón de novela semanal. Calodoro habría querido escribir su sensación de que el hombre, al par de horas de muerto, estaba ya viejo y gris, como saponificado, con una fría yertez de fruta de cera, en tanto la muchacha parecía simplemente dormida, dueña de su juventud y de su destino en el sueño, y al mismo tiempo expuesta a todos ellos, como si el próximo ruido pudiera despertarla y su previsible movimiento fuera entonces el de alzar, escandalizada, la sábana sobre la inocencia del sexo. «¡Qué desperdicio de cuerpo, muchachos!», había dicho el Comisario, para remitirse a los fueros menguantes de la vida en aquella habitación. En ese momento él, evadiéndose de la vergüenza de la frase, había inclinado la cabeza hacia el centro de la cama, hacia la mayor hondura del surco y había descubierto, en la mano que el hombre había escondido junto al flanco de la chica, el delgado frasco de color caramelo, por el que había goteado sobre la sábana una lágrima restante de veneno. «Él murió el último», había dicho, tirando de la sábana para cubrir los cuerpos, sin que nadie se lo pidiera. Y los otros lo habían acatado y escrito.

—Desde que nos encontramos, sabíamos que todo duraría muy poco.

—Que este amor no tendría tiempo de decaer. Felicitémonos.

Raquel volvía ahora y presentía a Calodoro como una forma viviente en la sombra, una estropajosa y adormilada remanencia de vida, como el murciélago que —de niña— había encontrado una mañana en la esquina del carricoche en que jugaban. Lo había tomado por las alas, ignorante del riesgo que corría, y había sentido el asco casi humano de su cabeza, de su azoramiento afelpado y oscuro, y lo había rechazado con la misma repugnancia que al cabo de los años le causaría la marchitez del furor erótico, esa sensación de maceración nocturna y de cartílagos estrujados. Volvía ahora a la cama y lo sentía como un enorme murciélago desplegado, como un fuelle que clavara su pico en las cenizas. Buscó el sitio preciso y lo besó en la boca.

—¿Quieres café?

—No quiero que vuelvas a moverte.

—Ya sé que ya no puede ser: pero me gustaría haberme dormido alguna vez a tu lado.

La experiencia de *dormir* con un hombre y no simplemente de acostarse con él, crea una forma de intimidad diferente, que desconocen habitualmente los amantes: la de despertar juntos.

La segunda escena del amor-periodista le ocurrió estando de vacaciones en Buenos Aires. Había muerto Annie Verney, apenas llegada con una compañía teatral a la Argentina, y la velaban en una cochería. Había llegado a las dos de la mañana y había visto el rostro seráfico y albino, su tranquila navegación en aquella cuadra desierta. De pronto, sin reparar en él, había llegado un hombre alto, lento y ceremonioso. La había mirado, hincando profundamente la barbilla en el pecho, se había persignado ante ella y, entreabriéndose los bordes de su gabán, cuidadosamente se había hincado al pie del ataúd y había comenzado a rezar en silencio, solo, en el centro

de la noche. Entonces la luz eléctrica del catafalco le había dado en la frente y Calodoro había podido reconocerlo. Era Louis Jouvet. Y le había resultado extrañamente irreal aquella conjunción de la niña muerta, del gran actor y de él, simple cronista de la escena sin desenlace. Hacía solamente tres noches había visto a Jouvet haciendo el Arnolphe de *L'Ecole des femmes* y lo perseguía todavía el risible bullicio de su jadeo asmático, de sus toses caballunas y de sus caracoleas de voz. Aquel hombre digno y católico, destilando una piedad señorial e ignota, lejos de la Francia que él y la muerta compartían, plegándose a buscar dentro de sí un fondo de conmiseración trasmisible más allá de la vida, rompía todo vínculo con Arnolphe. Sus manos depuestas y juntas sobre las rodillas no tenían nada que ver con las puntillas y las plumas del desaforado personaje, rebuscaban la inocencia de un gesto a estrenar, de una dolorosa pasión a comunicar por encima del océano, del tiempo, de las fronteras de la noche. Se alzó de allí, volvió a persignarse y salió con un paso ligeramente inseguro de piernas entreabiertas, de brazos vacíos. Calodoro lo vio irse y miró el rostro cerrado de la joven, la luz que había vuelto a morir desde que el rostro de Jouvet la deshabitara. Lentamente, sintió que algo desconocido dentro de él iba poniéndole de rodillas. No sabía rezar, nadie le había enseñado. Buscó entonces en su bolsillo, extrajo un catálogo de tonos de pintura que llevaba desde la noche antes. Y repasándolo como una letanía hermosa y olvidada, empezó a salmodiar, en un francés que lo acercaba a Annie Vernay: *jaune, vert, bleu, brun, rose, rouge,* hasta provocarse el llanto.

—Agradezcamos a Dios que nuestra pasión no haya decaído ni tenga tiempo de decaer. Que no hayamos conocido esa hora atroz en que un hombre estafa a su amante fingiendo un compromiso con su mujer legítima.

Estaban engañándose piadosamente, porque los había tomado la hora del anticlímax, esa hora de enervamiento y postración. Un erotismo triste y cansado se aposentaba en sus cuerpos, como si una ola desfalleciente los hubiera arrojado a la playa y no supiera llevárselos.

—El olor del amor —dijo ofreciéndoselo en el extremo de dos dedos, a ella que no lo quería.

El olor del amor, ese olor como guardado en los repliegues de un terciopelo viejo, ese olor que vuelve siempre a algunas horas de perdido, ese olor que resucita triunfalmente sobre el aura de los jabones.

—Cuando llego a querer a una mujer como tú, pienso que

me gustaría volver a vivir todas las cosas que me pasaron, con esta mente de la edad madura. Para estar seguro de haberlas sentido.

Volver a ver, al resplandor acogedor de la madurez, todas las posibles historias de juventud: llamar a escena a todos los personajes perdidos y equívocos que pueblan los años pasados. E imaginarse diciendo «sí» cuando se dijo «no», tomando por otros caminos, explorando en cada bifurcación el ramal que se dejó de lado.

—A mí me pasa todo lo contrario: me gustaría haberte encontrado diez años antes.

Diez o veinte. En los tiempos del carruaje que no se movía, con las ruedas hundidas en el pasto, y en cuyo pescante Cuba no era una isla sino una interminable carretera que podía llevar a Europa, al Japón y a la India, con sólo arrancar imaginariamente hacia aquel telón de palmeras aquiescentes. Lo había mirado con una curiosidad restrospectiva, que indagaba al niño por debajo del hombre, y le había preguntado:

—¿Sabes exactamente cuándo te enamoraste por primera vez?

Lo sabía. De chicos, él y sus hermanos iban a ver siempre aquel vagón, a correr por el largo pasadizo desierto, a tocar el sol de invierno sobre su vieja y deslustrada madera, a ver —puestos en cuclillas— cómo su gran sombra echada contenía el brillo parejo de los rieles, a contemplar la negra yacencia de aquellas manchas de aceite que se ensanchaban al caer sobre los mismos sitios, en la trocha. Calodoro pensaba que era tal vez el mismo vagón que había traído a su madre, a sus dos hermanos y a él a aquel pueblo; el mismo, con sus asientos muelles y deformados, con su olor a cuero, a gente, a almuerzo frío. El padre esperaba en el andén, vestido de blanco, agitando su sombrero de paja como para un interminable redoble de tambores, con un relampagueo de las alas y la copa, tocadas por un rayo de luz que venía del otro lado del tren y afantasmaba el saludo y el brazo del padre, en la oblicua penumbra del gran alero de la estación. Y a veces emergía, como una mueca azuzada por alguien detrás de una triste multitud, el rostro del padre, su blancura, su rígida sonrisa, la curva del mentón y el alma afanándose en los ojos, como si al separarlo de su mujer y de sus hijos tan sólo aquellas dos filas de caras del andén, estuviera más lejos que nunca, echara una última mirada, se despidiese. Era tal vez el mismo vagón por una de cuyas ventanillas lo habían sacado, tomándolo de las axilas, haciéndolo entrar al pueblo

con esa trémula y oscura involuntariedad con que en otros tiempos las mujeres franqueaban, en brazos de los hombres, el umbral de sus hogares. Y entre aquella llegada y este silencio de la vía muerta —la quietud y su pastosa segregación de aceite, de sombras, de humedad— estaba el tiempo con sus decadencias, su vida en aquel pueblo, la nave ya quemada y muerta. El padre se había adelantado dando unos pasos entre la gente que no se movía, había estirado los brazos como si el tren huyese de través, había sonreído —cerrando sus ojos a la luz y al encuentro— con una alegría desasosegada por su prejuicio de hallar las frases. La larga teoría de rostros fijos había ondulado apenas, como si el hilo transversal que la sostuviese hubiera sido tirado de una punta, al tiempo que los campanillazos de la estación daban al padre una disculpa por no decir nada, con las manos vueltas hacia arriba, en ligera súplica, una súplica que resumía la vieja confianza y la nueva suerte de decirse «aquí estamos», de confiarlo a unas manos y a una cara que no habían envejecido para la emoción. Y ahora el vagón estaba en la vía muerta, con la hendidura para la tablilla de los destinos ya vacía y mohosa, con la cicatriz de las muchas rozaduras, la cicatriz de haber dicho Melo y Montevideo, negando cada día a la víspera, arrastrando a las gentes donde nadie subía. Desde los pies de los niños la sombra crecía hacia adentro, a cuajarse en la mancha de aceite en que se rezumaba, sin llanos ni barrancos donde echar su fantasma discontinuo. Todo ardía quedamente, en una lenta palpitación de abandono. Día del fin. Calodoro sabía que en aquellos balconcillos de sus extremos algún hombre pensativo había fumado sin prisa en la noche, echando el humo de costado, para no estorbarse la vista de las estrellas, mientras la larga vertebración amarilla de las ventanas serpeaba abajo. El padre había preguntado solamente: «¿Tuvieron buen viaje?» y los había besado, primero a ellos y luego a la madre, dejándolos con las maletas en una esquina del andén, para ir a alquilar un automóvil («o una volanta, que es lo que usan aquí»). Él había sentido un repentino miedo, una anticipada vergüenza de viajar aparatosamente en un viejo y desquiciado placero, allí donde nadie los conocía, donde sería chocante atraer las miradas. La locomotora comenzó a descargarse de su vapor, con una pulsación blanda y desagradable y una sucia nube de humo proyectada hacia donde ellos se encontraban. En ese momento, con sus gestos siempre sofocados en el ruido, el padre había hecho el ademán de que se acercaran y había señalado un auto, a su izquierda. Nada quedaba de

las huellas de ese automóvil ni de otros, nada de la muchedumbre de la tarde de ayer que mañana volvería. El vagón estaba a la orilla de la vida, con cierto aire de decorosa clausura, con un sosiego cuyo fondo se movía rechazando, como la sombra listada de los muelles, en los peldaños que tocan ya las aguas. Vengándose del santuario, los niños corrían gritando por el andén vacío, por el desierto pasadizo del vagón. La cara del padre se había marchitado algo en aquellos años, había cedido al sueño y a la flojedad, se había plegado a la contemplación de las cosas que silenciosamente desesperaba decir: la madurez, su distensión egoísta y carnal.

Había muchos trenes, muchos viajeros que se cruzaban sin consagrar un minuto al pensamiento de que se desconocían. De toda esa trama de desencuentros iban saliendo los años.

—Sí, lo sé muy bien. Era una niña y se llamaba Noemí.

Noemí. No era su larga cabellera negra, volcada sobre un hombro, no era la absorta gracilidad de su cabeza, inclinada como si fuera a adormecerse sobre el mismo violín, no era la música, la delicuescencia del sonido, la fulgurante tensión de las cuerdas bajo los árboles de aquel patio, no era el cuerpo menudo ni su actitud de embelesarse muriendo, no eran las nudosas y polvorientas rodillas de la niña de doce años. Era su nombre, su nombre lleno de puntos de incertidumbre, que juntaba la depuesta cabellera, las cuerdas, el arco, los destellos indóciles de la niñez en la clave reciente de otra edad, las ásperas luces que saltaban de la música: Noemí. Con aquella condición de susurrarse o saberse apenas, con aquella tersa faz de las cosas voluntariamente secretas, el nombre, la ida de la niña y su rostro de intangible reposo estaban en Julio y en el hueco de aquel vagón, en el momento de retrasarse y murmurar por última vez la llamada entre dos filas de asientos vacíos, en el mortificado pudor de aquella devoción, que era no haberse compartido con su objeto, haber nacido de su penumbra, vivir de su pérdida. Pasajera de algún tren que se llevara su memoria de niña a repartirla entre gentes a las que nada podría decirles, sola en aquel cuadrante de arena esperando el mar que le daba su música, esta habitación diurna del misterio le guardaba por siempre: la vía muerta.

—¿Pudiste enamorarte de una niña?... Te he dicho que me habría gustado encontrarte diez años antes, pero no estoy segura de que hubiera podido quererte entonces. Porque en aquel tiempo yo me consideraba absolutamente inhábil para el amor.

Y el tiempo, pasando en tropel por encima de sus dos cuerpos acostados, les decía que ya no era inhábil. Que no era

inhábil y que este redescubrimiento se lo debía al azar, porque sin la muerte y la Revolución ellos jamás se habrían encontrado.

—Me consideraba inhábil, reseca. Y el hecho de que mis condiscípulos primero y mis amigas después empezaran a tener aventuras y me las contaran, me confirmó por aquel tiempo en la sensación de una virginidad, ¿cómo decírtelo?, invulnerable. En mi virginidad, en mi soltería, en mi definitiva inatracción. Supuse que era frígida, más allá de algún escozor momentáneo. Me parecía imposible que alguien a quien no conociera de años y años pudiera estar un día conmigo en la situación que ellas me contaban, piel contra piel. Y ese viejo conocido con quien meterme desnuda en la cama no existía ni existió nunca.

Y luego de alguna vacilación, Raquel había comenzado a narrar —por primera vez en su vida— la historia de la playa de Varadero. Conoció a Alejandro el día en que ambos fueron a escuchar una conferencia sobre Portocarrero. Alejandro era un escritor nuevo de quien empezaba a hablarse, un muchacho callado, flaco, cobrizo. Salieron varias veces y al fin él le propuso, sin ninguna afectación, acostarse. Le pareció que no debía decirle que no; fingió que tomaba la propuesta como algo habitual, repetido en su vida, algo cuya importancia no podía exagerarse. El obtuvo una cabaña de madera en la playa de Varadero y fueron por la tardecita. Alejandro llevaba un morral con provisiones —pan, jamón, una botella de whisky— ya que habían decidido merendar y pasar la noche allá, mientras su padre le creía en viaje hacia *L'Hirondelle*. Habían comido, habían puesto a un lado la botella de whisky y, con toda naturalidad se habían acostado a oscuras, en aquella habitación sin visillos. El viento hacía crujir las esquinas y el techo de la cabaña; la noche era fresca y clara y por los vidrios de la ventana entraba un resplandor intermitente y con caídas, de luna velada por las nubes, al tiempo que escuchaban junto a ellos el pulmón del mar embravecido. Alejandro, boca arriba a su lado, había dejado caer una mano huesuda y había comenzado a acariciarla. Ella se había encogido, visiblemente sobresaltada replegándose sobre sí, con un alzamiento de las rodillas sobre el vientre, en posición de protección claustral. «¿Qué te pasa?» —había dicho él, extrañado—. «Nada, no sé», había mentido ella. «¿Tienes frío?», sin que hubiera con qué remediarlo. «No». Pero cuando él había vuelto a tocarla, ella había sentido una crispación y un rechazo de su ser entero, y se había sentado en la cama gimoteando histéricamente. «Sé que no sirvo, sé que no sirvo. Discúlpame, por favor, y déjame». Él la tomó entonces con una brusquedad que quería ser estimulante y ella aspiró, en lo oscuro, el aliento a whisky y sintió la opresión imperiosa del hombre sobre sus rodillas flexionadas. «No me toques, por lo que más quieras». Él encendió la luz y vio, tumefacto por el terror, aquel hociquito puntiagudo, como de conejo, que tanto le gustaba, el labio superior retraído y los dos grandes dientes centrales, alumbrando esta vez un gesto de miedo, de desconfianza, de desconocimiento y hasta de odio. «¿Puede saberse qué diablos te pasa?» «Nada, no puedo, no puedo. Soy virgen y me espantan los hombres». Y ante la expresión de incredulidad que había visto en la cara de él, se había sentido llamada a mentir para hacerse valer: «Más de una vez he querido vencerme y me he acostado. Pero no puedo. La repulsión y el miedo son más fuertes que yo. Sé bueno y déjame». No sabía ahora si él habría pensado en el compromiso y en el forcejeo de aquella virginidad, en el aislamiento a que los condenaban el lugar y la noche ventosa, o si simplemente había sentido una piedad amarga y visceral alentando por encima del empecinamiento viril; lo cierto es que la había besado para tranquilizarla, como a un niño, y había consentido en que por el momento se durmieran. Una vez conformes, la había puesto ante sí y se habían acomodado juntos, como dos cucharas en el cajón de un aparador. «Más tarde nos despertaremos tranquilos», le había dicho; y ella, sin convicción, había estado de acuerdo. Pero no había existido el «más tarde» de la promesa.

Ella era entonces flacucha, ceñida de carnes, angosta de cintura, con sus pechos pequeños y firmes. Más elástica y ágil pero menos erótica que ahora.

La mañana alta los había desenroscado pesadamente de sus sueños individuales, les había echado un golpe de sol y nubes en la cara. Había cantado un gallo próximo y ella, antes de que Alejandro estuviera totalmente despierto, se había lanzado fuera de la cama, se había vestido y había comenzado a preparar café en el hornillo eléctrico.

Y cuando aquella noche de cándido y desnudo durmiente se descorrió enteramente sobre él, no pareció disgustado sino infantil, inocente, voluble y casi alegre. Primero aprobó la idea de hacer café y en seguida la desechó, prefiriendo ponerse en camino sin más tardanza y desayunar en La Habana. Lo recordaba aún fumando con el torso desnudo fuera de las sábanas, un toque de luz en la cabeza indígena de nariz aquilina, altos pómulos y mejillas hundidas. «Te quiero, Alejandro.

Te quiero mucho. Ahora que ya te lo he contado, puedes ayudarme a tener fuerzas. Un día seré tuya». Pero él hizo un gesto vago y renuente, endosando la dificultad al futuro, a lo imprevisible, a los azares de lo desconocido en hombre y circunstancia. «Nadie que nos vea salir del *cottage* con este aspecto y a esta hora —había dicho al cerrar el portillo del jardinito de plantas arrasadas, dirigiendo sus sarcasmos sobre la cabaña, al punto de llamarle «*cottage*», porque alguien tenía que sufrir el escarnio de toda la aventura—, nadie que me vea ahora tomarte de la cintura podrá imaginarse que aún seas virgen y que yo no haya sido, ni tal vez sea ya nunca, tu amante.»

—Te había confiado antes la experiencia de mi hombre número uno, cuando te dije el trabajo que le había dado; pero por nada del mundo te habría contado la historia de mi Hombre Cero, si no fuera que mañana te vas.

Sonrió ante la posibilidad de llamar a Alejandro «mi Hombre Cero». Nunca, en todos los años que habían corrido desde aquella noche de la playa de Varadero, se le había ocurrido.

Calodoro la vio sonreír y le preguntó qué número iba a adjudicarle en el recuerdo.

—¿Te parece que nuestro amor podría haber sido tan fuerte como es, si no hubiera habido posesión física? —preguntó ella para desentenderse.

«¿Está tal vez queriendo reanudar en mí la imagen de Alejandro, me recibe ahora y me acepta como si fuera el otro?»

—Si no hubiera existido la posesión, ahora podría hacerme a la idea de dejarte con mayor calma, con menos ruido a roto y molido por dentro. —Y la besó de nuevo.

Había dejado de ver a Alejandro aquel mismo día. Como tantos escritores, él rehuía en la vida real las complejidades que podía inventar escribiendo. Cuando una noche lo encontró, en la Bodeguita del Medio, él ya la había metido en un cuento, y el final perversamente cambiado (una violación al amanecer y en la playa) trastornaba el sentido de aquella relación, arruinaba la posible prosecución del diálogo. Luego Alejandro tampoco había querido jugarse contra Batista y había preferido irse de Cuba, a trabajar en una universidad norteamericana.

Noemí. Saltaban desde lo alto de los balconcillos a los flancos del terraplén, enganchaban en los hierros enmohecidos sus trajes que olían a sol. Era ése, no podía ser otro. Nadie imprimía las flotantes presencias de gente, humo y sudores

en el aire de los vagones; era una locura querer hallar todo eso ahora. Del extremo posterior de la estación sí que brotaba un vaho insufrible y en medio de él se sostenía y avanzaba, escalando una pared ciega, tras la que desaparecían los hombres, una enredadera de estrechas y profundas flores azules. El tiempo cuajaba allí en sus periódicas floraciones, en las dulzuras que lijaba contra el olor acre, doliéndose y exaltándose como en ningún jardín hubiera sucedido. El rostro y los blancos hombros del padre se habían iluminado sobre el fondo tembloroso, pasando con un sordo reflejo. En aquel instante, por una confusa primera vez, Calodoro había pensado con aprensión en el pueblo. La memoria balanceaba aquella imagen sobre un tañido de campanas, que aquel día no se oyera. Luego, los años habían apagado sucesivos rostros del padre cada vez más parecidos a las caras del andén, a su cerrada inexpresividad —sobre las flores azules, lánguidas y suspensas, en las que un jugo desconocido se adivinaba gravitando hacia una desgarrada eclosión, hacia la promesa de caer por fin en la tierra, en el abrazo de los infames residuos del hombre.

Al fin de cuentas, ésta era *su* noche, como la del condenado a muerte. Mañana a medianoche partiría en avión hacia Caracas. «No quiero que vayas a Rancho Boyeros» —le había dicho, y ahora pensaba que era como pedirle que no asistiera a la ejecución. La noche del condenado a muerte. La mañana los desceñiría suavemente, esa mañana cuya primera luz rejuvenece por un instante la cara de los muertos, moldea sus mascarillas y las lanza al fragor de otra inmortalidad: el día de hoy.

Este brazo, esta partícula de piel estarían mañana muy lejos, irían borrándose en los días y en la distancia difusa que ponen el mar y la puerta de lo desconocido. Y ahora podían alternativamente amarse y tenderse calladosamente, uno al lado del otro, fumando sin prisa en la noche y echando el humo de costado, para no estorbarse la visión del otro rostro y de las posibles estrellas; podían besarse, hablar o consumir a bocanadas un mismo y exiguo silencio, porque de todas maneras en las despedidas no hay otro arte que el de perder el tiempo, el de ir adelgazando la capa de horas y minutos que nos separa de la ausencia, del mismo modo que cuando se vela a la cabecera de un moribundo.

Y ya, sobre su mismo abrazo, cantaba un gallo, un gallo más lujurioso y esponjado y triunfal —se adivinaba entre las últimas brumas de la noche— que aquel que picoteaba en el

recuerdo de Varadero, un gallo que deslizaba su bengala entre los rostros sudorosos y macerados, entre los ojos húmedos y demasiado cercanos, entre los alientos ardidos, antiguos y soldados. Por la ventana aparecían techos, azoteas y árboles aún impregnados de noche en la frente de La Habana. Las ciudades duermen, duermen perdidamente, aun sobre la dura almohada de las revoluciones. Pero el gallo oficiaba de comedido verdugo, apartaba aquellos párpados rasantes y enrojecidos, aquel dejo de ron en el fondo de las gargantas escaldadas. Apartaba a los amantes, los marcaba en la frente y —en vez de darles muerte— los lanzaba a vivir otra vez sus dos vidas, desasidos, inocentes, remotos.

TERCERA PARTE

I

—A mi edad, aspiro sólo a no sufrir —dijo el padre—. Y Julio pensó que aquella ambición se correspondía secretamente con otra: «A mi edad, aspiro sólo a no existir».

Lo tenía ante sí y no parecía ser el enfermo incurable, el difunto a corto plazo que con tanta impersonalidad se proclamaba. Era, en todo caso, un enfermo abstracto, un enfermo en pie, cuidadosamente planchado, con una corbata de color granate anudada al cuello y el borde en triángulo de un pañuelo blanco asomando al bolsillo superior del saco; como si esa prolijidad fundara una convención por la que todos pudieran ignorar hasta el fin el insidioso progreso de la destrucción en su cuerpo.

Se había autodiagnosticado cáncer de pulmón y se adjudicaba de tres a cuatro meses de vida. No quería alargar su existencia a esta altura —había estado explicándole— sino solamente evitar la penosa desintegración física que causan la sobrevida artificial, la morfina y el sufrimiento. «Aspiro sólo a no sufrir»: era un voto mínimo y austero, dicho como si el mal le tocara a otro y sólo la piedad a uno mismo.

Julio había querido convencerlo de su error, persuadirlo sin argumentos; y, al mismo tiempo, le parecía casi ramplona su obstinación en negar algo trágico, cuando el mismo paciente ya lo había admitido y se preparaba para sentirlo descender sobre sí.

«Aspiro sólo a no sufrir»: el hijo venía desde regiones destinadas, tal vez por mucho tiempo, a hervores y tanteos de sufrimiento; pero reconocía que, en este empleo que su padre le daba, el verbo tenía una dimensión más íntima. Y aquello lo hacía sentirse extrañamente disminuido en importancia, en gallardía testimonial, en sentido de la primicia. ¿Cómo interesarlo en lo que él había visto cuando el padre estaba volcado a medir el tiempo, la vida y el paso de la en-

fermedad dentro de sí, no en los demás hombres, no en los pueblos, no en América?

Sin embargo, había tratado de llevar el diálogo hacia otras zonas, desde que el padre le había dado la noticia —«como hijo mayor»— pidiéndole que la recatara aún por algún tiempo a los demás, hasta que fuese inocultable. («Sobre todo por tu pobre madre, que no tendrá fuerzas para aceptarlo»). Y cuando había querido distraerlo y, por fugaces momentos, se había internado en el tema de su viaje, habían podido escapársele frases como «una sociedad llamada a morir». Las había dicho y se había arrepentido en seguida, porque creía haber visto un reflejo de la sentencia en la cara interesada —e instantáneamente nublada— del padre; como si él fuera la sociedad entera y no simplemente un individuo condenado a muerte, un hombre que daba a los demás la noticia de su condena a muerte.

Condenado a muerte. ¡Con qué puerilidad había estado usando estas mismas palabras, para proponerle a Raquel que él lo era! Ahora sí estaba ante alguien que sobrellevaba una condena, sin retórica, y que disponía tranquilamente las cosas, a fin de causar el menor trabajo y la menor pena a quienes lo rodeaban. ¡Qué diferencia! Era un condenado noble, un condenado a pesar de la virtud, un condenado por desgaste. Y era heroico pero también absurdo que, a ratos, ese condenado se abstrajera de su condena para discutir la justicia de la de un criminal; porque, por entonces, los diarios de Montevideo habían dado su versión del proceso de Sosa Blanco y, días después, la noticia de su anulación. Y el doctor tenía una opinión adversa sobre todo el asunto.

—¿Qué pasará, en definitiva? —preguntaba ahora.

—Nada. Que le harán un juicio en forma y volverán a condenarlo —respondía Julio—. No hay otra salida.

Y la alusión a la falta de salidas volvía a golpear en la frente ligeramente traspirada del ser que tenía ante sí. Recién ahora, teniéndolo allí y habiéndole escuchado su diagnóstico, entendía la escena de la despedida, quince días atrás. Retrospectivamente, comprendía el sentido de toda aquella reticencia que, en su hora, no le pareciera más que un melindre egoísta de la vejez.

—¿Por cuántos días te vas? —había preguntado el padre.

—Por diez o doce, no sé bien desde ahora.

—¿Diez o doce, nada más? —y había parecido extrañamente confortado por una brevedad que no esperaba. Con todo, había insistido:

—¿Nada más que diez o doce? ¿No irás después a México o a los Estados Unidos?

—No se me había ocurrido. Ni he sacado las visas. No, no voy.

—Es raro que no se te haya ocurrido —había agregado, recelosamente, como si hubiera temido que su hijo pudiese estar engañándolo.

—No se me ha ocurrido, por varias razones: la primera, que no tengo dinero.

—Eso podría haberse arreglado. Me lo hubieras dicho.

Pero Julio había descubierto en el tono de la frase una suerte de curioso alivio, apoyado en el hecho de que ya no hubiera tiempo para retocar tales planes.

Había tenido entonces el presentimiento de que su padre trataba de ocultarle alguna novedad, por consideración a su partida.

—¿Pasa algo? —le había preguntado—. ¿Mamá, tal vez?...

—No, absolutamente —y luego, con un tono más pensativo—... no, nada... En fin: siempre hay cosas que rondan por la cabeza de un viejo de casi ochenta años (y alzando más la voz, para afirmarse ante el ademán denegatorio que ensayaban los brazos de su hijo)... ¡por más bien que esté! Pero ya habrá tiempo de conversarlo a tu vuelta. No te preocupes.

Julio quería tener ahora la certidumbre de haberlo descifrado, y preguntaba:

—Cuando yo estaba por irme, ¿fue esto lo que estuviste a punto de decirme? ¿Tenías ya ese temor?

«Temor», era una palabra infortunada, y la sonrisa del padre lo subrayó suavemente.

—No tengo ningún temor, si vieras... A mis años...

—Pero ¿era eso?

—No me acuerdo bien. Quizá fuera —y el padre prefería refugiarse en la ambigüedad, ya que de nada serviría ahora una mayor precisión hacia el pasado—. No sé, creo que en ese momento eran aprensiones más o menos vagas. Ahora es algo real y comprobado, en todo caso. Y eso es lo que importa.

Julio hubiera deseado infligirse un sufrimiento más concreto que este flotante estupor que lo dominaba. Quería creer que la imposibilidad de llegar súbitamente al centro de ese dolor, en una suerte de relámpago de desesperación, se debía en parte a la dignidad del padre y era, también en parte, el resultado de una incolmable diferencia de edad y de la suma de resignaciones que ella implica.

Pensaba que, como hijo, debería haber sufrido un desga-

rrón feroz, la sensación entrañable de un desmantelamiento, de un descuajamiento profundo, y todo eso estaba todavía por llegarle. La respuesta que estaba balbuciendo era «Mi padre ya es viejo», pero quizá no fuera eso sólo. Acaso la imposibilidad de situarse en las vísceras enfermas del ser a quien se cree amar y a quien se sabe tan cerca, no esté sólo en la diferencia de los años sino —también contra ellos y aun contra la misma juventud desarbolada en la protesta de la vida— en la sombría afirmación de la vida sobre los propios estribos, cuando se ve caer a alguien que marchaba a nuestro lado, a alguien le quien se creyó que seguiría marchando por más tiempo a nuestro lado. El egoísmo se convierte en una razón furiosa de vivir, y niega empecinadamente todo lo que no esté en su centro. Julio había pasado por otras muertes, había asistido a otras agonías —algunas de ellas jadeantes, inmisericordes, a bocanadas, cuando el mal ya no dejaba al enfermo más que un pequeño resquicio de pulmón para seguir alentando— y en el fondo del horror y de la piedad, en el fondo del llanto y de la conmiseración había un combativo, un obstinado sentimiento de ajenidad. Se lloraba o se sufría desde el corazón del miedo, desde el meollo de la certeza triunfal y escarnecida de estar vivo.

¿Qué podemos pensar entonces —se preguntaba— de una piedad o de una simpatía por el mundo, por la gente, por el género humano y por los padecimientos de la pobreza, si no somos capaces de entregarlo todo, de dejarnos arrastrar en el golpe de la muerte cuando quien se muere es nuestro genitor, cuando la carcoma primero y el hachazo después caen sobre el tronco de lo que hemos tenido, desde el día mismo de los orígenes, por nuestra propia vida?

—No debes confiarte —le dijo, para romper el meditativo silencio que se había instalado entre los dos—; no debes atenerte a tu solo diagnóstico personal, con todas las posibilidades de error que hay siempre y con todas las que un médico tiene cuando se refiere a su propia persona. Tanto más, papá, si el médico tiene —como te gusta decir— sus casi ochenta años.

El doctor esperaba el argumento y sonrió para darle la bienvenida.

—Descartemos esa posibilidad —dijo—. Vi las radiografías. A los setenta y siete años —ya lo sabrás algún día— uno tiene el coraje necesario para considerarse trasparente y estudiarse como una simple placa.

—¿Tan tenues somos? —quiso bromear Julio.

—Tenues hasta el humo. Y a propósito... —articuló con lentitud, como si recién estuviera discurriéndolo, aunque era seguramente una decisión muy madura— en estos días tienes que acompañarme al municipio, a disponer lo necesario para la cremación.

En el caso de un médico, aquello sonaba a mera coquetería higiénica, a detalle de elegancia de estilo. Y el padre volvió a fruncir casi imperceptiblemente los labios, ante la idea de que una radiografía fuera —a los ojos de su hijo— más impresionante que una cremación. La materia y la nada.

«Porque su pira es su cielo», pensó Julio. Y se sorprendió evocando el antiguo jacobinismo del padre, que los años no habían debilitado pero que, en homenaje a los demás, se había tornado más cauto, menos porfiado y menos explícito. «¿Así que usted no cree que Dios exista?», le había preguntado un joven que venía a estudiar con Julio, queriendo forzarlo a una definición que abriría la polémica, una polémica demasiado copiosa para la hora del té. «Ah, no, no, no —había aclarado el doctor, entonces un hombre de cincuenta y pocos años—, no es así, por favor. Yo *creo* que *no* existe». Y el muchacho había retrocedido ante la impiedad de esa otra religión, cuyos dogmas nadie le había anunciado antes.

«Hoy ya no lo diría», pensó Julio, «pero no vacila en hacerse cremar, salteándose la desaprobación de mamá. El médico y el ateo pueden más que el marido.»

—De todos modos —insistió Julio— deberías hacer una consulta, pedir otras opiniones además de la tuya.

Y, para compensarlo con la intransigencia de la cremación:

—Deberías hacerlo, siquiera fuese por mamá. Por mamá y por nosotros.

Reaccionó al punto, sintiéndose insolentemente joven y sin derechos, cuando advirtió la mueca bondadosa y sensitiva del viejo —por primera vez, como en el agujero de unas nubes, lo veía como tal— que acusaba la cortesía pero declinaba seguir la cuestión en ese terreno.

—En último caso —dijo, sintiéndose culpable de haberse invocado y tratando de enjugar su culpa—, tienes que hacerlo por ti mismo, aunque no sea más que por espíritu médico.

El padre bosquejó y dejó a medio terminar un gesto equívoco, de intención remisiva, que postulaba «Dejémoslo así».

—En cambio, me interesa disponer algo —dijo— con relación a tu madre y a ustedes.

Esta vez fue Julio quien dijo, audiblemente: «Dejémoslo». Pero no quería decir «Dejémoslo así» sino «Ya habrá tiem-

po, dejémoslo para después», como si la demora en atender lo accesorio pudiera ser un efugio que prolongara la vida del enfermo. El padre lo notó en seguida.

—Como médico, he contribuido a engañar a mucha gente, despistándola hasta el fin, por un deber de piedad, e impidiéndole de ese modo ser previsora. A veces me he arrepentido después, cuando ya no había tiempo de remediarlo. Pero, sobre todo, no aceptaré que quieran distraerme del mismo modo, en un caso que no tiene siquiera la excusa de la piedad.

«Es admirable», pensó Julio. «Un caso de escrúpulo profesional: morirse según las reglas del honor del oficio, morirse con los ojos abiertos y con el alma ecuánime.» Pero, al mismo tiempo, ¿no era particularmente penoso que tal tipo de lucidez paralítica, que tal forma de clarividencia impotente hubieran de asistirlo hasta el fin, tan sólo para que la vida destilara gota a gota, viéndola irse y sin poder detenerla? En el viaje de regreso, sin sospechar que tendría muy pronto que llegar a pensarlo con relación a su padre, había estado reflexionándolo —como partícula de otro cuerpo enfermo—, con referencia al país. Pero en el caso del país no era admirable, no suponía ninguna forma de estoicismo, ni de heroicidad. Era nada más que inercia, irrealismo, falta de pasión y, en resumidas cuentas, una credulidad ilusa y desentendida, que apostaba a que el derrumbe del orden social es algo que no nos concierne individualmente, algo que milagrosamente nos excluirá de sus efectos si tenemos la coartada mental, la precaución inteligente de darlo por supuesto, la contraseña que nos permita probar —llegado el día— que ya lo sabíamos, que estábamos esperándolo, que incluso lo deseábamos.

Fue en ese momento que el padre, queriendo evadirse del tema de la enfermedad, le pidió que contara algo más de la experiencia de su viaje.

II

La noche de la despedida —el avión de Delta Airlines partía hacia Caracas a la madrugada— habían tratado ya de hacer ese balance, en la habitación del hotel. Se pasaban de mano en mano una botella de ron (y a Julio le había tocado un vaso opalescente, apto para buches de dentífrico, a cuyos bordes el líquido parecía adherirse) y, extenuados y en pleno anticlímax, intentaban ver claro y «tener una perspectiva suficiente de los hechos», lo que era poco más que un presuntuoso tic periodístico, a esa hora de la noche y a esa altura de la Operación Verdad.

Los días vividos juntos tenían una cualidad densa y espaciosa, como si en ellos cupiera mucho tiempo. Podía ocurrírseles, por cansancio o por desprendimiento insensible de la realidad, que dialogaban desde siempre, sentados sobre las camas enfrentadas, viendo flotar la noche clara y titilante de La Habana tras los ventanales, como una enjoyada franja de decoración, no impedida por las luces bajas y amortiguadas del aposento.

Podían tener la ilusión de que dialogaban desde años atrás, pero no la de que seguirían diciendo las mismas cosas mañana, a la luz de un nuevo día y bajo el cielo de sus propios países. No querían aludir, por un tácito convenio de delicadeza, a esa curiosa mezcla con que —dentro de cada uno —alentaban los asentimientos y las reservas. Desde la atroz madrugada amarilla que se había alzado sobre el proceso de Sosa Blanco, lo habían dado por supuesto sobre la marchitez barbuda y el desconcierto de sus caras, guardándolo desde entonces —sin palabras— para una lenta masticación de futuro. Y el futuro no había sido convocado a esta reunión de despedida.

Las revoluciones —pensaban sin decírselo— no son estados de distensiva comodidad del ser personal, sino coyunturas de transacción, de simplismo energético, de reinserción necesaria

o resistida, en la medida en que uno sienta que debe pertenecerles o que puede escaparles.

Nadie les ha pedido que opten, que digan si preferirían quedarse en Cuba o regresar a sus países. En esta hora de extenuación, la respuesta no sería revolucionaria.

Pero si Cuba fuera su patria, ¿se lanzarían de lleno en el compromiso, se solidarizarían con lo que está sucediendo, sin reparar en los detalles?

Valtierra ha dicho que sí, porque no hay otra solución de ética y de vitalidad a rescatar en el dilema del pro y el contra.

—Hemos estado merendando siete días en un gran picnic —dice—. Es el picnic de la emoción colectiva, de la gran embriaguez cívica y patriótica, que ha estado acosándolos con sus urgencias, instalándolos a que escuchen y a que comprendan, no tanto a que digan.

Sin embargo, la profesión de ellos tres es decir. Y, con lo poco que se conocen y conceden unos a otros los incomunicados países de América Latina, se les exigirá que digan sí o no, sin mayores puntualizaciones, y tendrán que hacerlo. Una comprensión simpatizante, que proponga las diferencias pero no se las saltee, tal vez no interese a nadie; y quizá pase por compromiso, en el peor sentido ecléctico y medroso de la palabra. «En nuestros pobres países —ha dicho Méndez—, todo es tan mendicante que si uno habla en favor, la mayoría supone que es porque quiere agradecer el hospedaje.»

Ante su mismo padre, a quien las circunstancias le han puesto enfrente, como interlocutor civilizado y esquivo, Julio no ha tenido éxito en encontrar las diferencias, el peso decisivo de todos los distingos posibles.

—La vida vale lo mismo en todos lados y a pesar de todo —dice el padre, con la autoridad carnal que tiene ahora sobre el tema—. Y la ritualización de la muerte, que ha sido ese juicio, me parece —no puedo ocultártelo— algo espantoso.

—Yo no diría que fue la ritualización de la muerte sino su aplebeyamiento. Mi objeción es otra y es estética: no puede condenarse a un hombre al tiempo que se hace la propaganda de los cigarros Partagás. Lo horrible fue ese tuteo con la muerte, ese forcejeo confianzudo. Eso fue lo que nunca debieron mostrarnos.

El doctor no está de acuerdo. Lo que le importa, como buen liberal, es la enormidad de que el orden público disponga de la vida de un individuo, por culpable y abyecto que sea. «Fue por eso que Batlle hizo abolir la pena de muerte.»

Valtierra le habría contestado con mayor elocuencia, a juzgar por el instante en que, a falta de contradictor presente, optó por imaginárselo y se alzó, el vaso en la mano, caminando a grandes pasos hacia el ventanal y hacia ese cuenco de terciopelo distante que pasaba por ser el cielo nocturno del Caribe.

—¡Ya sé lo que dirán nuestros diarios, ya deben estar dejando correr a raudales sus lágrimas de cocodrilo! Se emocionarán por el destino del señor Sosa Blanco y seguirán ignorando que generaciones y generaciones de mineros inocentes se mueren de neumocoriosis a los cuarenta años.

Al doctor le parecen dos órdenes distintos de cosas: la piedad por la especie se llama a veces justicia y otras veces previsión social.

—O las dos veces justicia, en definitiva.

A Valtierra no le ha gustado el argumento de Hiroshima: «efectista pero pueril». Recuerda, en cambio, que el derecho a la vida no admite hipocresías ni regateos: —Los que ahora firman a favor de la conmutación de la pena a Sosa Blanco, ¿dijeron algo cuando se electrocutó a los Rosenberg por espías, dijeron algo cuando se ajustició a Sacco y Vanzetti?

—No piden conmutación —ha aclarado Méndez— sino revisión del juicio. Y me han dicho que va a reverse.

—Son detalles. ¿Habrían pedido revisión para los Rosenberg, para Sacco y Vanzetti? Lo que me escuece es lo acomodaticio de la sensibilidad y del juicio moral de la gente, cuya emoción depende de la forma en que la publicidad les aderece los hechos.

Por tercera vez en aquellos días, y siempre con el mismo fundamento de la muerte infligida, Julio se ha puesto —en aquella pieza de hotel— a recordar a Ben Shahn: sobre los paneles recuadrados de una puerta color borra de vino, previsiblemente la de la sala de audiencias, dos hombres están sentados, ligados uno a otro por un par de manillas: Bartolomeo Vanzetti es el más viejo y tiene unos mostachos lacios y caídos, a la manera de Clemenceau, una frente amplia, una mirada indefensa, abstraída, más nostálgica que definidamente melancólica. Una corbata cuyo nudo ha quedado arrinconado en lo más bajo de la abertura del cuello y un gabán ondulante, que flota en grandes pliegues nobles, le dan un aspecto de bonhomía señorial, discreta y dignamente sufrida. La mano que no está sujeta a la de Sacco está presa por otra manilla. Nicola Sacco tiene un aire más resuelto, concreto y confiado: mira frontalmente y, aunque también en profundidad, es la

suya una mirada más directamente reflexiva, menos incierta y cavilosa que la de Vanzetti. Aprieta unos labios finos y con la mano izquierda, que él sí tiene libre, esboza un gesto de ligera crispación, forma un puño que coincide con los labios finos y mordidos hacia un rincón, con la misma barbilla —cuadrada, avanzada y llena de viril obstinación, a diferencia de la curva mórbida y vencida del mentón de Vanzetti, esa superficie blanda que sólo adquiere algún relieve en el belfo caído del hombre que va a ser viejo, viejo en el mismo acto de la muerte—. Sacco usa una corbatita de moño, enérgicamente ajustada, y lleva en la mano derecha —ligada a la izquierda de Vanzetti— un sombrero negro de fieltro. Los tramos del asiento que quedan visibles bajo sus cuerpos son de un agrio color carmín, con bordes que el tapicero ha sembrado de tachuelas.

—No tengo mayor fe —dice ahora, como una táctica para exhortar a su padre a que deponga la estrictez de sus principios—, no tengo mayor esperanza de que vayan a entenderme aquí, cuando tenga que escribir de todas estas cosas.

—A menos que empieces por hacerte cargo de las razones de la gente. Y les expliques, por ejemplo, cuál es el motivo por el que las elecciones son buenas acá y no sirven allá.

¿Sería posible que no ya él, sino gente más joven pudiera entenderlo? Habían vivido por cincuenta y tantos años en el mito evolucionista, en el edulcorado civilismo, ponderando y exaltando el sentimiento de la propia distinción, ofreciéndolo dadivosamente como un canon para los demás, como un posible pensamiento rector. Para opinar en favor de Fidel Castro o de Paz Estensoro, necesitaban saber —caliente aún la sangre de la revuelta— con qué fecha se convocaría a elecciones. El institucionalismo antes que nada: si funciona un Congreso, si salen los diarios... todo va bien. Porque cualquier perturbación del orden legal ha llegado a merecernos el mismo juicio, el mismo erizamiento de piel. Es así como pueden traficarnos como dos cosas iguales una revolución profunda y un motín de cuartel, una transformación social a fondo y un golpe de mano para que el coronel derribe al general y el mayor voltee luego al coronel. «No esperes que te comprendamos —parecen decir—, no esperes que simpaticemos contigo si tú desertas de nuestras propias razones, si tú empiezas por no acatar nuestro mito de las instituciones en reposo y de la providencia del orden constitucional. Porque nosotros hemos decidido que esas razones formales valen a cambio y por encima de la vida».

Valtierra ha planteado ese tema, desaforadamente, como algo que hay que empezar a proclamar golpeándose el pecho, no como un privilegio, sino como una anquilosis de los uruguayos.

—¡Es nuestro maldito sentido del equilibrio! —ha gritado ya a punto de perderlo con el quinto o sexto ron—. Nuestro miedo a la heroicidad, nuestra desconfianza ante lo heroico, como si fuera un mal mestizaje de lo sublime y lo ridículo. Nosotros somos mesurados, siempre mesurados, ¡eso sí! Y no vengan a predicar el desorden en casa. ¡Nosotros somos la vanguardia esclarecida!

Méndez ha comenzado a encontrarlo cómico, *actuado* como una comedia. «Estos uruguayos», ha dicho a carcajadas, y reforzando la pronunciación de la «y», tal como ha oído que Julio y Valtierra duramente la dicen. —Héroes de la Democracia Representativa, Señores Cruzados —ha arrancado a apostrofar, en tanto aparecía ya en él la punta de una borrachera más terrígena, de esas que sólo saben infamar o vindicar agresivamente a Bolivia—. ¿Es posible creer que el voto sirve de mucho para estos guajiros que hemos visto en el juicio, para los quechuas y los aymaras de mi patria, que no saben siquiera hablar español? ¿Y aun para los cholos desastrados? ¿Cuánta gente de toda esa se halla en la posibilidad *real* de saber por quién vota, de saber tan sólo por qué vota?

Hace tres años, en un libro tendencioso y brillante, él mismo escribió la respuesta. Es el relato de un episodio de su infancia, y lo ha contado con un hermoso brío de narrador y ensayista, puesto a hacer las dos cosas a la vez: la imaginación al servicio de la verdad, ya que así entiende la pasión del hombre de letras.

Es en Cochabamba y en la Plaza 14 de Septiembre, son los tiempos de la oposición, cruda entre los liberales de Montes, que ocupan el poder, y los republicanos de Salamanca, que se lo disputan. La memoria del niño retiene la escena de aquellos comicios, vistos desde el cobijo de los soportales que rodean la plaza, cautamente amparado en la estatura del padre y dándole la mano. Es un ballet sigiloso, que va animándose poco a poco: primero hay solamente gritos, algún revés fofo y sucio, dado con un sombrero enhollinado, golpe incruento pero lesivo y vejatorio. Se sufraga escribiendo el voto en las hojas de votación, al aire libre y en mitad de la plaza; en unas mesas vecinas, las ánforas reciben la voluntad ciudadana.

A medida que el tiempo avanza la escena va animándose, el ballet se hace más explosivo; no más rápido pero sí más

crepitante, menos silencioso. Los matones de estas oportunidades —Alcócer, el Magín, el Senzano, el Cristalvaso— están provocándose, caldeando la atmósfera. De pronto, cuando se ha comenzado a ver que los republicanos son insolentemente muchos, un grupo de petimetres liberales enfrenta los gritos de «¡Viva Salamanca, abajo el Sobretacho!» con los de «¡Viva Montes!»; y embiste, disparando tiros al aire. Es lo que espera la caballería policial, para irrumpir hollando los cuidados canteros, hendiendo a los republicanos, forzándolos a introducirse hasta la rodilla en la fuente central de la plaza o a ganar el refugio vecino de la Catedral. Entonces los liberales quedan dueños del campo y se dan a votar, monótonamente, una, dos, cinco, diez veces cada uno.

—Todo puede ser cierto —dice el padre—. Pero lo malo es entrar en distingos y exigir una cosa aquí y conformarse con otra en Cuba. Porque entonces entramos en el tobogán y el impulso nos lleva hacia abajo. In-de-fec-ti-ble-men-te.

—Lo otro, para lo que tú estás sugiriendo, significa ignorar las diferencias más abismales. Nada durable puede edificarse sobre esa abstracción ciega. No es partir de la tábula rasa como principio de razonamiento, sino llegar a ella como ideal. No sé si te acuerdas de lo que me decía una vez Paz Estensoro: que gracias al alto porcentaje de analfabetismo, los dirigentes revolucionarios habían tenido la posibilidad de ganar la voluntad virgen de indios y campesinos. Porque si ellos hubieran sabido leer, la Rosca los habría inundado de papel impreso. Y eso lo vi yo en el año 52, te lo aseguro. No era cuestión de mandarles folletos; había que llegar hasta ellos, escucharlos y hablarlos.

Y a sus ojos vuelven ahora las escenas del viaje hacia Colquiri: el pasaje por Caracollo, al noroeste de Oruro, y el maestro mestizo que improvisa ante Paz y su comitiva, un desgarrado discurso dicho con los pulmones de lo ignoto, que por esa vez consigue hacerse oír y lo modula de un modo extrañísimo, plañideramente y a voz en cuello, a gritos y en llanto. «¡Camino, escuela y luz!», clama el maestro, asido de las rejas de la ventana de la Alcaldía, con los bastos y lustrosos zapatos claveteados tratando de hacer estribo en el alféizar y arañando, en una huella desbaratada y patética, como la escritura de un sismo, el desconchado muro colonial, en que trata de apoyarse. «¡Camino, escuela y luz, señor Presidente!», grita con un fondo de garganta gutural y gimoteando, dulce y áspero y turbio, hipado y elegíaco. Y el Presidente, descubierto bajo aquel sol pálido y aquel viento helado, es el primero, desde Germán Busch, que pasa por aquel punto olvidado y recóndito del suelo de Bolivia: es el hombre que labra un minuto de esperanza entre paréntesis de tiempo dormido. Y luego la rauda marcha polvorienta de los automóviles hacia Colquiri y, en medio del yermo, los arcos de triunfo armados con madera y arpillera, coloridos de chuspas, de chuños y de aguayos, con el destello de los platos de latón, las cucharas, los cuchillos y los tenedores de metal brillando al sol. Y al acercarse, bajo una lluvia de papel picado dentro del aro de nieve perpetua de las montañas, los platos y los mangos de los cubiertos tienen los nombres de los dueños garabateados a lápiz, para devolverlos mañana.

Las indias se inclinan y, volcando casi el morral que llevan a sus espaldas, extraen de allí el crío y, prosternándose, lo ofrecen en alto, como el mayor don inmemorial que pueden hacer al blanco, un don servil y deferente y ladino, para el que aún no ha muerto la memoria del *pongueaje*. Son los días de la Revolución triunfante, por supuesto, y la ofrenda es un símbolo. Paz Estensoro la declina tomando a la india de los antebrazos, diciéndole: «Levántate, compañera», y rasguñando un cariño distraído, con la punta de dos dedos, en la mejilla de la *guagua*. Y luego, como final de la ceremonia de fraternidad, el abrazo que achata y deja descansar sobre el pecho del Jefe una mejilla aplastada, un ojo entrecerrado de oronda, de éfima satisfacción. Y en medio de aquel concierto que apacenta hombres y llamas, asnos y bicicletas, aparece de pronto, sobre el mantel de encajes, una larga hilera de botellas de Pommery. Ese es el lujo de su adhesión, porque ellos no saben leer, porque muchos de ellos no saben siquiera español y... ¡porque todavía no votan!

—Por lo demás, ¿alguien sabe justamente hacia dónde va esa revolución?

—*O, mon Dieu*, esa fue la pregunta que más nos hicimos aquella noche de despedida en La Habana. Creo que, a esta altura de las cosas, quienes pueden trazar mejor los objetivos de la Revolución son precisamente aquellos que se le oponen. Porque la Revolución, como tal, no tiene todavía un programa cierto. Pero quienes la temen lo tienen, y muy claro. Para ellos se trata de retener todo lo que tienen y del modo en que hasta ahora lo han tenido. Cualquier tentativa de cambio se les hace enemiga. Querían acabar con Batista, bueno, muy bien... Pero ahora Batista ha desaparecido del escenario... ¿Qué más quieren? Así razonan ellos, porque querían sustituir sin cambiar. Pero no me parece que vayan a hacerse el gusto. Podrán, eso

sí, dictar el ritmo de las transformaciones, por la resistencia que intenten y por los apoyos externos que encuentren en esa resistencia.

—¿Los apoyos externos? —y el doctor, honestamente, no parece entenderlo.

—Sí, papá. Para nosotros, eso que llaman imperialismo es poco más que un concepto. Existe en los mercados de compra, en todo caso, y casi no lo vemos. Pero para ellos es otra cosa.— Es una más, entre tantas realidades que al padre no acabarán de hacérsele presentes. La guerra última se libró, para él, en nombre de la persona humana y de los sentidos fundamentales de la libertad (libres de temor, libres de opresión, libres de persecución, libres de miseria, etc.); y todo eso lo da por ganado, «con las imperfecciones naturales que supone la regulación de la vida en sociedad». En todo caso, si hay mucho por arreglar, «todo deberá hacerse en ese mismo sentido y por las vías de una evolución que sólo la democracia hace posible.

—Pero no sólo las oligarquías fomentan que los países de América se desconozcan, en tanto ellas se tienden la mano por encima de esa ignorancia. También las revoluciones son ombliguistas —ha dicho Méndez, rezumando su tenaz decepción por el discurso del Copa Room—. ¿No has visto cómo Fidel ha dicho que la suya ha sido la primera revolución que haya entregado las armas al pueblo, sin que se haya caído en el caos? ¿Y la nuestra? ¿No la conoce, acaso?

—La fuerza que trabaja para negarnos es única —ha dicho Valtierra—. Es de una fabulosa estupidez histórica que todo nuestro mutuo conocimiento se logre, falseado, a través de lo que diga de nosotros esa fuerza que nos niega. Y, al fin de cuentas, gracias a ella.

Julio no sabe ya cuántas cosas se han dicho en aquella noche, primero en el hotel, luego en el taxi y finalmente en la pista del aeropuerto, tras operar en la máquina tragamonedas del seguro de viajes aéreos e irse a un rincón a llenar los claros de la póliza, para descubrirse, de pronto, extendiéndola a nombre de Matilde, más que por protegerla en el eventual infortunio para usar, una vez más, su fuerza categórica, su salud talismánica contra la providencia del riesgo. Entre las nubes y sobre los mares, ella vuelve a empujar el cochecito. «Y ésta es la carta que había prometido escribirle: le llegará después que yo o a cambio de mí».

No puede saber hoy cuántas cosas se han dicho entonces. Porque han seguido divagando en una larga caminata por las

pistas secundarias de Rancho Boyeros, merced a los pases de prensa y en busca de un soplo menos cálido en la madrugada, hasta el momento mismo del abrazo, junto a la escalerilla del avión.

Méndez y Valtierra se han quedado: Méndez se va a México, Valtierra quiere permanecer un tiempo más en Cuba. Lo han abrazado con una emoción traspirada y contagiosa, que era la de todos aquellos días vividos de la mañana a la noche. Nadie ha mencionado a Raquel, de quien Julio había preferido despedirse la mañana antes. Lo presente y lo ausente se eternizaban, se espesaban allí en unas pocas horas. Valtierra y Méndez existían desde años y años. Raquel había sido engullida por el pasado remoto.

En el paseo por la pista, cuyo pavimento irradiaba en la noche el calor de la jornada, abrazándoles tibiamente los tobillos, Méndez ha hablado borrosa y férvidamente de muchas cosas y, entre ellas, del arte de Hemingway, de cómo los latinos aceptábamos a este hombre como a un gran amigo y los yanquis como al relator oficioso de un mundo fascinante pero no compartible. La mala administración, la floja administración de nuestra sensualidad es lo que hace que los sajones tengan un concepto amable y hedonista, pero en el fondo una opinión inferiorizante acerca de nosotros. Esa ha sido la tesis de Méndez, mientras se oía a los norteamericanos de la compañía aérea dar órdenes y a los mestizos uniformados con las blusas de Delta correr de un lado a otro, rayando la luz y lo oscuro.

—Es lo que se ve en «Fiesta», por ejemplo. En todo el fervor de Hemingway por España hay un amor jugoso por el empaste, por la luz, por el color, por la sangre. Pero también el sentimiento de una diferencia: aquella España es más divertida que el mundo de los yanquis, del mismo modo que los barrios pobres de cintura son más pintorescos que las zonas residenciales. Y así no sirve.

Ahora, Julio traslada el sentimiento de esa diferencia —como diría Méndez— a lo que en el Uruguay se piensa y se cree acerca de Cuba, de Guatemala, del Caribe entero.

—Cuando nosotros viajamos al exterior, nos jactamos ferozmente de nuestras dos exigencias cardinales: la democracia representativa y el baño diario. Si no hay elecciones, no podemos vivir; si no hay un baño con ducha, tampoco. Pero todos los que salen a gritarlo, ¿se bañan cada mañana en casa, cuando están solos y sólo ellos pueden verificarlo?

El padre no acepta el símil.

—A mí, por ejemplo, no me gusta lo que pasó en noviembre. Pero lo acato. No me gusta la bañera, pero me baño.

—Tú, sí. No todos.

—Me repugna, en cambio, que ese demagogo haya empezado a decir estos días por radio, a su gente de afuera, que debe bajar a Montevideo trayendo algo en las manos, si las disputas entre ellos no se arreglan.

—O si los colorados no les entregan el poder.

—Esto no está en cuestión. Son las peleas entre ellos las que ahora cuentan. «Trayendo algo en las manos»... ¿Armas, querrá decir?

— No te gusta que diga eso, que lo pinta de cuerpo entero. Pero te parece bien que llegue a ser gobernante. En las reglas de tu juego, tienes que aceptarlo. «El pueblo no se equivoca».

—O se equivoca, ¿qué sé yo? Pero es la única forma de equivocación que debe admitirse, la única que puede corregirse en el futuro.

El diálogo podría haberse vuelto interminable. ¡Había tantas cuestiones por desbrozar y, a pesar de su dogmatismo liberal, la mente del padre estaba aún tan fresca y era tan cortés y honesta con las razones del contrario!

Pero de algo él no se daba cuenta: de lo patético que resultaba creyendo en el sufragio y en sus bondades del futuro, ahora que su partido había sido desalojado del poder y que la vida no le concedería los mínimos cuatro años que podían precisarse para verlo tornar.

Esa era la imagen que su hijo quería retener.

III

Matilde en el centro del verano. Matilde ampulosa y semidesnuda, sobre un fondo de ventana abierta. Por esa abertura, la habitación gana un telón de esquina transitada y una cinta de ómnibus que pasan hacia las playas, con gente arracimada hasta en los estribos.

Montevideo y febrero. Matilde echada en el diván, con un vaso en la mano, frente a Julio afeitándose y en *short* estampado, primicia del Trópico.

—Es realmente bueno este Bacardí. Pero aumenta el calor, me lo concentra en la cara.

Es cierto; tiene unas placas de rosado fuerte, impresas en sus cachetes lozanos y prosaicos.

—Se puede hacer un refrescado. Ahí en el barcito hay con qué. Y cubitos de hielo en la heladera.

Pero ella no se mueve.

—Margotita tiene ganas de verte. Quiere que cenemos juntos y le cuentes tu viaje. ¿Qué te parece?

Mar-Gotita, «rubia por la voluntad de Dios», como dice para distinguirse de las rubias teñidas, de las que lo son por voluntad propia y del peluquero; lo propone con una sonrisa burlona, para amonestar el hecho de que Dios pueda poner su voluntad en cosas tan fútiles.

—La semana que viene, después de publicar las notas. Así me limito a contarle lo que no haya escrito.

—¿Lo que no puedas?

—Bueno, no sé; lo que no interese.

—Porque poderse, se puede todo. En este país...

—Sí, claro. Viva la libertad de prensa.

—Y viva la democracia.

(Un buche largo.)

—O de otro modo, viva lo que tenemos.

(Jabón en la mejilla derecha.)

Encima de la mesa, abierta y en su abigarrada escritura de Olivetti lettera 22 sobre varias hojas de papel de avión, la carta de Valtierra desde La Habana. Matilde la ha leído de un tirón y luego, sin hacer un solo comentario, ha ido a servirse —acaso por la sed que despierta el párrafo final— los dos dedos de ron en el vaso de cristal color humo.

—Es formidable —dice ahora, sin consecuencia aparente con la última frase pronunciada—. La ha escrito con alma y vida. Con razón te pide que se la guardes.

—No debe ser por simple vanidad. Es algo así como un híbrido de carta y página de diario. Debe necesitarla para volver sobre el tema.

La presencia de la muerte flota un momento entre los dos, sube entre el vaso que hace girar en redondo la última gota de ron y la furiosa nevada de jabón, ahora en la mejilla izquierda.

—¿Cómo sigue tu padre? —pregunta entonces Matilde.

—Mal. Decayendo día por día, y viéndose decaer. Pero eso sí, con sus escrúpulos de honesta suficiencia hasta el final. *Noli me tangere.*

—Es claro que ya es viejo. Pero, ¿no te parece que ahí está precisamente su fuerza?

—Sí, su fuerza. Bien dicho. Tiene la sensación de haber cubierto un tramo enorme de la vida del país, como si lo hubiera vivido desde los orígenes.

—Y casi...

—La otra noche me habló mucho de su infancia: paseos a caballo con su padre, cuando el Hospital Italiano era campo abierto, en medio de zanjones. Y su recuerdo de haber visto, sentado en el umbral de su casa de 18 y Tacuarembó, cómo pasaba la cañonera «Rivera», deslizándose lentamente sobre enormes rodillos de quebracho. Es tiempo y tiempo. Eso lo conforma.

—Lo conforma o le da un cansancio de plenitud. Debe ser hermoso.

—No sé; si lo es, no me parece. Porque no creo en la hermosura de estar, de ningún modo, tan cerca de la muerte. Pero el temple de los viejos tiene otra razón: ellos *saben* que ya no hay opciones.

...y además, querido, presencié una ejecución. Resulta mucho más fácil decirlo —y aun describirlo ahora— de lo que fue haberlo vivido. Era una calurosa noche de mitad de semana y habíamos cenado con Viera. De pronto, a la sobremesa, se levantó y fue a telefonear. Cuando volvió, me dijo sencillamente: «No quería proponértelo hasta la hora del café: esta noche hay una ejecución en La Cabaña. ¿No querrías venir?» Debo haber sonreído ante su escrúpulo de dejármelo para los postres, pero acepté. Tú recuerdas que habríamos ido, en la madrugada del juicio, si a Sosa Blanco —que todavía sigue vivo— lo hubieran fusilado en seguida. Esta vez se trataba de un militar de graduación no muy alta, convicto de no sé qué crímenes. En todo caso, parecían haber aprendido la lección: el juicio había sido silencioso y la condena y su cumplimiento se publicarían en los diarios una vez que la ejecución se hubiera efectuado.

Fuimos en el auto de Viera, pasada ya la medianoche. Y la velocidad y la orilla del mar fueron lo único agradable, bajo un cielo tirante y claro de sequía. En La Cabaña todo parecía tranquilo, como en cualquier jornada de rutina. Cuando nos avisaron, por el teléfono interno, que la ejecución estaba a punto de realizarse y salimos de la Comandancia, tomando por uno de los fosos de la antigua fortaleza, un grupo de milicianos armados nos precedía. Al principio no me di cuenta de lo que era, y supuse que se trataba de una patrulla o de un relevo, yendo hacia alguna de las esquinas del fuerte. Caminaban conversando, con absoluto desaliño, sin ninguna marcialidad. Se pedían cigarrillos o se daban fuego, deteniéndose un segundo, abrigando la llama en el cuenco de la mano. Cuando el oficial que nos acompañaba nos dijo que aquello era el pelotón de fusilamiento y el condenado marchando juntos, me costó creerlo. ¿Era posible que todo se hiciera con tanto desdén de la majestad, de la solemnidad que uno adjudica, por prejuicio si quieres, a la pena de muerte? Caminaban hablando en voz alta, haciendo resonar los zapatos en la oquedad del foso, frotando aquí y allá un fósforo contra los muros. El condenado debía ir al frente, y el oficial quería mostrárnoslo. Preferí no verlo hasta el final, hasta el momento en que ya fuese inevitable. «Un sacerdote va a su lado», dijo el oficial. Se adelantó por su cuenta unos metros, poniéndose a la cabeza del grupo, y luego se quedó apoyado en el largo paredón, hasta unírsenos, a la cola. «Va bastante asustado, pobre hombre —dijo—. No puede hablar ni fumar y lo llevan casi de arrastro». Lo que yo no había querido ver se me apareció tal como lo presentía. El camino era largo y los milicianos —por lo menos aquellos que nosotros teníamos más cerca— continuaban hablando desgalichadamente, sin ningún

sentido de la importancia del papel que les tocaría desempeñar en dos o tres minutos más.

Sin liberación de la memoria, surgió ante mí un terceto del Infierno del Dante: «Passo passo andavam senza sermone / guardando ed ascoltando gli amalati / che non potean levar le lor persone». Allí no había enfermos, claro está, como no fuese Viera, que se quejaba de lo mucho que habíamos comido, de la cerveza que ya sentía encharcársele en el vientre y de la previsible pesadez de su digestión. Pero el condenado no podía hablar, fumar ni sostenerse.

La larga galería pétrea, excavada entre altos terraplenes, comenzaba a dar una curva, y, oculto todavía de nuestra vista pero mimbado por una aureola polvorienta de luz, tras esa curva estaba el sitio de la ejecución. «Es allí donde está el reflector» —dijo el oficial—. La sensación de que aquella caminata nocturna no era eterna, fue un pequeño alivio. Pero duraría muy poco. El foso se ensanchaba y, desde uno de los bordes del terraplén, el reflector bajaba hasta caer sobre un trozo de muro, en la pared opuesta. Allí debían colocar al condenado. Un hombre, en lo alto, manejaba el reflector, lo hacía errar sobre la cresta del paredón, lo bajaba articulándolo torpemente. El oficial que mandaba el pelotón le gritó algo y el reflector se aquietó.

Vi entonces al condenado. Era un hombrecito flacucho y sería totalmente insignificante si no fuera porque su posición era la central en aquel espectáculo. Vestía una camisa blanca y un pantalón oscuro. El cono de luz exaltaba su palidez desencajada y hacía, en cambio, enorme al sacerdote que lo flanqueaba, rechoncho y alicaído como una gallina vieja. Los integrantes del pelotón se desplegaron frente al condenado y el oficial que los mandaba (no el que iba con nosotros) les dio algunas instrucciones. «Seguramente sobre el modo de apuntar», dijo Viera. Eran novatos, y se esperaba a último momento para instruirlos, a fin de evitar que se impresionaran. Eran los que iban a quedar vivos y, por eso mismo, aquellos cuyo ánimo importaba cuidar.

El condenado permaneció un instante bajo la luz, como alelado y sin darse cuenta. Pero cuando el sacerdote tomó distancia, desapareciendo hacia un costado, comprendió que el trance había llegado. Fue entonces cuando su parálisis cedió a una forma más activa del terror. «No, un momento, un momento —gritó hacia el grupo (el pelotón delante y nosotros detrás, en la penumbra, algunas caras saliendo a borbotones en los límites del chorro de luz). Un momento, por favor».

—¿Qué quieres? —preguntó el oficial, con visible impaciencia. Porque la retirada del capellán había sido, también para él, la señal de que el momento había llegado, mientras en un costado del pelotón, uno de los hombres aplastaba el cigarrillo contra el taco de su botín de campaña.

—Un momento, un momento —insistía el hombrecito—. Esperen un momento, tiene que venir, tiene que venir.

¿Qué era lo que tenía que venir? ¿Se refería a una persona o tal vez a un papel, a una orden de indulto? Cuando el oficial se lo preguntó, el condenado no supo responderle. Con una voz suplicante y enronquecida, se limitaba a repetir lo mismo: «Tiene que venir, tiene que venir».

—Vamos, hombre: tenga cojones —ordenó el oficial, ya irritado—. Sepa morir, que para eso es militar.

El hombrecito se había movido primero hacia un costado y el reflector lo había seguido. Pero luego se puso en cuatro pies y se dio a gatear monstruosamente a lo largo del foso. Y a ese nivel de zócalo, el haz de luz —estorbado por la altura de la propia pared en que se apoyaba— no podía encontrarlo.

Dos o tres milicianos quisieron adelantarse a alzarlo, pero el oficial, con un ademán de la mano abierta, los contuvo. Fue él hacia el condenado y le habló con firmeza, pero ahora sin irritación:

—Tenga cojones, le digo. Sepa morir. No vendrá nadie. No hay nada que esperar.

«Cuando aquí se enojan con alguien, no lo tutean —me aclaró Viera—. Es la única vez en que lo tratan de usted. ¿No te has fijado?»

El comentario parecía extrañamente lexicológico en aquel momento atroz.

El hombrecito, que se había transformado en una especie de absurdo animal, trotaba por el foso; y el oficial lo seguía, hablándole sin pausa.

—Cuando falla el coraje las cosas salen mucho peor —dijo el otro oficial, a mi lado—. A Casilla Lumpuy le pasó lo mismo que a este hombre. Pero aquella vez pudieron dar la orden de tirarle mientras corría en cuatro pies y así lo fusilaron.

Lo más cruel e inverosímil de toda la escena era la gratuita sensación de nuestra impunidad, ese abismo de impunidad y de certeza que nos separaba del hombrecito. Viera, que fumaba sin cesar, quejándose de una digestión laboriosa; yo, que crispaba los puños dentro de los bolsillos del pantalón, para mantener un talante de impavidez y de aplomo; los milicianos, que vaticinaban que habría que amarrarlo a unas argollas de

la saliente del muro, si querían fusilarlo de pie; el capellán, que se había apartado del grupo y seguía repasando las cuentas de su rosario, como si no quisiera ingerirse en toda aquella algarada siniestra, que su piedad no bastaba seguramente a entender. Y como un ser de otra raza, como un perro acosado y sarnoso, el hombrecito en mangas de camisa, que había sido condenado a morir y no quería rendirse a la evidencia de que ese minuto había llegado.

—Bueno —dijo el oficial que mandaba el pelotón, con un tono desalentado, como si debiera ceder a una vergüenza, contra todas las reglas del oficio—. Ve tú (dirigiéndose a uno de los milicianos) y trae unas cuerdas. Habrá que amarrarlo.

El miliciano apoyó el fusil contra el muro, a mi lado, y salió a grandes zancadas, en busca de las cuerdas. Los demás aflojaron filas, comenzaron a murmurar sordamente. Las pisadas del que se alejaba venían corriendo despavoridas, desde el fondo del corredor, y chocaban contra el grupo que formábamos debajo de la luz, ya confundidos y sin alineación alguna.

El hombrecito, entre tanto, había dejado de moverse. Acababa de comprender que tenía una tregua de algunos minutos y nos miraba como una liebre encandilada. Quieto, en cuatro pies, con los ojos húmedos y desorbitados. «Tiene que venir, tiene que venir» —dijo tozudamente un par de veces más, pero ya sin ningún acento de aguardarlo—. Lo miré, como recordarás que habíamos mirado —de pie ante la mesa del tribunal que le leía su sentencia de muerte— a Jesús Sosa Blanco. ¿Cómo nos vería él a nosotros?, pensé. ¿Cómo vería yo mismo a este grupo (extraños en la hora final), si estuviera a un tiempo en él y así en cuclillas, a punto de morir y con el muro a mis espaldas? Nos vería seguramente como a un grupo de gente errando en un camino por la noche, o como se ve a un círculo de curiosos amontonado alrededor de un gato deshecho o de una bicicleta caída, si se le observa a través del parabrisas lluvioso y sobre el fondo de luz creciente que abre un coche, aproximándose en sentido contrario. «Durante treinta y cinco años, sin que tú lo supieras —pensé—, tu vida ha estado madurando hacia este minuto. Y ésta es la eclosión».

Trajeron dos cuerdas. Con una le ataron los brazos, por detrás del cuerpo, y con otra le semisostuvieron el tronco, asido de las argollas del muro (el reflector giró hacia allí). Creo que el hombre estaba ya casi desvanecido, porque tenía la boca entreabierta y la cabeza pendulante. Quedaba como volcado hacia adelante, con las rodillas flexionadas y los pies

arrastrando por el suelo. Cuando lo hubieron atado, el capellán se arrimó y le tocó la frente, en un ambiguo gesto de verificación o de piedad. Luego se le vio alejarse, extraer un pañuelo del bolsillo de la sotana y restregárselo por la palma de aquella mano que se había despedido de la frente del prisionero.

Una ejecución porfiada, discutida, regateada: no puede imaginarse nada más ominoso. Me acosté a las cuatro de la mañana, tras tomarme —solo en la habitación del hotel— más del tercio de una botella de ron. Ni aun así (carecía de somníferos al alcance de la mano) conseguí provocarme la clase de sueño compacto que buscaba, el sueño fondeado en el último estrado del ser, el sueño sin ensoñaciones. Toda la noche el hombrecito de la camisa blanca estuvo venciendo las ligaduras y viniéndose hacia adelante; toda la noche estuvo agitando los brazos y pidiendo que aguardáramos algo, discurriendo ardides, inventando fantásticas artimañas para no morirse. Transpiraba sin cesar por aquella frente que el capellán había enjugado con su mano; transpiraba tanto que su cabeza empapó mi almohada.

Julio vuelve a dejar los papeles sobre la mesa. Torna a mirarlos, y dice:

—¿Viste el post-scriptum? «Con el sobrante de pesos cubanos que me dejaste en el aeropuerto te compré una *percolator* estupenda: hacè té, café, chocolate y creo que hasta sopas. Tu mujer se quedará encantada».

—En ese caso —dice Matilde, halagada de que la llamen «tu mujer»—, la frase cambia: viva lo que tendremos.

—Viva lo que tendremos, cuando la perspectiva se refiere, claro está, a cosas materiales: adquiera un auto a su sola firma, hágase propietario en cómodas cuotas, compre un traje hoy y empiece a pagarlo en septiembre, etc.

—Sin embargo, en definitiva, lo único cierto que tendremos somos nosotros mismos.

Y al ver la cara de Julio, y con gesto de no obligarlo («tu mujer»):

—Cada uno para sí: yo me tendré, tú te tendrás.

—O al revés: yo te tendré, tú me tendrás.

—¿Es una propuesta? Bueno, así afeitado y oliendo a Yardley...

La mira, la considera una vez más. La mujer estable, el

pan con manteca. «Es la frasecita electoral —se dice para sí—. O me caso con ella o todo sigue como está».

Y la verdad es que, a menudo, ya antes del viaje, había pensado que sería preferible que se casaran. Y otras veces —le pasa ahora un brazo por la cintura desnuda, ¿deberá concederle que está un poco más flaca?— le ha parecido mejor el extremo quietista de la alternativa: que todo siga como está.

INDICE

Págs.

Primera parte 5

Segunda parte 103

Tercera parte 261

Terminóse de imprimir en febrero de 1963, en los talleres de I. G. Seix y Barral Hnos., S. A. Provenza, 219 - Barcelona